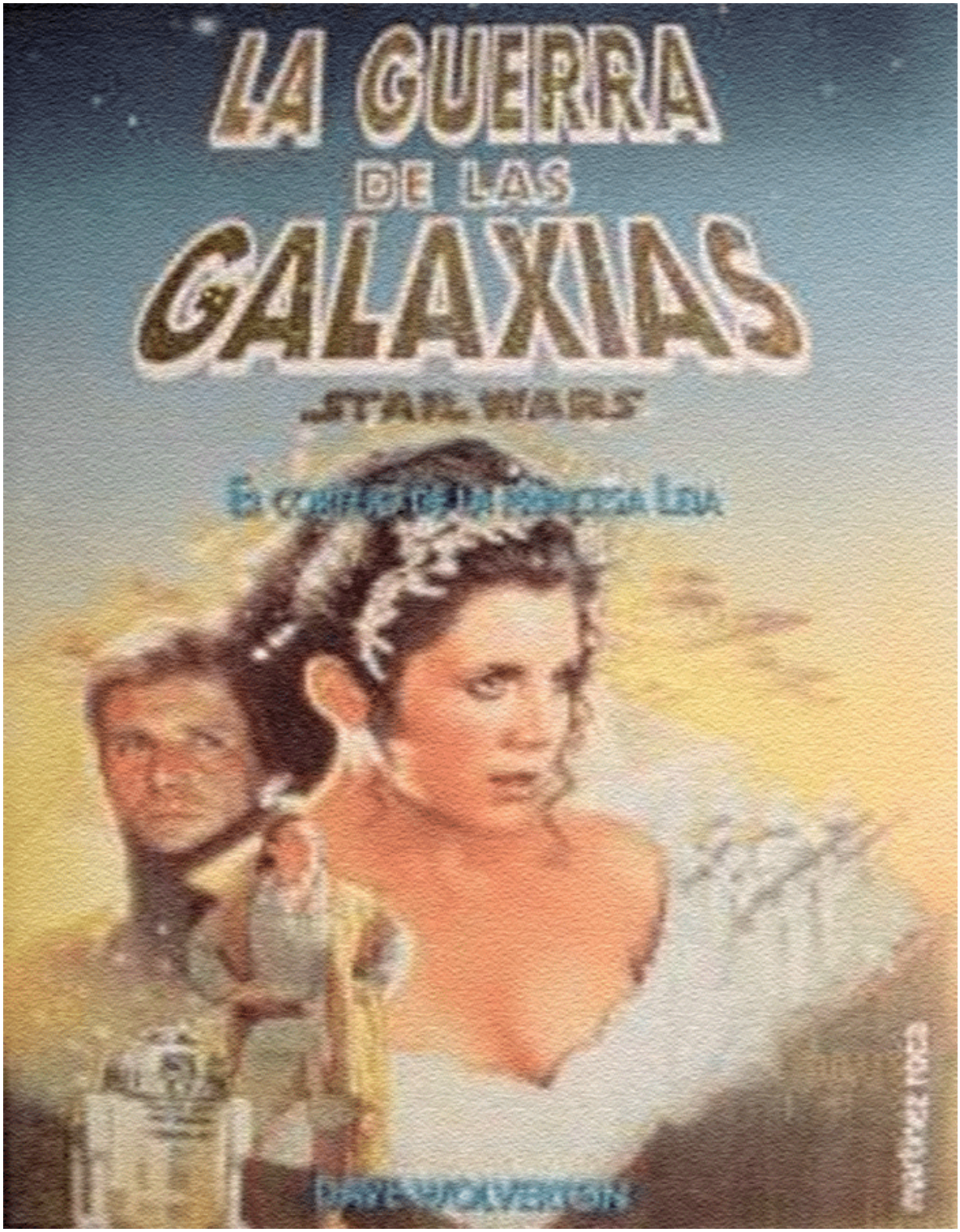
El cortejo de la princesa Leia
Dave Wolverton



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

El general Han Solo estaba inmóvil ante la consola de mandos del visor principal del crucero estelar de Mon Calamari *Mon Remonda.* Los sonidos de advertencia tintineaban como campanillas agitadas por el viento mientras la nave se preparaba para salir del hiperespacio y llegar a la capital de la Nueva República en Coruscant. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez en que vio a Leia: cinco meses, cinco meses persiguiendo al *Puño de Hierro,* el Super Destructor Estelar del señor de la guerra Zsinj.... Hacía cinco meses, la Nueva República parecía controlar firmemente la situación. Bien, el *Puño de Hierro* ya no existía, y eso quizá hubiera supuesto un grave golpe para Zsinj y tal vez se pudiese esperar que todo iría mejor en lo sucesivo. Han ardía en deseos de perder de vista el calor y la humedad de la nave calamariana, y anhelaba todavía más el sabor de los besos de Leia y sentir la caricia de su mano sobre su frente. Había visto demasiada oscuridad durante los últimos tiempos.

La blancura del panorama estelar que mostraba la pantalla cambió cuando los motores hiperespaciales dejaron de funcionar, y Chewbacca lanzó un rugido de alarma: el terciopelo azul del espacio sobre el que las luces de las ciudades de Coruscant ardían entre la noche del planeta, estaba tachonado por docenas de enormes naves espaciales en forma de platillo que Han reconoció inmediatamente como Dragones de Batalla hapanianos. Entre ellos había docenas de siluetas gris pizarra, Destructores Estelares imperiales.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Han. Hasta aquel momento sólo había visto una vez a un Dragón de Batalla, pero había sido más que suficiente para él—. ¡Escudos a plena potencia! ¡Acción evasiva!

Clavó la mirada en los tres cañones iónicos dorsales del Dragón de Batalla más próximo, esperando verlos entrar en acción de un momento a otro para borrarle del espacio. Todas las torretas de cañones desintegradores de la circunferencia del platillo giraron hacia él.

El *Mon Remonda* alteró bruscamente su curso y se lanzó en picado hacia el planeta y las luces de Coruscant. Han sintió el repentino vacío de la tensión en su estómago. Su piloto de Mon Calamari estaba muy bien adiestrado y sabía que no podían salir huyendo hasta haber fijado un nuevo curso, por lo que se había lanzado hacia el grueso de la flotilla de navios de combate hapanianos de tal manera que no pudieran disparar sin correr el riesgo de darse los unos a los otros.

Al igual que toda la tecnología de la nave de Mon Calamari, el visor principal era excepcional y se lo podía considerar una auténtica obra de arte, por lo que cuando pasaron a toda velocidad junto al puente de mando de un Dragón de Batalla hapaniano, Han pudo ver con toda claridad los rostros perplejos de tres oficiales de Hapes y los nombres bordados con hilos de plata en los cuellos de sus guerreras. Han nunca había visto a nadie de Hapes. Su sector estelar era famoso por su riqueza, y los hapanianos

vigilaban celosamente sus fronteras. Han ya sabía que eran humanos —pues los seres humanos se habían esparcido por la galaxia proliferando como las malas hierbas—, pero le sorprendió descubrir que las tres oficiales —pues las tres eran mujeres— eran asombrosamente hermosas. Parecían soberbios adornos vivos de una delicada fragilidad.

—¡Cesen la acción evasiva! —gritó el capitán Onoma, un oficial calamariano de piel color rosa salmón que estaba sentado ante una consola de control ocupándose de los sensores.

—¿Qué? —exclamó Han, muy sorprendido al ver que aquel calamariano de rango tan inferior se atrevía a revocar sus órdenes.

—Los hapanianos no están disparando, y todas las emisiones suyas que recibimos son amistosas —respondió Onoma volviendo un gran ojo dorado hacia Han.

El crucero calamariano interrumpió su loca huida a toda máquina y empezó a reducir la velocidad.

—¿Amistosas? —preguntó Han—. ¡Son del cúmulo de Hapes! ¡Los hapanianos nunca son amistosos!

—Aun así, parece ser que han venido para negociar un tratado de alguna clase con la Nueva República. Los Destructores Estelares que los acompañan son suyos, y fueron capturados a los imperiales.

Como puede ver, nuestras fuerzas de defensa planetaria siguen estando intactas…

El capitán Onoma alzó la cabeza señalando un Destructor Estelar en otro cuadrante, y Han reconoció sus emblemas. Era la nave insignia de Leia, el *Sueño Rebelde.* Cuando lo capturaron arrebatándoselo a los imperiales había parecido increíblemente gigantesco, pero al lado de aquella flota de Hapan parecía pequeño e insignificante. Agrupados a su alrededor y a poca distancia del *Sueño Rebelde,* Han vio una docena de naves más pequeñas, acorazados de la República en cuyos cascos aún estaban pintados los emblemas de la vieja Alianza Rebelde.

Cuando vio por primera vez un navio de combate hapaniano, Han estaba haciendo contrabando de armas con un pequeño convoy bajo el mando del capitán Rula. Hapes aún no había sucumbido al poder del Imperio, por lo que los contrabandistas habían estado utilizando una avanzadilla en territorio neutral cerca de las fronteras del cúmulo estelar de Hapes, con la esperanza de que su proximidad a los hapanianos mantendría alejado al Imperio de ellos. Pero un día emergieron del hiperespacio y se encontraron con un Dragón de Batalla hapaniano inmóvil en pleno centro de su ruta. Estaban en territorio neutral y no emprendieron ninguna acción agresiva, pero aun así sólo tres de las veinte naves de los contrabandistas consiguieron sobrevivir al ataque hapaniano.

—General Solo, estamos recibiendo una llamada de la embajadora Leia Organa —dijo un oficial de comunicaciones.

—Iré a mi camarote y responderé desde allí —dijo Han.

Salió a toda prisa para teclear el código de aceptación de la llamada. La imagen de Leia apareció en la pequeña pantalla.

Leia sonreía y estaba eufórica, y había una expresión soñadora en sus ojos oscuros.

—Oh, Han —dijo con voz entrecortada y en un tono lleno de dulzura—. Me alegra tanto que estés aquí…

Vestía el uniforme totalmente blanco de los embajadores alderaanianos, y llevaba la cabellera suelta. Durante los últimos meses le había crecido

mucho el cabello, y Han nunca se lo había visto tan largo. Llevaba los prendedores que le había regalado, hechos con plata y ópalos extraídos de las minas de Alderaan antes de que el gran almirante destruyera el planeta convirtiéndolo en cenizas y polvo espacial con la primera Estrella de la Muerte.

—Yo también te he echado de menos —dijo Han con voz enronquecida.

—Ven a la Gran Sala de Recepción de Coruscant —dijo Leia—. Los embajadores de Hapes están a punto de llegar.

—¿Qué quieren?

—No se trata de lo que quieren, sino de lo que están ofreciendo —dijo Leia—. Hace tres meses fui a Hapes y hablé con la Reina Madre. Le pedí ayuda en nuestra lucha con el Señor de la Guerra Zsinj. Parecía muy distante y nada dispuesta a comprometerse, pero me prometió que pensaría en ello. La única respuesta que se me ocurre es que han venido a prestarnos esa ayuda.

Últimamente Han había empezado a comprender que ganar la guerra contra los restos del Imperio exigiría años de lucha, y quizá incluso décadas. Zsinj y unos cuantos señores de la guerra de segunda fila estaban sólidamente instalados en más de un tercio de la galaxia, pero los señores de la guerra parecían haber decidido entrar en acción, y estaban saqueando sistemas estelares enteros mientras avanzaban como una marea incontenible hacia los mundos libres. La Nueva República no podía patrullar un frente tan grande. Al igual que el viejo Imperio había luchado para rechazar a la Alianza Rebelde, la Nueva República se enfrentaba al poderío de los señores de la guerra y sus grandes flotas. Han no quería que Leia se hiciera demasiadas ilusiones sobre una alianza con Hapes.

—No esperes demasiado de los hapanianos —le dijo—. Que yo sepa, nunca le han dado nada a nadie..., salvo problemas y quebraderos de cabeza.

—¡Pero si ni siquiera les conoces! Limítate a venir al Gran Salón de las Recepciones —replicó Leia en un tono repentinamente seco, como si tuviera muchas cosas que hacer y ni un instante que perder—. Oh, y bienvenido.

Le dio la espalda y cortó la transmisión.

—Sí —murmuró Han—. Yo también te he echado de menos.

Han y Chewbacca recorrieron a toda prisa las calles que llevaban al Gran Salón de las Recepciones de Coruscant. Se encontraban en una parte bastante antigua de Coruscant en la que la ciudad que ocupaba toda la superficie del planeta no había sido construida encima de las ruinas, por lo que los edificios de plastiacero los rodeaban

por todas partes alzándose como las paredes de un cañón. Las sombras proyectadas por los edificios eran tan grandes y oscuras que las lanzaderas, que iban y venían a gran velocidad por los huecos que había entre los edificios, se veían obligadas a circular con las luces de navegación encendidas incluso de día, lo cual creaba un gigantesco tapiz luminoso. Cuando Han y Chewie llegaron al Gran Salón de las Recepciones, la banda procesional ya estaba interpretando una marcha extrañamente delicada y estridente utilizando tintineadores y cuernos woot.

El Gran Salón de las Recepciones era un edificio enorme que tenía más de mil metros de longitud, con catorce niveles para asientos, pero cuando Han fue hacia una entrada descubrió que todos los accesos estaban

obstruidos por grupos de curiosos que habían acudido para ver a los hapanianos. Han pasó corriendo junto a las cinco primeras entradas, y de repente vio un androide de protocolo dorado que daba saltitos nerviosos y se ponía de puntillas intentando ver algo por encima de la multitud. Muchas personas afirmaban que todos los androides de un modelo dado tenían el mismo aspecto, pero Han reconoció a Cetrespeó al instante: por mucho que se esforzara, ninguna otra unidad de protocolo conseguiría jamás parecer tan nerviosa o excitada.

—¡Cetrespeó, montón de hojalata! —gritó Han intentando hacerse oír por encima del ruido de la multitud.

Chewbacca lanzó un rugido de saludo.

—¡General Solo! —respondió Cetrespeó con un perceptible alivio en la voz—. La princesa Leia me ha pedido que le localice y le escolte hasta el palco del embajador de Alderaan. ¡Estaba empezando a temer que nunca conseguiría dar con usted entre la muchedumbre! Tiene suerte de que yo haya sido lo suficientemente previsor como para esperarle en este lugar... ¡Por aquí, señor, por aquí!

Cetrespeó les guió a través de una calle muy ancha y por una rampa lateral, pasando junto a varios centinelas.

Subieron por un largo pasillo serpenteante en el que fueron dejando atrás muchas puertas, y Chewbacca olisqueó el aire y gruñó. Doblaron una esquina y Cetrespeó se detuvo al lado de la entrada a un palco. En el palco había unas cuantas personas inmóviles delante de la gran cristalera contemplando el desfile que se iba desarrollando debajo de ellas. Han reconoció a unas cuantas: Carlist Rieekan, el general de Alderaan que había estado al mando de la base de Hoth;

Threkin Horm, presidente del poderoso Consejo de Alderaan, un hombre inmensamente gordo que prefería desplazarse sentado en un sillón repulsor a tratar de transportar su peso de un lado a otro; y Mon Mothma, gobernante de la Nueva República, al lado de un gotal barbudo y canoso que contemplaba con expresión impasible la explanada interior y tenía la cabeza inclinada y los cuernos sensores apuntando a Leia.

Todos los diplomáticos estaban hablando en voz baja mientras escuchaban los susurros de sus comunicadores y observaban a Leia, quien estaba sentada sobre un estrado contemplando con majestuosa tranquilidad a la lanzadera diplomática de Hapes que se había posado sobre una pequeña pista instalada en la gran sala abierta al aire libre. Unos quinientos mil seres se habían congregado allí con la esperanza de poder echar un vistazo a los hapanianos. Decenas de miles de guardias de seguridad habían despejado la alfombra dorada que se extendía entre la lanzadera y Leia, y Han alzó la mirada hacia los palcos. Casi todos los sistemas estelares del antiguo Imperio tenían su propio palco, con el estandarte de la nación al lado de cada uno. Más de seiscientos mil estandartes colgaban de los viejos muros de mármol, indicando la pertenencia a la Nueva República. La lanzadera bajó sus rampas de descarga, y el silencio se adueñó de la explanada.

Han fue hacia Mon Mothma.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Por qué no está en el estrado con Leia?

—No se me ha invitado a conocer a los embajadores de Hapes —replicó Mon Mothma—. Dijeron que sólo querían hablar con Leia. Durante los tres mil últimos años, incluso la Vieja República mantuvo contactos muy

limitados con la monarquía de Hapes, por lo que me pareció mejor mantenerme alejado hasta que se me invitara.

—Muy considerado por su parte —dijo Han—, pero usted ha sido elegida líder de la Nueva República...

—Y la Reina Madre, la Ta'a Chume, parece sentirse un poco amenazada por nuestras costumbres democráticas. No, si eso sirve para que se sienta un poco más a gusto, me pareció que sería preferible permitir que los embajadores de la Ta'a Chume hablaran a través de Leia... ¿Ha contado el número de Dragones de Batalla que hay en la flota hapaniana? Pues hay sesenta y tres..., uno por cada planeta habitado del cúmulo estelar de Hapes. Los hapanianos nunca habían iniciado un contacto a tan gran escala con nosotros. Sospecho que éste es el contacto más importante que nuestros pueblos han establecido durante los últimos tres milenios.

Han no lo dijo, pero se sentía un poco agraviado por no estar sentado al lado de Leia. El hecho de que Mon Mohtma hubiera sido tratada de manera similar sólo servía para agravar la ofensa. Sólo tuvieron que esperar un momento más antes de que los hapanianos empezaran a desembarcar de la lanzadera.

La primera figura que salió de la lanzadera era una mujer de larga cabellera oscura y ojos color ónice que reflejaban la luz con un sinfín de destellos. Llevaba un traje de una delgada tela iridiscente color melocotón que dejaba al descubierto sus largas piernas. El palco tenía una conexión con los micrófonos de la explanada, y Han pudo oír el suspiro que pareció ondular de un extremo a otro de la multitud cuando aquella hermosa mujer se dirigió al estrado.

Fue hacia Leia e hincó grácilmente una rodilla en el suelo sin apartar los ojos de ella.

—*Ellene sellibeth e Ta'a Chume* —dijo en hapaniano con voz potente y límpida—. *'Shakal Leia, ereneseth a'apelle seranel Hapes. Rennithelle saroon.*

Después giró sobre sí misma y dio seis palmadas, y docenas de mujeres vestidas con trajes de una tela iridiscente color oro empezaron a salir de la lanzadera corriendo ágilmente y tocando flautas plateadas o tambores, mientras otras repetían una y otra vez «Hapes, Hapes, Hapes» con voces agudas y cristalinas.

Mon Mothma se acercó el comunicador a la oreja y escuchó atentamente mientras un traductor repetía las palabras en básico, pero Han no pudo oír su voz.

—¿Hablas esta jerga? —preguntó volviéndose hacia Cetrespeó.

—Domino con fluidez más de seis millones de formas de comunicación, señor —dijo Cetrespeó con voz abatida—, pero creo que debo estar sufriendo una avería. La embajadora de Hapes no puede haber dicho lo que he oído. —Cetrespeó giró sobre sí mismo y empezó a alejarse—. ¡Malditos circuitos lógicos oxidados...! Tendrá que disculparme, señor, pero he de ir a que me reparen.

—¡Espera! —exclamó Han—. Olvídate de las reparaciones. ¿Qué ha dicho?

—Creo que debo haberlo entendido mal, señor —dijo Cetrespeó.

—¿Qué ha dicho?—preguntó Han con voz más seca y apremiante, y Chewbacca lanzó un gruñido de advertencia.

—Bueno, si se lo va a tomar así... —respondió Cetrespeó en un tono claramente ofendido—. Bien, si mis sensores han captado correctamente sus palabras, la delegada ha transmitido un mensaje de la Reina Madre:

«Noble Leia, te ofrezco regalos de los sesenta y tres mundos de Hapes. Regocíjate en ellos».

—¿Regalos? —preguntó Han—. Pues creo que está muy claro, ¿no?

—Desde luego que sí. Los hapanianos nunca solicitan un favor sin ofrecer un regalo del mismo valor antes —le explicó Cetrespeó con condescendencia—. No, lo que me preocupa es el uso de la palabra *shakal,* «noble»... La Reina Madre nunca tendría que utilizar esa palabra refiriéndose a Leia, pues los hapanianos sólo la emplean cuando se dirigen a un igual.

—Bueno, las dos son de la realeza, así que... —sugirió Han.

—Cierto —dijo Cetrespeó—, pero los hapanianos prácticamente adoran a su Reina Madre. De hecho, uno de los nombres que le dan es *Ereneda,* «la que no tiene igual». En consecuencia, no me parece lógico que la Reina Madre se refiera a Leia llamándola su igual.

Han bajó la mirada hacia la rampa de descarga y un negro presentimiento se adueñó de él haciéndole estremecer. Los tambores retumbaron con un redoble atronador. Tres mujeres vestidas con sedas de colores tan vivos que resultaban casi chillones salieron rápidamente de la lanzadera llevando un gran recipiente del color de la madreperla. Cetrespeó seguía hablando consigo mismo, y murmuraba que debía hacer reparar de una vez sus circuitos lógicos cuando las tres mujeres esparcieron el contenido del recipiente sobre el suelo. Un jadeo ahogado de sorpresa y estupor escapó de la boca de todos los presentes.

—¡Gemas arco iris de Gallinore!

Las gemas ardían con su propio fuego interno, brillando en docenas de matices que iban desde el destello rojo rubí hasta la llama verde de la esmeralda. En realidad, aquellas gemas de valor incalculable no eran tales, sino una forma de vida basada en el silicio que resplandecía con su brillante claridad interior. Las criaturas, que solían ser llevadas en medallones, necesitaban millares de años para alcanzar su madurez. Una sola gema bastaba para adquirir un crucero calamariano, y sin embargo la delegación de Hapan acababa de arrojar centenares de parejas que hacían juego sobre el suelo. Leia no mostró la más mínima sorpresa.

Un segundo trío de mujeres mucho más altas que las primeras que iban vestidas con prendas de cuero de color canela y ocre oscuro salió de la lanzadera diplomática. Bailaron grácilmente al son de las flautas y los tambores, y por entre ellas avanzó una plataforma flotante sobre la que había un arbolito de tronco nudoso y retorcido con frutos de un marrón rojizo. Dos luces flotaban sobre él, brillando con un suave resplandor como si fueran los soles gemelos de un planeta desértico. La multitud empezó a murmurar en voz baja hasta que la embajadora explicó la naturaleza del regalo.

—*Selabah, terrefel n lasarla* («Un árbol de la sabiduría de Selab con sus frutos.») —dijo.

La multitud prorrumpió en gritos y vítores de deleite, y Han quedó perplejo. Hasta aquel momento había creído que los árboles de la sabiduría de Selab no eran más que una leyenda. Se decía que el fruto de los árboles de la sabiduría aumentaba considerablemente la inteligencia de quienes habían entrado en la ancianidad.

Han sintió que la sangre le palpitaba en las venas, y empezó a sentirse un poco mareado. Un hombre avanzó acompañado por la música de las flautas y los tambores: era un guerrero ciborg casi tan alto como Chewbacca, y llevaba una armadura hapaniana completa, negra con orlas

plateadas. Fue con paso decidido hacia el estrado, sacó un artefacto mecánico de su brazo y lo dejó en el suelo delante de Leia.

—*Charubah endara, mella n sesseltar* («Del mundo de alta tecnología de Charubah, ofrecemos una Pistola de Mando.»).

Han se apoyó en el cristal. La Pistola de Mando había hecho casi irresistibles a las tropas de Hapes en los combates librados con armamento ligero, pues emitía un campo de onda electromagnética que dejaba virtualmente neutralizados los procesos del pensamiento voluntario de los enemigos. Quienes recibían el impacto de la Pistola de Mando quedaban tan impotentes e indefensos como un inválido, dejaban de ser conscientes de lo que les rodeaba y tendían a obedecer cualquier orden que se les diera, pues no podían distinguir la orden procedente de un enemigo de los pensamientos fruto de su propia voluntad. Han empezó a sudar. «Cada uno de sus mundos... Cada planeta del sistema de Hapes está ofreciendo sus mayores tesoros —comprendió—. ¿Qué pueden esperar obtener con ello? ¿Qué querrán a cambio de esos regalos?»

Han pasó la hora siguiente contemplando el desfile. La música de los tambores y las flautas, y las voces agudas y cristalinas de las mujeres que repetían el cántico «Hapes, Hapes, Hapes» una y otra vez, parecían palpitar en sus venas y en sus sienes. Doce de los planetas más pobres regalaron a Leia otros tantos Destructores Estelares capturados al Imperio, y otros ofrecieron objetos que encerraban un valor más esotérico. De Arabanth llegó una anciana que sólo pronunció unas cuantas palabras sobre la importancia de abrazar la vida mientras se aceptaba la muerte, ofreciendo un «pensamiento enigma» que su pueblo consideraba era de un gran valor. Ut envió a una mujer que cantó una canción tan hermosa que el sonido pareció llevar hasta su planeta a Han flotando sobre una cálida brisa.

—Sabía que Leia había pedido dinero para ayudar a financiar la lucha contra los señores de la guerra —oyó que susurraba Mon Mohtma en un momento dado—, pero nunca había imaginado...

Y el coro dejó de cantar y los tambores dejaron de sonar, y una parte de la riqueza de los mundos ocultos de Hapes permaneció esparcida sobre el suelo de la Gran Sala de Recepciones. Han descubrió que estaba respirando de manera entrecortada, pues había estado conteniendo el aliento sin darse cuenta mientras eran ofrecidos los regalos.

El silencio que se había adueñado de la gran explanada parecía pesado y ominoso. Había más de doscientas embajadoras de los mundos de Hapes inmóviles delante del estrado, y Han las contempló con expresión asombrada y volvió a sentirse impresionado ante su gracia, su belleza y su fuerza. Jamás había visto una mujer de Hapes con anterioridad, pero después de aquel día ya no las olvidaría jamás.

Las hapanianas siguieron en silencio y nadie habló. Han estaba esperando con impaciencia oír qué pedirían a cambio. Sintió que se le aceleraba el pulso, pues comprendió que sólo podían querer una cosa: un pacto con la República. Hapes pediría a la República que uniera sus fuerzas a las suyas en una guerra sin cuartel y a gran escala contra el poderío combinado de los señores de la guerra que eran los últimos restos del Imperio.

Leia se inclinó hacia adelante en su trono y contempló los regalos con expresión aprobadora.

—Dijiste que traías regalos de vuestros sesenta y tres mundos —dijo mirando a la embajadora—, pero aquí sólo veo regalos de sesenta y dos de

ellos. No me has ofrecido nada del mismo Hapes.

Sus palabras dejaron perplejo a Han. Ya hacía mucho rato que había perdido la cuenta de los regalos, pues había quedado aturdido ante toda la riqueza que estaba ofreciendo la delegación de Hapes, y el comentario de Leia le pareció una inadmisible muestra de codicia. Han pensó que la delegación hapaniana le reprocharía sus malos modales, lo recogería todo y se iría sin perder ni un instante.

Pero la embajadora de Hapes sonrió afablemente, como si le complaciera mucho que Leia se hubiera percatado de que faltaba el regalo del mismo Hapes, y alzó la cabeza y la miró a los ojos. Después habló.

—Eso se debe a que hemos reservado el más grande de nuestros regalos para el final —tradujo Cetrespeó.

La embajadora movió una mano y toda la delegación hapaniana se apartó dejando vacío el pasillo. Su último regalo fue traído sin fanfarrias y sin la música de los clarines, acompañado únicamente por el silencio.

Dos mujeres modestamente vestidas de negro con anillos de plata adornando sus oscuras cabelleras salieron de la nave flanqueando a un hombre. El hombre llevaba una tiara de plata que sostenía un velo negro delante de su rostro, y su larga cabellera rubia caía en libertad sobre sus hombros. Llevaba el pecho desnudo salvo por una pequeña media capa de seda sujeta con broches de plata, y sus musculosos brazos sostenían una gran caja de ébano adornada con complejas incrustaciones de plata.

El hombre avanzó con la caja hasta el estrado y la dejó en el suelo. Después dobló las rodillas y se sentó sobre las piernas con las manos apoyadas en las rodillas, y las mujeres apartaron su velo negro. Debajo de él había el rostro masculino más increíblemente apuesto que Han había visto en toda su vida. Sus ojos de mirada profunda y escrutadora eran de un azul grisáceo, como el color del mar en el horizonte, y prometían ingenio, humor y sabiduría, y sus poderosos hombros y su firme mandíbula estaban llenos de fuerza. Han comprendió que debía ser algún alto dignatario de la casa real de Hapes.

—*Hapesah, rurahsen Ta'a Chume, elesa Isolder Chume'da* («De Hapes, la Reina Madre ofrece a su mayor tesoro, su hijo Isolder, el

Chume'da, cuya esposa gobernará como reina.») —dijo la embajadora.

Chewbacca gruñó, y en la multitud que se extendía debajo de ellos todo el mundo pareció hablar al mismo tiempo, creando una conmoción que resonó en los oídos de Han como el primer retumbar de una tormenta.

Mon Mothma se quitó los auriculares y observó a Leia con expresión pensativa, uno de los generales del palco lanzó un juramento y sonrió, y Han retrocedió apartándose del ventanal.

—¿Qué...? —preguntó Han—. ¿Qué significa eso?

—La Ta'a Chume quiere que Leia se case con su hijo —respondió Mon Mohtma en voz baja.

—Pero Leia no lo hará, ¿verdad? —preguntó Han.

Y de repente su seguridad inicial de que no lo haría empezó a vacilar. Sesenta y tres de los planetas más ricos de la galaxia. Gobernar como matriarca a miles de millones de personas, con aquel hombre a su lado...

Mon Mothma alzó la mirada hacia los ojos de Han como si le estuviera evaluando en silencio.

—Con la riqueza de Hapes para ayudar a financiar la guerra, Leia podría acabar rápidamente con los últimos restos del Imperio, y de paso evitaría que se perdieran miles de millones de vidas —le dijo—. Sé lo que ha sentido

por ella en el pasado, general Solo, pero aun así, creo que hablo por todos en la Nueva República cuando digo que espero que Leia acepte la oferta por el bien de todos nosotros.

2

Luke captó la proximidad de las ruinas del hogar del antiguo Maestro Jedi antes de que el wífido que le servía como guía le llevara hasta ellas. Al igual que el mismo paisaje de Toóla —una llanura árida y desolada donde los raquíticos líquenes purpúreos brotaban de las delgadas láminas de hielo invernal—, las ruinas emitían una sensación de limpieza refrescante y, al mismo tiempo, de vacío, casi como si jamás hubieran sido visitadas por seres humanos. Esa sensación de limpia pureza garantizaba a Luke que las ruinas habían sido la morada de un Jedi bueno.

El inmenso wífido avanzaba sobre el musgo purpúreo sosteniendo una vibro-hacha en su manaza mientras las brisas primaverales agitaban su pelaje color marfil. De repente se detuvo y alzó su largo hocico de tal forma que las puntas de sus enormes colmillos quedaron enfiladas hacia un distante sol púrpura, y después emitió un silbido trompeteante y escrutó la lejanía con sus ojillos negros.

Luke echó hacia atrás la capucha de su traje para la nieve y pudo distinguir el peligro del horizonte. Una bandada de demonios de las nieves estaba descendiendo desde el refugio de las nubes, y sus alas peludas se movían con destellos grises bajo los rayos del sol que caían siguiendo una trayectoria oblicua. El wífido silbó un grito de batalla temiendo que les atacaran, pero Luke extendió su mente y captó el hambre de los demonios de las nieves. Estaban persiguiendo a un rebaño de motmots de hirsuto pelaje que avanzaban como colinas heladas en el horizonte, buscando una cría lo suficientemente pequeña como para poder matarla.

—Paz —dijo Luke y extendió la mano para rozar el codo del wífido—. Muéstrame las ruinas.

Luke intentó utilizar la Fuerza para calmar al guerrero, pero el wífido se estremeció y apretó con más fuerza la empuñadura de su vibro-hacha anhelando la batalla.

El wífido silbó una larga réplica mientras señalaba el norte, y Luke tradujo lo que había dicho mediante el poder de la Fuerza. «Busca la tumba del Jedi si debes hacerlo, pequeño, pero yo de he ir a cazar. He divisado a un enemigo, y mi honor exige que lo ataque. Esta noche mi clan se dará un banquete de demonio de las nieves...» El wífido llevaba un cinturón de armas como única prenda, y escogió una maza a la que iba unida una bola de pinchos de hierro ennegrecido del despliegue de armamento que colgaba de su cinturón. Después se lanzó a la carga sosteniendo un arma en cada puño enorme, moviéndose más deprisa de lo que Luke jamás hubiese creído posible en una criatura de su tamaño.

Luke meneó la cabeza y compadeció a los demonios de las nieves. Erredós silbó a su espalda pidiendo a Luke que no avanzara tan deprisa mientras el pequeño androide se deslizaba sobre una lámina de hielo particularmente traicionera. Luke y Erredós siguieron avanzando en

dirección norte hasta llegar a las tres grandes rocas en forma de losa que surgían del suelo para formar el techo y los lados de un túnel. El túnel olía a sequedad, y Luke cogió una minilinterna de su cinturón de herramientas y empezó a avanzar por él. El túnel se había derrumbado a poca distancia de la superficie, y un peñasco gigantesco obstruía el camino. El hollín que manchaba el peñasco indicaba el lugar en el que un detonador térmico lo había desprendido hacía muchísimo tiempo, ocultando lo que hubiera al otro lado.

Luke cerró los ojos y envió su mente hacia adelante hasta que la Fuerza se canalizó a través de él. Movió la roca, la levantó y la mantuvo flotando en el aire.

—Adelante, Erredós —susurró Luke.

El androide avanzó a toda velocidad y lanzó un silbido de preocupación al pasar por debajo de la roca suspendida. Luke se encogió para pasar por debajo del peñasco, y volvió a dejar que se posara en el suelo detrás de él.

Descubrió huellas dejadas por las botas de las tropas de asalto imperiales en el suelo de tierra inmediatamente detrás de la roca, perfectamente conservadas a pesar de todos los años que habían transcurrido desde que fueron hechas. Luke estudió las huellas y se preguntó si alguna de ellas pertenecería a su padre. Darth Vader probablemente habría tenido que estar presente, ya que era el único capaz de matar al Maestro Jedi que había vivido en aquellas cavernas; pero las huellas no le dijeron nada.

El túnel iba bajando en un continuo serpenteo a través de cámaras de almacenamiento abiertas a gran profundidad por debajo del suelo. La atmósfera estaba impregnada por el olor a rancio de los excrementos y el pelaje de los roedores. Un androide de suministro energético no muy grande y de forma cuadrada yacía muerto en un pasadizo, su energía agotada por completo hacía ya mucho tiempo. Otra cámara estaba casi totalmente ocupada por un calentador térmico, cuyos cables de alimentación habían sido roídos por los dientes de pequeñas alimañas. Luke fue siguiendo el túnel dirigiéndose hacia la sensación de limpieza que había dejado el Jedi, y acabó llegando a la habitación del Maestro muerto. El cuerpo había desaparecido, disipado tal como había ocurrido con los de Yoda y Ben, pero Luke pudo sentir el residuo de la fuerza del Maestro Jedi, y descubrió un traje para la nieve lleno de tajos y quemaduras cerca del que había una espada de luz. Luke cogió la espada y la conectó. Un chorro de energía opalescente brotó de la empuñadura cuando la espada cobró vida con un zumbido.

Luke pensó durante unos momentos en el hombre al que había pertenecido la espada, y la desconectó. Sabía muy poco sobre él aparte de que el Maestro Jedi había servido a la Vieja República durante sus últimas horas. Luke llevaba meses siguiendo su pista. El Maestro Jedi había sido conservador de archivos de los Jedi en Coruscant y, como tal, parecía no ser más que un funcionario subalterno que no merecía atraer la atención de los imperiales que invadieron el planeta, pero había huido de Coruscant con los archivos de un millar de generaciones de Jedi.

Luke albergaba la esperanza de que esos archivos serían algo más que un mero catálogo de los actos de los Jedi. De hecho, cabía la posibilidad de que contuvieran la sabiduría de los antiguos Maestros Jedi, sus pensamientos y sus aspiraciones. Como joven Jedi que no había sido educado a fondo en las peculiaridades de la Fuerza, Luke esperaba poder

descubrir en ellos los misterios más profundos de cómo los Jedi habían adiestrado a sus guerreros, sus videntes y sus médicos.

La mirada de Luke recorrió la habitación iluminada por la débil claridad de su minilinterna, buscando cualquier cosa que pudiera proporcionarle una pista. Erredós se había metido en un pasadizo lateral y estaba abriéndose paso a través de la oscuridad gracias a sus focos. Un instante después Luke le oyó lanzar un silbido quejumbroso y le siguió por el pasadizo.

El pasadizo llevaba a cámaras de paredes ennegrecidas que habían sido abiertas en la roca viva y en las que se habían almacenado hilera tras hilera de células de holovídeos, pero las grabaciones habían sido reducidas a cenizas. Los cilindros de ordenador se habían convertido en montones de escoria a medio fundir, y sus núcleos de memoria estaban calcinados. Los detonadores térmicos habían derretido las grabaciones, pero Luke también encontró fragmentos de granadas de pulso electromagnético. Quien destruyó los holovídeos había hecho cuanto estaba en sus manos para borrar los datos que contenían antes.

Luke fue por el túnel y dejó atrás docenas y docenas de células, echando un rápido vistazo a cada una cuando pasaba junto a ella. No quedaba nada. Todo había desaparecido. El conocimiento y las obras de un millar de generaciones de Jedi se habían esfumado.

—Es inútil, Erredós —dijo Luke.

Sus palabras parecieron ser engullidas por la oscuridad y el silencio de los túneles vacíos. Erredós lanzó un silbido melancólico y siguió rodando por el pasadizo, levantándose sobre sus ruedas para echar un vistazo por encima del borde de cada célula.

Ya no quedaba nada. Luke comprendió que todo había desaparecido. El Emperador no se había conformado con perseguir y matar a los Jedi. Quería obtener el control absoluto de la galaxia, y le había parecido necesario no sólo extinguir su fuego eliminándolo del universo, sino aplastar sus ascuas y dispersar sus cenizas para que los Jedi no volvieran a surgir jamás de ellas. La consecuencia era que después de meses de búsqueda, Luke sólo había encontrado cenizas.

Luke se sentó en el suelo y se tapó los ojos con una mano mientras se preguntaba qué debía hacer a continuación. No cabía duda de que habían existido otros archivos y otras copias, desde luego. Tendría que volver a Coruscant e iniciar la búsqueda allí.

De repente Erredós empezó a lanzar nerviosos silbidos desde el otro extremo de la cámara, cerca del final del túnel.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Luke.

Se puso en pie, se limpió las cenizas que se habían adherido a su traje para la nieve y se obligó a caminar despacio. Erredós había encontrado una célula en la que los registros no estaban derretidos.

El detonador térmico había fallado, y aún estaba encima de ella. La granada de pulso electromagnético se había fragmentado, pero Luke se preguntó hasta qué punto habría sido efectiva. Cogió un cilindro de ordenador de la parte superior de la célula y lo introdujo en Erredós. El androide silbó y se inclinó hacia adelante preparándose para proyectar el holograma, pero pasado un momento expulsó el cubo con un siseo ahogado.

—Vamos, vamos... —murmuró Luke con voz esperanzada.

Hurgó en el fondo del montón y extrajo de él un segundo cilindro que introdujo en el androide, y Erredós le mostró el holograma de un hombre

que vestía una túnica verde pálido muy holgada cuyos pliegues ondulaban a su alrededor; pero la interferencia estática era tan considerable que la imagen holográfica no tardó en disgregarse. Erredós expulsó el cilindro y la luz de sus faros volvió a brillar sobre la célula, apremiando a Luke a que hiciese un nuevo intento.

—De acuerdo —suspiró Luke.

Buscó un cilindro que estuviera lo más alejado posible de la granada de pulso electromagnético. Hurgó en el montón y encontró uno en una esquina de la cámara, y se disponía a sacarlo cuando sintió que la Fuerza tiraba de él en otra dirección. Siguió buscando a tientas entre los cilndros hasta que sus dedos rozaron uno de ellos, y de repente experimentó una clara e inconfundible sensación de paz.-«Éste, éste... —pareció susurrar una voz—. Éste es el que andas buscando.»

Luke lo cogió, lo sacó del montón y retrocedió un par de pasos. No hubiese podido explicar cómo lo sabía, pero tenía la seguridad de que continuar registrando las cavernas no serviría de nada. Si había alguna respuesta que encontrar allí, la tenía en la mano.

Introdujo el cilindro en Erredós y éste captó una señal casi inmediatamente. Las imágenes aparecieron en el aire delante del androide mostrando una antigua sala del trono en la que los Jedi se iban presentando uno por uno delante de su gran maestro para exponer sus informes. Pero el holograma estaba fragmentado, y había sufrido un borrado tan concienzudo que Luke sólo obtuvo briznas y pequeños fragmentos de información: un hombre de piel azulada dando detalles sobre una terrible batalla espacial contra unos piratas, un twi'lek de ojos amarillos y coletas ondulantes que contaba cómo había descubierto la existencia de una conspiración para asesinar a un embajador... Una fecha y una hora parpadeaban durante unos momentos en la imagen antes de cada informe. El holograma tenía casi cuatrocientos años estándar de antigüedad.

Y de repente Yoda apareció en la imagen y alzó la mirada hacia el trono. Su color era más vibrantemente verde de lo que recordaba Luke, y no utilizaba su bastón. El Yoda de la madurez tenía un aspecto casi jovial y despreocupado, y no se parecía en nada al Jedi viejo y encorvado que Luke había conocido. Casi toda la banda de audio estaba borrada, pero Luke pudo oír con toda claridad unas cuantas palabras a través del siseo de fondo.

—Chu'unthor en Dathomir... Lo intentamos... —dijo Yoda—, pero fuimos rechazados por las brujas..., escaramuza con los maestros Gra'aton y Vulatan... Cuatrocientos acólitos muertos... Volvimos para recuperar...

La banda de audio se borró del todo con un último siseo, y la imagen holográfica no tardó en disolverse dejando paso a una estática azulada salpicada de pequeños chispazos.

Otros Jedi dieron sus informes, pero ninguna de sus palabras parecía ofrecer la más mínima esperanza. Luke se encontró pensando una y otra vez en las palabras *Chu'unthor* y *Dathomir,* y se preguntó si la primera habría sido una sola persona —quizá un líder político— o si podía haber sido toda una raza. Y Dathomir... ¿Dónde estaba?

—Erredós, repasa tus ficheros de astrogación y dime si encuentras alguna referencia a un lugar llamado Dathomir —dijo Luke—. Podría ser un sistema estelar, un planeta...

«Quizá incluso una persona», pensó con repentino abatimiento.

Erredós permaneció en silencio durante un momento y después emitió un silbido de negativa.

—Ya me lo imaginaba —dijo Luke—. Yo tampoco he oído hablar nunca de Dathomir...

Había tantos planetas que fueron destruidos o convertidos en inhabitables durante las Guerras Clónicas... Dathomir quizá fuera uno de ellos, un mundo tan devastado que había acabado siendo olvidado; o quizá fuera un lugar pequeño, una luna en algún planeta del Borde Exterior, tan alejada de la civilización que el dato de su existencia había terminado desapareciendo de los archivos. Quizá incluso fuera menos que una luna... ¿Un continente, una isla, una ciudad? Fuera lo que fuese Dathomir, Luke estaba seguro de que lo encontraría en algún momento y en algún lugar.

Volvieron a la superficie y descubrieron que había anochecido mientras investigaban los subterráneos. Su guía wífido no tardó en volver arrastrando el cuerpo de un demonio de las nieves abierto en canal y ya limpio. Las garras blancas del demonio se curvaban en el aire, y su larga lengua púrpura brotaba como una serpiente de entre sus enormes colmillos. A Luke le asombró que el wífido pudiera remolcar a semejante monstruo, pero el wífido se había limitado a agarrar la larga cola peluda del demonio con una mano y había conseguido llevarlo hasta el campamento.

Luke pasó la noche con los wífidos en un enorme refugio construido con el costillar de un motmot que había sido recubierto de pieles para proteger del viento a sus ocupantes. Los wífidos hicieron una gran hoguera en la que asaron al demonio de las nieves, y los jóvenes bailaron mientras los ancianos tocaban sus arpas de garras. Luke permaneció sentado contemplando las llamas que se retorcían ante él y escuchando el tañir de las arpas, y se dedicó a meditar. «Verás el futuro y el pasado. Viejos amigos olvidados hace mucho tiempo...» Eran las palabras que le había dicho Yoda cuando estaba adiestrando a Luke para que pudiera ver lo que se ocultaba tras las neblinas del tiempo.

Luke alzó la mirada hacia el costillar del motmot. Los wífidos habían tallado letras en los huesos que se alzaban diez o doce metros por encima de sus cabezas, escribiendo el linaje de sus antepasados en ellos. Luke no podía leer las letras, pero le pareció que bailaban a la luz de la hoguera, como si fueran palos y piedras que caían del cielo. Las costillas del motmot se curvaban hacia él, y Luke fue siguiendo la curva de los huesos con la mirada. Los palos y las rocas que se precipitaban de las alturas parecían girar, y todos caían hacia él como si quisieran aplastarle. Las fosas nasales de Luke se dilataron de repente, y ni siquiera el frío de Toóla pudo impedir que una delgada capa de sudor perlara su frente, y Luke tuvo una visión.

Estaba en una fortaleza de piedra de las montañas contemplando una llanura más allá de la que se extendía el mar oscuro de un gran bosque, y una tormenta surgió de la nada impulsada por un vendaval de terrible potencia que trajo consigo muros inmensos de nubes negras y polvo, y los árboles se lanzaron hacia él y giraron locamente por el cielo. Las nubes atronaban sobre su cabeza, llenas de llamas púrpura, ocultando hasta el último rayo del sol, y Luke pudo sentir una malevolencia oculta en aquellas nubes y supo que habían sido creadas mediante el poder del lado oscuro de la Fuerza.

El polvo y los guijarros silbaban en el aire flotando en él como hojas de otoño. Luke intentó agarrarse al parapeto de piedra desde el que se dominaba la llanura para no ser arrancado de los muros de la fortaleza. El

vendaval palpitaba en sus oídos como el rugido de un océano, aullando salvajemente.

Era como si una tormenta de pura Fuerza oscura se hubiera desencadenado sobre la tierra, y de repente Luke pudo oír carcajadas entre las inmensas nubes de oscuridad que avanzaban retumbando hacia él, el dulce sonido de mujeres que reían. Alzó la mirada hacia las negras nubes, y vio a las mujeres que flotaban en el aire arrastradas junto con las rocas y los escombros como si fueran motas de polvo, y las mujeres no paraban de reír.

Y una voz pareció susurrar «Las brujas de Dathomir...».

3

Leia se quitó la conexión del comunicador del oído y contempló a la embajadora de Hapes con expresión de perplejidad. Tratar con los hapanianos siempre resultaba bastante difícil: la distancia cultural era muy grande, y podían llegar a ofenderse con mucha facilidad. El rugido de los centenares de miles de personas que formaban la multitud empezó a incrementarse, y Leia alzó la mirada hacia las ventanas del palco de Alderaan mientras se preguntaba qué respuesta debía dar. Han se había vuelto de espaldas al cristal y estaba hablando con Moth Mothma.

—Di a la Ta'a Chume que sus regalos son exquisitos y su generosidad ilimitada —le dijo Leia a la embajadora alzando la voz para hacerse oír por encima del estrépito—, pero aun así necesito tiempo para pensar en la oferta.

Después hizo una pausa y se preguntó durante cuánto tiempo tenía derecho a retrasar su respuesta. Los hapanianos eran un pueblo muy decidido y enérgico. La Ta'a Chume tenía la reputación de tomar decisiones de importancia monumental en cuestión de horas. ¿Podría Leia tomarse un día para decidir? Se sentía aturdida, casi mareada.

—¿Puedo hablar, por favor? —preguntó el príncipe Isolder hablando en básico con un marcado acento.

Leia le miró, muy sorprendida al ver que Isolder era capaz de hablar su lenguaje. Contempló sus ojos grises y se acordó de los negros nubarrones cargados de lluvia cálida que se alzaban sobre las montañas tropicales de Hapes.

Isolder sonrió como pidiéndole disculpas. Había una fuerza indefinible en su rostro, una cualidad curtida y enérgica.

—Sé que vuestras costumbres difieren de las nuestras. Así es como acordábamos nuestros matrimonios reales entre los antiguos, pero quiero que te sientas cómoda con cualquier decisión. Te ruego que te tomes el tiempo necesario para conocer Hapes, nuestros mundos, nuestras costumbres... Tómate el tiempo necesario para llegar a conocerme.

Algo en su manera de hablar hizo que Leia comprendiese que se trataba de una oferta inusual.

—¿Treinta días, quizá? —preguntó—. Si de mí dependiera solicitaría menos tiempo, pero he de partir hacia el sistema de Roche dentro de un par de días. Es una misión diplomática.

El príncipe Isolder bajó los ojos en señal de aceptación.

—Por supuesto —dijo—. Una reina siempre debe estar a la disposición de su pueblo... Si partes en una misión diplomática —añadió con un tono de pedir disculpas—, ¿tendré tiempo de verte antes de tu marcha, y bajo circunstancias menos formales?

Leia pensó a toda velocidad. Tenía muchos temas que estudiar y examinar antes de su partida: acuerdos comerciales, quejas presentadas, estudios de exobiología... Al parecer los verpines, una raza de insectos,

habían incumplido docenas de contratos para construir navios de combate encargados por los barabels, una raza de carnívoros, y quebrantar un contrato hecho con un barabel siempre resultaba altamente nocivo para la salud. Los verpines, por su parte, afirmaban que una de sus madres de colmena había enloquecido y se había quedado con las naves, y no creían tener ninguna obligación de emplear la fuerza para conseguir que la madre de colmena devolviera la mercancía. Todo el asunto se había complicado todavía más debido a ciertos rumores procedentes de fuentes bastante dignas de confianza, según los cuales los barabels habían iniciado negociaciones para vender verpines despedazados a los chefs de los kubazis, una raza a la que le encantaba comer insectos. Leia acabó decidiendo que no podía permitir que su vida personal interfiriese con su trabajo, por lo menos no en aquellos momentos.

Alzó la mirada hacia la cubierta de observación del palco. Han se había marchado con Chewbacca, y Mon Mothma estaba de cara al cristal con el comunicador pegado al oído. Mon Mothma no se movió, pero Threkin Horm, el presidente del Consejo de Alderaan, estaba sentado a su lado. Threkin asintió con la cabeza indicando a Leia que debía aceptar la petición.

—Sí, por supuesto —dijo Leia—. Si dispones de algún momento libre para verme antes de la misión…

—Mis días y mis noches son tuyos —dijo el príncipe sonriéndole amablemente.

—Enonces te ruego que cenes conmigo esta noche en mi camarote a bordo del *Sueño Rebelde* —dijo Leia.

Isolder volvió a bajar los ojos, y después utilizó el pulgar y el índice de cada mano para alzar el velo negro delante de su rostro. Leia se había maravillado ante la hermosura de los hombres y mujeres de Hapes durante su visita, pero sintió una punzada de pena al ver que Isolder ocultaba su cara, y también se sintió un poco culpable por desear poder contemplarla durante unos momentos más.

Leia salió de la Gran Sala de las Recepciones, y su marcha fue observada por miles de asistentes a la ceremonia. Estaba nerviosa y un poco preocupada, y en aquellos momentos lo único que quería era encontrar a Han. Fue a sus aposentos de la embajada con la esperanza de que Han estaría allí, pero las habitaciones estaban vacías. Eso la dejó perpleja, y Leia utilizó su comunicador para sintonizar la frecuencia militar, y descubrió que Han se había marchado de Coruscant y que se dirigía hacia el *Sueño Rebelde.* Eso era una mala señal. El *Halcón Milenario* había estado atracado a bordo del *Sueño Rebelde* esperando el regreso de Han. Cuando Han se sentía preocupado o frustrado, siempre le gustaba trabajar en el *Halcón.* Utilizar sus manos para resolver problemas con los que estaba familiarizado parecía relajarle, y cuando no se sentía a gusto siempre tenía que ir corriendo a su nave y su trabajo. La propuesta de la delegación hapaniana debía haberle afectado y trastornado profundamente, probablemente de una manera tan profunda que ni el mismo Han sabía reconocer. Leia estaba agotada, pero podía comprender muy bien qué había puesto de tan mal humor a Han, y solicitó que le enviaran su lanzadera personal.

Encontró el *Halcón* en el muelle de atraque número noventa. Han y Chewie estaban en la cabina principal delante de los paneles de control, muy ocupados con el enredo de cables que establecían las conexiones con los escudos protectores contra ataques mediante armas energéticas y de proyectiles. Chewie alzó la mirada hacia Leia y lanzó un rugido de saludo,

pero Han siguió donde estaba, dándole la espalda con un soplete de plasma en la mano. Apagó el soplete, pero no hizo girar la silla del capitán hacia ella para mirarla.

—Hola —dijo Leia en voz baja y suave—. Esperaba encontrarte esperándome en mi habitación en Coruscant.

—Sí, ya... Bueno, tenía que ocuparme de unas cuantas cosas —dijo Han. Chewbacca se puso en pie y abrazó a Leia presionando el pelaje leonado de su estómago contra su rostro, y después bajó a la cubierta inferior dejándoles a solas. Han se volvió hacia Leia. Tenía la frente cubierta de sudor, aunque Leia sabía que no podía llevar trabajando el tiempo suficiente como para transpirar de aquella manera—. Bueno... Eh... ¿Qué tal ha ido todo por ahí abajo? ¿Qué les dijiste a los hapanianos?

—Les pedí que me dieran unos cuantos días para pensarlo —respondió Leia.

No se atrevía a decirle que Isolder la visitaría a bordo del *Sueño Rebelde* aquella noche.

—Hmmmmm...

Han asintió.

Leia tomó sus manos cubiertas de grasa y suciedad entre las suyas.

—No podía decirles que se fueran —le explicó con dulzura—. Habría sido una descortesía intolerable... Aunque no quiera casarme con su príncipe, no puedo echar a perder nuestra oportunidad de establecer una relación con ellos. Los hapanianos son muy poderosos. Fui a Hapes por la única razón de que quería averiguar si estaban dispuestos a ayudarnos en nuestra lucha contra los señores de la guerra.

—Lo sé. —Han suspiró—. Harías prácticamente cualquier cosa para poder vencerles...

—¿Qué se supone que significan esas palabras?

—Odiabas al Imperio, pero ahora Zsinj y los señores de la guerra son lo único que queda de él. Has arriesgado tu vida una docena de veces para combatirles... Darías tu vida por la Nueva República si eso llegara a ser necesario, ¿verdad? Lo harías sin pensarlo dos veces, sin lamentarte...

—Por supuesto que sí —respondió Leia—. Pero...

—Entonces sospecho que ahora darás tu vida por ella —dijo Han—. Se la entregarás a los hapanianos, pero en vez de morir por ellos lo que harás será vivir por ellos.

—Yo... Yo nunca podría hacer eso —le aseguró Leia.

Han la miró fijamente. Estaba respirando de manera entrecortada, y cuando volvió a hablar todo el dolor y la acusación anteriores se habían esfumado de su voz.

—Por supuesto que no. —Suspiró y dejó el soplete de plasma en el suelo—. No sé qué por qué se me han metido esas ideas en la cabeza. Yo sólo...

Leia le acarició la frente. Había pasado cinco meses lejos de él, y no sabía muy bien cómo tratarle. Supuso que en circunstancias normales Han se habría tomado la propuesta de los hapanianos como una mera broma, pero estaba muy callado. No, estaba ocurriendo algo más, algo que le estaba hiriendo en lo más profundo de su ser.

—¿Qué pasa? No pareces el de siempre, Han...

—No lo sé —susurró Han—. Es... Bueno, es la última misión. El haber vuelto a todo esto... Estoy tan cansado, Leia... Ya viste lo que el *Puño de Hierro* hizo en Selaggis. Convirtió toda la colonia en escombros. Lo estuve

siguiendo durante meses, y fuera donde fuese lodo era lo mismo: estaciones estelares desintegradas, astilleros destruidos... Y todo eso por un solo Super Destructor Estelar con un asesino sentado delante del tablero de mandos.

»Cuando el Emperador murió, creí que habíamos vencido; pero a cada momento que pasa vuelvo a darme cuenta de que estamos luchando con algo tan enorme, tan monstruoso... Cada vez que parpadeo, otro gran almirante anuncia otro grandioso plan de unificación, o un general de sector del que nadie había oído hablar hasta ese momento levanta su fea cabeza. Algunas noches sueño que estoy luchando con una bestia entre la niebla, una bestia enorme que ruge y devora... No puedo ver su cuerpo, pero su cabeza emerge de repente de la niebla, con los ojos llameantes, y yo me enfrento a ella con un hacha, y por fin consigo cortarle la cabeza. Unos momentos después oigo rugidos entre la niebla, y eso quiere decir que a la bestia le ha crecido una nueva cabeza. No puedo ver de dónde viene, no puedo ver el cuerpo... Sé que está ahí, pero es invisible. Hemos perdido tantas cosas y a tantos, y seguimos sufriendo pérdidas a cada momento...

—¿Te refieres a la guerra ? —preguntó Leia—. Sí, supongo que en el frente debe producir esa impresión —dijo intentando calmarle—. Los señores de la guerra se alimentan del miedo y la codicia, al igual que el Imperio al que servían antes; pero como diplomática, casi todo lo que veo son victorias. A cada día que pasa, otro mundo se une a la Nueva República. Cada día hacemos algún pequeño progreso... Puede que estemos perdiendo unas cuantas batallas, pero estamos ganando la guerra.

—¿Y si el Imperio estuviera perfeccionando sus sistemas de camuflaje para aplicarlos a sus Destructores Estelares? —preguntó Han—. No paramos de oír rumores al respecto... ¿Y si Zsinj o algún otro gran almirante construye otra nave como el *Puño de Hierro,* o una flota entera de ellas?

Leia tragó saliva.

—Entonces seguiríamos luchando —dijo—. Un Super Destructor Estelar de ese tamaño necesita mucha energía para funcionar. Zsinj nunca podría permitirse utilizar más de uno o dos al mismo tiempo... Los costos son demasiado altos, y al final acabaríamos dejándole sin recursos.

—Esta guerra no ha terminado —dijo Han—. Puede que no termine durante nuestras vidas.

Leia nunca había visto a Han tan sombrío y abatido, tan agotado y falto de energías.

—Si no podemos conseguir la paz para disfrutarla nosotros mismos, entonces lucharemos por nuestros hijos —respondió.

Han se echó hacia atrás y apoyó la cabeza sobre los senos de Leia, y Leia comprendió que estaba pensando. Había dicho «nuestros hijos», y Han estaría pensando en los hapanianos.

—He de admitir que hoy los hapanianos han hecho una oferta muy tentadora —dijo Han—. Siempre oyes rumores sobre las riquezas de los «mundos escondidos», pero... ¡Uf! ¿Viste una parte muy grande de Hapes cuando estuviste allí?

—Sí —respondió Leia con firmeza—. Deberías ver lo que las Reinas Madres han ido construyendo a lo largo de los siglos, Han. Sus ciudades son preciosas: tranquilas, majestuosas... Pero no se trata sólo de las casas o de las fábricas. Es su gente, sus ideales... Se respira una sensación de..., de paz.

Han alzó la mirada hacia los ojos de Leia, que habían adoptado repentinamente una expresión soñadora.

—Estás enamorada —dijp.

—No, no lo estoy —replicó Leia.

Pero Han se retorció de repente y la agarró por los hombros.

—Sí, lo estás. —La miró fijamente—. Escucha, cariño, puede que no estés enamorada de Isolder, ¡pero te has enamorado de su mundo! Cuando el Emperador destruyó Alderaan, destruyó todo lo que amabas, todo aquello por lo cual estabas luchando... No puedes borrar eso, Leia. ¡Echas de menos tu hogar!

Leia contuvo el aliento y comprendió que Han tenía razón. Sí, era verdad. Nunca había dejado de llorar Alderaan y los amigos perdidos, y la gracia y la sencillez de la arquitectura de Hapes hacía que existiera una cierta similitud entre los dos mundos. Los habitantes de Alderaan habían sentido un respeto tan grande hacia la vida que se negaron a construir sus ciudades en las llanuras porque quienes vivieran en ellas pisotearían la hierba. Sus majestuosas ciudades se alzaban hacia el cielo desde las cimas de acantilados de caliza entre las extensiones ondulantes de los campos, o se incrustaban como cuñas en las cañadas bajo el hielo polar, o eran sostenidas por soportes gigantescos en los poco profundos mares de Alderaan.

Leia se tapó los ojos con la mano. Las lágrimas habían empezado a acumularse en ellos. Aquéllos habían sido tiempos mucho más sencillos.

—Vamos, vamos... —murmuró Han, y le apartó la mano de los ojos y se la besó—. No hay por qué llorar.

—Todo es tan complicado y difícil... —dijo Leia—. Esta misión diplomática ante los verpines, las batallas con los señores de la guerra... He estado trabajando muy duro, y me he encargado de una misión detrás de otra; y mientras hacía todo eso albergaba la esperanza de que encontraríamos un mundo que pudiera servirnos de hogar, pero nada parece salir bien.

—¿Qué hay del Nuevo Alderaan? Los Servicios de Mantenimiento te han encontrado un lugar muy bonito.

—Y hace cinco meses fue descubierto por algunos de los agentes de Zsinj. Tuvimos que evacuarlo, al menos temporalmente.

—Estoy seguro de que ya aparecerá algún otro sitio.

—Quizá, pero aun suponiendo que encontremos algo, no será como el hogar —dijo Leia—. Nos hemos estado reuniendo cada mes con el Consejo de Alderaan. Hemos discutido la posibilidad de terraformar uno de los planetas de nuestro propio sistema, crear una estación espacial o comprar otro mundo, pero la gran mayoría de refugiados de Alderaan son comerciantes pobres o diplomáticos que se encontraban fuera del planeta cuando el Imperio atacó. No disponemos de las enormes cantidades de dinero que se necesitan para comprar un planeta o terraformarlo. Eso nos dejaría en la miseria durante generaciones... Y mientras tanto los exploradores están buscando algún planeta del confín de la galaxia que no figure en los mapas, pero nuestros comerciantes no están de acuerdo con esa solución y tienen muchas razones para no estarlo. Ya han establecido rutas comerciales a otros planetas, y no podemos pedirles que se aislen de sus fuentes de ingresos. Nos estamos aproximando a un callejón sin salida, y algunos miembros del consejo están a punto de rendirse.

—¿Y qué hay de los regalos que te entregaron hoy los hapanianos? Podrían serviros de mucho como cuota de pago inicial en la compra de un planeta.

—No conoces a los hapanianos. Sus costumbres son muy estrictas, Han. Si acepto sus regalos, estoy accediendo a un trato de la variedad todo-o-nada... Si no me caso con Isolder, tendré que devolver todo lo que me han regalado.

—Pues entonces devuélveselo todo —dijo Han—. Creo que no deberías tener nada que ver con los hapanianos, Leia. Son mala gente.

—Ni siquiera les conoces —respondió Leia, asombrada al ver que Han era capaz de decir cosas semejantes sobre una cultura que abarcaba docenas de sistemas estelares.

—Y supongo que tú sí, ¿verdad? —contraatacó Han—. ¿Es que una semana de lavado de cerebro a cargo de sus jefes de propaganda en Hapes te ha convertido en una experta sobre su civilización?

—Estás hablando de todo un cúmulo estelar —dijo Leia—. Hablas de miles de millones de personas... Hasta el día de hoy nunca habías visto a un hapaniano. ¿Cómo puedes hablar así de ellos?

—Los hapanianos han mantenido cerradas sus fronteras durante más de tres mil años —dijo Han—. He visto con mis propios ojos lo que ocurre cuando te acercas demasiado a ellos. Créeme, Leia, están ocultando algo...

—¿Ocultando algo? No tienen nada que ocultar. Lo único que tienen es una forma de vida tranquila y apacible que creen está amenazada por las influencias exteriores.

—Si esa Reina Madre suya es tan fantástica, ¿por qué iba a sentirse amenazada por nosotros? —le preguntó Han—. No, princesa... Está escondiendo algo. Está asustada.

—No puedo creerlo —dijo Leia—. ¿Cómo puedes llegar a pensar algo semejante? Si la situación fuera realmente tan terrible en el cúmulo de Hapes, ¿no crees que veríamos desertores o refugiados? Nadie se marcha nunca de allí.

—Quizá se deba a que no pueden salir de allí —dijo Han—. Puede que esas patrullas hapanianas hagan algo más que mantener alejados a los que podrían crearles problemas...

—Eso es absurdo —dijo Leia—. Te estás volviendo paranoico.

—Paranoico, ¿eh? ¿Y tú, princesa? ¿Es que unas cuantas baratijas te han cegado hasta el extremo de que eres incapaz de ver lo que tienes delante de los ojos?

—Oh, pareces tan seguro de ti mismo... ¿Realmente te sientes tan amenazado por Isolder?

—¿Amenazado? ¿Por esa montaña de músculos? ¿Yo? —Han se señaló el pecho—. ¡Por supuesto que nó!

Leia sabía que estaba mintiendo.

—Entonces no te importará que cene a solas con él esta noche, ¿verdad?

—¿Vas a cenar con él? —preguntó Han—. ¿Por qué debería importarme que Isolder vaya a cenar con la mujer a la que amo, la mujer que afirma estar enamorada de mí?

—Oh, eres realmente encantador... —dijo Leia con sarcasmo—. Había venido aquí para invitarte a esa misma cena, pero ahora pienso que quizá, y fíjate que he dicho quizá, será mejor que te deje seguir sentado en tu rincón para que disfrutes royendo tus mezquinas fantasías de celos.

Leia salió de la sala de control del *Halcón Milenario* hecha una furia.

—Bueno, estupendo... ¡Te veré en la cena! —le gritó Han mientras se iba, y después golpeó una pared con el puño.

Después de que Leia se hubiera marchado, Han se concentró en el *Halcón* y siguió trabajando en la nave hasta que su mente se entumeció y el sudor chorreó por su cara. Utilizó unos cuantos trucos que había aprendido para mejorar los escudos deflectores de energía traseros elevando su eficiencia en un catorce por ciento sobre el índice de eficiencia máxima anterior, y después se metió debajo de la nave para trabajar en las torretas giratorias mientras Chewie se quedaba a bordo y sacaba las lentes de centrado principal de los desintegradores ventrales. Dos horas de duro trabajo más tarde, una delegación con el gordo y viejo Threkin Horm al frente entró en el muelle de atraque. El presidente del Consejo de Alderaan avanzó flotando sobre su sillón repulsor y guió al príncipe Isolder, las guardaespaldas del príncipe y media docena de políticos de segunda fila llenos de curiosidad por el hangar.

—Como pueden ver, éste es uno de nuestros muelles de reparaciones —dijo Threkin Horm con su inconfundible voz nasal mientras introducía firmemente un pulgar entre su tercera y su cuarta papada—. Y éste es nuestro estimado general Han Solo, un héroe de la Nueva República, que está trabajando en su nave..., eh..., uh..., particular, el *Halcón Milenario.*

El príncipe Isolder contempló con gran atención el *Halcón* y recorrió con la mirada el oxidado casco exterior y la extraña panoplia de componentes. Han no habría sabido explicar por qué, pero nunca se había sentido tan incómodo y avergonzado en todos los años que llevaba siendo capitán del *Halcón.* La nave parecía un auténtico montón de chatarra depositado sobre el reluciente suelo negro de un Destructor Estelar. Isolder era más alto que Han, y su robusto pecho y musculosos brazos resultaban vagamente intimidantes, pero no tanto como su majestuoso porte o la tranquila energía de su rostro, los ojos color gris mar, la nariz impecablemente recta y la abundante cabellera que se desparramaba sobre sus hombros. Se había cambiado de ropa, y llevaba una media capa de seda distinta de la anterior sobre un peto blanco muy ceñido que no ocultaba los músculos que parecían esculpidos en su estómago ni el intenso bronceado del príncipe. Isolder parecía un dios bárbaro que hubiese cobrado vida.

—Han es un viejo amigo de Su Alteza la Princesa Leia Organa —añadió Threkin Horm—. De hecho, y si no estoy equivocado, le ha salvado la vida en varias ocasiones...

Isolder concentró su atención en Han y le sonrió afablemente.

—Así que no sólo es usted el amigo de Leia, sino también su salvador, ¿verdad? —preguntó, y Han creyó ver auténtica gratitud en sus ojos—. Nuestro pueblo ha contraído una gran deuda con usted.

La voz potente y suave de Isolder tenía un acento bastante extraño. Las vocales largas quedaban muy marcadas, como si el príncipe temiera no pronunciarlas con suficiente claridad al hablar.

—Oh, supongo que se podría decir que soy más que su salvador —respondió Han—. Para ser exactos, ella y yo estamos enamorados.

—¡General Solo! —balbuceó Threkin, pero el príncipe Isolder alzó una mano.

—No, no... —dijo Isolder—. Leia es una mujer muy hermosa, y me parece muy comprensible que se haya sentido atraído hacia ella. Espero que mi aparición aquí no haya resultado demasiado... perturbadora.

—La palabra adecuada es «irritante» —replicó Han—. Quiero decir que... Bueno, no es que desee verle muerto ni nada por el estilo, príncipe.

Neutralizado... Sí, eso quizá sí, pero no muerto.

—¡Os pi-pido dis-disculpas, príncipe Isolder! —tartamudeó Threkin, y después fulminó con la mirada a Han—. Esperaba más educación de un general de la Nueva República. Pensaba que al menos sabría cómo debe comportarse...

El fruncimiento de ceño de Threkin sugería que si tuviera algún grado de control sobre ese tipo de decisiones, Han estaría corriendo un serio peligro de perder su rango.

Isolder contempló en silencio a Han durante unos momentos y después se inclinó levemente ante él, con lo que los mechones de su larga cabellera rubia bailaron sobre sus hombros, y le sonrió.

—Le aseguro que no me siento ofendido —dijo—. El general Solo es un guerrero, y desea luchar por la mujer a la que ama. Ésa es la forma de ser del guerrero...

»Bien, general Solo, ¿tendría la bondad de enseñarme el interior de su nave?

—Será un placer, Alteza —respondió Han, y precedió a Isolder por la pasarela de acceso.

Threkin Horm emitió un balbuceo ininteligible e intentó seguirles, pero dos de las mujeres que actuaban como guardaespaldas de Isolder se interpusieron en su camino. Una hermosa pelirroja dejó caer su mano sobre la culata de su desintegrador como en un gesto casual, y una alarma silenciosa sonó en la mente de Han. Había visto a personas como ella con anterioridad, personas muy seguras de sí mismas y tan familiarizadas con sus armas que el desintegrador casi parecía una extensión de sus cuerpos. Aquella mujer era peligrosa. Threkin Horm también debió comprenderlo, pues detuvo inmediatamente su sillón repulsor.

Mientras subía hacia la nave Han esperaba que Isolder le golpeara por detrás en cualquier momento, pero el príncipe se limitó a seguirle. Después escuchó con atención a Han mientras éste le mostraba su unidad hiperimpulsora, los motores sublumínicos y el armamento y las defensas que había ido acumulando lentamente a lo largo de los años.

Cuando Han hubo terminado de enseñarle la nave, Isolder se inclinó hacia él.

—¿Quiere decir que realmente es capaz de volar? —le preguntó poniendo cara de perplejidad.

—Oh, sí —respondió Han mientras se preguntaba si el príncipe estaba realmente asombrado o si se trataba de mera insolencia—. Y es muy rápida.

—El hecho de que consiga mantener unidos todos estos componentes dice mucho en favor de su habilidad. Es una nave de contrabandista, ¿verdad? Velocidades muy altas, compartimentos secretos, armamento oculto, ¿no?

Han se encogió de hombros.

—Estoy familiarizado con los contrabandistas. Cuando era joven abandoné mi hogar y fui corsario durante unas cuantas estaciones —dijo Isolder—. ¿Ha visto alguno de nuestros cruceros de batalla de la clase Nova?

—No—respondió Han.

Observó con más atención al príncipe, y sintió curiosidad y un repentino respeto hacia él.

El príncipe juntó las manos detrás de la espalda.

—Tienen más de cuatrocientos metros de eslora —dijo con voz pensativa—, pueden funcionar sin necesidad de reavituallarse durante más

de un año, son muy rápidos y podrían convertir esta nave en polvillo espacial antes de que usted tuviera tiempo de gritar.

—¿Me está amenazando? —preguntó Han.

—No —replicó Isolder—. Le entregaré uno si me promete que lo utilizará para irse muy, muy lejos de aquí —añadió después en un murmullo de conspirador.

Han se inclinó hacia adelante.

—No hay trato —le respondió con un susurro en el mismo tono que había empleado Isolder.

Isolder sonrió y la admiración brilló en sus ojos.

—Bien, así que es un hombre de principios, ¿verdad? Entonces permita que apele a esos principios... General Solo, ¿qué puede ofrecerle realmente a Leia?

Han no estaba preparado para responder a esa pregunta y vaciló durante unos momentos antes de hablar.

—Me ama y yo la amo —dijo por fin—. Eso es suficiente.

—Si la ama, entonces déjeme el campo libre —replicó Isolder—.

Leia quiere la seguridad que Hapes ofrece a su gente. Pero amarle a usted sólo serviría para crearle obstáculos, y acabaría proporcionándole una vida mucho más pequeña y miserable que la que se merece.

Isolder se dispuso a marcharse pasando junto a Han por el angosto pasillo, pero Han le agarró por el hombro e hizo girar al príncipe en redondo.

—¡Un momento! —exclamó—. ¿Qué está pasando aquí? Pongamos todas nuestras armas sobre la mesa.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Isolder.

—Quiero decir que hay un montón de princesas en el universo, y que quiero saber qué le ha traído hasta aquí. ¿Qué razón impulsó a su madre a escoger a Leia? No tiene riquezas, no tiene nada que ofrecer a Hapes... Si quiere obtener un tratado con la Nueva República, hay formas más fáciles de conseguirlo.

Isolder bajó la mirada hacia los ojos de Han y sonrió.

—Tengo entendido que Leia le ha invitado a cenar con nosotros esta noche —dijo—. Creo que quizá será mejor que los dos oigan lo c|ue tengo que decirles...

4

Cuando Han entró en el camarote de Leia para cenar, vestido con su uniforme más elegante y llevando todas las condecoraciones y galones que exigían las circunstancias, los comensales ya iban por el segundo plato. Resultaba evidente que Leia no esperaba que Han aceptara su invitación. El príncipe Isolder estaba sentado a la izquierda de Leia vestido con un traje de etiqueta de corte muy clásico y nada llamativo, y sus guardias-amazonas permanecían inmóviles detrás de él. Han no pudo evitar contemplar a las mujeres durante un momento: las dos vestían trajes muy seductores de seda color rojo fuego, y cada una iba armada con un desintegrador de cachas plateadas enfundado en una cadera y una espada vibratoria cubierta de complejos adornos en la otra. Threkin Horm estaba sentado en su sillón repulsor a la derecha de Leia. Los sirvientes se apresuraron a preparar un cubierto para Han, y mientras tanto Leia le presentó a Isolder.

—Ya se han conocido —dijo Threkin Horm en un tono bastante gélido.

Leia miró a Threkin, cuyo rostro estaba empezando a enrojecer de ira.

—Sí —dijo Han—, el príncipe vino a charlar un rato conmigo mientras yo estaba trabajando'en el *Halcón Milenario.* Descubrimos que..., eh..., que tenemos algunas cosas en común.

Han se dio la vuelta bastante deprisa mientras se sentaba, esperando que Leia no percibiría su incomodidad.

—Oh, ¿de veras? Bueno, me encantaría saberlo todo sobre esa charla...

El tono de Leia sugería que estaba pensando en tomar represalias.

—Sí, general Solo... ¿Por qué no se lo cuenta todo? —gruñó Threkin.

Hubo un silencio bastante incómodo que acabó siendo roto por el príncipe Isolder.

—Bueno, para empezar me fascinó enterarme de que tanto el general Solo como yo fuimos corsarios durante un tiempo —dijo—. Realmente, no cabe duda de que el universo es un pañuelo...

—¿Corsarios? —preguntó Threkin con suspicacia.

Han dejó escapar un suspiro de alivio.

—Sí —dijo Isolder—. Cuando era un muchacho, unos corsarios atacaron el navio insignia real y mataron a mi hermano mayor. Fue entonces cuando me convertí en el Chume'da, el heredero... Era joven y estaba lleno de idealismo, así que me marché en secreto de mi mundo y asumí una nueva identidad. Pasé dos años recorriendo las líneas comerciales a bordo de una nave corsaria detrás de otra, persiguiendo al pirata que había matado a mi hermano.

—Qué historia tan interesante... —dijo Leia—. ¿Y lograste dar con él?

—Sí —dijo Isolder—, logré dar con él. Se llamaba Harravan. Le arresté, y le encerramos en una prisión de Hapes.

—Trabajar con piratas debió de resultar muy peligroso —dijo Threkin—. Vaya, si hubieran llegado a descubrir vuestra identidad...

—Los piratas no eran tan peligrosos como podría pensarse —dijo

Isolder—. La mayor amenaza procedía de las fuerzas navales de mi madre. Tuvimos frecuentes... encuentros.

—¿Quieres decir que tu madre no sabía dónde estabas? —preguntó Leia.

—No. Los medios de comunicación creían que el miedo me había impulsado a esconderme, y como mi madre no sabía dónde había ido, intentó quitar toda la importancia que pudo a mi desaparición con la esperanza de que volvería algún día.

—Y el pirata al que capturó, Harravan... ¿Qué fue de él? —preguntó Han.

—Fue asesinado en la cárcel mientras esperaba ser juzgado —respondió secamente Isolder—, antes de que hubiera podido revelar los nombres de sus cómplices.

Hubo un silencio bastante tenso que se prolongó durante unos momentos, y Leia miró a Han. Resultaba obvio que se había dado cuenta de que Isolder había cambiado de tema para proteger a Han de su ira. Han carraspeó.

—¿Tienen muchos problemas con los corsarios en el cúmulo estelar de Hapes?

—No, la verdad es que no —dijo Isolder—. El interior del cúmulo es notablemente seguro, pero siempre tenemos problemas en la periferia sin importar lo muy a fondo que la patrullemos. Nuestros encuentros en la periferia son frecuentes, y frecuentemente sangrientos.

—Yo sobreviví a uno de esos encuentros cuando me dedicaba al contrabando —dijo Han—. Después del infierno por el que pasamos, me asombra que haya piratas dispuestos a operar en su cúmulo.

Han estaba empezando a hacerse algunas preguntas sobre Isolder. Había sido corsario, había arriesgado su vida contra el poderío de la flota de su misma madre, y había corrido el riesgo de que los piratas con los que vivía y actuaba pudieran llegar a descubrir su verdadera identidad. Isolder era apuesto y rico, y por sí solos esos rasgos ya lo convertían en una amenaza, pero Han empezó a comprender que aquel príncipe extranjero debía ocultar bastante dureza y oscuridad debajo de su impecable y cuidado exterior. No era la clase de hombre que necesitara esconderse detrás de unas amazonas adiestradas para servirle de guardaespaldas.

Isolder se encogió de hombros.

—El cúmulo estelar de Hapes es muy rico, y eso siempre atrae el interés del exterior; pero estoy seguro de que ya conoce nuestra historia. Algunos jóvenes tienden a glorificar el antiguo estilo de vida...

—¿Qué pasa con su historia? —preguntó Han.

Leia sonrió.

—¿Es que no aprendiste nada en la academia?

—Aprendí a pilotar un caza —dijo Han—. En cuanto a la política, se la dejo a los diplomáticos.

—El cúmulo estelar de Hapes fue colonizado originalmente por piratas que formaban un grupo llamado Incursores de Lorell —dijo Leia—. Acecharon durante centenares de años en las rutas comerciales de la Vieja República, atacando naves y robando cargamentos. Y cuando encontraban a una mujer hermosa, algún incursor se la llevaba a los mundos ocultos de Hapes como trofeo... En resumen, Han, que te habrías llevado estupendamente con esos incursores.

Han se dispuso a protestar, pero la cálida sonrisa de Leia le indicó que estaba bromeando.

—Y las mujeres de Hapes criaron a sus hijos lo mejor que pudieron —

dijo Threkin Horm con voz estridente—. Los piratas se llevaban a los chicos y los convertían a su vez en piratas. Pasaban varios meses fuera del cúmulo, y luego volvían a él para descansar.

Han alzó la mirada. Threkin Horm estaba observando a las guardaespaldas de Isolder con tanto interés como el que demostraba normalmente hacia la comida, y Han comprendió de repente por qué la belleza física era tan corriente en el cúmulo estelar de Hapes: sus habitantes llevaban muchas generaciones reproduciéndose con la hermosura como objetivo.

—Cuando los Jedi, por fin, consiguieron acabar con los Incursores de Lorell, las flotas piratas no volvieron jamás —dijo el príncipe Isolder—. Los mundos de Hapes quedaron olvidados durante un tiempo, y las mujeres de Hapes asumieron el control de sus destinos y juraron que ningún hombre volvería a gobernarlas nunca. Las Reinas Madres se han mantenido fieles a ese juramento desde hace miles de años.

—Y han hecho un trabajo magnífico con sus mundos —dijo Leia.

—Por desgracia, algunos de nuestros jóvenes siguen sintiéndose impotentes y atrapados en nuestra sociedad —añadió Isolder—, y la consecuencia de ello es que glorifican las viejas costumbres. Cuando se rebelan, suelen convertirse en piratas, y eso nos crea un problema que nunca acaba de resolverse.

Han engulló unos cuantos bocados de su plato, que contenía una variedad de carne cuyo sabor resultaba entre anfibio y demasiado cargado de especias, y se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que estaba comiendo.

—Pero nos hemos apartado del tema —dijo Threkin Horm—. Me parece recordar que hace unos minutos la princesa Leia preguntó de qué había hablado hoy con el general Solo... —añadió mientras miraba fijamente a Han.

—Ah, sí —dijo el príncipe Isolder—. Han me formuló una pregunta que creo merece ser respondida. Se preguntó por qué habiendo tantas princesas en la galaxia, entre ellas muchas que son considerablemente más ricas que Leia, qué razón había impulsado a mi madre a elegirla.

»La verdad es que la Reina Madre no escogió a Leia —siguió diciendo Isolder con voz firme y tranquila mientras miraba a Leia—. Fui yo quien la escogió. —Threkin Horm debía haberse atragantado con un bocado de comida, pues empezó a toser en su servilleta. Isolder se volvió hacia Leia—. Cuando la lanzadera de Leia se posó en Hapes, mi madre la invitó a una celebración en los jardines. Estaban tan rodeadas de dignatarios procedentes de todos los mundos de Hapes que Leia no habló conmigo, y es posible que ni siquiera llegase a verme. De hecho, creo que ni siquiera sabía que yo existía, pero me enamoré de ella. Nunca había hecho algo así, y nunca había sido tan impulsivo. Ninguna otra mujer me ha cautivado jamás de esta manera... Concertar el matrimonio con Leia no ha sido idea de mi madre. Se limitó a acceder a mi petición.

Isolder tomó la mano de Leia y la besó. Leia se ruborizó, y contempló al príncipe Isolder en silencio.

La mirada de Han se posó en los ojos grises de Isolder, en la cascada de cabellos dorados que caía sobre sus hombros y en su rostro enérgico y apuesto, y de repente estuvo horriblemente seguro de que Leia nunca podría resistirse a un hombre semejante.

La mente se le quedó en blanco, y lo siguiente que supo fue que se

estaba levantando de la mesa y que se tambaleaba intentando empujar su silla hacia atrás. Los ojos de todos los presentes se volvieron hacia él, y Han se sintió tan torpe y estúpido como un niño pequeño. La lengua parecía habérsele vuelto de trapo, y Han volvió a sentarse. Sus pensamientos giraban a toda velocidad en un torbellino tan alocado que no dijo nada, y prácticamente no oyó nada durante el resto de la cena.

Cuando se prepararon para marcharse una hora después, Han dio un rápido beso de buenas noches a Leia y después se preguntó qué le habría parecido el beso a Leia, como si el haberla besado fuera una prueba atlética en la que ella debiera ejercer de juez. Threkin Horm se despidió de Leia con un cálido apretón de manos y fue el primero en marcharse, mientras el príncipe Isolder se quedaba hablando con ella durante unos momentos y le agradecía la cena y el tiempo que había pasado con él. Hizo alguna broma y Leia dejó escapar una suave carcajada. El príncipe le dio un beso de buenas noches justo cuando Han se daba cuenta de que a Isolder le estaba costando mucho despedirse de Leia. Isolder y Leia estaban muy cerca el uno del otro, y el beso empezó siendo un beso amistoso del tipo que solían intercambiar los dignatarios, pero Isolder lo prolongó primero un segundo y luego otro más. Después retrocedió un paso y Leia le miró a los ojos.

Isolder volvió a agradecerle aquella maravillosa velada, miró a Han, y un momento después Han e Isolder estaban al otro lado de la puerta del camarote de Leia y el príncipe ya empezaba a alejarse seguido por sus guardaespaldas.

—Voy a luchar contigo por ella —dijo Han con los ojos clavados en la espalda del príncipe.

Eran unas palabras tan groseras como estúpidas e inadecuadas, pero Han sentía que la cabeza le daba vueltas y no se le había ocurrido otra cosa.

El príncipe se envaró y giró sobre sí mismo.

—Lo sé, general Solo —dijo—. Pero le prometo que Leia acabará siendo mía. Hay mucho en juego aquí..., mucho más de lo que usted sabe.

Su cena con el príncipe Isolder ya había terminado hacía mucho rato, y Leia estaba en la cama. Había estado a punto de quedarse dormida, pero la despertó el zumbido de los motores de la nave cuando los técnicos probaron el hiperimpulsor. Las gemas arco iris de Gallinore estaban sobre su tocador envueltas en los suaves destellos de sus luces internas, y el árbol de Selab emitía un exótico olor a nuez moscada que había ido impregnando la atmósfera de la habitación. Threkin había insistido en guardar los tesoros en el camarote de Leia, pero Leia intentaba no acordarse demasiado de todas aquellas riquezas. En vez de ellas, era Isolder quien ocupaba sus pensamientos. Pensaba en la cortesía con que había tratado a Han durante la cena, en sus continuas atenciones, sus bromas y la facilidad con que reía y, finalmente, en su declaración de amor.

Leia se levantó de la cama en pleno ciclo de sueño normal. Se sentó delante de una consola de ordenador y estudió a los verpines en un intento de expulsar de su mente a Isolder. Aquella raza de insectos de gran tamaño llevaba ya mucho tiempo viajando por el espacio, y había colonizado los cinturones de asteroides de Roche antes de que surgiera la Vieja República. Los verpines habían desarrollado una forma de gobierno muy extraña. Se comunicaban mediante ondas de radio utilizando un curioso órgano de su pecho, con el resultado de que un verpine podía hablar con toda la raza en

cuestión de segundos, y eso les había permitido desarrollar una especie de mente comunal. A pesar de ello, cada verpine se consideraba totalmente independiente del grupo y no estaba controlado por la colmena. Un verpine que tomara una decisión que pudiera acabar siendo considerada «equivocada» por el grupo nunca era castigado o condenado. Los actos de la madre de colmena «loca» que había saboteado los contratos con los barabels no eran percibidos como un crimen que debía ser rectificado, sino meramente como el resultado de una enfermedad que debía inspirar compasión.

Leia inspeccionó los archivos, y encontró considerables evidencias de la existencia de criminales en los libros de historia que hablaban de los verpines, y que dejaban claro que la raza de insectos había tenido sus asesinos y sus ladrones. Leia también hizo un descubrimiento muy interesante. Casi todos ellos tenían algo en común: unas antenas dañadas. Ese hecho hizo que Leia se preguntara si los verpines no habrían ido más lejos en el proceso evolutivo que llevaba al desarrollo de una mente comunal de lo que ellos mismos creían. Un verpine sin antenas estaba condenado a la soledad eterna, y no se podía llegar hasta él.

Fuera cual fuese la razón de la conducta de los verpines, los barabels estaban lo suficientemente irritados como para acabar con toda la especie, hacerla picadillo y servirla como entremeses. Leia sabía que no encontraría una respuesta hasta que llegara al sistema de Roche y se reuniera con los verpines. Probablemente no comprendería toda la verdad ni aun suponiendo que pudiera ver a la reina de colmena que había enloquecido.

Leia se frotó sus cansados ojos, pero estaba demasiado tensa para poder conciliar el sueño, y en vez de irse a acostar lo que hizo fue recorrer los largos pasillos hasta llegar a la sala de holovisión.

—Quiero hablar con Luke Skywalker —le dijo—. Debería poder localizarle en la embajada de la Nueva República en Toóla.

El operador asintió, estableció la conexión y habló con un operador de la embajada.

—Skywalker se encuentra en una zona despoblada —dijo—. Si se trata de una emergencia, podemos tenerle delante de la holopantalla dentro de una hora.

—Hágalo, por favor —dijo Leia—. Le esperaré aquí. De todas maneras no consigo dormir...

Se sentó cerca del operador y esperó a que Luke estableciera la conexión. Cuando apareció, Luke estaba en un gran edificio y llevaba un sobretodo de lana oscura. Detrás de él había una gigantesca ventana de cristal tallado. Un sol rojo pálido brillaba con fría claridad a través de la ventana, esparciendo luz alrededor de Luke y envolviéndole en lo que parecía un halo de fuego.

—¿En qué consiste la emergencia? —preguntó Luke con voz entrecortada y jadeante.

Leia se sintió repentinamente muy avergonzada, y tuvo que hacer un considerable esfuerzo para hablar. Le contó todo lo referente a Isolder, y le habló de los tesoros que se amontonaban en su habitación y de la propuesta de Hapes. Luke la escuchó sin inmutarse, y estudió su rostro en silencio durante unos momentos cuando Leia hubo terminado de hablar.

—¿Isolder te asusta? Puedo sentir tu miedo...

—Sí —dijo Leia.

—Y sientes ternura hacia él, algo que incluso podría llegar a convertirse

en amor. Pero no quieres herir a Han y tampoco quieres herir al príncipe, ¿verdad?

—Sí —dijo Leia—. Oh, estoy empezando a lamentar haberte llamado para hablar de algo tan trivial.

—No, esto no es trivial —dijo Luke, y de repente sus pupilas azul claro parecieron mirar más allá de ella y centrarse en algo que se encontraba a una gran distancia—. ¿Has oído hablar alguna vez de un planeta llamado Dathomir?

—No —respondió Leia—. ¿Por qué me lo preguntas?

—No lo sé —dijo Luke—. Es una especie de presentimiento... Voy a reunirme contigo. Capto una sensación de urgencia. Debería llegar a Coruscant en cuatro días.

—Dentro de tres estaré en el sistema de Roche.

—Bien, entonces me reuniré contigo allí.

—Estupendo —dijo Leia—. Me gustaría tenerte cerca.

—Mientras tanto, tómate las cosas con calma y no te apresures —le aconsejó Luke—. Averigua cuáles son tus verdaderos sentimientos. No tienes que decidirte por uno o por otro en un día. Ah, y olvídate de las riquezas de Isolder... No te estarías casando con sus planetas, te estarías casando con él. Piensa en todo esto como lo harías si se tratara de cualquier otro hombre en vez de Isolder, ¿de acuerdo?

Leia asintió, y fue súbitamente consciente de los muchos créditos que iba a costar aquella llamada.

—Gracias —dijo—. Te veré pronto.

—Te quiero —dijo Luke, y su imagen se desvaneció.

Leia volvió a su camarote, y permaneció despierta durante mucho tiempo en la cama hasta que acabó quedándose dormida.

Las campanillas de la puerta la despertaron a primera hora de la mañana. Cuando abrió vio a Han con una planta de corola solar en las manos.

—He venido a pedirte disculpas por lo de ayer —dijo Han ofreciéndole la planta.

Las flores amarillas que brillaban al extremo de sus tallos oscuros se abrían y cerraban continuamente en lo que parecían otros tantos guiños. Leia aceptó la planta y le sonrió con ternura, y Han la besó.

—Bien, ¿qué opinas de la cena? —le preguntó.

—Me pareció magnífica —dijo Leia—. Isolder se comportó como un perfecto caballero.

—Espero que no estuviera demasiado perfecto —dijo Han, pero Leia no rió su broma—. Después de cenar fui a mi camarote y me entretuve un rato royendo mis mezquinas fantasías de celos —se apresuró a añadir.

—¿Y qué sabor tenían? —preguntó Leia.

—Oh, ya sabes... Acabé en una de las cocinas de la nave a las tantas de la madrugada buscando algo más sabroso que roer. —Leia se rió y Han le acarició la mejilla—. Ah, por fin veo esa sonrisa... Te quiero, ¿sabes?

—Lo sé.

—Me alegro —dijo Han y tragó una honda bocanada de aire—. Bien, ¿qué opinas de la cena?

—No piensas rendirte, ¿verdad? —preguntó Leia.

Han se encogió de hombros.

—Bueno, Isolder me pareció bastante agradable —respondió Leia—. He pensado invitarle a que nos acompañe hasta el sistema de Roche.

—¿Que tú qué...?

—Voy a invitarle a que se quede a bordo.

—¿Por qué?

—Porque sólo estará aquí unas semanas, y luego se irá y nunca volveré a verle, por eso.

Han empezó a menear la cabeza.

—Oye, espero que no te creyeras eso de que se enamoró locamente de ti al verte desde la lejanía —dijo alzando un poco la voz— y que luego le suplicó a su madre que le diera permiso para pedirte en matrimonio.

—¿Te molesta?

—¡Pues claro que me molesta! —gritó Han—. ¿Por qué no debería molestarme? —Su mirada se volvió pensativa y apretó los puños—. Voy a decirte una cosa, Leia: en cuanto vi a ese tipo, comprendí que su presencia significaba problemas. Hay algo muy raro en ese tipo, algo que... —Han alzó la mirada de repente, como si acabara de acordarse de que Leia estaba en la habitación—. Majestad, ese tipo es... Eh... No sé cómo decirlo, pero... Bueno, creo que ese tipo es basura.

—¿Que es...? —exclamó Leia—. ¿Estás llamando basura al príncipe de Hapes? Vamos, Han... ¡Lo único que te ocurre es que estás celoso!

—¡Tienes razón! ¡Quizá estoy celoso! —admitió Han—. Pero eso no cambia mis sentimientos. Aquí ocurre algo muy raro, Leia... No consigo librarme de la sensación de que algo anda mal. —La expresión distante y pensativa de hacía unos momentos volvió a aparecer en sus ojos—. Créeme, Alteza. He pasado la mayor parte de mi vida en las cloacas. He vivido rodeado de basura, y casi todos mis amigos se sienten muy a gusto en ella. ¡Y cuando llevas tanto tiempo entre la basura como yo, aprendes a reconocerla desde muy lejos!

Leia no entendía cómo podía estar diciéndole cosas semejantes. Primero la insultaba diciendo que le parecía sospechoso que otro hombre pudiera encontrarla atractiva, y luego insultaba a ese otro hombre llamándole «basura». Todo aquello iba contra sus creencias más enraizadas de cómo debían comportarse las personas en sus relaciones con los demás.

—¡Creo que quizá deberías llevarte esa ridicula planta tuya y dársela al príncipe junto con tus disculpas! —dijo Leia temblando de ira—. Algún día esa cabeza tan dura y esa lengua tan suelta que tienes te meterán en un lío muy serio, Han.

—¡Ah, veo que has estado escuchando demasiado a Threkin Horm! Resulta obvio que está intentando empujaros al matrimonio sea como sea... Bien, ¿sabías que tu maravilloso príncipe me ofreció un crucero de batalla recién salido del astillero si prometía largarme en él y dejaros solos? ¡Te repito que ese tipo es basura!

Leia le fulminó con la mirada, alzó una mano y agitó un dedo delante de su cara.

—Quizá... ¡Bueno, quizá deberías aceptar su oferta ahora que aún puedes obtener algún beneficio del trato!

Han retrocedió un paso. Las arrugas de su frente indicaban la frustración que sentía ante la manera en que se estaba desarrollando la conversación.

—Eh, Leia, escucha, yo... —dijo intentando disculparse—. Yo... No sé qué está pasando aquí. No estoy intentando crear dificultades, créeme... Ya sé que Isolder parece ser un buen tipo, pero... Bueno, anoche en la cocina oí hablar a la gente. Todo el mundo está hablando. En lo que a ellos concierne,

es como si ya os hubierais casado. Y yo estoy aquí intentando no perderte y cuanto más me aferró a ti, más te me escurres entre los dedos.

Leia reflexionó unos momentos antes de responderle. Han estaba intentando pedirle disculpas, pero no parecía comprender que en aquellos momentos Leia encontraba increíblemente ofensivo todo lo que hacía y decía.

—Mira, no tengo ni idea del porqué la gente puede creer que me voy a casar con el príncipe —dijo por fin—. De todas maneras, puedo asegurarte que no he hecho nada para producir esa impresión en nadie, así que no les escuches y escúchame a mí. Te amo por lo que eres... ¿Lo recuerdas, Han? Eres un rebelde, un bribón, un bravucón que siempre anda metido en líos, y eso no cambiará jamás; pero creo que necesito estar a solas unos cuantos días para pensar. ¿De acuerdo?

El silencio que siguió a sus palabras fue interrumpido por el tintineo del comunicador. Leia fue hacia la pequeña unidad holográfica que había en un rincón de la estancia y la conectó.

-¿Sí?

Una imagen en miniatura de Threkin Horm apareció y se expandió en el aire delante de ella. El viejo embajador estaba recostado en un gigantesco sofá que soportaba su enorme peso, y los pliegues de grasa casi ocultaban sus ojos azul claro.

—Hemos acordado celebrar una sesión especial del Consejo de Alderaan mañana, princesa —dijo Threkin con voz jovial—. Ya me he tomado la libertad de hablar con las celebridades habituales.

—¿Una sesión especial del consejo? —preguntó Leia—. Pero ¿por qué? ¿Hay algún problema?

—¡No hay ningún problema! —exclamó Threkin--. Todo el mundo se ha enterado de la buena noticia... Me refiero a la petición de mano de Hapes, naturalmente. El matrimonio de la princesa de Alderaan con una de las familias más ricas de la galaxia afectará a todos los refugiados, y hemos pensado que sería preferible convocar al consejo para poder discutir los detalles de vuestro inminente matrimonio.

—Muchas gracias —replicó Leia con irritación—. Puede tener la seguridad de que asistiré a la reunión.

Pulsó el botón que cortaba la conexión con una mueca desdeñosa. Han le lanzó una mirada cargada de sobrentendidos, giró sobre sí mismo y salió de la habitación hecho una furia.

Han se detuvo en uno de los pasillos del *Sueño Rebelde,* una extensión de blancura tan limpia que parecía desinfectada, se apoyó en una pared y consideró las opciones que le quedaban. Su intento de disculparse había fracasado lamentablemente, y Leia probablemente tuviera razón respecto a Isolder. El príncipe parecía un buen tipo, y las preocupaciones de Han probablemente sólo fueran fruto de los celos.

Y sin embargo Han había visto brillar el anhelo en los ojos de Leia cuando le había hablado de los hermosos y tranquilos mundos de Hapes, y además Isolder tenía razón. Aun suponiendo que Han consiguiera que Leia fuera suya, ¿qué podía darle en realidad? La clase de riqueza que ofrecían los hapanianos no, desde luego... Si Han convencía a Leia de que se casara con él, los refugiados de Alderaan acabarían saliendo muy perjudicados, y Threkin Horm siempre estaba allí para susurrar al oído de Leia recordándole

ese hecho a cada momento. La lealtad de Leia hacia su pueblo no conocía límites.

Han soltó una risita ahogada. Leia le había dicho que necesitaba estar a solas unos cuantos días para poder pensar. Oh, sí, Han ya había oído esas mismas palabras con anterioridad, y unos cuantos días después siempre eran seguidas por un adiós y el cariñoso deseo de que todo te fuera bien en la vida.

Sólo se le ocurría una manera de poder igualar la oferta de riquezas hecha por Isolder, pero sólo pensar en ello le aceleraba el pulso y hacía que se le secara la boca. Descolgó el comunicador portátil de su cinturón, tecleó un número y se puso en contacto con un viejo conocido. La imagen de un hutt inmenso de piel marrón y aspecto gomoso apareció en la pantalla, y sus oscuros ojos enturbiados por las drogas se clavaron en Han.

—¡Dalla, viejo ladrón! —exclamó Han con falso entusiasmo—. Necesito tu ayuda. Verás, me gustaría conseguir un préstamo con el *Halcón Milenario* como garantía, y quiero que me introduzcas en una partida de cartas esta noche..., y quiero que se trate de una partida donde las apuestas sean muy altas.

La capitana Astarta, la guardaespaldas personal del príncipe, fue al dormitorio de Isolder y le despertó. Era una mujer asombrosamente hermosa de largos cabellos rojo oscuro y ojos tan azules como los cielos de Terefon, su planeta natal.

—*¿Flarett a reliaren?* («¿Estaba bien condimentada la cena?») —le preguntó en un tono casi despreocupado.

Isolder la observó desde la cama, y vio cómo los ojos de Astarta se movían de un lado a otro sometiendo a la habitación a una inspección más concienzuda que de costumbre. El escrutinio pasó del vestidor a la cama primero y a los armarios después. Los movimientos de la capitana Astarta eran fluidos y casi felinos.

—La cena estaba bien condimentada —respondió Isolder—. Descubrí que la princesa es encantadora, y su compañía me resultó muy agradable. ¿Qué ocurre?

—Hace una hora recibimos un mensaje codificado. Fue enviado a todas las naves de nuestra flota. Sospechamos que era una orden de asesinato.

—¿La señal vino de Hapes?

—No. Fue enviada a nuestra flota desde Coruscant.

—¿Quién ha de ser asesinado?

—La orden no daba el nombre del objetivo, ni el tiempo o el lugar —respondió la capitana Astarta—. El texto completo del mensaje es el siguiente: «La tentadora parece demasiado interesada. Actuad». Ya sé que suena un poco críptico, pero me parece que el significado está muy claro.

—¿Has notificado al Departamento de Seguridad de la Nueva República que Leia corre peligro?

Astarta titubeó unos momentos antes de responder.

—No estoy convencida de que la princesa Leia sea el objetivo.

Isolder no dijo nada. Si moría, el linaje real pasaría a la hija de su tía Secciah. Isolder había tenido una prometida, la dama Elliar, y había sido asesinada. La habían encontrado ahogada en un estanque espejo. Isolder nunca pudo obtener pruebas de lo que creía había sucedido, pero estaba seguro de que su tía Secciah se encontraba detrás del asesinato, al igual

que estaba seguro de que su tía había pagado a los piratas que asesinaron a su hermano mayor después de haber atacado y saqueado el navío insignia real. Los piratas tenían que estar enterados del inmenso valor que el Chume'da poseía para su madre, y aun así habían matado al chico sin tratar de obtener un rescate por él.

—¿Y crees que esta vez el objetivo soy yo?

—Eso creo, mi señor —respondió Astarta—. Vuestra tía podría culpar a algún agente del exterior: una facción interna de la Nueva República, algún caudillo guerrero que temía la unión matrimonial..., incluso podría culpar al general Solo.

Isolder se irguió en la cama, cerró los ojos y empezó a pensar. Sus tías y su madre... Todas eran mujeres temibles, astutas y llenas de argucias y engaños. Isolder había albergado la esperanza de que contraer matrimonio fuera del linaje real de Hapes le permitiría encontrar a alguien como Leia, alguien que no estuviera contaminado por la plaga de la avaricia que hacía estragos en todas las mujeres de su familia. Le dolía terriblemente pensar que alguien había conseguido introducir asesinos en su propia flota.

—Advertirás a la Nueva República de la amenaza —dijo por fin—. Si mi tía ha conseguido introducir un asesino en esta nave, quizá puedan ayudar a descubrir su identidad. Ah, y también quiero que la mitad de mi guardia personal se dedique a proteger a Leia.

—¿Y quién os protegerá a vos, mi señor? —preguntó Astarta.

Isolder captó el brillo dolorido de la traición en los ojos de Astarta. La capitana le amaba, y no podía dejarle expuesto al peligro. Isolder siempre lo había sabido. Era lo que hacía que fuera tan buena en su trabajo. Astarta quizá incluso albergaba una débil esperanza de que Leia muriese, pero Isolder sabía que la capitana Astarta obedecería sus órdenes. Por encima de todo, Astarta era una soldado excelente.

Sacó un desintegrador de debajo de la sábana, y vio el fugaz destello de sorpresa en los ojos de Astarta al comprender que no había sido capaz de detectar la presencia de un arma apuntada hacia su pecho.

—Yo vigilaré mi propia espalda, como siempre —dijo Isolder.

5

La noche encontró a Han en un local de bastante mala reputación del submundo de Coruscant, un casino que literalmente no había visto la luz del sol desde hacía más de noventa mil años porque se habían ido edificando capa tras capa de edificios y calles por encima de él, hasta que el casino acabó quedando tan atrapado como un fósil incrustado en su capa de sedimentos. El aire húmedo que se respiraba a aquellas profundidades olía a podredumbre, pero había muchas razas de la galaxia, sobre todo aquellas que habían ido evolucionando con vistas a vivir debajo de la superficie, a las que el submundo proporcionaba un habitat en el que podían encontrarse muy a gusto. Han pudo distinguir muchos pares de ojos enormes que le observaban furtivamente desde la penumbra un poco amenazadora del casino.

Han había solicitado tomar parte en una partida de cartas con apuestas muy altas y había ido abriéndose paso, poco a poco, hacia ella a través de tres partidas de menor categoría, pero en ningún momento había estado preparado para enfrentarse a algo semejante. A su izquierda estaba sentado un consejero columiano, provisto de un arnés antigravitatorio, cuya cabeza era tan grande que las palpitantes venas azules parecidas a gusanos que serpenteaban alrededor de su cerebro eran mucho más largas que sus flacas piernas, que no le servían de nada. El vasto intelecto del columiano lo había convertido en uno de los más temibles oponentes de los juegos de azar que podían encontrarse en toda la galaxia. Enfrente de Han estaba sentada Omogg, una señora de la guerra drackmariana conocida por su increíble riqueza. Sus escamas azul pálido habían sido frotadas hasta conseguir que brillaran, y las nubes de metano que flotaban dentro de su casco ocultaban su hocico y sus temibles dientes. El asiento de la izquierda de Omogg estaba ocupado por el embajador de Gotal, a quien Han había visto el día anterior, una criatura de piel grisácea y barba canosa que jugaba con los ojos cerrados, confiando en los dos enormes cuernos sensoriales que coronaban su cabeza para que captaran e interpretaran las emociones de los otros jugadores, con la esperanza de poder leer así sus pensamientos.

Han nunca había jugado al sabacc con adversarios como aquellos. De hecho, Han llevaba años sin jugar al sabacc, y el sudor había empezado a brotar de su cuerpo y estaba empapando su uniforme. Jugaban a una variación del sabacc que ya tenía varios milenios de antigüedad, y que era conocida con el nombre de sabacc de la Fuerza. En el sabacc normal, un sistema de aleatoriedad incorporado a la mesa alteraba periódicamente los valores de las cartas, con lo que proporcionaba una intensidad y una emoción que habían mantenido vivo al juego durante generaciones. Pero las reglas del sabacc de la Fuerza eran distintas, y no se utilizaba ningún sistema de aleatoriedad. En esa variante, eran los otros jugadores los que proporcionaban la dosis de aleatoriedad. Después de haber sacado la

primera carta para una mano, cada jugador tenía que anunciar si su mano iba a ser de luz u oscura. El jugador que tuviera la mano de luz o la mano oscura más potente ganaría, pero sólo en el caso de que la potencia combinada del bando que hubiera escogido ganara también. Por ejemplo, si Han decidía jugar una mano oscura mientras todos los demás jugaban manos de luz, perdería con toda seguridad. Han clavó la mirada en sus cartas. Le había tocado una mano mixta compuesta por el dos de espadas, el Maligno y el Idiota. En conjunto era una mano oscura bastante débil y Han no creía que sus cartas fueran lo suficientemente buenas, y había ganado las últimas manos jugando cartas de los arcanos de la luz. Quizá fuese meramente superstición, pero Han tenía la vaga sensación de que aquél no era el momento más recomendable para pasarse al bando de la oscuridad. A pesar de ello, no le quedaba más remedio que aceptar las cartas que le habían entregado.

—Veo tu apuesta —le murmuró el gotaliano a Han sin abrir sus ojos ribeteados de rojo— y subo a cuarenta millones de créditos.

Chewbacca dejó escapar un gemido a espaldas de Han, y Cetrespeó se inclinó sobre él.

—Señor, ¿me permite recordarle que las probabilidades de que alguien gane seis manos seguidas son de una entre sesenta y cinco mil quinientas treinta y seis? —le susurró al oído.

No tuvo que decirlo en voz alta, pero Han se encargó de terminar por él. «Y son significativamente inferiores cuando tienes estas cartas», pensó.

—Los veo —dijo, y empujó hacia adelante la concesión de los derechos de explotación minera de un sistema estelar muerto cuyo nombre sólo podía ser pronunciado por un columiano—. Y subo a ochenta millones.

Empujó hacia adelante una ficha de memoria que contenía un considerable porcentaje de interés en las minas de especias de Kessel. El nerviosismo de Han debió de resultar abrumador para el gotaliano, porque el embajador se tapó de repente el cuerno sensorial izquierdo con una mano.

Los otros jugadores captaron la manera en que el gotaliano había reaccionado a lo que era pura desesperación por parte de Han, y se apresuraron a igualar la apuesta.

—¿Alguien quiere ver las cartas ahora? —preguntó Han.

Tenía la esperanza de que esperaran hasta que se hubiese repartido otra mano.

—Yo quiero verlas —dijo el gotaliano.

Cada jugador puso sus cartas sobre la mesa. El gotaliano estaba jugando una mano oscura, pero hasta el momento la suya era más débil que la de Han. Los otros dos jugaban manos de luz y podían vencer a Han. Todos esperaron a que el androide que repartía las manos, que estaba atornillado al techo y suspendido encima de la mesa, entregara una última carta a cada uno.

Los engranajes chirriaron sobre sus cabezas cuando los brazos del androide, un modelo ya muy antiguo, giraron para colocar una carta delante del columiano. El columiano la tocó. El calor de su cuerpo activó los microcircuitos de la carta haciendo que ésta mostrara su figura, y faltó muy poco para que el corazón de Han dejara de latir. El señor de las monedas, el señor de las vasijas y la reina del aire y la oscuridad... Eso daba veintidós puntos, con el resultado de una mano casi invencible. La única esperanza que le quedaba a Han era que la potencia combinada de las manos oscuras fuese capaz de superarla.

El androide entregó la última carta a la drackmariana. Una imagen de un caballero jedi apareció bajo sus dedos: la Moderación, cabeza abajo. El hecho de que el androide hubiera entregado la carta de la Moderación cabeza abajo invertía la mano de luz de la drackmariana, alterándola de manera radical con el resultado de que su potencia quedaba añadida a las manos de Han y el gotaliano. Han sintió que el corazón le daba un vuelco. Sí, aquello podía cambiar el curso de toda la partida... Pero las reglas de la variante del sabacc a la que estaban jugando eran muy claras, y la drackmariana tenía la opción de rechazar una carta. La drackmariana apartó la carta de la Moderación cabeza abajo, con lo que mantuvo su mano de luz en un total de dieciséis puntos.

Los brazos mecánicos se movieron hacia el gotaliano y dejaron caer un siete de báculos delante de él. Era una carta menor, pero servía para reforzar la mano oscura. El gotaliano tenía la reina del aire y la oscuridad, el Equilibrio y la Eliminación. El total de su mano era de diecinueve puntos negativos. Han sintió un nuevo júbilo, y comprendió que las manos oscuras probablemente iban a ganar. El gotaliano debió captar el alivio de Han, y lo malinterpretó pensando que Han creía haber obtenido una victoria personal. El gotaliano contempló las ganancias de Han con evidentes celos, y después rechazó su siete de báculos. El nuevo total de su mano oscura quedaba por debajo de los veintitrés puntos negativos, por lo que fue declarada fallida. Eso significaba que los arcanos oscuros perderían automáticamente..., a menos que Han tuviera la suerte de obtener un veintitrés, ya fuera positivo o negativo.

Han volvió a estudiar sus cartas. El Idiota no valía nada y el dos de espadas valía dos puntos, mientras que el Maligno valía quince puntos negativos. Su mejor probabilidad de ganar sería un despliegue de idiota: podía conservar la carta del Idiota, más el dos de espadas más un tres de cualquier palo, con lo cual conseguiría un veintitrés literal. Han supuso que las probabilidades de obtener un tres eran bastante reducidas, aproximadamente una entre quince, pero era la única salida.

Los brazos mecánicos giraron sobre la cabeza de Han y su chirriar se volvió repentinamente más estridente. Los manipuladores cogieron la primera carta del mazo y la colocaron sobre la mesa, y Han extendió la mano con vacilante lentitud hacia ella y la tocó. La imagen de la segunda carta de Resistencia apareció bajo sus dedos. Ocho puntos negativos. Han contempló sus cartas con incredulidad, y dejó las dos sobre la mesa. Tenía un veintitrés negativo, lo cual quería decir que había obtenido un sabacc natural.

—¡Ha ganado! —gritó Cetrespeó.

El embajador de Gotal se derrumbó sobre la mesa y empezó a emitir una especie de ladridos ahogados que Han supuso sólo podían ser sollozos. El columiano contempló a Han con sus enormes ojos negros de mirada gélida e impasible.

—Felicitaciones, general Solo —dijo secamente—. Lamento que este juego se haya vuelto demasiado caro para mi gusto.

Los motores de su unidad antigravitatoria se activaron y el columiano empezó a maniobrar cautelosamente para salir de la sala, moviéndose con todas las precauciones posibles para impedir que su gigantesco cerebro chocara con algún adorno.

El embajador de Gotal se levantó de la mesa y se perdió entre las sombras del submundo.

—Errrres rrrrrico, humano —dijo la voz siseante y gutural de la drackmariana desde el sistema de comunicación de su casco mientras ponía dos manazas gigantescas encima de la mesa, y sus garras chirriaron al deslizarse sobre el viejo metal negro—. Demasiaaaaaa-do rrrrico. Quizáaaaa no consigaaaaas salirrrr del submundo con vi-daaaaa.

—Correré ese riesgo —dijo Han.

Dio una palmada al desintegrador que colgaba de la funda de su costado y clavó la mirada en el casco de la drackmariana. Podía distinguir unos ojos oscuros que relucían como guijarros mojados por entre las nubes de gas verdoso. Han recogió todas sus fichas de crédito, certificados de acciones, derechos y concesiones formando un enorme montón con sus ganancias. Más de ochocientos millones de créditos, más créditos de los que jamás había soñado poseer... Y sin embargo seguía sin ser suficiente.

La drackmariana alargó un brazo y sus garras se hundieron unos milímetros en la muñeca de Han.

—Quieeeeeto —siseó—. Otrrrra maaaaaaano.

Han pensó a toda velocidad mientras intentaba fingir calma. Tenía la boca y la lengua resecas, pero en vez de lamerse los labios lo que hizo fue apurar una jarra de cerveza corelliana sazonada con especias.

—¿Doble o nada? —preguntó por fin.

La drackmariana asintió y los tubos de metano que se introducían en su casco oscilaron. De entre todos los adversarios contra los que había estado jugando Han, ella era la única que podía poseer lo que quería obtener. Han quería un mundo. Había tanto dinero encima de la mesa que Omogg no podía ofrecer nada de menos valor que un planeta habitable.

Omogg habló en susurros con un androide de seguridad que estaba medio oculto entre las sombras detrás de ella, y el androide giró sobre sí mismo enfilando su armamento hacia Han. Después abrió una bóveda que había disimulada en su parte central, y la drackmariana metió una manaza dentro de ella y extrajo un holocubo.

—Lleeeeeva muchas generrrrrraciones siendo propiedaaaaad de la famiiiiilia —dijo—. Vale dos mil cuatrrrrrrocientos millones de crrrrrréditos, y estoy dispuesta a venderte un interrrrrrés de un terrrrcio. Si gaaaaanas la próxima maaaaano, el planeeeeeeta serrr-rrá tuyo. Si yo gano, taaaaanto el planeta como los crrrrrréditos serrrrraaaaaán míos.

Una garra arañó el botón activador del holocubo, y la imagen de un planeta apareció de repente en el aire. Era un mundo de clase M, con atmósfera de nitrógeno y oxígeno, y tres continentes en un vasto océano. El holograma empezó a rotar mostrando una serie de imágenes de rebaños de bestias de dos patas que se inclinaban para pastar en una inmensa llanura purpúrea, un sol azulado poniéndose sobre una jungla tropical, y una bandada de pájaros de colores deslumbrantes que volaban a toda velocidad sobre el océano haciendo pensar en un montón de cuentas de cristal multicolor desparramadas sobre un suelo de baldosas azules. Todo era perfecto y maravilloso.

Han estaba empezando a sudar de nuevo.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Daaaaaathommmmirrrrrr —jadeó la drackmariana.

—¿Dathomir? —repitió Han, fascinado.

Chewbacca lanzó un gruñido de advertencia y puso una garra sobre el brazo de Han suplicándole que no corriera riesgos.

Cetrespeó se inclinó sobre Han, y la dicción impecable de sus circuitos

vocalizadores se abrió paso a través de las nubes de humo.

—Señor, ¿me permite recordarle que las probabilidades de que alguien gane nueve manos seguidas son de una entre ciento treinta y una mil setenta y dos?

Cuando Leia respondió al tintineo de la campanilla de su puerta en el consulado de Alderaan, se encontró con Han, bañado en sudor, el cabello revuelto y la ropa llena de arrugas. Apestaba a humo, y en cuanto la vio le dirigió una sonrisa de oreja a oreja. Sus ojos inyectados en sangre estaban llenos de alegría. En su mano había una cajita envuelta en papel dorado.

—Oye, Han, si has vuelto para disculparte te perdono, pero la verdad es que ahora estoy ocupadísima y no tengo ni un segundo libre. Se supone que he de reunirme con el príncipe Isolder dentro de unos minutos, y un espía de los barabels quiere hablar conmigo.

—Ábrelo —dijo Han poniendo la caja en su mano—. Venga, ábrelo…

—¿Qué es? —preguntó Leia.

De repente se dio cuenta de que lo que envolvía la caja no era papel dorado para regalos, sino una delgada lámina de oro flexible.

—Es tuyo —dijo Han.

Leia deshizo el nudo del cordel y apartó la lámina de oro. Era una ficha de registro, de la variedad antigua que llevaba un holocubo incorporado. Leia pulsó el interruptor, y vio como el planeta se materializaba en el aire delante de ella en una imagen registrada desde el espacio que mostraba todo el globo: unas delgadas nubes rosáceas brillaban en el borde del terminador, separando el día de la noche, y grandes nubarrones de tormenta se arremolinaban surgiendo del océano. Al fondo flotaban cuatro pequeñas lunas. Leia estudió los continentes cubiertos por el verdor de la vida, las inmensas sabanas purpureas y los exquisitamente diminutos casquetes polares.

—Oh, Han… —murmuró con voz entrecortada por la emoción. Todo su rostro parecía haberse iluminado como bajo los efectos de una claridad interior—. ¿Cómo se llama?

—Dathomir.

—¿Dathomir? —Leia frunció el ceño en un visible esfuerzo de concentración—. He oído hablar de él…, en algún sitio. ¿Dónde se encuentra? —añadió, convirtiéndose en la mujer práctica y decidida que podía ser cuando era necesario.

—En el sistema de Drackmar. Lo gané jugando a las cartas con una señora de la guerra llamada Omogg.

Leia contempló el holograma y fue siguiendo la secuencia hasta que volvió a mostrar la primera imagen: unos gigantescos animales verdes, posiblemente reptiles, que pastaban en una llanura púrpura.

—No puede estar en el sistema de Drackmar —dijo, muy segura de sí misma—. Sólo tiene un sol.

Leia fue hasta su consola, tecleó el código de la red de ordenadores de Coruscant y pidió las coordenadas de Dathomir. Los gigantescos bancos de datos debieron necesitar algún tiempo para localizar los archivos, pues tuvieron que esperar casi un minuto antes de que las coordenadas aparecieran en la pantalla. Leia se volvió hacia Han, y vio cómo su alegría casi frenética desaparecía para ser sustituida por un fruncimiento de ceño.

—Pero… ¡Pero eso no puede ser! —exclamó—. Esas coordenadas están

en el sector de Quelii... ¡Es territorio del señor de la guerra Zsinj!

Leia sonrió con tristeza y le revolvió los cabellos con la mano como si fuera un niño.

—Oh, mi encantador y despeinado pastor de nerfs... Sabía que era demasiado bueno para ser verdad. Aun así, ha sido muy amable por tu parte ofrecérmelo. ¡Siempre eres muy bueno conmigo, Han!

Le dio un rápido beso en la mejilla.

Han retrocedió un paso. Parecía perplejo.

—¿Está en..., en el sector Quelii?

—Ve a dormir un rato —le dijo Leia, como si estuviera un poco preocupada por Han—. Pensar en ello no te hará ningún bien. Esto debería enseñarte que nunca hay que jugar a las cartas con un habitante de Drackmar.

Le escoltó hasta la puerta del consulado de Alderaan, y Han se quedó inmóvil junto a la entrada durante un momento frotándose los ojos e intentando mantenerse despierto y pensar al mismo tiempo. Después levantó la vista hacia los gigantescos edificios que se alzaban sobre su cabeza, y vio que los rayos de luz que se deslizaban entre ellos eran tan pálidos y débiles como si el sol estuviera atrapado bajo el grueso dosel de una jungla.

Se había imaginado que a Leia le encantaría su nuevo mundo, y había imaginado cómo se derrumbaría en sus brazos abrumada por la alegría. Había planeado esperar hasta ese momento, y luego pedirle que se casara con él; pero lo único que había obtenido de la partida era una propiedad inmobiliaria que no valía absolutamente nada, y, además, Leia le había revuelto el pelo como si Han fuera su hermanito pequeño. «Probablemente tenga un aspecto bastante estúpido en estos momentos —pensó Han—. Sí, parezco un estúpido y además estoy hecho un desastre...» Metió la mano en el bolsillo y agitó el dinero que había dentro haciéndolo tintinear. Tenía una cantidad de fichas de crédito suficiente para poder recuperar el *Halcón,* ya que afortunadamente Chewbacca había sido lo bastante previsor como para sacar un puñado de fichas de sus ganancias antes de la última partida. Casi dos mil millones de créditos ganados y perdidos... Han se sentía demasiado viejo para llorar, pero le faltó muy poco para hacerlo. Empezó a caminar con paso tambaleante por las calles grises de Coruscant para volver a un pequeño apartamento que tenía en el planeta, y esperó poder dormir un rato en cuanto llegara a él.

—No tendrías que acudir a esa cita —dijo Isolder—. No me gusta nada la idea de que viajes sola por el submundo.

Leia miró al príncipe y le sonrió con afable tolerancia. Después de todo, lo único que deseaba era protegerla, pero Leia había pasado los dos últimos días tropezando a cada momento con sus guardaespaldas, y estaba empezando a preguntarse si Isolder no se estaría excediendo en la protección.

—No me ocurrirá nada —le dijo—. Ya he tenido que vérmelas con tipos parecidos en otras ocasiones.

—Si su información es tan importante, ¿por qué no te la ha proporcionado ya? —le preguntó Isolder—. ¿Por qué insiste en verte?

—Es un barabel. Ya sabes lo paranoicos que pueden llegar a ponerse los depredadores cuando están convencidos de que alguien anda detrás de

ellos, ¿no? Además, si realmente tiene información sobre las fechas de ataque y los planes de batalla, voy a necesitar esa información antes de que vayamos al sistema de Roche. Hay que advertir a los verpines.

Isolder la estudió con su mirada límpida y profunda. Llevaba una media capa amarilla, un enorme cinturón dorado y gruesos brazaletes dorados que acentuaban el color bronce de su piel. Dio un paso hacia adelante y le puso las manos sobre los hombros con mucha delicadeza, y el contacto hizo que Leia sintiera un cosquilleo en la piel.

—Si insistes en ir al submundo, entonces iré contigo. —Leia se dispuso a protestar, pero Isolder le rozó los labios con un dedo—. Te ruego que me lo permitas... Sospecho que tienes razón. Sospecho que no ocurrirá nada, pero si te ocurriera algo no me lo perdonaría nunca y no podría seguir viviendo.

Leia le miró a los ojos y sintió el deseo de protestar, pero lo cierto era que se habían producido amenazas contra su vida. Isolder había dado a entender que ciertas facciones de Hapes no estarían de acuerdo con el matrimonio, y Leia ya había recibido informes de las redes de espionaje de la Nueva República en los que se aseguraba que los señores de la guerra del otro confín de la galaxia estaban haciendo esfuerzos para sabotear la unión matrimonial. No querían que las flotas hapanianas añadieran sus naves a las de la Nueva República. Leia ya estaba empezando a hacerse una idea de lo que significaría ser como la Reina Madre y contar con su poder.

—De acuerdo, puedes acompañarme —dijo.

Leia admiraba a Isolder por haber tenido la cortesía de pedirle permiso para acompañarla. Han se lo habría exigido. Se preguntó si los magníficos modales de Isolder eran una parte natural de su personalidad, o si los había adquirido sencillamente por haber sido criado en una sociedad matriarcal donde se mostraba mucho más respeto hacia las mujeres. Fuera cual fuese la razón, a Leia le parecían encantadores.

Isolder la cogió del brazo, y fueron hacia la acera flanqueados por las amazonas-guardaespaldas de éste para esperar debajo de la gran puerta de mármol de entrada y salida de vehículos a que llegara el aerodeslizador de Leia. El viejo Threkin Horm apareció por la calle sentado sobre su sillón repulsor y fue hacia ellos acompañado por el zumbido de los motores. Las espaciosas calles de esa parte de la ciudad estaban casi desiertas a aquella hora de la mañana, y sólo se veía a una pareja de ishi tibs dando un paseo y a un viejo androide que estaba pintando las farolas. Threkin les saludó jovialmente, como si su encuentro hubiera sido fruto de la casualidad, pero después no sólo no dio ninguna señal de querer marcharse, sino que presionó el botón que desactivaba su sillón y se quedó junto a ellos esperando la llegada del aerodeslizador.

—He oído comentar que arriba hace un día tan precioso que casi siento la tentación de tomar un baño de sol —dijo moviendo la cabeza hacia los edificios que se alzaban sobre ellos y los aerodeslizadores que iban y venían por entre los rayos de sol que caían en ángulo sobre la ciudad—. No sé, quizá lo haga... —añadió.

Los dedos de Isolder se curvaron con ternura sobre el brazo de Leia, y de repente Leia se encontró deseando que Threkin se esfumará lo más deprisa posible. Alzó la mirada hacia Isolder, y él le sonrió como si estuviera compartiendo su pensamiento.

—¡ Ah, aquí viene su vehículo! —exclamó Threkin.

Un aerodeslizador negro avanzó por la calle, redujo la velocidad y giró para ir hacia ellos. El cristal ahumado de la ventanilla lateral se hizo añicos

de repente al ser atravesado por el cañón de un desintegrador.

—¡Al suelo! —gritó una de las guardaespaldas de Isolder.

La mujer saltó colocándose delante de Leia justo cuando la primera salva de rayos rojizos hendió el aire. Un rayo chocó contra su pecho, la levantó del suelo y la hizo salir despedida hacia atrás. Una rociada de gotitas de sangre brilló en el aire, y Leia pudo oler la pestilencia familiar del ozono y la carne calcinada.

Threkin Horm lanzó un gemido ahogado y presionó un botón de su sillón repulsor, y un instante después salió disparado en dirección sur tan deprisa como si el sillón fuera un dardo de superficie mientras gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

Isolder empujó a Leia poniéndola a cubierto detrás de una de las grandes columnas de la puerta de vehículos, y pareció convertirse en un torbellino de movimientos. Se quitó su cinturón de un manotazo y sostuvo una parte de él —un pequeño escudo dorado— en su mano izquierda mientras en su mano derecha aparecía un pequeño desintegrador. Leia oyó un zumbido y una segunda andanada surgió del aerodeslizador, pero los rayos rojizos hicieron impacto en el aire delante de ellos y estallaron sin causarles ningún daño.

Una delgada calina iridiscente de forma circular con los bordes blancos había surgido de la nada y chisporroteaba delante de Isolder, como un anillo alrededor de una luna en una noche fría. «Un escudo personal», comprendió Leia, y fue repentinamente consciente de que la segunda amazona-guardaespaldas estaba detrás de ella y que aprovechaba la protección del escudo para gritar por un comunicador portátil solicitando refuerzos.

Un torbellino de energía desintegradora pasó silbando junto a la cabeza de Leia para estrellarse contra el mármol por encima de ellos, y Leia giró sobre sí misma. El androide que había estado pintando las farolas en la esquina les estaba disparando con un desintegrador.

—¡Acaba con el androide, Astarta! —gritó Isolder.

El escudo del príncipe no podía protegerles del fuego cruzado, y las columnas de mármol no les ofrecían mucha cobertura. Leia se lanzó sobre el desintegrador de la amazona muerta y disparó dos rayos que bastaron para hacer que el androide se escondiera detrás de la farola que había estado pintando. Sólo entonces se fijó en el torso extrañamente erguido, la cabeza en forma de bala y la longitud de las piernas. Era un androide asesino, un modelo Eliminador 434. Astarta también empezó a disparar contra él.

El aerodeslizador se detuvo y dos hombres salieron de él disparando. Leia sabía que el escudo personal de Isolder no podría aguantar más de un par de segundos. Los escudos personales siempre tendían a proporcionar una protección mínima, porque no se podía ir provisto de una fuente de energía lo suficientemente potente como para desviar el fuego enemigo y que funcionase más de un instante. El segundo peligro procedía del mismo escudo: el campo de energía se calentaba hasta tal extremo que quienes lo utilizaban corrían el riesgo de freírse a sí mismos si lo tocaban por accidente. Isolder mantuvo el escudo delante de él y avanzó hacia sus atacantes.

Dos rayos más pasaron silbando sobre su cabeza, y Astarta disparó. Leia volvió la mirada justo a tiempo de ver cómo el único disparo de la amazona acertaba al androide asesino en el centro del torso. Pequeños fragmentos de metal salieron despedidos en todas direcciones y volaron por los aires, y fueron seguidos por una potente explosión cuando la unidad energética del

androide estalló.

El príncipe movió su escudo como si fuese un arma, y el campo de energía obligó a retroceder a sus atacantes. Hubo una erupción de chispas azules en el aire al establecerse el contacto. Un atacante gritó y dejó caer su desintegrador para taparse el rostro quemado con las manos. Isolder alzó el escudo sobre su cabeza, lo hizo girar y lo lanzó contra el segundo atacante. El escudo golpeó al asesino en el pecho, atravesándole con tanta limpieza como si fuera una espada de luz, y un instante después Isolder era el único de los tres que seguía en pie y apuntaba con su desintegrador al asesino superviviente, el cual lanzaba gritos de agonía mientras se aferraba el rostro. Leia pensó que debía haber sido un hombre muy apuesto. De hecho, demasiado apuesto... El asesino era un hapaniano.

—¿Quién te ha contratado? —preguntó Isolder.

—*¡Llarel! ¡Remarme!* —gritó el asesino.

—*¿Teba illarven?* —le preguntó Isolder en la lengua de su cúmulo.

—*¡Atl ¡Remarme!* —suplicó el asesino.

Isolder siguió apuntando al asesino con su desintegrador un segundo más, y el hombre volvió a gritar. Un fragmento de carne quemada se desprendió de su rostro. El asesino saltó hacia la cuneta en busca de su arma, y el príncipe vaciló. El asesino cogió el desintegrador, apuntó el cañón hacia su rostro y apretó el gatillo.

Leia se dio la vuelta. Un instante después la guardaespaldas de Isolder estaba tirando de su brazo y le gritaba «¡Adentro, adentro!», y el príncipe agarró a Leia del brazo y la hizo entrar en el edificio. Junto a la puerta había una pequeña habitación en la que los invitados podían colgar sus abrigos o capas. Isolder llevó a Leia hasta la habitación y se quedó junto a ella, protegiéndola. Estaba jadeando y no apartaba la mirada del vestíbulo. Astarta, la guardaespaldas, había cerrado la puerta con llave. Como casi todos los consulados, la puerta del de Leia consistía en un fragmento de ultraplaca antigua, y podía resistir incluso un ataque prolongado. La guardaespaldas estaba volviendo a gritar por su comunicador portátil. Leia no entendía su idioma, pero Astarta estaba haciendo mucho ruido.

—¿Quién les ha enviado? —preguntó Leia.

—No quiso decirlo —respondió Isolder—. Me suplicó que le matara, y no dijo nada más.

Leia ya podía oír los gritos de las fuerzas de seguridad de la Nueva República a través de las paredes mientras intentaban controlar la zona.

Isolder estaba jadeando y parecía haber concentrado toda su atención en el sentido del oído. Probablemente estaba intentando escuchar al mismo tiempo a su guardaespaldas y a los agentes del exterior, y asegurarse de que Leia no corría ningún peligro. Había abrazado a Leia con delicada suavidad para protegerla, y Leia pudo sentir el palpitar ensordecedor de la sangre en sus venas.

—Gracias por salvarme —le dijo mientras le empujaba suavemente para que la soltara.

El príncipe Isolder estaba tan absorto en los sonidos de los alrededores que al principio pareció no darse cuenta de que Leia le estaba apartando. Después bajó la vista y la miró a los ojos. Le levantó el mentón y la besó imperiosa y apasionadamente, y se acercó un poco más a ella de tal manera que Leia sintió todo su cuerpo unido al de él.

Su mente pareció quedar en blanco, y tuvo la sensación de que una poderosa descarga eléctrica la recorría desde la cabeza hasta los pies. Le

temblaba la mandíbula, pero le besó despacio y sin pensar en el tiempo, y los segundos fueron transcurriendo mucho más despacio que el palpitar en su pecho. Con cada segundo que pasaba Leia sólo podía pensar que estaba traicionando a Han y que no quería hacerle daño, pero un instante después la voz de Isolder resonó en su oído hablándole en un susurro apremiante.

—¡Ven conmigo a Hapes! —le dijo—. ¡Ven a ver los mundos que gobernarás!

Leia descubrió que estaba llorando. Nunca había imaginado que sería capaz de permitir que algo semejante llegara a ocurrir, pero en ese momento lo que hubiera sentido por Han —fuera lo que fuese— pareció convertirse de repente en algo tan insustancial como la niebla, como una hilacha impalpable de calina blanca, y el príncipe Isolder era el sol que la quemaba y la disipaba haciéndola desaparecer para siempre.

—¡Vendré contigo! —le prometió mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, y rodeó a Isolder con sus brazos.

6

—No sé por qué te he pedido que vinieras aquí —dijo Han mirando a Cetrespeó mientras movía la mano como queriendo abarcar todo lo que les rodeaba.

Estaban sentados en un reservado de una cantina de Coruscant, un local tranquilo y selecto en todos los aspectos: la atmósfera estaba limpia, y había unas cuantas parejas bailando lentamente al son de unas flautas de nariz ludurianas.

Chewbacca alzó la cabeza apartándola de su bebida, le miró con ojos entre cansados y melancólicos y gruñó. Chewie sabía que Han estaba mintiendo, y también sabía por qué había pedido a Cetrespeó que fuera allí.

Cetrespeó les miró, y su circuito lógico le indicó que debía obtener más datos sobre la situación.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor?

—Bueno, verás... Durante los dos últimos días tú has estado más cerca de Leia que yo —dijo Han encorvando los hombros—. No parece sentirse muy a gusto conmigo..., y está pasando todo el tiempo con ese príncipe, y después de lo que les ocurrió esta mañana, están rodeados por tal cantidad de guardaespaldas que apenas se los puede ver. Y... Bueno, Leia acaba de dejarme un holomensaje en el que me dice que quizá vaya a Hapes.

Cetrespeó analizó y sopesó las palabras de Han durante 3'12 segundos, examinando todas sus capas de tono, matices y significados no verbales.

—¡Comprendo! —exclamó en cuanto hubo terminado—. ¡Ustedes dos están teniendo problemas diplomáticos! —Como traductor, Cetrespeó contaba con algunos de los programas más soberbios existentes en la galaxia, pero sus amigos humanos rara vez recurrían a sus talentos cuando tenían que vérselas con sus complejos enredos emocionales. Cetrespeó percibió inmediatamente que Han estaba colocando una nada usual cantidad de confianza en sus capacidades. Era una rara oportunidad de demostrar su valía—. ¡Puede tener la seguridad de que ha acudido al androide adecuado! ¿Cómo puedo ayudarle?

—No sé... —dijo Han—. Tú les ves juntos con mucha frecuencia. Me preguntaba... En fin, ya sabes... Me preguntaba qué tal van las cosas. ¿Es verdad que están intimando tanto? ¿Están empezando a..., a acercarse el uno al otro?

Cetrespeó accedió inmediatamente a todos los registros visuales en los que había visto a Isolder y Leia juntos durante los dos últimos días: cenas durante tres noches seguidas, reuniones del consejo en las que los dos examinaron las dificultades que podían surgir a la hora de negociar un acuerdo entre los verpines y los barabels, simples paseos, bailes en una fiesta celebrada en honor de un dignatario menor...

—Bien, señor, durante el primer día que estuvieron juntos, el príncipe Isolder mantuvo una distancia promedio de cero coma cinco seis dos

decímetros entre él y Leia —dijo Cetrespeó—, pero esa distancia está disminuyendo rápidamente. Sí, yo diría que los dos se están acercando a gran velocidad...

—¿Hasta qué punto? —preguntó Han.

—Durante las últimas ocho horas estándar, ha existido algún tipo de contacto físico durante casi el ochenta y seis por ciento de ese período de tiempo. —Los sensores ópticos infrarrojos de Cetrespeó captaron un ligero aumento de luminosidad en esa longitud de onda cuando la sangre afluyó al rostro de Han, y el androide se apresuró a disculparse—. Lamentaría mucho que el saberlo le afectara, señor.

Han apuró de un trago su vaso de ron corelliano. Era el segundo que se había tomado durante los últimos minutos, por lo que Cetrespeó calculó rápidamente la masa corporal de Han y el contenido de alcohol del ron, y llegó a la conclusión de que Han empezaba a estar bastante bebido; pero a pesar de ello la manifestación primaria de la intoxicación parecía limitarse a que hablaba un poco más despacio que antes.

Han puso una mano sobre el brazo metálico de Cetrespeó.

—Eres un buen androide, Cetrespeó. Sí, eres un buen androide... No hay muchos androides que me caigan tan bien como tú, créeme. Yo... Bueno, ¿qué harías si un príncipe androide lleno de músculos estuviera intentando conquistar a la mujer que amas y te estuviera echando a patadas del escenario?

Los sensores de Cetrespeó captaron considerables emanaciones de alcohol procedentes del aliento de Han, y el androide se echó un poco hacia atrás para evitar cualquier peligro de corrosión de sus procesadores.

—Lo primero que haría sería evaluar la oposición a la que me enfrentaba, y averiguar qué podía ofrecer que no pudiera ofrecer la parte contraria —dijo—. Cualquier buen androide asesor le diría lo mismo, señor.

—Ya —dijo Han—. Bueno, ¿qué puedo ofrecerle a Leia que Isolder no pueda ofrecerle?

—Bien, veamos... Isolder es extremadamente rico, generoso, cortés, educado y atractivo, al menos según los patrones humanos. En consecuencia, ahora lo único que debemos hacer es averiguar qué puede ofrecer usted qué él no esté en condiciones de ofrecer.

Cetrespeó examinó sus archivos durante unos momentos con tanto entusiasmo que acabó produciendo un recalentamiento en sus circuitos de memoria.

—¡Oh, vaya! —gimió por fin—. ¡Ya veo en qué consiste su problema, señor! Bien, supongo que siempre está la relación emocional... ¡Estoy seguro de que Leia no le olvidará meramente porque un hombre mucho mejor que usted haya aparecido de repente en su vida!

—La amo —declaró enfáticamente Han—. La amo más que a mi propia vida, más que al aire que respiro... Cuando me toca siento como si... No sé cómo expresarlo, Cetrespeó.

—¿Se lo ha dicho? —preguntó Cetrespeó.

—Bueno, tal y como acabo de decirte, la verdad es que no sé muy bien cómo decírselo —murmuró Han, y suspiró—. Tú eres un androide asesor. —Se sirvió otro ron y después lo contempló en silencio durante unos momentos sin tomar ni un sorbo—. ¿Sabes cómo decírselo? ¿Conoces alguna canción, algún poema que...?

—¡Desde luego que sí! Mis bancos de memoria contienen obras maestras de cinco millones de culturas. Voy a recitarle una de mis favoritas,

procedente del mundo natal de los tchuukthais:

Shah rupah shantenar
shan erah pathar
thulath entarpa

Utah, emarrah spar thane
arratha urr thur shaparrah
Uta, Uta, sahvarahhhh
harahn sahvarauul e thutha
res tarra hah durrrr...

Han escuchó en silencio la delicada música de las palabras, el suave gorgoteo de los gruñidos guturales y su retumbar apagado como de trueno lejano.

—Sí, suena bastante bien —admitió cuando Cetrespeó hubo terminado—. ¿Qué significa?

Cetrespeó le proporcionó una traducción lo más aproximada posible.

Cuando el rayo galopa sobre las llanuras del atardecer,
vuelvo a mi fría madriguera
con una rata thula entre mis fauces.

Cuando llego allí, huelo la fragancia de tus excrementos
esparcidos sobre los huesos que hay junto a la entrada de la cueva.
Después las aletas de mi cabeza empiezan a temblar,
y mi cola ondula majestuosamente mientras mi aullido de apareamiento
llena el vacío de la noche...

Han le hizo callar con un gesto de la mano.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya me hago una idea...

—Hay mucho, mucho más —le aseguró Cetrespeó—. Ah, no cabe duda de que es un poema épico maravilloso... ¡No hay ni una sola de sus quinientas mil líneas a la que pueda encontrársele un defecto!

—Vale, vale, muchas gracias —dijo Han.

Parecía más abatido y triste que nunca. Siguió sentado escuchando a un cuarteto de recién llegados que acababa de sentarse en otra mesa, y Cetrespeó se dio cuenta de que durante el último minuto Han había estado concentrando su atención en ellos. Cetrespeó accedió a sus registros auditivos y escuchó la grabación de la conversación de la mesa contigua para averiguar qué era lo que tenía tan intrigado a Han.

PRIMERA MUJER: «¡Oh, mira, es el general Solo!»

SEGUNDA MUJER: «Vaya, qué mal aspecto tiene... Fíjate en esas bolsas debajo de sus ojos.»

PRIMER HOMBRE: «Bueno, si queréis saber mi opinión, creo que no le iría nada mal lavarse y cambiarse de ropa.»

SEGUNDA MUJER: «Desde luego... Me pregunto qué vio Leia en él.»

PRIMERA MUJER: «Ese príncipe de Hapes, en cambio... ¡Es tan apuesto! Los comerciantes callejeros de Coruscant han empezado a vender pósters con su cara.»

SEGUNDO HOMBRE: «Sí, he comprado uno para mi hermana.»

PRIMER HOMBRE: «Pues sus guardaespaldas tampoco están nada mal.

PRIMERA MUJER: «Mataría a quien fuese para convertirme en guardaespaldas del príncipe. Con un cuerpo como el suyo...»

SEGUNDA MUJER: «Bueno, puedes proteger ese cuerpo todo lo que quieras... Yo prefiero ser su masajista. ¿Te imaginas lo qué sería pasarse el día entero amasando y acariciando todos esos músculos?»

—Oye, Cetrespeó, ¿te importaría vigilar discretamente a Leia en todo momento? —preguntó Han con voz irritada—. Si pregunta por mí, dile que la echo de menos. ¿De acuerdo?

Cetrespeó archivó la petición en sus bancos de memoria.

—Como desee, señor —dijo poniéndose en pie para salir del bar.

Chewbacca se despidió del espía con un gruñido. Cetrespeó salió a la calle y fue bajando nivel tras nivel hasta llegar a uno de los ordenadores centrales de Coruscant, que al parecer tenía una considerable reputación como chismoso. Un ordenador con ese pequeño defecto estaría encantado de que un androide le pidiera información, y le revelaría secretos que nunca hubiese revelado a una forma de vida biológica. Bien, así que Han necesitaba un asesor diplomático... ¡Iba a ser una oportunidad maravillosa para que Cetrespeó demostrara su valía! ¡Oh, sí, no cabía duda de que era una oportunidad realmente maravillosa!

Threkin Horm ofrecía un aspecto magnífico. Llevaba un sobretodo verde oscuro y pantalones blancos, y su ya no muy abundante cabellera había sido meticulosamente rizada de tal forma que los pequeños tirabuzones danzaban sobre sus orejas. Leia se dio cuenta de que cuando se mantenía en pie por sus propios medios no parecía tan gordo, y en aquellos momentos estaba en pie sobre el estrado.

—Como ya saben todos, he convocado esta reunión del Consejo de Alderaan para poder discutir los preparativos del matrimonio entre la princesa Leia y el príncipe Isolder, el Chume'da de Hapes.

La multitud prorrumpió en vigorosos aplausos. La sala del consejo era un recinto espacioso y de hermosas líneas con las paredes ocultas por cortinajes y sillones color cereza, y podía acoger a casi dos mil personas, pero sólo había presente un centenar de miembros del consejo. El resto de los sillones estaban ocupados por curiosos, y los cuerpos metálicos de los androides de los medios de comunicación habían convertido toda la parte de atrás de la sala en un bosque reluciente. Leia estaba sentada en su sillón de la primera fila, a sólo un par de metros del estrado detrás del que se encontraba Threkin. Han estaba sentado en una de las filas de atrás. Había escogido un atuendo informal de chaleco y camisa blanca, y tenía un aspecto muy parecido a cuando Leia le había visto por primera vez años antes. Chewbacca estaba sentado junto a él.

Leia había acudido con la intención de hablar abiertamente de sus planes, pero no estaba preparada para enfrentarse a semejante atención por parte de los medios de comunicación. Durante el día anterior se había encontrado repentinamente con que toda su vida se hallaba expuesta bajo los focos: el intento de asesinato de aquella mañana había sido filmado desde ocho ángulos distintos, y la filmación estaba siendo repetida una y

otra vez por todas las emisoras. Los agentes de inteligencia de la Nueva República habían registrado la embajada buscando sensores ocultos aquella mañana, y habían descubierto micrófonos con canales abiertos a quince cadenas de emisoras. Al parecer sólo había una cosa que fascinara más al público que una boda entre miembros de la realeza, y era el que alguien intentara matar a un miembro de la realeza. Los sabuesos de los medios de comunicación habían enloquecido, y el único consuelo que le quedaba a Leia era que si otro asesino o asesina intentaba eliminarla, antes tendría que abrirse paso a tiros por entre los cámaras para poder llegar hasta ella.

Ah, bueno... Cuanto más pronto terminara con aquello, mejor.

—Threkin, miembros del consejo —dijo Leia poniéndose en pie—, me gustaría agradecerles a todos que hayan venido aquí, pero... Bueno, ¿no creen que todo esto resulta un poquito prematuro? Estoy de acuerdo en que la oferta parece maravillosa, pero aún no he accedido a casarme con el príncipe Isolder.

Leia volvió a sentarse.

—Oh, Leia... —dijo Threkin con una sonrisa condescendiente—. En el pasado tu cautela y tu buen juicio te han sido muy útiles, pero en este caso determinado... —Se encogió de hombros—. He visto cómo os miráis el uno al otro, y has accedido a acompañar a Isolder en un recorrido por los mundos de Hapes que durará seis meses. ¡Bien, creo que es una gran idea! Ese recorrido os proporcionará un poco de tiempo para iros conociendo mejor, ¡y además así la casa real de Hapes tendrá la oportunidad de ver qué bien le sienta una corona a esa hermosa cabecita tuya! —La broma hizo que la multitud soltara risitas nerviosas—. Expongamos el asunto ante el consejo. —Threkin movió una mano en un gesto que abarcó todas las filas de sillones—. ¿Acaso no opinan todos que Isolder y Leia hacen una pareja maravillosa?

Muchos de los políticos profesionales mantuvieron expresiones un tanto sombrías, pero casi todos los comerciantes se rieron, y los representantes de los medios de comunicación y los curiosos aplaudieron y lanzaron vítores. Leia pensó que aquello no parecía una reunión normal del consejo, sino más bien un carnaval improvisado.

—¡No podéis planear mi boda sin mí! —gritó mientras se levantaba de su sillón, asombrada ante la audacia de Threkin—. Isolder comprende que no estamos comprometidos ni formal ni informalmente, y estoy segura de que todos deben comprenderlo también. Voy a Hapes únicamente para...

Y sólo entonces percibió la verdad. Isolder quería llevarla a Hapes para que los dignatarios de los planetas a los que algún día quizá gobernara pudieran observarla y averiguar si era digna de llevar la corona, y Leia había accedido a ir con él para disponer de un período de tiempo a solas con Isolder e irse enamorando de él. Threkin tenía razón. Fuera cual fuese la forma en que Leia intentara negarlo, en toda la galaxia no había nadie que no pudiera ver lo que estaba ocurriendo. Se volvió hacia Han, y vio que parecía terriblemente abatido. Leia se sentó intentando no ruborizarse, intensamente consciente de que aquella reunión del consejo estaba siendo transmitida en directo por docenas de cadenas informativas. Sabía que debería tratar de rebatir los argumentos de Threkin y enfrentarse a él aunque sólo fuese para no quedar en ridículo y conservar algo de su dignidad, pero en aquellos momentos se sentía sencillamente incapaz de pensar. Por primera vez en su vida, Leia se había quedado sin palabras.

—Desde luego, desde luego... No podemos celebrar tu boda sin ti —le

aseguró Threkin desde el estrado—. Te aseguro que esa idea jamás se nos ha pasado por la cabeza y que nunca llegará a ocurrirsenos. Nos estamos limitando a hacer planes para la eventualidad de que acabes casándote con Isolder...

—Consejero Horm... —La voz de Cetrespeó resonó en la sala del consejo. Leia se dio la vuelta y vio al androide dorado. Cetrespeó se había puesto de puntillas y estaba agitando nerviosamente la mano al fondo de la sala—. Oh, consejero Horm, ¿puedo dirigirme al consejo?

—¿Cómo? —exclamó Threkin con voz desdeñosa—. ¿Permitir que un androide se dirija al consejo?

Leia sonrió para sus adentros. Los grupos de defensa de los derechos de los androides se lanzarían sobre el comentario de Threkin y le sacarían el máximo provecho posible. De hecho, había muchas probabilidades de que aquellas palabras acabaran siendo el primer clavo en el ataúd donde se enterraría la carrera política de Horm. Leia se apresuró a levantarse.

—¡Puede que sólo sea un androide asesor, pero creo que deberíamos dejarle hablar!

Hubo un gruñido de asentimiento general, que fue acompañado por vítores ensordecedores del bosque de androides de los medios de comunicación que ocupaba todo el fondo de la sala.

—Yo... Yo... ¡Bueno, no veo que -haya nada de malo en ello! —balbuceó Horm moviendo frenéticamente los brazos de un lado a otro—. Cedo el estrado a ese..., a ese..., ¡a ese androide!

Los androides de los medios de comunicación prorrumpieron en un nuevo estallido de vítores, y Cetrespeó fue hacia el estrado volviendo la cabeza a derecha e izquierda para observar a la multitud mientras caminaba. Leia nunca había visto a un androide tomando semejante iniciativa, y se preguntó qué podía querer. Cetrespeó llegó al estrado y se volvió para dirigirse a la multitud.

—Bien —dijo—, me gustaría presentar la propuesta de que el consejo debería empezar a planear la boda de Leia... ¡con el general Han Solo!

—¡Qué! —gritó Horm—. Pero... Pero esto... ¡Pero esto es ridículo! ¡El general Solo ni tan siquiera pertenece a la realeza! No es más que un..., un...

Horm debió darse cuenta de que más le valía no decir nada que pudiera considerarse insultante o difamatorio, pero se encogió de hombros con evidente disgusto. Una oleada de gruñidos y murmullos ahogados empezó a recorrer la multitud, y Leia se preguntó si no habría cometido un grave error de juicio permitiendo que el pobre Cetrespeó se dirigiera al consejo.

—¡Con todo el respeto debido, he de declarar que no estoy de acuerdo! —respondió Cetrespeó—. He pasado toda la mañana comunicándome con diversos ordenadores de la red de Coruscant, y he descubierto algunos hechos asombrosos que todos ustedes parecen haber pasado por alto..., posiblemente porque el general Solo ha hecho cuanto estaba en sus manos para ocultarlos. Corellia se convirtió en república hace casi tres siglos, ¡pero Han Solo es rey de Corellia por derecho de nacimiento!

Un rugido ahogado resonó en toda la sala, y los androides de los medios de comunicación empezaron a enfocar sus reflectores sobre Han Solo. La voz nasal de Threkin Horm se abrió paso a través del parloteo generalizado con un chorro de «¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?». Leia estaba perpleja. Giró sobre sí misma y volvió la mirada hacia el fondo de la sala. Las últimas filas de sillones del auditorio formaban una pendiente gradual, y pudo ver con toda claridad a Han ruborizándose e intentando desaparecer en su asiento. La

expresión de su cara le indicó que Han realmente estaba intentando esconder algo, y Leia sabía que la programación como androide asesor que había recibido Cetrespeó hacía que fuese incapaz de mentir. Han se tapó los ojos con la mano y bajó la mirada hacia el suelo. «Hace años que nos conocemos... ¿Por qué no me lo ha dicho?», se preguntó Leia.

Luke estaba contemplando el holovídeo con gran interés. Se encontraba a bordo de la nave consejera bith *Thpffffft,* y le sorprendía que incluso en un planeta tan remoto y poco desarrollado como Toóla resultase evidente que los actos de Isolder y Leia —y parecía que en lo sucesivo también ocurría lo mismo con los de Han— despertaban el interés suficiente como para justificar el enorme coste de enviar los programas informativos a través del hiperespacio. Bueno, Leia era la fantasía de toda mujer convertida en realidad, desde luego, ya que había conseguido atraer el interés de un príncipe apuesto e increíblemente rico; y además la aureola de misterio que envolvía al intento de asesinato había hecho aumentar el valor de la noticia de tal manera que Luke podía ver a su hermana en una transmisión en directo, a pesar de que se encontraba a casi trescientos años luz de ella.

El plan de vuelo de la nave bith había fijado su entrada en el hiperespacio para dentro de unos momentos, y Luke siguió viendo el holovídeo con creciente interés. Las cámaras de holovisión habían vuelto sus objetivos hacia Han, y Solo estaba inmóvil y encogido en su sillón con una mano sobre el rostro. Incluso Chewbacca, que estaba sentado al lado de Han, tenía los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa y un rugido gutural de asombro escapaba de entre sus caninos.

Luke sonrió para sus adentros. «Han es un rey, naturalmente —pensó—. Tendría que haberme dado cuenta antes... Pero ¿por qué lo ha ocultado?» A pesar de la sonrisa, Luke se sentía un poco inquieto y preocupado. Captaba la existencia de algo extraño, algo lejano y oscuro que había empezado a removerse lentamente. En la galaxia había demasiada gente que se opondría a la unión entre Isolder y Leia. Luke podía sentir la fuerza de sus intenciones malévolas, y deseó en silencio que los técnicos biths se apresurasen al máximo y terminaran sus comprobaciones de equipo y sus pruebas de sistemas antes de dar el salto hiperespacial. Luke tenía que llegar al sistema de Roche lo más pronto posible, y toda la prisa que se diera sería poca.

—¡Sí, Han es el heredero real! —siguió diciendo Cetrespeó—. Los archivos de nacimientos indican que el linaje paterno de Han se remonta hasta Berethron e Solo, quien introdujo la democracia en el Imperio de Corellia. La genealogía se puede seguir sin ninguna dificultad durante las seis generaciones siguientes hasta llegar a Korol Solo, pero los archivos del período de Korol fueron destruidos durante las Guerras Clónicas y el linaje se perdió a partir de entonces.

»Pero Korol Solo se casó y engendró a su primer hijo en Duro hace casi sesenta años, y las guerras y la agitación generalizada de esa época hicieron que el hijo no volviera nunca a casa. Se llamaba Dalla Solo, pero cambió su nombre por el de Dalla Suul para ocultar su identidad durante las Guerras Clónicas. Su primogénito se llamó Jonash Suul, y el primer hijo de Jonash Suul recibió el nombre de Han Suul..., y cambió su nombre por el de Han Solo. Resulta obvio que Han estaba enterado de que pertenecía a un linaje real, pero por razones que se encuentran más allá de mi comprensión, ¡también manipuló los registros de Corellia en un esfuerzo para ocultar ese linaje!

La multitud emitió un jadeo ahogado de sorpresa, y Threkin Horm empezó a gritar pidiendo orden. Han se levantó moviéndose muy despacio y salió del auditorio. Leia estaba medio incorporada en su asiento y vio salir a Han, y en aquel momento el estrépito de la multitud se calmó lo suficiente para que Threkin pudiera hacerse oír.

—Pero Dalla Suul también era conocido como Dalla el Negro, ¿verdad? —gritó—. Estamos hablando del famoso asesino, ¿no?

—Bueno, sí, supongo que sí —admitió Cetrespeó—, aunque los textos de historia dan una descripción mucho más exacta de él al decir que era un secuestrador y un pirata.

—Ya —dijo Threkin Horm—. Y... En fin, ¿qué clase de linaje es ése? Lo que quiero decir es que... ¡Bueno, Dalla Suul fue uno de los jefes del crimen organizado más conocidos y temidos de su época! No se puede esperar que las personas respetables den ningún crédito a la pretensión de Han de que tiene un linaje real.

—Bueno, yo no soy más que un androide ignorante, y confieso que en realidad no comprendo qué efecto de aumento o disminución de la respetabilidad de una persona pueden tener las acciones de un antepasado —se disculpó Cetrespeó—. Esos conceptos se encuentran más allá de la capacidad de procesado de un Verbocerebro modelo AA-Uno, pero dado que su madre era hija ilegítima de Dalla Suul, supongo que usted está infinitamente más familiarizado con la lógica de ese tipo de argumentos que yo. ¿No es así, consejero Horm?

El rostro de Threkin Horm palideció y todo su inmenso cuerpo empezó a temblar.

El holovídeo llegó a su fin, y un androide locutor inició su comentario. Luke apagó el holovisor, se recostó en un sillón de grueso respaldo y juntó las manos sobre su regazo. El linaje de Han se había ido degradando desde la realeza hasta una jefatura del crimen organizado en sólo un par de generaciones. No tenía nada de extraño que Han hubiera ocultado su linaje, hubiera dado la espalda al Consejo de Alderaan y hubiera salido del auditorio a toda prisa antes de que su secreto fuera revelado. ¡Pobre Han!

7

Aquella tarde Isolder y Leía dieron un paseo por un bosquecillo de los jardines botánicos de Coruscant, una gran extensión de verdor donde florecían especies vegetales de centenares de miles de mundos de la Nueva República. Leía estaba enseñando a Isolder los bosques oro de Alderaan, donde los gráciles árboles de esbeltos troncos subían hacia el cielo hasta alcanzar más de un centenar de metros de altura, y en los que hasta el último centímetro cuadrado de corteza de los árboles estaba cubierto por colonias de liqúenes iridiscentes que brillaban y relucían con tonos cinabrio, violeta y amarillo, haciendo pensar en una profusión de arco iris. Los blancos cuerpos de los pájaros cairoka revoloteaban velozmente de una rama a otra, y gamos diminutos color rojo fuerte cruzado por franjas doradas pastaban entre la espesura. En Alderaan los bosques oro eran muy escasos y sólo podían encontrarse en una docena de islitas, y Leia sólo había estado en ellos una vez cuando era pequeña; pero el ver que un pequeño fragmento de su mundo natal seguía vivo y prosperaba llenó de alegría su corazón.

Isolder caminaba junto a ella, e iban cogidos de la mano.

—Hablé con mi madre por holovisión —le dijo—. Le complació que planearas venir a hacernos una visita. Va a traer su propio vehículo personal para llevarte a Hapes.

—¿Vehículo? —preguntó Leia, un poco extrañada ante la palabra que había escogido emplear Isolder—. ¿Quieres decir que va a traer su nave particular?

—En este caso, creo que la palabra «vehículo» resulta más apropiada —dijo Isolder—. Tiene miles de años de antigüedad, y su diseño es bastante excéntrico; pero de todas maneras estoy seguro de que te gustará.

Los bosques estaban sumidos en el silencio más absoluto. Las guardaespaldas de Isolder se habían dispersado entre los árboles con la única excepción de Astarta, que caminaba detrás de ellos.

Leia sonrió y se detuvo para oler la fragancia de una flor violeta con el cáliz en forma de trompeta. Aquella flor no había sido muy común en las llanuras de su mundo natal, y emitía un perfume un poco acre.

—Es una aralute —dijo—. Las leyendas afirmaban que si una recién casada encontraba una creciendo en su jardín, eso era señal de que pronto tendría un bebé. Naturalmente, la madre y las hermanas de la chica siempre plantaban una aralute en el jardín de los recién casados después de la boda, y tenían que hacerlo de noche, claro está. Se consideraba de muy mala suerte que les sorprendieran haciéndolo... —Isolder sonrió y rozó la flor con los dedos—. Cuando se seca —siguió diciendo Leia—, los pétalos se curvan hacia dentro y las semillas quedan atrapadas dentro de la flor. Entonces las madres dan las flores secas a sus pequeños para que las utilicen como sonajeros.

—Qué encantador —dijo Isolder, y suspiró—. Es terrible saber que todo eso ha desaparecido, que fue destruido... Sólo queda lo que hay ahora en Coruscant.

—Cuando nuestros refugiados encuentren un nuevo hogar, planeamos llevarnos unos cuantos especímenes con nosotros y establecer otro jardín en un nuevo mundo —dijo Leia.

El campanilleo del comunicador sonó de repente, y Leia lo activó de mala gana.

—Leia, aquí Threkin Horm. ¡Tengo grandes noticias! ¡La Nueva República ha cancelado tu misión al sistema de Roche!

—¿Qué? —exclamó Leia, perpleja. Nunca había sido retirada de una misión—. ¿Cómo es posible que...?

—Parece ser que las relaciones entre los verpines y los barabels se están desintegrando bastante más deprisa de lo que preveíamos —respondió Threkin—. Mon Mohtma ha aumentado el nivel de intervención con la esperanza de poder evitar una guerra. El general Han Solo se pondrá al mando de una flotilla de Destructores Estelares e irá al sistema de Roche para proteger a los verpines hasta que la crisis se haya solucionado. Mientras tanto, Mon Mothma se encargará personalmente de todo lo referente a la crisis junto con un equipo de sus asesores de mayor confianza.

—¿De qué crisis me hablas? —preguntó Leia.

—Unos agentes de aduanas abordaron una nave mercante de los barabels esta mañana, cerca del sistema de Roche, y encontraron todo lo que nos temíamos.

Leia sintió que se le revolvía el estómago al pensar en las hileras de congeladores llenos de verpines despedazados, trozos de cuerpos helados en las profundidades del espacio. Leia había hecho repetidos intentos de superar sus prejuicios, pero cuanto más trataba con especies de reptiles carnívoros, más esperaba acabar encontrándose con atrocidades de ese estilo. Aun así, se dijo que no se podía juzgar a toda una especie por los actos de unos cuantos individuos.

—¿Y qué hay de Mon Mothma? ¿No necesitará mi ayuda?

—Tanto ella como yo opinamos que hay..., que hay formas mejores en las que puedes servir a la Nueva República —dijo Threkin—. Mon Mohtma te ha relevado temporalmente de tus deberes durante los próximos ocho meses estándar. Confío en que sabrás sacar el máximo provecho posible a ese tiempo. —El tono de su voz indicaba con toda claridad cuáles eran los deseos de Threkin, pero a pesar de ello el viejo consejero decidió expresarlos con palabras—. Puedes partir hacia Hapes en cuanto estés lista, y esperamos que sea lo más pronto posible.

La imagen de Threkin desapareció de la pantallita del comunicador de Leia. Isolder le apretó la mano. Leia pensó en lo que acababa de oír, y comprendió que no tenía ningún argumento que oponer a Horm. Los verpines estarían mucho mejor con una flota de la Nueva República a su lado, y Leia se había sentido un poco abrumada por la misión desde el primer momento. Poseía grandes dotes de asesora diplomática, pero los barabels nunca se dejaban impresionar por discursos conmovedores o argumentaciones sólidas y bien construidas. Los barabels habían evolucionado como una comunidad de depredadores dominada por un líder de la jauría, y respetarían a Mon Mothma por haber decidido encargarse personalmente del asunto. El simple hecho de que la «líder de la jauría» de

toda la Nueva República tomara parte en la refriega desorientaría a los barabels, y les obligaría a reagruparse y a reflexionar con más detenimiento en la situación a la que se enfrentaban.

De hecho, apenas pensó un poco en ello, Leia comprendió que Mon Mohtma no necesitaba su ayuda para nada. Leia había sentido una gran curiosidad y había intentado comprender qué motivos podían existir para permitir que una madre de colmena verpine se comportase como un animal salvaje, y la consecuencia de todo ello era que había estado planeando enfrentarse al problema desde un ángulo equivocado. Lo que tendría que haber hecho desde el principio era concentrar su atención en los barabels.

Quizá lo único que no tenía mucho sentido era la decisión de enviar una flota de la Nueva República al sistema de Roche. Los verpines podía proteger sus colmenas. Dada su capacidad para comunicarse mediante las ondas de radio, el hecho de que sus colonias habían sido construidas en un cinturón de asteroides no navegable (al menos por pilotos humanos) y el estilo de ataque en formación de enjambre con bombarderos de alta velocidad que empleaban, no cabía duda de que los verpines podían llegar a ser un enemigo realmente formidable.

Isolder se le acercó un poco más.

—¿Por que frunces el ceño, pequeña?

—Oh, estaba pensando en algo.

—No, estás preocupada —dijo Isolder—. ¿No crees que Mon Mothma tenga controlada la situación, quizá?

—Creo que la tiene demasiado controlada —dijo Leia, y alzó la mirada hacia los mares tempestuosos de sus ojos grises.

—Todavía no estás preparada para marcharte, ¿verdad? —le preguntó Isolder. Leia abrió la boca para responder, pero Isolder se le adelantó—. No, no... Está bien, no importa —siguió diciendo—. Dejar todo esto —y movió una mano señalando los bosques oro que se alzaban a su alrededor— supondrá un gran paso para ti. Sentirás como si lo estuvieras abandonando para siempre..., y si así lo decides, quizá acabes dejando estos mundos y esta vida para no volver nunca.

Le cogió las manos y Leia sonrió melancólicamente.

—Tómate unos cuantos días —dijo Isolder—. Pasa algún tiempo con tus amigos. Despídete de ellos, si crees que es lo que debes hacer... Lo comprendo. Y si eso te hace sentir un poco mejor, entonces limítate a repetir lo que dijiste en la reunión del Consejo de Alderaan. Vas a Hapes de visita, y nada más. .No hay ninguna obligación oculta, ningún compromiso con el que debas cargar...

Las palabras de Isolder se deslizaron sobre ella como una inmensa ola de agua cálida e hicieron que Leia se sintiera mucho más animada.

—Oh, Isolder, gracias por ser tan comprensivo... —Se apoyó en su pecho, y el príncipe la rodeó con sus brazos.

Durante un momento Leia sintió la tentación de añadir «Te amo», pero sabía que era demasiado pronto para pronunciar aquellas palabras y que el hacerlo significaría comprometerse de una manera irreparable.

—Te amo —murmuró Isolder en su oído.

Han Solo estaba sentado delante de la consola de mandos del *Halcón Milenario* practicando maniobras evasivas a través de un basurero espacial lleno de escombros y desperdicios situado junto a la luna más pequeña de

Coruscant. Llevar a cabo comprobaciones de todos los sistemas de vuelo de la nave mediante el ordenador era una cosa, pero Han había decidido ya hacía mucho tiempo que sólo una prueba en condiciones reales podía proporcionar la auténtica seguridad de que todo iba bien.

Volar a través de un basurero espacial resultaba muy parecido a abrirse paso por un campo de asteroides, con la única diferencia de que los desperdicios acumulados en un basurero tendían a ser casi todos de metales pesados, lo que lo diferenciaba de aquellos encantadores y blandos asteroides carbonáceos. Encontrar un camino por entre los desperdicios parecía tranquilizar a Han y relajarle poco a poco. Pasó por debajo del ala estabilizadora de un caza TIE medio destrozado que giraba lentamente sobre sí mismo, y después se fue acercando al esqueleto metálico en que se había convertido el casco de un viejo Destructor Estelar de la clase Victoria, destripado ya hacía mucho tiempo para volver a utilizar todos los componentes y piezas que aún estuvieran en condiciones de ser aprovechados.

«Justo lo que quiero», pensó. A bordo del *Halcón* había instalados algunos sistemas que era sencillamente imposible poner a prueba en una zona de espacio no hostil, y Han no esperaba encontrar ningún amigo en el lugar al que se dirigía. Redujo la velocidad para igualarla con la del Destructor Estelar, enfiló el morro del *Halcón* hacia el conjunto de toberas principales que en tiempos habían alojado el generador de turboimpulso, y después fue haciendo descender cautelosamente al *Halcón Milenario.*

Han conectó su Transductor Imperial FRI modificado y tecleó la opción número catorce. Las señales de radio de su nave rebotaron en el blindaje metálico de la cámara de fisión, y los indicadores de proximidad de Han aullaron advirtiéndole de la proximidad de naves de pasajeros Incom Y-4 enemigas que se acercaban desde todas las direcciones, y sus imágenes de un gris azulado destellaron en el holograma. Han había obtenido el código del transductor de un transporte militar asignado a las fuerzas de marines de Zsinj. El transporte llevaba a un equipo de doce hombres de los Devastadores de Zsinj, una organización de fuerzas especiales que se suponía tenía como misión averiguar todo lo posible sobre los sistemas de defensa planetarios, infiltrarse en los planetas y destruir los sistemas defensivos desde el interior; pero que también estaba adquiriendo una reputación como brazo armado de la policía secreta de Zsinj. Ya había muchos mundos gobernados por los Devastadores de Zsinj.

Han ya sabía que la nueva señal de su transductor identificaría el *Halcón* como una de las naves de Zsinj, y activó sus generadores de interferencias..., y los sensores quedaron inundados por tal cantidad de estática y ruido general de tráfico que las naves fantasma desaparecieron al instante del holograma. Han sonrió. Tanto el nuevo transductor como los generadores de interferencias de alta potencia funcionaban a la perfección, y los dos sistemas le serían muy útiles cuando se encontrara en espacio hostil.

Ya había terminado con las comprobaciones del equipo, por lo que conectó los motores sublumínicos y fue maniobrando cautelosamente para sacar el *Halcón* de las entrañas oxidadas del viejo destructor. El circuito auditivo recibió la llamada que Han había estado esperando mientras la nave avanzaba por entre los desperdicios y la basura espacial.

—Me he enterado de que esta noche partirá con una flota hacia el sistema de Roche, general Solo —dijo Leia.

—Sí, eso es lo que me han dicho —replicó Han.

—Lamentaré que se marche. Tenía la esperanza de que podríamos estar juntos durante unas horas antes de que se fuera.

¿Una flota? ¿Leia creía que estaba al mando de una flota? Un Destructor Estelar difícilmente podía ser considerado una flota, ¿no? Han sabía quién se encontraba detrás de las órdenes, y sabía quién le había apuñalado por la espalda. Todo era obra de Threkin Horm. Han había subestimado al gordo, y el resultado de su error era que planeaban enviarle lejos, muy lejos para que Leia se olvidara de él.

—Sí —dijo Han—. Sería muy agradable, pero en estos momentos me encuentro bastante ocupado... Tengo algunos asuntos que resolver. No puedo bajar al planeta. A lo mejor... Oye, ¿podría reunirme contigo a las quince horas a bordo del *Sueño Rebelde?* Quizá podríamos charlar un rato, ir a tomar una copa...

—Parece una buena idea. Te veré a esa hora.

Leia cortó la comunicación.

Han echó un vistazo al cronómetro de la consola. Se suponía que Chewbacca y Cetrespeó debían reunirse con él a bordo del *Halcón Milenario* a las diecisiete horas. El tiempo se estaba agotando.

Cuando se presentó ante la puerta de Leia, Han sonreía pero parecía cansado. Dio un rápido abrazo a Leia, y fue por el pasillo que llevaba hasta sus habitaciones sin dejar de lanzar miradas nerviosas a su alrededor. Leia retrocedió un poco para poder verle mejor. Han tenía el cabello revuelto, y los ojos llenos de fatiga. Parecía muy abatido y preocupado.

—¿Puedo servirte una copa o...? —preguntó Leia.

Han meneó la cabeza.

—Eh... No, gracias.

No dijo nada más y se limitó a quedarse inmóvil contemplando los cuadros, y después echó un rápido vistazo a la zona del dormitorio y el cuarto de baño. La suave claridad de las gemas de Gallinore amontonadas sobre su tocador iluminaba el dormitorio de Leia. Los soles gemelos que flotaban sobre el árbol de Selab habían dejado de emitir luz, como si estuvieran pasando por un ciclo nocturno.

—No te hace ninguna gracia que te envíen al sistema de Roche, ¿verdad? —preguntó Leia.

—Bueno... Eh... La verdad es que no voy a ir allí—admitió Han.

—¿No vas a ir allí? —preguntó Leia.

—He presentado mi dimisión.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Leia.

Han se encogió de hombros.

—Hace cinco minutos.

Entró en el dormitorio de Leia y contempló la cama, el montón de gemas que había sobre el tocador, y los tesoros de Hapes esparcidos por todos los rincones. Una parte de Leia seguía sorprendida de que estuvieran allí, y se dijo que si tuviera una pizca de sentido común ya habría hecho que lo guardaran todo en un lugar seguro.

—Bien, ¿adonde irás? —preguntó—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a Dathomir —dijo Han.

Leia se quedó boquiabierta durante un momento.

—No puedes ir allí —dijo en cuanto se hubo recuperado de su estupor—.

Dathomir está en territorio de Zsinj. Es demasiado peligroso...

—Antes de dimitir ordené que el *Indomable* atacara algunos de los puestos avanzados de Zsinj, en la frontera con el espacio de la Nueva República, causándoles el máximo de daños posible, y que se retirara a toda velocidad después. Zsinj se verá obligado a fortificar esos puestos avanzados y tendrá que retirar todas las naves de Dathomir, y eso debería bastar para que pueda escabullirme por alguna rendija. Ni siquiera sabrá que estoy allí.

—¡Eso es un abuso de autoridad! —exclamó Leia.

Han apartó su atención de las gemas, alzó la mirada hacia ella y sonrió.

—Ya lo sé.

Leia no dijo nada. Sabía que cuando Han estaba pasando por una de sus fases de tozudez, cualquier intento de hablar o de razonar con él era una pérdida de tiempo. Han volvió a encogerse de hombros.

—No le ocurrirá nada a nadie, Leia —dijo—. Ordené que llevaran a cabo el ataque con unidades teledirigidas de largo alcance. Nuestros soldados no correrán ningún peligro... Verás, creo que he pasado demasiado tiempo contemplando el holograma de ese planeta. Anoche soñé con él: estaba corriendo por la playa, el viento me acariciaba el rostro y el agua me salpicaba los tobillos... Todo era muy hermoso, ¿sabes? Así que cuando recibí las órdenes hoy, tomé una decisión. Me voy.

—¿Y qué harás allí?

—Si el planeta me gusta, quizá me quede en Dathomir. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez en que sentí arena debajo de mis pies..., demasiado tiempo.

—Estás cansado, y te has hartado de todo —dijo Leia—. No presentes tu dimisión. Tiraré de unos cuantos hilos, y recuperarás tu rango. Puedes tomarte unas cuantas semanas de descanso y...

Han había estado mirando el suelo, pero de repente concentró su atención en ella y clavó los ojos en su cara.

—Los dos estamos cansados —dijo—. Los dos estamos hartos de todo, Leia. ¿Por qué no vienes conmigo? Podrías huir conmigo, Leia...

—No puedo hacer eso —replicó Leia.

—Es justo lo que estás planeando hacer con Isolder. Vas a huir con él. ¿Por qué no puedes darme el mismo tiempo que le vas a dar a él? Chewie y Cetrespeó van a reunirse conmigo a bordo del *Halcón* dentro de una hora. Podrías venir con nosotros, Leia. Quién sabe, quizá te enamorarías de Dathomir... Quizá volverías a enamorarte de mí.

Han parecía tan desesperadamente triste y daba tanta pena que Leia se sintió culpable por haberle ignorado y dejado abandonado durante los últimos días. Se acordó de lo que había sentido el día en que Vader dejó atrapado a Han en la carbonita y lo envió a Jabba el Hutt, y de la alegría que habían compartido cuando el Emperador fue derrotado. Entonces Leia le amaba. «Pero ya hace mucho tiempo de eso», se dijo.

—Escucha, Han, siempre te apreciaré mucho —se encontró diciendo de repente—. Ya sé que resulta difícil, pero...

—Pero adiós y esperas que me vaya bien durante el resto de mi vida, ¿no? —preguntó Han.

Leia descubrió que estaba temblando. Han fue hacia su tocador, y Leia se dio cuenta de que estaba contemplando el reluciente metal negro de la Pistola de Mando.

—¿Funciona de verdad? —preguntó.

Han alargó la mano hacia el arma, y Leia comprendió lo que planeaba

hacer.

—¡No la toques! —gritó.

Han cogió el arma, giró sobre sí mismo moviéndose más deprisa de lo que Leia jamás hubiese creído posible y la apuntó.

—¡Ven conmigo a Dathomir!

—¡No puedes hacer esto! —le suplicó Leia, alzando una mano como si pudiera desviar el haz de energía del arma con ella.

—Creía que te gustaban los tipos que viven al margen de la ley —dijo Han.

Un chorro de chispas azules brotó del cañón del arma, y trajo consigo el olvido y la noche.

—¿Estás seguro de que el general Solo ha secuestrado a la princesa? —preguntó la Reina Madre.

La imagen de su madre llegaba hasta él mediante la holovisión, pero aun así Isolder no se atrevía a alzar la mirada hacia su rostro velado.

—Sí, Ta'a Chume —respondió—. Una cadena de emisoras colocó un mini-ojo espía en el pasillo que llevaba a sus habitaciones, y la cámara filmó a Leia saliendo de ellas con el general. Caminaba como una sonámbula, y Solo iba armado con la Pistola de Mando.

—Bien, ¿y qué piensas hacer para recobrar a la princesa?

Isolder podía sentir el peso de la mirada de la Ta'a Chume. La Reina Madre le estaba poniendo a prueba. En Hapes las mujeres que ocupaban posiciones de autoridad solían hablar despectivamente de la «ineptitud de los hombres», y de su aparente incapacidad de hacer nada bien fueran cuales fuesen las circunstancias.

—La Nueva República ya ha reunido a un millar de sus mejores detectives para que sigan la pista de Han Solo. Astarta recibe informes sobre sus progresos cada hora, y hemos enviado mensajes a varios cazadores de recompensas.

—Mírame a los ojos —dijo la Ta'a Chume en voz baja y suave, y en un tono lleno de amenaza.

Isolder alzó la mirada hacia ella e intentó relajarse. Su madre llevaba una tiara de oro y un delgado velo amarillo oscurecía sus rasgos. Las luces que había a su alrededor se reflejaban en el oro de tal manera que la tiara casi parecía generar una aureola de energía y poder palpables. Isolder centró su mirada más allá del velo y en los ojos oscuros que parecían taladrarle.

—El general Solo es un hombre desesperado —dijo la Ta'a Chume—. Sé qué estás pensando. Quieres rescatar a la princesa Leia de sus garras personalmente, ¿verdad? Pero debes recordar el deber que has contraído ante tu pueblo: eres el Chume'da. Tu esposa y tus hijas deben reinar algún día. Si haces cualquier cosa que ponga en peligro tu vida, estarás traicionando las esperanzas y los sueños de tu pueblo. Debes permitir que nuestros asesinos se encarguen del general Solo. ¡Prométemelo!

Isolder clavó la mirada en el rostro de su madre e intentó ocultar sus intenciones, pero el esfuerzo no le sirvió de nada. Su madre le conocía demasiado bien. Su madre conocía demasiado bien a todo el mundo.

—Perseguiré al general Solo hasta dar con él y traeré a mi novia a casa —dijo Isolder.

Isolder esperó el estallido de furia de su madre, y esperó oír la ira

ardiente de su voz derramándose sobre él como un torrente de magma. Podía sentirla en el silencio que siguió a sus palabras, pero la Ta'a Chume no era la clase de mujer que muestra su irritación.

—Cometes una ligera desobediencia hacia mí —dijo con calma, y su voz casi parecía un suspiro—, pero pienses lo que pienses, tu tendencia a la heroicidad altruista no es ninguna virtud. Si pudiera te curaría de ella. —Después guardó silencio durante unos momentos mientras Isolder esperaba a que dictara su castigo—. Supongo que te pareces demasiado a tu padre... El general Solo probablemente buscará refugio en los dominios de algún señor de la guerra, alguien que tenga alguna posibilidad de mantener a raya al poderío de la Nueva República. Reuniré a mis asesinos y llevaré una flota a Coruscant inmediatamente. Naturalmente, si doy con Solo antes que tú, le mataré.

Isolder permitió que su mirada bajara hacia el suelo. Había albergado la loca esperanza de que el secuestro de Leia hiciera que su madre se olvidara de su viaje y se mantuviera lejos. Pero en el fondo su reacción tenía mucho sentido, ya que Solo había secuestrado a la sucesora de la Ta'a Chume. El honor exigía que su madre adoptara todas las medidas necesarias para rescatar a la princesa.

—Sé que estás disgustada, pero cuando era un niño solías decirme que Hapes sólo sería tan fuerte como aquellos que lo guiaran. He reflexionado a menudo en tus palabras, y he acabado creyendo en ellas y las he convertido en mi guía.

Isolder puso fin a la comunicación, se reclinó en el asiento y empezó a pensar. Casi compadecía a Han. El general Solo no podía imaginar la clase de recursos que su madre emplearía contra él.

El cabo Reezen había conseguido pasar siete años de vida militar envuelto en una relativa oscuridad, sin atraer jamás los elogios o la atención de que se creía merecedor. Eso era algo que ocurría con mucha frecuencia en los departamentos de inteligencia militar. Luchabas y sudabas durante años para resolver un gran caso, con la esperanza de que el azar te proporcionaría una brizna de información que acabaría resultando ser de utilidad.

Por eso planeaba enviar su informe directamente al señor de la guerra Zsinj para que fuera visto únicamente por sus ojos, y firmar los documentos con su nombre para que ninguno de sus superiores pudiera atribuirse el mérito. Era lo justo, ¿no? El cabo Reezen era la única persona que se había percatado de que los tres ataques seguidos por retiradas a toda velocidad producidos durante un período de nueve días eran maniobras concebidas para alejar a la flota de Zsinj de sus posiciones actuales. Estaba claro que la Nueva República planeaba alguna clase de ataque a gran escala, con la esperanza de abrir un agujero lo bastante grande como para poder enviar una flota a través de él. Y tenía que tratarse de una flota —algo más importante que una mera nave espía—, pues de lo contrario nadie habría gastado tanto dinero intentando asegurarse de que las naves conseguirían recorrer el pasillo sin sufrir daños.

Reezen estaba totalmente convencido de que pronto ocurriría algo de grandes dimensiones. El presentimiento era tan fuerte que se había convertido en certeza, y Reezen había actuado en consecuencia calculando los vectores y evaluando los posibles objetivos militares hasta reducir su

lista a seis, que luego había clasificado por orden de posibilidad. Había tanto territorio que cubrir, y tantos factores inciertos... Reezen meditó por última vez en los objetivos posibles, y de repente decidió mirar más allá de las posibilidades obvias. Allí, muy lejos en sus mapas, estaba Dathomir, y Reezen estudió el planeta y empezó a sentir un extraño cosquilleo en los huesos.

Dathomir ya estaba bien protegido, y se encontraba tan lejos de las fronteras del territorio de Zsinj que la Nueva República no podía estar al corriente de las operaciones que el señor de la guerra desarrollaba allí. ¿El astillero? ¿Sería posible que la Nueva República estuviera planeando lanzar un ataque contra el astillero? No, su sexto sentido le decía que no se trataba de eso. Querían algo que se encontraba en el planeta. Dathomir era un lugar tan inhóspito, tan duro y peligroso... Había cierto número de prisioneros a los que la Nueva República podía querer liberar —suponiendo que la Nueva República estuviera enterada de la existencia de la colonia penal—, pero nadie podía ser lo suficientemente estúpido como para tratar de llegar hasta allí. Reezen había conocido a los nativos, y la sola idea de posarse en Dathomir bastó para que un escalofrío recorriera su columna vertebral de un extremo a otro. Aun así, el planeta parecía estar haciéndole señas. «Aquí, aquí... ¡Vendrán aquí!»

Cuando era un adolescente Reezen había asistido a un desfile militar en Coruscant con su padre, y durante el desfile Darth Vader, Señor Oscuro del Sith, había pasado muy cerca de él. De hecho, Lord Vader había ordenado detener el desfile, se había parado para mirar a Reezen y le había dado una palmadita en la cabeza. Reezen recordaba cómo su rostro asustado se había reflejado en el casco del Señor Oscuro, y recordaba el terror helado que había sentido cuando aquel guantelete metálico le había dado una palmadita en la cabeza, pero Vader se había limitado a decirle «Cuando sirvas al Imperio, confía en tu sensibilidad», en voz baja y suave, y luego se había alejado con el desfile.

Reezen redactó una tímida sugerencia de enviar refuerzos a Da-thomir a pesar de su creencia de que la Nueva República no atacaría, y después se volvió hacia su terminal de ordenador y tecleó la secuencia que enviaría la advertencia codificada a Zsinj.

El señor de la guerra era un hombre muy concienzudo. Zsinj se encargaría del resto.

8

Leia despertó en la oscuridad. Llevaba mucho rato totalmente inmóvil y con los ojos clavados en la negrura. Se había estado concentrando en permanecer lo más quieta posible, y el esfuerzo de concentración había sido tan grande que le dolía la cabeza y tenía calambres musculares. Las últimas palabras de Han habían sido «Acuéstate y no te muevas», y Leia se había esforzado por obedecerlas con toda su voluntad.

La repentina comprensión de la traición cometida por Han hizo que gritara su nombre e intentara sentarse. Su cabeza chocó con algo duro, y tuvo que volver a acostarse. Sintió una rejilla debajo de ella, y oyó el familiar gruñido ahogado de los motores hiperespaciales del *Halcón Milenario.* Habían pasado cinco años desde que Leia se escondió por última vez en el compartimento para el contrabando del *Halcón,* y el compartimento seguía oliendo exactamente igual que entonces.

«Voy a matarte, Han Solo —se dijo—. No, pensándolo mejor, tendrás mucha suerte si me conformo con matarte...» Buscó a tientas en la oscuridad que la rodeaba intentando encontrar el pestillo, dio con él e intentó correrlo. El pestillo se negaba a moverse. Leia lo examinó con las puntas de los dedos y descubrió que estaba roto. Giró sobre sí misma, encontró algo pequeño y metálico y empezó a golpear el techo con el objeto.

—¡Déjame salir de aquí ahora mismo, Han Solo! —gritó.

Sintió que el objeto que sostenía en la.mano vibraba y emitía una especie de siseo. Leia se lo acercó a la oreja. «¡Oh, estupendo! Un intercambiador de aire... Bueno, al menos no quería que me asfixiara.» Sacudió el intercambiador, y escuchó los chasquidos y crujidos que brotaban de las muy atareadas entrañas del aparato.

—Bien, Solo, ya es suficiente... ¡Sácame de aquí! ¡Ésta no es forma de tratar a una princesa!

Volvió a golpear el techo del compartimento y siguió golpeándolo, pero no obtuvo ninguna respuesta.

El aire empezó a calentarse, y Leia se preguntó si Han podía oírla. ¿Y si el ruido de fondo estaba ahogando sus gritos? Se recostó al lado del núcleo de energía Quadex, la fuente de energía principal de la nave, y pudo oír los silbidos que brotaban de las cañerías que había encima de su cabeza cada vez que el líquido refrigerante se dirigía hacia el núcleo en un ciclo de varios segundos de duración que se repetía continuamente. Los compartimentos no eran muy grandes, pero trazaban un círculo alrededor de un tercio del interior de la nave yendo desde la rampa de entrada y pasando por encima del pasillo de la cabina para curvarse alrededor de las literas del pasaje. Leia cerró los ojos y empezó a pensar. Han y Chewie solían dormir junto al puesto de control técnico, al lado de la sala de reposo. Había una pared separándola del puesto de control técnico, pero si Han estuviese allí tendría que haber oído sus golpes. Cabía la posibilidad de que siguiera en la cabina,

a unos siete u ocho metros de distancia. Si se encontraban en la cabina y la puerta del mamparo estaba cerrada, Han o Chewie no podrían oír sus gritos y golpes.

Y se le estaba empezando a acabar el aire. Leia cogió el intercambiador de aire averiado y volvió a golpear el techo con más fuerza que antes, pero resistió el impulso de gritar por miedo a que eso hiciese que se le acabara el oxígeno todavía más deprisa. Pasados unos minutos los brazos ya le ardían de fatiga, y Leia dejó de golpear el techo y descansó un poco. Sentía deseos de llorar. Han sabía que Leia no confiaba demasiado en aquel rompecabezas metálico que había montado con piezas y componentes sacados de vertederos olvidados y especialistas en saldos. Oh, no cabía duda de que el *Halcón* era una nave rápida y bien armada, pero siempre se estaba cayendo a pedazos por un sitio u otro. Han tenía tres cerebros androide a cargo del control y mantenimiento de todos sus sistemas modificados e improvisados, y Leia estaba segura de que todos sus problemas técnicos no podían producirse por puro accidente. Han decía que los cerebros no se llevaban muy bien entre sí y que tenían pequeños problemas de coordinación, pero la única respuesta lógica era que cada cerebro androide debía estar saboteando los sistemas de los otros. Algún día uno de ellos haría algo realmente grave, y toda la nave volaría en pedazos. Era una mera cuestión de tiempo. Leia volvió a golpear el techo.

La escotilla que había sobre su cabeza se abrió unos centímetros. Chewbacca gruñó.

—¿Qué quieres decir con eso de que el sonido no puede proceder de aquí? —preguntó Cetrespeó. Su voz quedaba un poco ahogada por la escotilla—. Estoy seguro de que he oído golpes justo aquí debajo. ¡Oh, nunca entenderé por qué no tiráis este montón de desperdicios espaciales al cubo de la basura!

La escotilla se abrió del todo y Chewie y Cetrespeó se inclinaron sobre el compartimento. Chewie se sorprendió tanto que faltó poco para que se le salieran los ojos de las órbitas, y Cetrespeó retrocedió tambaleándose. Después Chewie lanzó un aullido.

—Princesa Leia Organa... ¿Por qué se ha escondido ahí? —preguntó Cetrespeó.

—He venido a matar a Han —respondió Leia— y no había otra forma de introducirme en la nave sin ser detectada. ¿Qué crees que estoy haciendo aquí, retrasado mental de cerebro turboenergético? ¡Han me secuestró!

—¡Oh, vaya! —murmuró Cetrespeó.

El androide y Chewie se miraron el uno al otro, y después se apresuraron a ayudarla a salir del compartimento.

Leia se levantó sintiéndose un poco mareada, y Chewbacca fue a la cabina. Sus pupilas ardían con un gélido brillo metálico, y tenía el vello de la nuca erizado. Dejó escapar un gruñido amenazador, y durante un momento Leia estuvo segura de que Chewie actuaría a la manera típica de los wookies y le arrancaría los brazos a Han. Chewie siguió avanzando hacia la cabina, y Leia echó a correr detrás de él gritándole que esperase un momento.

Han estaba sentado en el sillón del capitán y sus dedos volaban sobre los paneles de instrumentos. Las estrellas aparecían en las pantallas bajo la forma de una continua oleada blanca, lo que significaba que estaban avanzando por el hiperespacio a la velocidad máxima del *Halcón,* un 0,6 por encima de la velocidad de la luz. Chewie gruñó, y Han no se volvió hacia ellos.

—Bueno, ¿ya has averiguado qué eran esos golpes? —preguntó Han.

—¡Puedes apostar a que sí! —dijo Leia.

—¡Sugiero que devuelva inmediatamente a la princesa antes de que todos acabemos entre rejas! —gritó Cetrespeó detrás de ella. Han se volvió hacia ellos sin inmutarse, haciendo girar lentamente su sillón de pilotaje, y se puso las manos detrás de la cabeza.

—Me temo que aún no podemos volver —dijo—. Vamos hacia Dathomir, y el rumbo está fijado, así que el timón no responderá a ninguna otra orden que no sea la de seguir avanzando hacia Dathomir.

Chewbacca corrió hacia el asiento del copiloto, tecleó una secuencia de códigos, se volvió hacia Leia y lanzó un gruñido interrogativo que Cetrespeó se encargó de traducir.

—Chewbacca quiere saber si le gustaría que le diera una paliza a Han en su nombre —dijo.

Leia miró al wookie, sabiendo lo mucho que debía haberle costado formular esa pregunta. Chewbacca tenía una deuda de vida contraída con Han, y su código de honor le obligaba a proteger a Solo; pero las circunstancias actuales eran tan extremas que el wookie quizá estaba pensando que Han necesitaba un pequeño correctivo.

Han alzó una mano en un gesto de advertencia.

—Si quieres puedes pegarme, Chewie, y dudo mucho que pudiera impedírtelo —dijo—. Pero antes de que me dejes sin sentido, quiero que pienses en una cosa: se necesitan dos personas para sacar esta nave del hiperespacio, y no puedes hacerlo sin mí.

Chewie miró a Leia y se encogió de hombros.

—Te crees muy listo, ¿eh? —dijo Leia—. Crees tener todas las respuestas, ¿verdad? Chewie, mantenle aquí. Trajo una Pistola de Mando hapaniana a bordo, y voy a dispararle con ella.

Han sacó un arma de su funda y Leia enseguida vio que no era su desintegrador habitual. Era el arma hapaniana..., pero Han había destrozado el circuito del cañón.

—Lo siento, princesa. Me parece que ya no funciona.

Han dejó caer el arma al suelo.

—De acuerdo, ¿qué es lo que quieres de mí? —preguntó Leia sintiéndose derrotada.

—Siete días —contestó Han—. Quiero que pases siete días conmigo en Dathomir. Ni siquiera te estoy pidiendo el mismo tiempo del que ha dispuesto Isolder, sino meramente siete días. Después de que hayan transcurrido esos siete días..., te llevaré de regreso a Coruscant.

Leia se cuzó los brazos y golpeó nerviosamente el suelo con el pie. Después bajó la vista, se obligó a dejar quieto el pie y volvió a alzar la mirada hacia Han.

—¿Y de qué servirá eso?

—No estoy seguro, princesa, pero hace cinco meses me dijiste que me amabas y no era la primera vez que me lo decías. Antes me amabas. Lo creías, y conseguiste que yo lo creyera. Pensé que nuestro amor era algo especial, algo por lo que no me importaría morir, ¡y no voy a permitir que destruyas nuestro futuro sólo porque ha aparecido otro príncipe!

Han había empleado las palabras «otro príncipe». Leia empezó a golpear el suelo con el pie, y después tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad consciente para dejar de hacerlo.

—¿Entonces lo admites? —preguntó—. ¿Eres el rey de Corellia?

—Yo nunca he dicho eso.

Leia lanzó una rápida mirada de soslayo a Cetrespeó y después se volvió nuevamente hacia Han.

—¿Y qué pasa si ya no te amo? ¿Qué ocurrirá si realmente he cambiado de parecer?

—Las cadenas de informativos ya están informando de que te he secuestrado —dijo Han—. Empezaron a emitir la noticia justo antes de que despegáramos. Si no me amas, entonces te llevaré de vuelta cuando hayan transcurrido los siete días y cumpliré mi condena en prisión. Pero si me amas... —Han hizo una pausa—. Si me amas, entonces quiero que le digas adiós para siempre a Isolder y que te cases conmigo —y curvó el pulgar señalándose el pecho.

Leia descubrió que estaba meneando la cabeza de pura frustración.

—Nunca había conocido a nadie tan descarado y presuntuoso —dijo.

Han la miró a los ojos.

—No tengo nada que perder.

Han lo estaba arriesgando todo, tal como había hecho una y otra vez en el pasado por ella. Hacía unos años Leia había pensado que Han era osado y valeroso, y quizá un poquito imprudente. Volver a pensar en ello hizo que Leia comprendiera que la única razón de que Han le hubiese parecido imprudente era que había arriesgado su vida por ella con tanta frecuencia. Han casi parecía dispuesto a llegar al extremo de perder la vida si Leia se lo pedía. Lo que en un tiempo le había parecido un coraje inhumano, en realidad no era más que una señal de la devoción imperecedera que sentía hacia ella; y Leia descubrió que el pensar que alguien podía amarla tanto le daba miedo y le aceleraba el pulso.

—Muy bien, Han —dijo tragando saliva—. Trato hecho...

—¡Princesa Leia! —exclamó Cetrespeó con voz consternada.

—...pero espero que te guste la comida de la cárcel —añadió Leia.

Luke comprendió que había problemas en cuanto la nave bith emergió del hiperespacio en las proximidades del torbellino de rocas y restos espaciales que daba vueltas alrededor del sistema de Roche. Ya no podía sentir la presencia de Leia en ningún lugar cercano. Fue a su habitación, se puso en contacto con el embajador de la Nueva República ante los verpines mediante la radio subespacial, y sacó al anciano de la cama.

—¿Qué es tan importante como para despertarme? —preguntó secamente el embajador.

—¿Qué le ha ocurrido a la princesa Leia Organa? —preguntó Luke—. Se suponía que debía reunirme con ella aquí.

El embajador frunció el ceño.

—Fue secuestrada por el general Solo hace un par de días. Veo los noticiarios de la holovisión cuando puedo, ¡pero soy un hombre muy ocupado! No dispongo de mucho tiempo para esas tonterías. Si tan importante es para usted, siempre le queda el recurso de llamar a Coruscant.

Luke frunció el ceño. Su posición como héroe de guerra no le proporcionaba la autoridad suficiente para hacer llamadas hiperespaciales mediante la holovisión, y además una llamada no le acercaría más a Leia. Tenía que volver a Coruscant, y empezar desde cero partiendo de ahí.

—¿Tiene alguna idea de dónde podría encontrar a Han y Leia? —

preguntó.

El embajador bostezó y se rascó su calva cabeza.

—¿Quién se cree que soy, el jefe del departamento de espionaje? Nadie sabe dónde están. Testigos oculares afirman haber visto a Solo en un centenar de planetas como mínimo, pero invariablemente siempre acaba resultando ser un rumor o acaban deteniendo a alguien que se le parece un poco. Lo siento, hijo, pero no puedo serle de ninguna ayuda.

El embajador cortó la comunicación, y Luke permaneció inmóvil donde estaba sintiéndose bastante perplejo. Rara vez era tratado con tanta rudeza por nadie, y mucho menos por un dignatario. Luke acabó suponiendo que el operador no había informado al embajador de quién le llamaba.

Cerró los ojos y desplegó sus sentidos forzándolos al máximo. A veces soñaba con Leia y normalmente si se encontraba en el mismo sistema estelar que él, Luke podía captar su presencia. Leia no estaba en ningún lugar de los alrededores. Luke decidió que sacaría su caza del hangar de almacenamiento y pondría rumbo a Coruscant.

Han estaba trabajando en la cocina del *Halcón* intentando preparar su cuarta cena a la luz de las velas en otros tantos días. El olor de la lengua de aric sazonada estaba empezando a impregnar la atmósfera, y Han estaba muy ocupado esparciendo un poco de pudding sobre unas conchas de cora cuando de repente el cuenco del pudding se volcó y su contenido manchó las paredes y una pernera del pantalón de Han. Chewbacca estaba de pie delante de la mirilla, y el wookie giró sobre sí mismo y se rió.

—Adelante, cerebro de pelo, ríete todo lo que quieras —dijo Han—. Pero permíteme que te diga una cosa: cuando este viaje haya llegado a su fin, Leia habrá comprendido que me ama. Por si no te has dado cuenta, sólo han pasado cuatro días y ya está empezando a mostrarse mucho más amable y cariñosa conmigo.

Chewbacca dejó escapar un gruñido despectivo.

—Tienes razón —dijo Han con voz abatida—. Hay muchas más probabilidades de que Hoth se caliente que de que Leia deje de odiarme... Y supongo que en el sitio del que vienes los rituales de apareamiento son mucho más sencillos, ¿no? Cuando te enamoras de una hembra de wookie, probablemente te limitas a darle un mordisco en el cuello y luego la arrastras hasta tu árbol; pero en el sitio del que vengo hacemos las cosas de una manera distinta. Preparamos magníficas cenas para nuestras mujeres, les decimos cosas agradables, las tratamos como a reinas...

Chewie soltó una risita burlona.

—De acuerdo, disparamos contra ellas y las llevamos a rastras hasta nuestra nave espacial —admitió Han—. Vale, quizá no soy mucho más civilizado que tú, pero lo estoy intentando. De veras, Chewie, te aseguro que lo estoy intentando...

—¡Haaaan, oh, Haaaan! —gritó Leia desde la sala-comedor—. Me estaba preguntando si por casualidad no habrías acabado de preparar el primer plato... Me está entrando mucha hambre, y ya sabes lo irritable que me pongo cuando tengo hambre.

—¡Marchando, princesa! —replicó Han con voz melosa.

Abrió la puerta del horno e intentó sacar la fuente llena de lengua de aric sazonada cogiéndola con la parte inferior de su delantal, y se quemó los dedos. Soltó un chillido y se metió los dedos en la boca, y después cogió una

mitón acolchado y vació la fuente sobre una bandeja. La lengua tenía un color un poco más azulado del que habría debido tener, y Han no estaba muy seguro de si la había mantenido demasiado tiempo dentro del horno, si se trataba sencillamente de que la lengua estaba en malas condiciones, o si se le había ido la mano con el polvo de ju.

—¿Has acabado? —preguntó Leia.

—¡Voy enseguida! —gritó Han.

Le llevó la lengua. Había colocado un hermoso mantel rojo sobre el tablero proyector de hologramas, y las velas de todos los candelabros estaban encendidas. Leia estaba espectacular con un mono blanco y un collar de perlas, y las llamas bailaban en sus ojos oscuros. Han colocó la bandeja sobre el mantel.

—La cena está servida —anunció.

Leia le lanzó una mirada interrogativa y enarcó una ceja.

—¿Qué? —preguntó Han—. ¿De qué se trata esta vez?

—¿No me la vas a cortar? —preguntó Leia.

Han bajó la mirada hacia la vibro-hoja que había encima de la mesa. Había visto cómo Leia se abría paso a través de la jungla con un machete al que apenas le quedaba filo. Había visto cómo cortaba cuerdas y se desataba las manos con un trozo de cristal, y en una ocasión incluso había visto cómo liquidaba a una especie de monstruo de los pantanos con un palo puntiagudo, y la vibro-hoja estaba infinitamente más afilada que aquel palo.

—Pues claro que te la cortaré —dijo Han—. Será un gran placer para mí.

Cogió la vibro-hoja y empezó a cortar la lengua en porciones.

Llevaba cortada la mitad cuando decidió tratar de averiguar si había hecho algún progreso.

—¿Están a tu gusto? —preguntó—. ¿Te gustarían más gruesas, más delgadas o cortadas a lo largo en vez de a lo ancho?

—Las porciones están perfectamente —dijo Leia.

Han acabó de cortar la lengua, se sentó a la mesa y cogió una servilleta.

Leia carraspeó y alzó la mirada hacia él.

—¿Qué ocurre ahora, cachorrito mío? —preguntó Han.

—¿Vas a sentarte a la mesa llevando puesto ese delantal tan sucio? —preguntó Leia—. Quiero decir que... Bueno, da un poquito de asco.

Han se acordó de un momento en el que habían compartido raciones de campaña rancias en un campo de batalla de Mindar, con cadáveres de soldados de las tropas de asalto imperiales rodeándoles por todos lados.

—Tienes razón —dijo—. Me lo quitaré.

Se levantó, se quitó el delantal y lo colgó de un gancho en una pared de la cocina. Después volvió y se sentó. Leia carraspeó.

—¿Y ahora qué? —preguntó Han.

—Te has olvidado del vino —dijo Leia mirando su copa.

Han echó un vistazo a su plato y vio que Leia ya había empezado a comer sin esperarle.

—¿Qué vino prefieres? ¿Blanco, tinto, verde o púrpura?

—Tinto —respondió Leia.

—¿Seco o dulce?

—¡Seco!

—¿Temperatura?

—A la temperatura ambiente, por supuesto.

—Bueno, supongo que esta noche tampoco vas a permitirme cenar contigo, ¿verdad?

—No —replicó Leia con firmeza.

—No lo entiendo —dijo Han—. Ya han pasado cuatro días, y aparte de darme órdenes y hacer que vaya corriendo de un lado a otro sin parar, no me has dicho ni una sola palabra. Sé que estás enfadada conmigo. Tienes derecho a estarlo. Quizá lo he estropeado todo y nunca podrás llegar a quererme, o quizá has empezado a estar tan acostumbrada a verte rodeada de sirvientes que sólo quieres convertirme en tu esclavo. Pero suponiendo que todo esto no sirva para nada más, espero que al menos todavía me seguirás apreciando como amigo.

—Quizá me estás pidiendo demasiado —dijo Leia.

—¿Te estoy pidiendo demasiado? —exclamó Han—. Oye, soy el tipo que ha estado cocinando y haciendo la limpieza y ocupándose de tu ropa y haciéndote la cama y pilotando esta nave. Bien, ahora te ruego que me respondas a una pregunta, y lo único que quiero es que respondas a ella y que lo hagas con sinceridad... ¿Es que ya no hay nada en mí que te guste? ¿No hay alguna cosita que...? En fin, algo, lo que sea...

Leia no respondió.

—Quizá debería invertir el rumbo —dijo Han.

—Quizá deberías hacerlo —dijo Leia.

—Pero no lo entiendo —murmuró Han—. Accediste a acompañarme en este viaje, aunque admito que estabas sometida a una cierta presión cuando lo hiciste —añadió encogiéndose de hombros—, pero estás mucho más enfadada de lo que deberías estar. Si quieres desahogarte conmigo, adelante: estoy aquí, soy Han Solo en carne y hueso... —Inclinó su rostro hacia ella—. Adelante, abofetéame. O bésame. O háblame.

—Tienes razón —dijo Leia—. No lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo? —casi gritó Han—. Venga, qué es? ¡Dame una pista!

—¡Muy bien! —gritó Leia—. Te lo voy a deletrear para que lo entiendas de una vez: puedo perdonarte. Sí, puedo perdonar a Han Solo, al hombre; pero cuando me trajiste a esta nave traicionaste a la Nueva República a la cual servimos. Ahora ya no eres meramente Han Solo, el hombre. Eras Han Solo, el héroe de la Alianza Rebelde, Han Solo, el general de la Nueva República; y no puedo perdonar a ese Han Solo, y además me niego a perdonarle. A veces lo que representas es tan importante que no puedes permitirte el lujo de tener fallos. Eres respetado como un símbolo sagrado, y eres respetado tanto por lo que eres como por quién eres.

—Eso no es culpa mía —dijo Han—. Me niego a dejarme atar por las imágenes preconcebidas de mi persona que puedan haberse formado los demás.

—Estupendo —dijo Leia—. Quizá no pienses que el universo debería funcionar de esa manera. Quizá quieres ser libre para poder salir corriendo y volver a ser un pirata o andar jugueteando por ahí como si fueras un niño pequeño, ¡pero el universo no funciona así! Tendrás que enfrentarte a esa realidad.

—¡Estupendo! —dijo Han, y arrojó su servilleta sobre la mesa—. Bueno, entonces me enfrentaré a ella... Lo haré después de la cena. Me dirás lo que quieres que haga y cómo quieres que actúe. Cambiaré..., para siempre. Lo prometo. ¿De acuerdo?

Leia alzó la mirada hacia él, y la expresión de sus rasgos se suavizó un poco.

—De acuerdo.

Cuatro días después el *Halcón Milenario* salió del hiperespacio sobre la vertical de Dathomir, y los indicadores de proximidad aullaron su advertencia. Leia fue corriendo a la cabina y se inclinó sobre el sillón de pilotaje de Han para echar un vistazo: el cielo estaba repleto de Destructores Estelares, y las barcazas y las lanzaderas subían lentamente desde una pequeña luna roja formando una línea sólida que se dirigía hacia una inmensa masa de cañerías, cables y soportes metálicos, diez kilómetros de andamiaje resplandeciente que flotaba en el espacio en una órbita que lo mantenía inmóvil con relación al planeta. Parecía un insecto gigante, pero atracados a su alrededor había docenas de naves: un Super Destructor Estelar, docenas de viejos modelos de la clase Victoria y fragatas de escolta, miles de barcazas con forma de caja... Han las contempló en silencio durante un momento, claramente impresionado.

—¡Intrusos! —jadeó por fin con irritación.

Leia tragó una honda bocanada de aire.

—Bueno, Han, no cabe duda de que esta vez te ha tocado el premio gordo... Vaya, en este planeta debe haber más cazas enemigos que piojos en un hutt.

Han se volvió hacia Chewie. El wookie tecleaba frenéticamente intentando obtener las cartas de navegación del sistema estelar de Ottega. Dos cazas rojos empezaron a ascender desde un Destructor Estelar en el holograma.

—Guárdate los sarcasmos para otro momento, princesa, y ve al pozo de armamento —dijo—. Tenemos compañía.

Han movió la cabeza señalando los interceptores TIE que se dirigían hacia ellos acompañados por un aullido de aire desgarrado. Leia conocía lo suficientemente bien las capacidades del *Halcón* como para preguntarle si no podía dejarlos atrás. Han no podía hacerlo.

—En serio, Leia, será mejor que vayas allí —dijo Han—. En cuanto estén lo suficientemente cerca para poder ver que no somos un Incom Y-4, empezarán a disparar sin perder ni un momento.

Leia fue corriendo por el pasillo hacia la escalera de caracol.

La voz de un controlador de tráfico empezó a resonar en el sistema de radio del *Halcón.*

—Devastador Incom Y-4, identifiqúese e informe de su destino, por favor —ordenó—. Devastador Incom, identifiqúese e informe de su destino, por favor.

—Capitán Bróvar, transportando un equipo de inspección para los sistemas de defensa planetarios —respondió Han.

Han se limpió el sudor de la frente. Ésa era la parte que más odiaba, el tener que esperar hasta averiguar si se habían tragado su historia.

Transcurrieron cuatro segundos, y Han comprendió que el controlador de tráfico estaba consultando con su supervisor. Eso siempre era mala señal.

—Eh... —dijo el controlador pasados unos momentos más—. Este planeta no tiene sistema de defensa.

Chewbacca fulminó con la mirada a Han, y Han activó el micrófono.

—Ya lo sé —dijo—. Venimos a inspeccionar los lugares para instalar un sistema de defensa planetario. —El controlador guardó silencio durante demasiado tiempo, y Han decidió añadir algo más—. Tenemos uno extra, o

partes de uno extra... Quiero decir que... Bueno, esos sistemas de defensa tienen que estar guardados en algún sitio, ¿verdad?

—Devastador Incom Y-4, ¿se han efectuado alguna clase de modificaciones extrañas en su nave? —preguntó secamente una voz grave y un poco gutural por la misma frecuencia.

Los interceptores ya estaban entrando en la zona de alcance visual, y Han no podía seguir confiando en el sigilo. Alargó una mano para conectar los generadores de interferencias, y Chewie torció el gesto.

—Tranquilo, Chewie. Esta vez no nos freirán los circuitos... —le prometió Han—. Hice una prueba antes de que despegáramos.

Han movió el interruptor y rezó. Chewbacca lanzó un rugido de miedo y Han se volvió hacia él. El ordenador de la nave había dejado de funcionar. Han vio apagarse las luces indicadoras del motivador hiperespacial junto con las del ordenador de puntería de popa. Ya era tarde para hacer algo al respecto, pero Han comprendió que no había probado los generadores de interferencias con el ordenador de navegación en funcionamiento. Tendría que transcurrir bastante tiempo antes de que la nave pudiera volver a saltar al hiperespacio.

Chewie dejó escapar un gruñido de terror, y Han bajó el morro del *Halcón* hacia la masa resplandeciente del astillero y se lanzó hacia una fragata de escolta Kuat. Todo ese metal tenía que causar un considerable caos en los sensores del enemigo, y aunque los interceptores TIE eran técnicamente más rápidos y más maniobrables que el *Halcón,* Han estaba dispuesto a medir su pericia de piloto con la de aquellos chicos recién salidos de la academia de vuelo en cualquier momento y circunstancias.

Rayos azulados de energía desintegradora centellearon sobre la proa del *Halcón* y rebotaron en el casco.

—¡Están a tiro! —gritó Leia por su radio.

Cetrespeó estaba inmóvil detrás del sillón de pilotaje contemplando el fuego de los cañones desintegradores mientras gritaba «¡Ooooh, aaaah!» y se agachaba con cada rebote de un haz.

Han oyó el maravilloso *blam, blam, blam* procedente de la torreta cuádruple de cañones desintegradores indicador de que Leia había empezado a devolver el fuego. El *Halcón* avanzó a toda velocidad hacia el andamiaje metálico y la fragata atracada más allá de él. Inmensas vigas de plastiacero pasaron junto a ellos y quedaron atrás en un instante, y Han colocó el *Halcón* de lado para pasar por entre el andamiaje. Centró su ordenador de puntería de proa en el conjunto sensor primario de la fragata. Sin los escudos activados, la enorme fragata no era más que otro montón de desperdicios espaciales, y el primer disparo de Han dejó envuelto el conjunto sensor en una nube de relámpagos azules. Después disparó sus torpedos de protones en rápida sucesión, y el resultado fue una bola de luz tan brillante que le habría freído los ojos si Han no se hubiera apresurado a desviar la mirada.

Han invirtió el impulso motriz mientras atravesaban las nubes en forma de hongo que se iban volviendo cada vez más brillantes, y disparó dos cohetes de alta potencia explosiva contra el delgado tallo de la fragata, las pasarelas que conectaban los monstruosos motores de la nave con su arsenal delantero. El *Halcón* redujo la velocidad y se lanzó hacia la brecha abierta en el casco de la fragata, y los trocitos de metal chocaron contra el escudo antiimpactos delantero como una ráfaga de metralla.

Chewie rugió y se protegió el rostro con las manos. El *Halcón* entró en el

enorme espacio del hangar de la fragata y las sirenas de alarma empezaron a aullar. Los paneles de control se oscurecieron al sobrecargarse el escudo antipartículas, y volvieron a iluminarse en cuanto el escudo se esfumó. El panel de Chewie había empezado a desprender humo, y el wookie soltó un gruñido.

—Shhhh... —siseó Han, y puso una mano sobre la boca de Chewie.

Los dos interceptores TIE entraron a toda velocidad en la fragata y estallaron. El pasillo en el que se había metido el *Halcón* se llenó de luz y fuego.

«Ése es el gran problema que tienen las ventanillas de transpariacero de los cazas TIE —pensó Han—. Esos malditos trastos se oscurecen cuando detectan una explosión, y durante los dos segundos siguientes se vuelven totalmente inútiles porque no puedes ver nada.» Han ya había contado con eso.

Han desconectó los generadores de interferencias y empezó a desactivar los sistemas del *Halcón.* Leia llegó corriendo por el pasillo.

—¿Qué infiernos crees que estás haciendo? —preguntó—. ¡Casi has conseguido que nos mataran!

—¡Escucha!

Han alzó una mano pidiéndole silencio. Las detonaciones de los torpedos y las explosiones de los cazas, unidas a unos cuantos impactos iónicos en los puntos adecuados, ya habían empezado a desestabilizar la órbita de la fragata. La nave se estaba alejando de los muelles del astillero a medida que el pozo gravitatorio de Dathomir tiraba de ella.

—¡Oh, estupendo! —dijo Leia—. ¿Se supone que debo alegrarme mucho porque vamos a estrellarnos contra el planeta en vez de estallar en el espacio?

—No —dijo Han—. Nuestro escudo antiimpactos habrá protegido el *Halcón* lo suficiente como para que no haya averías demasiado graves, y ahora que he desconectado los generadores de interferencias antisensores, Chewie no debería tener demasiados problemas para conseguir que el ordenador de navegación vuelva a funcionar. Mientras tanto, la flota de Zsinj cree que todos nos hemos estrellado, y el lento descenso de la fragata hacia el planeta hará que estemos fuera de su radio de intercepción durante unos diez minutos... Eso es tiempo más que suficiente para que podamos trazar un curso. Después saldremos de aquí sin ningún problema y volveremos a casa. Confía en mí, Leia. ¡No es la primera vez que hago esto!

Han tragó una honda bocanada de aire y rezó en silencio.

—Adelante, Chewie —dijo—. Vuelve a conectar el ordenador de navegación. Venga, demuéstrale que sé lo que me hago...

Chewie gruñó, lanzó una mirada feroz a Han y movió el interruptor. La pantalla permaneció apagada, y Chewie empezó a probar suerte frenéticamente con otros interruptores. El motivador del impulso hiperespacial se negó a funcionar, al igual que los escudos deflectores de popa. Cetrespeó había estado observándolo todo desde detrás del sillón de pilotaje y empezó a gesticular nerviosamente, pero se abstuvo de hablar hasta que vio que los motivadores no se encendían.

—¡Estamos condenados! —gritó entonces.

Han se levantó de un salto.

—No pasa nada, no pasa nada... Que nadie se deje dominar por el pánico, ¿entendido? Tenemos un pequeño problema de circuitos quemados, nada más. Lo arreglaré enseguida.

Apartó a Cetrespeó de un empujón, fue corriendo por el pasillo hasta el control de ingeniería y levantó una placa para tener acceso a los circuitos del motivador. Han podía vivir sin el ordenador de la nave..., durante diez minutos. Lo único que necesitaba era un salto rápido para salir de aquel sistema solar, y después unos cuantos días para arreglar los circuitos con calma y sin apresurarse en las frías inmensidades del espacio. Pero para eso necesitaba los motivadores, y esa necesidad era inmediata.

Se sacó el chaleco, se envolvió el puño con él y tiró de la placa. Un diluvio de chispas y llamitas brotó del metal fundido en el interior de la caja, y Leia apareció detrás de Han con un extintor en la mano. Empezó a rociar los circuitos con espuma, y Han comprendió que no había forma de repararlos y retrocedió un paso.

—No pasa nada, no pasa nada... —murmuró, y volvió corriendo a la cabina. Activó todos los circuitos y dejó que el ordenador de diagnóstico empezara una lectura general. Los sensores de proa habían quedado aplastados por la colisión—. Bueno, no importa... No necesito sensores mientras pueda ver dónde voy —dijo, y su voz casi parecía un gemido.

El escudo antiimpactos no funcionaba. Los platos de la parte superior de la nave habían sido arrancados de cuajo. Dejando aparte eso, casi todo lo demás tenía bastante buen aspecto. Si el diagnóstico del ordenador era correcto, podían salir de la fragata..., suponiendo que consiguieran librarse del amasijo de restos metálicos en que se habían convertido los mamparos como resultado del choque, suponiendo que nadie disparara contra ellos o les alcanzase, y suponiendo que no intentaran alejarse del planeta, naturalmente.

Han sintió que le empezaba a dar vueltas la cabeza, y comprendió que la fragata debía estar girando sobre sí misma mientras caía hacia Dathomir.

—Aguantad, chicos —murmuró—. ¡Me temo que vamos a tener un descenso un poquito movido!

Se volvió hacia Leia, y vio que no estaba enfadada y que no le estaba lanzando reproches o insultos. Su rostro estaba muy pálido y lleno de miedo, y tenía los ojos muy abiertos. Se le habían puesto los pelos de punta. Han nunca la había visto tan asustada.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó mientras examinaba frenéticamente la pantalla de diagnóstico.

—Siento algo ahí abajo —dijo Leia—. Está en el planeta... Algo que...

—¿Qué? —preguntó Han.

Leia cerró los ojos. Aún no poseía la sensibilidad de Luke, pero Han sabía que tenía el potencial necesario para alcanzarla algún día.

—Veo... gotas de sangre sobre un mantel blanco. No... Son más bien como manchas solares, negrura sobre un fondo de claridad. Pero los puntos negros son como más sucios..., son aborrecibles, repugnantes...

Leia frunció el ceño en un gran esfuerzo de concentración, y tragó aire en una serie de aspiraciones profundas y entrecortadas. Le temblaba el labio inferior.

Después abrió los ojos de repente, y su rostro volvía a estar muy pálido y lleno de terror.

—¡Oh, Han, no podemos bajar a ese mundo!

9

Luke tocó las paredes del apartamento de Han en Coruscant. Era un apartamento extraño, sin adornos y sin calor, la clase de sitio que una persona habita de vez en cuando, pero en el que no vive. El edificio había sido saqueado. Los uniformes militares de Han estaban esparcidos sobre el suelo entre un colchón desgarrado y almohadas rotas. Había montones de cosas tiradas por el suelo de las habitaciones. El apartamento ya había sido registrado y examinado por docenas de personas, pero no de la manera en que Luke planeaba hacerlo.

Puso las manos sobre la almohada y cerró los ojos. Podía sentir la desesperación de Han en la almohada, y algo más antiguo y extraño que la desesperación: una huella casi imperceptible de alegría salvaje y de esperanza.

Luke se puso en pie. Las emociones que son tan potentes están impregnadas de un aroma único, y Luke deslizó los dedos a lo largo de la pared, captó todo lo que había en ellas, y fue siguiendo el rastro del olor por las largas avenidas de Coruscant. De vez en cuando el olor se le escapaba en una esquina, y entonces Luke se detenía durante unos momentos y se concentraba.

Después de haber pasado horas siguiendo el sabor de aquella esperanza frenética, se encontró en las capas superiores del submundo, en una vieja sala de juego. Se quedó inmóvil y contempló la mesa en la que un trío de roedores jugaban al sabacc mientras un androide dejaba caer cartas en sus manos.

Fue a ver al encargado, un ri'dar con aspecto de murciélago que estaba observando su dominio con los ojos entreabiertos mientras se agarraba a un cable colocado encima de él con los dedos de los pies.

—¿Hay algún tipo de registro visual de las partidas para asegurarse de que no se hacen trampas? —preguntó.

—¿Por qué me pregunta essssso? —replicó el ri'dar—. Dirijo un essstablecimiento honesssto. ¿Essssstá intentando sssssugerir que missss androidesssss hacen trampassss?

Luke sintió la tentación de reaccionar a las palabras del ri'dar poniendo los ojos en blanco. La paranoia era algo típico en su especie, y podía acabar provocando graves problemas si Luke no aplacaba rápidamente a la criatura.

—Por supuesto que no —dijo—. Le aseguro que esa idea jamás se me ha pasado por la cabeza, pero tengo razones para creer que un amigo mío estuvo aquí hace poco y que jugó a las cartas en la mesa del rincón. Si hay grabaciones de vídeo disponibles, me gustaría verlas. Podría pagarle.

Un destello fugaz ardió en los ojos oscuros del ri'dar y miró furtivamente a su alrededor. Después extendió un ala terminada en una mano, se agarró al cable y se dejó caer al suelo.

—Por aquí.

Luke le siguió hasta una habitación en la parte de atrás del local, y el ri'dar le contempló con suspicacia.

—Primero el dinero —dijo.

Luke le entregó una ficha de cien créditos. El ri'dar se la guardó en un bolsillo oculto de su chaqueta, y mostró a Luke cómo se manejaba la unidad de vídeo, que debía tener un mínimo de cien años de antigüedad. Estaba empezando a oxidarse y se encontraba cubierta por una gruesa capa de polvo seco, pero podía rebobinar a una velocidad increíble. Luke dio con lo que buscaba en unos momentos, paró la cinta, la hizo avanzar a la velocidad normal y vio cómo Han ganaba su planeta. No había sonido, sólo el holograma del planeta resplandeciendo sobre la mesa. Así que ésa era la fuente de su alegría.

—¿Quién es la drackmariana? —preguntó Luke.

El ri'dar contempló a la drackmariana, y sus ojos fueron velozmente de la imagen a Luke y de nuevo a la imagen.

—Essss difícil decirlo... Todossss me parecen igualessss.

Luke sacó otra ficha de crédito.

—Sssssí, ahora me acuerdo —dijo el ri'dar—. Es la señora de la guerra Omogg.

Luke conocía el nombre.

—Claro. Sólo ella podría llegar a perder un planeta en una partida de cartas... ¿Dónde puedo encontrarla?

—Esssssstará jugando y haciendo apuessstassss —dijo el ri'dar—. Cuando no essssstá aquí, juega en otro ssssitio. Los drackamarianossss no duermen.

Luke obtuvo los nombres de los locales de juego que frecuentaba Omogg, cerró los ojos y dejó que su dedo índice fuera bajando por la lista. El dedo se detuvo en el tercer nombre, un local que estaba cerca de allí y que se encontraba cuatro niveles más abajo.

Luke se envolvió en su capa y acarició la espada de luz que colgaba junto a su costado. Algo indefinible que flotaba en el aire le advirtió de que debía estar preparado, y Luke sacó la espada del cinturón y se la guardó en un bolsillo.

El trayecto sólo le exigió unos cuantos minutos, pero en cuanto llegó allí fue como si hubiera entrado en un mundo distinto. La atmósfera de aquel nivel olía a rancio y las luces eran más tenues que arriba. Centenares de niveles más abajo había lugares del submundo en los que ni siquiera los humanos más valientes se atrevían a poner los pies. En aquel nivel ya vivían alienígenas de razas que Luke no había visto jamás: un enorme anfibio bioluminiscente de color azul turquesa pasó junto a él contoneándose sobre sus pies palmeados mientras su gran boca masticaba lo que parecía alguna clase de fungosidad. Algo inmenso con tentáculos se deslizó sobre los adoquines mojados. Luke no. sabía si era consciente o si se trataba de alguna variedad de alimaña. Encontró el lugar que estaba buscando gracias a la débil luz que brillaba sobre su puerta y permitía entrever el cartel con su nombre, «El Almacén».

Luke cruzó el umbral y entrecerró los ojos intentando distinguir algo en la penumbra. La única luz que había en el local procedía de los reflectores de la cabeza de un androide de limpieza y de anfibios bioluminiscentes como el que Luke había visto en la calle. Los seres vivos no utilizaban las luces artificiales a esas profundidades.

Y de repente Luke oyó sollozos ahogados que sólo podían ser gritos de agonía resonando entre las sombras.

Sacó su espada de luz del bolsillo, la activó y su brillante resplandor azulado se abrió paso a través de las sombras. Docenas de alienígenas gritaron y se taparon los ojos mientras hacían muecas de dolor, y muchos lanzaron alaridos de sorpresa y corrieron hacia la puerta. Una docena de seres-rata echó a correr y se escondió en las sombras para observar la inminente pelea con sus ojillos relucientes.

En el otro extremo de la sala de juegos había una mesa y tres hombres que se alzaban sobre la drackamariana caída encima de ella. Dos de ellos la mantenían inmovilizada con la espalda pegada a la mesa, y el tercero hacía desesperados esfuerzos para arrancarle el casco y exponerla a la atmósfera de oxígeno que era veneno para ella. La drackmariana se resistía hundiendo sus garras en los brazos que la sujetaban y haciéndolos sangrar, intentando darles patadas con las uñas de sus pies y golpeándoles con su cola. Ya había dos humanos caídos en el suelo, pero la drackmariana se estaba quedando sin fuerzas. Los hombres por fin consiguieron dominarla del todo. Los tres llevaban gafas infrarrojas, lo cual indicaba que no estaban acostumbrados a la vida en el submundo.

—Soltadla —les ordenó Luke.

—No te metas en esto —dijo uno de los hombres en básico, usando un acento muy extraño que Luke no había oído nunca con anterioridad—. Tiene información.

Luke dio un paso hacia adelante, y el interrogador que había estado tirando del casco de Omogg para arrancárselo desenfundó un arma y disparó contra él. Un chorro de chispas azules brotó del arma y envolvió a Luke, y durante una fracción de segundo Luke sintió que se le quedaba la mente en blanco. Era como si le hubieran sumergido la cabeza en un cubo lleno de agua helada. Parpadeó y dejó que la Fuerza fluyera a través de él. Los tres hombres habían vuelto a concentrar su atención en Omogg, aparentemente seguros de que la confrontación con Luke había terminado.

—Soltadla —repitió Luke en voz más alta.

El interrogador alzó la mirada hacia él con evidente sorpresa y volvió a desenfundar su arma. Luke movió una mano y usó la Fuerza para arrancársela de los dedos.

—Marcharos de aquí ahora mismo —les advirtió.

Los hombres permanecieron inmóviles durante unos momentos y después retrocedieron un paso alejándose de la drackmariana. Omogg yacía sobre la mesa y jadeaba intentando superar los efectos del oxígeno que había logrado atravesar los cierres de su casco.

—Esta criatura tiene información que podría llevarnos hasta una mujer que ha sido secuestrada —dijo uno de los hombres—. Obtendremos esa información.

—Esta mujer es una ciudadana de la Nueva República —replicó Luke— y si no le quitáis las manos de encima, os dejaré sin manos.

Luke movió la espada de luz en un círculo amenazador.

Los hombres se miraron nerviosamente los unos a los otros y empezaron a retroceder. Uno de ellos sacó un comunicador de un bolsillo y empezó a hablar rápidamente en un lenguaje desconocido para Luke. Estaba claro que pedía refuerzos. Los roedores del rincón decidieron que la situación se había vuelto demasiado peligrosa y se marcharon a toda prisa, y la habitación pareció quedar extrañamente silenciosa, con el zumbido ahogado

de los procesadores de comida que había al fondo como único sonido audible.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz femenina detrás de Luke diez segundos después.

Los tres hombres que habían atacado a Omogg cruzaron los brazos delante del pecho e inclinaron la cabeza.

—Gran Reina Madre, hemos encontrado a la señora de la guerra drackmariana tal como nos habías pedido que hiciéramos, pero no ha querido responder a nuestras preguntas. No hemos podido obtener ninguna información de ella.

Luke se volvió hacia la líder de los tres hombres. Era una mujer alta con un tiara de oro y un velo dorado que le ocultaba el rostro, y hasta el último centímetro de su persona hablaba de majestuosidad y riqueza. Llevaba un vestido largo de grandes pliegues que no conseguían ocultar su hermosa figura. Detrás de ella había por lo menos una docena de guardias armados, con sus desintegradores desenfundados preparados para hacer fuego.

—¿Habéis torturado a una dignataria extranjera? —preguntó la Reina Madre.

Sus ojos echaban chispas detrás del velo. Luke pudo sentir su ira, pero no estuvo seguro de si iba realmente dirigida hacia sus hombres o si estaba irritada porque habían fracasado.

—Sí —murmuró uno de los hombres—. Nos pareció que era lo más adecuado.

La Reina Madre dejó escapar un leve gruñido de disgusto.

—Salid de aquí..., los tres. Consideraos bajo arresto.

Durante un momento Luke se preguntó si todo aquello no sería una farsa, y sondeó un poco más la Fuerza de la recién llegada. Las acciones de sus hombres no la habían sorprendido ni escandalizado, pero eso le decía muy poco a Luke. Los líderes tienden a endurecerse y a perder la sensibilidad.

—He contraído una deuda de gratitud contigo por tu intervención —le dijo la Reina Madre.

Movió una mano y dos de sus guardias corrieron hacia la drackmariana derrumbada encima de la mesa y se aseguraron de que su respirador estaba bien encajado sobre su hocico. Omogg todavía jadeaba, pero parecía estar recuperándose por momentos. Movió los brazos, y su cola osciló débilmente de un lado a otro. Los guardias la levantaron dejándola sentada sobre la mesa, ajustaron las válvulas de su mochila y aumentaron la cantidad de metano que llegaba a su casco. Omogg tragó una honda bocanada de gases.

—Lo lamento muchísimo —dijo la Reina Madre volviéndose hacia la drackmariana—. Soy la Ta'a Chume, reina de Hapes, y pedí a mis hombres que dieran contigo, pero no les ordené que te interrogaran de esta manera. Ya están arrestados. Di qué castigo te parece más justo para ellos.

—Haaaz que rrrespirren metaaaano —siseó Omogg.

La Reina Madre inclinó levemente la cabeza en señal de aceptación.

—Se hará—dijo, y guardó silencio durante unos momentos antes de seguir hablando—. Ya sabes por qué he venido. Necesito averiguar dónde está Han Solo. Se dice que estás organizando un grupo privado para seguir su rastro. Pagaré cualquier precio razonable que me pidas. ¿Sabes dónde está?

Omogg estudió a la Ta'a Chume durante un momento. Los drackmarianos eran famosos por su generosidad, pero eran un pueblo

independiente y no se les podía obligar a que hicieran nada en contra de su voluntad. Habían sido intrépidos oponentes del Imperio, y después de su derrota sólo se les podía considerar aliados de la Nueva República de nombre. Eran capaces de resistir las presiones hasta la muerte. Omogg miró a Luke.

—¿Tú también quierrressss esssto?

—Sí —respondió Luke.

La drackmariana vaciló, y Luke comprendió enseguida el motivo por el que dudaba. Le diría donde había ido Han, pero no quería hablar en presencia de la Ta'a Chume. A pesar de eso, Luke podía captar una emanación emocional procedente de la Reina Madre. ¿Confianza? Si Omogg realmente planeaba enviar un grupo en persecución de Han —y la Nueva República ofrecía una recompensa lo suficientemente elevada como para justificar esa acción—, entonces la Ta'a Chume probablemente ya había hecho algunas investigaciones preliminares. Sabría en qué nave viajaría Omogg, y quizá incluso había interrogado a algunos miembros de la tripulación e instalado algún localizador en la nave para poder seguirla.

—Como recompensa, te pido que me dejes ocuparme del general Han Solo y que no reveles el nombre del planeta a nadie, sino que me mires a los ojos y pienses el nombre.

Omogg alzó la mirada y los globos oscuros de sus ojos brillaron detrás de las nubéculas verdosas de metano que flotaban en el interior de su casco. Luke dejó que la Fuerza le uniera a ella, y oyó con toda claridad el nombre del planeta en su mente. «Dathomir...»

El nombre despertó ecos en su memoria, y durante un segundo se acordó del holograma en el que aparecía un Yoda con un color de piel verde más claro y juvenil, y volvió a oír sus palabras. «Chu'unt-hor en Dathomir... Lo intentamos»

—¿Qué sabes de ese lugar? —preguntó Luke.

—Tiene mmmmmuy poco valor para un sssser que rrrrrespira mmmmmetano —dijo Omogg.

—Gracias, Omogg —dijo Luke—. Veo que la reputación de generosidad de que gozan los drackmarianos es más que merecida. ¿Necesitas un médico, alguna cosa...?

Omogg movió una mano rechazando su ofrecimiento y empezó a toser de nuevo.

La Ta'a Chume estudió a Luke de una manera tan franca y desapasionada como si fuera un esclavo y estuviera pensando en comprarlo, y Luke acabó captando su nerviosismo. La Reina Madre quería algo de él.

—Gracias por haber aparecido cuando lo hiciste —le dijo por fin—. Supongo que eres alguna clase de cazador de recompensas y que andas buscando ganar dinero, ¿no?

—No —replicó Luke poniéndose a la defensiva—. Se podría decir que soy amigo de Leia..., y de Han.

La Reina Madre asintió. Parecía no querer separarse de él.

—Nuestra flota partirá esta noche... —sus ojos recorrieron la habitación en la que sólo estaban ella, sus guardias, Luke y Omogg— con rumbo a Dathomir. —Debió percibir la sorpresa de Luke cuando pronunció el nombre, pues cuando volvió a hablar había un nuevo matiz de confianza en su voz—. Omogg cometió el error de hacer una comprobación de curso en su ordenador de navegación. En cuanto nos enteramos de que planeaba hacer ese viaje, no tuvimos ninguna dificultad para averiguar dónde podía ir; pero

no veo ninguna razón para que Han escogiera ir a un mundo como Dathomir.

—Quizá encierre un..., un valor sentimental para él —dijo Luke.

—Por supuesto —dijo la Ta'a Chume—. Una elección muy probable para un enamorado enloquecido que acaba de secuestrar a una compañera... Bien, ¿estás de acuerdo conmigo en que las probabilidades de que esté allí son lo bastante elevadas como para ir a Dathomir?

—No estoy seguro —dijo Luke.

—Iré allí y averiguaré si Han Solo está en Dathomir —dijo la Ta'a Chume con voz pensativa—. No había visto a un Jedi desde que era pequeña, e incluso entonces el Jedi al que conocí era un anciano que se estaba quedando calvo. No se parecía en nada a ti..., pero me interesas. Me gustaría que vinieras a mi nave dentro de un par de horas para cenar conmigo. Vendrás esta noche.

Su tono no invitaba a rechazar la oferta, aunque Luke se dio cuenta de que estaba permitido rechazarla. Pero también se había dado cuenta de otra cosa que le había impresionado, y era la despreocupación con la que aquella mujer permitía seguir viviendo o imponía la muerte, y la forma en que aceptaba la ejecución de sus propios hombres. Aquella mujer era peligrosa, y Luke quería saber algo más sobre lo que se ocultaba en su mente.

—Me sentiría muy... honrado —dijo Luke.

10

El *Halcón Milenario* seguía precipitándose hacia Dathomir. Chewbacca lanzó un rugido de miedo y se agarró a su asiento. Los continuos giros de la nave estaban haciendo que Leia empezara a marearse, pero el wookie se había criado en los árboles, y la caída libre quizá le resultara todavía más inquietante que a ella.

—Está empezando a hacer mucho calor aquí dentro —dijo Leia, expresando lo obvio en voz alta. Ya habían entrado en contacto con la atmósfera, y la carencia casi absoluta de escudos atmosféricos haría que la gran fragata no tardara en arder—. ¡Han, no sé cómo pude permitir que me convencieras para ir contigo! ¡No me importa que vayas a la cárcel, pero llévame a casa ahora mismo!

Han se inclinó sobre su panel de control.

—Lo lamento, princesa, pero me parece que Dathomir va a ser tu nuevo hogar..., al menos hasta que consiga arreglar este trasto.

Han pulsó el botón que conectaba el compensador de aceleración del *Halcón* y la sensación de caída desapareció de repente. Después empezó a pulsar más botones y tiró de varias palancas. Los motores cobraron vida con un rugido.

—Salgamos de aquí —dijo.

El *Halcón* fue subiendo poco a poco y se oyeron estrepitosos crujidos y chirridos cuando algo metálico arañó el techo. Han empezó a avanzar en reversa, sacando el *Halcón* de la fragata con un continuo acompañamiento de ruidos de metal que se rompía.

—No hay ningún motivo de preocupación —dijo—. Sólo son nuestras antenas, que están siendo arrancadas una detrás de otra... Tenemos que salir muy despacio y mantenernos cerca de la fragata para que no puedan captar el rastro de nuestras emisiones de energía. Creo que cuando la fragata haga impacto, el calor de la explosión bastará para escondernos prácticamente del todo durante un momento. Aun así, tendremos que posarnos cerca.

El *Halcón* emergió de la masa metálica de la fragata, y Leia vio que aún se encontraban a varios miles de kilómetros por encima del suelo. El *Halcón* siguió dando vueltas sobre sí mismo mientras descendía, y durante un momento podían ver las estrellas y los planetas que parecían muy lejanos, y al siguiente volvían a divisar el planeta.

Abajo era de noche. «Bueno, por lo menos estamos bajando hacia una masa de tierra en vez de caer hacia el agua», pensó Leia. Se encontraban encima de lo que parecía una zona de clima templado, una inmensa área de colinas y montañas que se ondulaban junto a un mar de dunas. No parecía demasiado hospitalaria, pero quizá se pudiera sobrevivir en ella. Las montañas estaban oscurecidas por el arbolado. Leia había sobrevolado centenares de planetas, y los que eran como Dathomir siempre le daban

escalofríos. Sin la alegre animación de las luces de las ciudades todo parecía tan oscuro, tan solitario...

El ver lo desolado que era aquel lugar hizo que sintiera un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

—Han, estabilízanos antes de que sigamos bajando —dijo Leia— y consigue una lectura de los sensores. Busca cualquier señal de vida.

Han pulsó unos cuantos botones.

—No nos queda ni un solo sensor —dijo.

—¡Debemos tener sensores! —gritó Leia—. ¿De dónde vas a sacar los repuestos necesarios para reparar este cacharro?

—¡Ahí! —gritó Cetrespeó de repente—. ¡Veo una ciudad por ahí!

—¿Dónde? —preguntó Leia.

Siguió el vector del dedo de Cetrespeó con la mirada. Había algo en el horizonte, una débil luminosidad que se encontraba a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia.

—¡Llévanos en esa dirección! —gritó Leia.

—¡No puedo volar hasta ahí! —replicó Han—. Tenemos que posarnos a medio kilómetro del lugar del impacto como máximo, o de lo contrario los detectores infrarrojos de esos Destructores Estelares captarán nuestra presencia.

—¡Pues entonces llévanos medio kilómetro en esa dirección! —gritó Leia.

Han dejó escapar un gruñido ahogado y masculló algo sobre las malditas princesas que siempre estaban dando órdenes. El suelo subía a toda velocidad hacia ellos, y unos segundos después ya estaban cayendo por entre los picachos de unas montañas increíblemente altas. El cielo nocturno estaba despejado, y las lunas daban la claridad suficiente para que Leia pudiera distinguir bosques de árboles muy altos y de formas retorcidas.

Ya casi estaban al nivel del suelo cuando Han interrumpió su caída. El cielo se llenó de un brillante resplandor blanco cuando la fragata chocó con la superficie de Dathomir, y el *Halcón* se deslizó sobre las copas de los árboles durante una fracción de segundo, pasó por encima de un lago de montaña y descendió metiéndose bajo el dosel del bosque. La nave resbaló sobre una gruesa capa de vegetación y acabó deteniéndose entre sacudidas y vibraciones. Una bola de fuego se alzó detrás de ellos y desparramó su luz por encima del lago.

Han volvió la cabeza hacia la pantalla y contempló los árboles.

—Bueno, éste es el lugar —dijo, y empezó a desactivar los sistemas del *Halcón.*

—Oh, Han —dijo Leia—. Aunque consigamos piezas para repagar el *Halcón,* ya has visto todos esos circuitos quemados... ¿Cómo vamos a transportar las piezas hasta aquí?

—Para eso están hechos los androides y los wookies, ¿no? —replicó Han.

Chewbacca soltó un gruñido y lanzó una mirada feroz a Han.

—Estoy totalmente de acuerdo —le dijo Cetrespeó a Chewbacca—. Nadie culparía a un wookie por comerse a un piloto perezoso.

—¿Crees que lo hemos conseguido? —preguntó Leia—. ¿Estás seguro de que no nos han detectado en sus pantallas?

—No estoy seguro de nada —dijo Han—. Pero si los hombres de Zsinj siguen las reglas de campaña imperiales, bajarán al planeta para echar un vistazo al montón de metal fundido en que se ha convertido la fragata apenas se haya enfriado un poco. Tendremos que salir y borrar las señales que hemos dejado, esconder el *Halcón* y...

—Discúlpeme, señor —le interrumpió Cetrespeó—, pero quizá debería observar que los hombres de Zsinj no son imperiales, al menos no en el sentido estricto del término, ya que el Imperio ha sido vencido y ya no gobierna la galaxia.

—Cierto, cierto —Han torció el gesto, y no insistió en algo tan obvio como que la gran mayoría de los hombres de Zsinj habían sido adiestrados por el Imperio—. Pero míralo de esta forma, Cetrespeó: ¿qué piloto espacial podría pasar por alto la oportunidad de bajar a un planeta y echar un vistazo a unos restos tan magníficos? Créeme, no tardaremos en tener montones de compañía, y a menos que quieras ofrecerles una merienda campestre será mejor que nos pongamos a trabajar.

Bajaron a la bodega y sacaron las redes de camuflaje de su compartimento. Las redes funcionaban en dos fases: una red metálica muy delgada cubriría el *Halcón* para ocultar sus sistemas electrónicos de la detección por los sensores, y después una segunda red de camuflaje sería colocada encima de la primera red para ocultar la nave de la inspección visual.

Salieron de la nave. El aire estaba más caliente de lo que Leia había esperado, y las estrellas destellaban en el cielo. La noche parecía tener una extraña cualidad casi líquida, como si pudiera derretir los nudos que se habían ido formando en los tensos músculos de la espalda y el cuello de Leia. El bosque estaba sumido en el silencio más absoluto. Podían oír el chisporroteo de las llamas en los restos de la fragata al otro lado del risco, pero no había llamadas de pájaros ni gritos ahogados de animales acosados. El olor de las hojas, los liqúenes y la savia viva era muy potente e impregnaba sus fosas nasales. En conjunto, Dathomir no parecía un sitio muy desagradable.

Desplegaron rápidamente la red metálica y la colocaron sobre el *Halcón,* y después cogieron la red de camuflaje. La red medía treinta y cinco metros de longitud y estaba unida a una tira activadora. Arrancaron la tira activadora, y luego extendieron la red sobre el suelo lleno de hojas durante un minuto para que registrara una imagen del terreno. Después desplegaron la red sobre el *Halcón.* Generalmente, la capacidad camaleónica de la red bastaría para ocultar la nave incluso si era sobrevolada desde muy cerca. Incluso se habían dado casos en los que los miembros de un grupo de búsqueda habían trepado por una nave posada en una depresión del terreno, sin darse cuenta en ningún momento de que se encontraban encima de lo que andaban buscando.

Cuando hubieron terminado taparon las señales que había dejado el deslizamiento con hojas, y después cortaron algunos de los arbustos que estaban más maltrechos y aplastados y los escondieron. Hacia el amanecer Leia se sentía muy cansada. Estaba en la espesura junto al laguito, y alzó la mirada hacia las estrellas que parecían arder en el cielo. Las aguas del lago desprendían hilachas de vapor, una tenue neblina serpenteaba por entre los troncos del bosque, y una suave brisa empezó a mover las hojas de los árboles que se alzaban sobre las cimas de las montañas.

Estaba agotada. Han apareció detrás de ella y le dio masaje en la espalda.

—Bien, ¿qué opinas de mi planeta hasta el momento? —le preguntó—. ¿Te gusta?

—Creo... que me gusta más que tú —dijo Leia bromeando.

—Bueno, pues entonces debes estar enamoradísima de él —le murmuró

Han al oído.

—No quería decir eso —replicó Leia, y se apartó un poco—. No estoy segura de si he de estar furiosa contigo por haberme traído aquí, o si debería darte las gracias porque seguimos con vida.

—Así que estás confusa, ¿eh? —dijo Han—. No sé por qué será, pero al parecer produzco ese efecto en muchas mujeres.

—¿Es verdad que ya habías utilizado esa misma táctica con anterioridad? —preguntó Leia—. Me refiero a lo de chocar con una nave mucho más grande que el *Halcón y* permitir que los restos te arrastren hasta un planeta sometido a un bloqueo militar…

—Bueno, en aquella ocasión el truco no funcionó tan bien como ahora —dijo Han.

—¿Y a esto le llamas tú funcionar bien?

—Es preferible a la alternativa. —Han alzó la cabeza señalando el cielo—. Será mejor que nos ocultemos. Ya vienen.

Leia alzó la mirada. Cuatro estrellas parecían estar cayendo al unísono en el horizonte. Las estrellas giraron de repente en el cielo y fueron hacia ellos. Pasaron el resto del día siguiente escondidos en el *Halcón* sin tener ninguna manera de averiguar el tamaño del grupo de búsqueda enviado, o si había un grupo de tropas de asalto rodeando el *Halcón* mientras los fugitivos se alimentaban con raciones frías. Han mantuvo el cañón desintegrador automático bajado, por si acaso. Durante la mañana oyeron docenas de veces el ruido de los cazas, que sobrevolaban la zona a tan poca altura que debían estar rozando las copas de los árboles, y hacia el mediodía un diluvio de proyectiles cayó del cielo durante una hora destrozando la fragata estrellada. Las explosiones hicieron temblar el casco del *Halcón y* los cuatro permanecieron en silencio, aturdidos y asombrados al ver que los hombres de Zsinj se tomaban tantas molestias para machacar una nave que nunca volvería a volar mientras se preguntaban si algún proyectil acabaría cayendo sobre ellos.

En cuanto el bombardeo hubo cesado todo quedó en silencio, pero media hora después oyeron a otro grupo de cazas trazando círculos por encima de la zona.

—¡Nos están buscando! —conjeturó Cetrespeó.

Han se irguió, alzó la mirada hacia el techo y aguzó el oído esperando detectar el regreso de los cazas. Algunos de esos aparatos iban equipados con sensores tan sofisticados que eran capaces de captar un susurro a un millar de metros de distancia. Leia cerró los ojos y forzó sus sentidos al máximo. Ya no podía captar la presencia de los seres oscuros que había percibido antes. De hecho, no captaba absolutamente nada, y se preguntó si no habría sido una alucinación.

Los cazas parecieron abandonar la búsqueda a primera hora de la tarde, pero Leia se preguntó si realmente habían dejado de buscarles. Si los hombres de Zsinj creían que habían logrado bajar al planeta, seguramente no se rendirían con tanta facilidad. Una cosa estaba clara y era que si hubieran sabido que un general y una embajadora de la Nueva República viajaban en la nave nunca se habrían rendido. Así pues, eso quería decir que no sabían que el *Halcón* había logrado bajar sin sufrir daños y que ignoraban la identidad de sus pasajeros. Pero un instante después un pensamiento mucho más inquietante pasó por la mente de Leia: los hombres de Zsinj podían haber dejado de buscarles porque no creían que el grupo fuera capaz de sobrevivir en aquel planeta salvaje. Después de todo,

tenía que haber alguna razón por la que un planeta aparentemente tan acogedor no había sido colonizado.

Han se levantó y se desperezó cuando el sol ya había empezado a bajar hacia el horizonte. Se puso una chaqueta protectora y un casco, y cogió un rifle desintegrador.

—Voy a salir a echar un vistazo para asegurarme de que los hombres de Zsinj se han marchado.

Leia, Cetrespeó y Chewie esperaron a bordo de la nave. Pasada media hora Chewbacca empezó a ponerse nervioso, y el wookie acabó dejando escapar un gemido quejumbroso.

—Chewbacca sugiere que vayamos en busca de Han —dijo Cetrespeó.

—No, esperad un momento —dijo Leia—. Un wookie enorme y un androide dorado son dos blancos demasiado fáciles de detectar. Yo iré a buscarle.

Se puso un mono de combate, cogió una chaqueta acolchada y un casco y salió de la nave con el desintegrador preparado para disparar a plena potencia. Empezó a avanzar por un sendero que llevaba hacia el lago, manteniéndose alerta para captar cualquier señal indicadora de que hubiese tropas de asalto cerca. Como mínimo esperaba alguna patrulla en motos voladoras, pero lo único que encontró fue a Han a unos cien metros de la nave. Estaba inmóvil junto a la orilla fangosa, y contemplaba cómo el sol se iba ocultando entre un torrente de brillantes rojos y amarillos salpicado de púrpuras apagados.

Han cogió una roca, la arrojó al lago y vio cómo rebotaba cinco veces en las aguas antes de hundirse. Alguna criatura de la fauna local gritó en la lejanía. Todo parecía tranquilo y apacible.

—¿Qué estás haciendo aquí donde todo el mundo puede verte? —preguntó Leia, furiosísima al haberle encontrado absorto en aquellos juegos.

—Oh, estaba contemplando el paisaje.

Han bajó la mirada hacia el charquito de barro que había a sus pies y dio una patada a otra piedra plana.

—¡Ponte a cubierto ahora mismo!

Han se metió las manos en los bolsillos y se dedicó a observar la puesta de sol.

—Bueno, supongo que esto es el final de nuestro primer día en Dathomir —dijo—. Ha resultado bastante tranquilo... ¿Aún me quieres? ¿Estás preparada para casarte conmigo?

—Oh, Han, por favor, basta ya... ¡Y entra en la nave de una vez!

—Tranquilízate —dijo Han—. Tengo razones para creer que las tropas de Zsinj se han marchado.

—¿Qué puede haberte inducido a pensar eso?

Han señaló la orilla fangosa del lago con la puntera de una bota.

—Que nunca se quedarían en Dathomir de noche con esas cosas acechando por ahí.

Leia ahogó un grito. Lo que había tomado por un charco de agua embarrada era en realidad una huella que medía casi un metro de longitud y había sido dejada por una criatura increíblemente grande cuyo pie tenía cinco dedos.

Isolder estaba cenando con su madre y con Luke, y se sentía abatido y desilusionado. Su madre había llegado aquella mañana a bordo del *Hogar*

Estelar, y en sólo unas cuantas horas había conseguido algo que Isolder había sido incapaz de lograr en toda una semana: averiguar dónde había llevado Han a Leia. Su razonamiento de que la existencia de muchas recompensas distintas por Solo —ofrecidas tanto por la Nueva República, que le quería vivo, como por varios señores de la guerra, que le querían muerto— hacía que las ofertas resultaran demasiado tentadoras había demostrado ser correcto. En vez de conformarse con una parte del premio proporcionando información, todos los que tenían una pista sobre el paradero de Solo se dedicarían a perseguirle en persona. En consecuencia, los espías de la Ta'a' Chume se habían concentrado en la tarea de rastrear la trayectoria de las naves que habían partido del planeta, y habían seguido a varios pilotos cuya reputación no era demasiado buena. Omogg había cometido el error de adquirir un nuevo sistema de armamento pesado para su yate privado, y daba la casualidad de que se trataba precisamente de la clase de sistema que sólo se utilizaría para una misión muy peligrosa.

Isolder estaba esperando que su madre disfrutara de su victoria y emitiera alguna observación aparentemente casual pero llena de malicia concebida para demostrar la superioridad del intelecto femenino sobre el de los varones. Las mujeres de Hapes tenían una vieja máxima: «Nunca permitas que un hombre se engañe a sí mismo hasta el punto de creer que es el igual intelectual de una mujer. Eso sólo puede inducirle al mal.» Y la Ta'a Chume nunca haría nada que pudiera inducir a su hijo al mal, pero a pesar de eso se mantuvo notablemente cordial durante la cena. Habló con Luke Skywalker, y rió de manera encantadora en todos los momentos adecuados. No se quitó el velo en ningún momento, pero aun así se las arregló para resultar muy seductora. Isolder se preguntó si el Jedi se acostaría con su madre. Resultaba obvio que ella le deseaba y, al igual que todas las Reinas Madres que la habían precedido en el trono, estaba admirablemente bien conservada para su edad. Era muy hermosa.

Pero Skywalker parecía no percatarse de su belleza ni de sus velados intentos de seducción. Sus ojos azul claro no paraban de recorrer la nave, como si observarla le permitiera averiguar todos sus detalles y especificaciones técnicas. La primera Reina Madre había empezado a construir el *Hogar Estelar* casi cuatro mil años antes, y había concebido los planos de la nave basándose en su castillo. Los muros interiores de plastiacero estaban totalmente recubiertos de piedra oscura, y todos los minaretes y torres almenadas se hallaban coronados por cúpulas de cristal. El castillo del *Hogar Estelar* se alzaba sobre una gigantesca masa de basalto esculpido por el viento que había sido ahuecada en la antigüedad para que pudiera esconder las docenas de motores gigantes y los centenares de armas que formaban su arsenal.

El *Hogar Estelar* no podía enfrentarse a uno de los nuevos Destructores Estelares imperiales, pero era único y a su manera resultaba más impresionante y, desde luego, mucho más hermoso. Tendía a dejar abrumados a los forasteros, especialmente en momentos como aquel, en los que estaban cenando apaciblemente cerca de algún planeta y la brillante claridad danzarina de las estrellas se refractaba en las viejas cúpulas de cristal.

—Hacer esa clase de trabajo debe resultar fascinante —le dijo la Ta'a Chume a Luke mientras terminaban el último plato—. Siempre he sido muy provinciana y me he mantenido muy cerca de casa, pero tú... Viajar a través de toda la galaxia en busca de los archivos de los Jedi ha de ser

apasionante.

—La verdad es que no llevo mucho tiempo haciéndolo —replicó Luke— y sólo me he dedicado a ello durante los últimos meses. Me temo que no he encontrado nada de valor, y estoy empezando a sospechar que nunca lo encontraré.

—Oh, estoy segura de que hay archivos y datos en docenas de mundos. Vaya, pero si recuerdo que cuando era más joven, en una ocasión mi madre concedió refugio a unos cuantos Jedi... Creo que eran aproximadamente una cincuentena. Se escondieron en las viejas ruinas de uno de nuestros planetas durante un año, y organizaron una pequeña academia. Después Lord Vader y sus Caballeros Oscuros llegaron al cúmulo de Hapes —siguió diciendo, y su voz se volvió más ronca y áspera— y buscaron a los Jedi hasta dar con ellos. Vader los mató, y he oído contar que después se limitó a dejar sus restos entre las ruinas de Reboam. Quizá tenían algún registro de las actividades que llevaron a cabo allí, pero no .puedo asegurarlo.

—¿Reboam? —preguntó Luke con repentina atención—. ¿Dónde están esas ruinas?

—Es un mundo pequeño de clima bastante duro y relativamente deshabitado... De hecho, se parece bastante a tu Tattoine.

Isolder pudo ver como un repentino anhelo que no parecía obedecer a ninguna razón ni lógica iluminaba los ojos de Luke, como si lo que más deseara en aquellos momentos fuese seguir hablando del tema.

—Ven a Hapes cuando todo haya terminado y hayas rescatado a Leia —sugirió la Ta'a Chume—. Uno de mis consejeros, que ya es de edad bastante avanzada, podría enseñarte las cavernas. Se te permitiría quedarte con todo lo que encontraras en ellas.

—Gracias, Ta'a Chume —dijo Luke, y se puso en pie. Estaba claro que se sentía demasiado nervioso para poder comer—. Creo que será mejor que me prepare para la partida, pero antes de que lo haga... ¿Puedo pediros otro pequeño favor?

La Ta'a Chume asintió invitándole a hablar.

—¿Puedo ver vuestra cara?

—Me halagas —dijo la Ta'a Chume, y dejó escapar una suave risita.

Su belleza quedaba oculta detrás del velo dorado, y en Hapes ningún hombre jamás habría osado pedirle que mostrara su rostro. Pero Luke no era más que un bárbaro, e ignoraba que acababa de pedir algo que estaba totalmente prohibido. Para gran sorpresa de Isolder, su madre se levantó el velo.

Durante un momento eterno el Jedi contempló sus asombrosos ojos verde oscuro y las cascadas de cabello rojizo, y contuvo el aliento. En todo Hapes había muy pocas mujeres que pudieran rivalizar con la belleza de la Ta'a Chume. Isolder se preguntó si Skywalker no habría percibido las discretas insinuaciones de su madre a pesar de todo. Después la Ta'a Chume dejó caer su velo.

Luke se inclinó ante ella, y su rostro pareció endurecerse de repente mientras lo hacía, como si sus ojos hubieran sido capaces de ir más allá del hermoso rostro de la Ta'a Chume y no le hubiera gustado demasiado lo que habían visto.

—Ahora comprendo por qué vuestro pueblo os venera —dijo en voz baja, y se marchó. Isolder sintió que se le erizaba el vello de la nuca, y comprendió que acababa de ocurrir algo muy importante y que no había sido capaz de captar en qué consistía.

—¿Por qué le contaste esa mentira sobre la academia al Jedi? —preguntó cuando Luke ya estaba lo suficientemente lejos como para no poder oírle—. Tu madre odiaba a los Jedi tanto como el mismísimo Emperador, y nada le habría gustado más que perseguirles hasta acabar con ellos.

—La gran arma del Jedi es su mente —le advirtió la Ta'a Chume—. Cuando un Jedi está distraído, cuando pierde la concentración... Es entonces, y sólo entonces, cuando se vuelve vulnerable.

—¿Planeas matarle?

La Ta'a Chume puso las manos sobre la mesa.

—Representa lo último que queda de los Jedi —dijo—. Escúchale cuando habla de sus preciosos registros... No queremos ver cómo los Jedi surgen de sus tumbas, ¿verdad? El primer grupo ya nos dio bastantes problemas. No voy a permitir que nuestros descendientes se inclinen ante los suyos, y que acaben siendo gobernados por una oligarquía de lectores de auras capaces de doblar cucharillas con la mente. No tengo nada contra el chico en el aspecto personal, pero debemos asegurarnos de que quienes estamos mejor adiestrados para gobernar podamos seguir gobernando.

La Ta'a Chume fulminó a Isolder con la mirada, como desafiándole a que se opusiera a sus razonamientos.

Isolder asintió.

—Gracias, madre. Creo que será mejor que empiece a prepararme para mi viaje...

Se puso en pie, abrazó a su madre y la besó a través del velo.

Sabía que debía marcharse del *Hogar Estelar* inmediatamente y volver a su nave, pero en vez de eso lo que hizo fue ir corriendo al hangar de invitados y encontró a Skywalker junto a su caza X, preparándose para desembarcar.

—Príncipe Isolder —le saludó Luke—. Me estaba preparando para la partida, pero no consigo encontrar a mi androide astromecánico. ¿Lo habéis visto?

—No —dijo Isolder, mirando nerviosamente a su alrededor.

Un técnico apareció de repente por un corredor lateral, acompañado por el androide.

—Un androide empezó a soltar chispas —dijo el técnico—. Hemos descubierto que había un cortocircuito en su motivador.

—¿Estás bien, Erredós? —preguntó Luke.

Erredós lanzó un silbido afirmativo.

—Señor Skywalker, yo... Bueno, quería hacerle una pregunta dijo Isolder—. ¿A qué distancia se encuentra Dathomir? ¿Sesenta, setenta parsecs?

—A unos sesenta y cuatro parsecs —respondió Luke.

—El *Halcón Milenario* tendrá que seguir un curso bastante tortuoso a través del hiperespacio para dar esa clase de salto —dijo Isolder—. ¿Qué clase de hombre es Solo? ¿Tomará la ruta más directa?

Calcular un salto a través del hiperespacio era una tarea muy laboriosa. Los ordenadores de navegación tendían a seguir rutas «seguras» en las que todos los agujeros negros, cinturones de asteroides y sistemas estelares estuvieran registrados en los mapas; pero esas rutas solían ser muy largas y estar llenas de giros y desvíos. Aun así, una ruta larga resultaba preferible a un viaje corto y peligroso a través de una zona del espacio que aún no había sido cartografiada.

—Si yo estuviera en su lugar... Sí, Han podría seguir una ruta más corta

—dijo Luke—. Pero nunca pondría en peligro a Leia, al menos no de manera voluntaria y sabiendo que correría riesgos.

Luke había empleado un tono un poco extraño, como si se estuviera guardando una parte de lo que sabía.

—¿Cree que Leia corre peligro? —insistió Isolder.

—Sí —dijo Luke con voz enronquecida.

—Oí hablar de los caballeros Jedi cuando era pequeño —dijo Isolder—. Me contaron que tenían poderes mágicos. Incluso he oído afirmar que un caballero Jedi es capaz de pilotar naves estelares a través del hiperespacio sin necesitar la ayuda de un ordenador de navegación, y que puede seguir las rutas más cortas. Pero nunca he creído en la magia.

—No hay ninguna magia en lo que hago —replicó Luke—. El único poder del que dispongo es el que extraigo de la Fuerza que está a nuestro alrededor. Puedo captar la energía inherente a los soles, las lunas y los mundos incluso cuando me encuentro en el hiperespacio.

—¿Sabe con certeza que Leia está en peligro? —preguntó Isolder.

—Sí. He experimentado una apremiante sensación de nerviosismo y preocupación centrada en ella, y por eso he venido.

Isolder tomó una decisión.

—Creo que eres un buen hombre, Luke Skywalker. ¿Me llevarás hasta Leia? Quizá podrías reducir nuestro salto en unos cuantos parsecs, e incluso cabe la posibilidad de que llegáramos a Dathomir antes que Solo.

Luke estudió en silencio al príncipe durante unos momentos.

—No sé... —dijo por fin con voz pensativa—. Han nos lleva una ventaja bastante grande.

—Aun así, si pudiéramos ser los primeros en llegar hasta él...

—¿Los primeros?

Isolder se encogió de hombros, y movió una mano señalando la flota de Destructores Estelares y Dragones de Batalla que se encontraban al otro lado del campo de energía.

—Si mi madre alcanza a Solo antes que nosotros, le matará.

—Sospecho que tienes razón —dijo Luke—. Y en cuanto a mí... Bueno, se ha mostrado muy afable conmigo, pero creo que me reserva un destino bastante parecido al de Han —añadió.

Sus palabras sorprendieron a Isolder. Así que el Jedi había captado las intenciones ocultas de su madre...

—Cuídate mucho, Jedi, y reúnete conmigo en mi nave —susurró Isolder, sabiendo que lo más probable era que su madre se enterase de su traición antes de que hubiese transcurrido una hora.

—Tendré mucho cuidado —dijo Luke.

Después dio una cariñosa palmadita a su androide R2, y lo miró lan fijamente como si sus ojos pudieran atravesar las placas metálicas.

11

Leia entró en el *Halcón Milenario* hecha una furia y arrojó su casco al suelo con tanta fuerza que rebotó haciendo mucho ruido y fue a parar a un rincón. Han subió por la rampa detrás de ella y la siguió hasta la sala en la que Chewbacca y Cetrespeó se entretenían echando una partida en el tablero de hologramas.

—¡Estupendo, Solo, estupendo! —gritó Leia—. ¿En qué lío nos has metido ahora? Te diré por qué los hombres de Zsinj han dejado de buscarnos. ¡Piensan que vamos a morir, así que no hay ninguna razón para que se molesten en perseguirnos!

—¡Oye, yo no tengo la culpa de todo esto! —gritó Han—. Son intrusos en mi planeta. ¡Están cometiendo un delito! Ah, y en cuanto hayamos salido de aquí, te aseguro que daré con alguna forma de echarles a patadas a todos.

Chewbacca lanzó un gruñido interrogativo.

—Oh, no es nada grave —replicó Han.

—¿Como que no es nada grave? —gritó Leia—. Ahí fuera hay monstruos. ¡Por lo que sabemos, el planeta podría estar lleno de ellos!

—¿Monstruos? —gimió Cetrespeó y se levantó de su asiento—. Oh, vaya... No comerán metal, ¿verdad? —preguntó, y las manos le temblaban tanto que los dedos hacían ruido al entrechocar.

—No lo creo —dijo Han con sarcasmo—. Dejando aparte a las orugas espaciales, nunca he oído hablar de algo tan grande que coma metal.

Chewbacca gruñó.

—¿Qué tamaño tienen? —preguntó Cetrespeó.

—Bueno, permíteme expresarlo de la manera siguiente —dijo Leia—. Todavía no hemos visto ninguno, pero a juzgar por sus pisadas, uno de ellos probablemente podría devorarnos a los tres como desayuno y después utilizaría una de tus piernas para limpiarse los dientes.

—¡Oh, cielos! —gritó Cetrespeó.

—Ah, vamos, vamos —dijo Han—. No asustes al androide. ¡Por lo que sabemos, podrían ser herbívoros totalmente inofensivos!

Han intentó deslizar un brazo sobre los hombros de Leia para calmarla, pero Leia se apartó y agitó un dedo delante de su cara.

—Espero que no —dijo—, porque si esa huella fue dejada por un herbívoro, entonces puedes apostar a que ahí fuera hay algo todavía más grande que se alimenta de esas criaturas. —Le dio la espalda y desvió la mirada—. No sé por qué he permitido que me trajeras aquí... ¿Cómo he podido llegar a ser tan estúpida? Tendría que haberte convencido de que te entregaras. Señores de la guerra, monstruos y quién sabe qué más... Lo que quiero decir es... Bueno, ¿qué se puede esperar de un planeta que ganaste en una partida de cartas?

—Oye, Leia, estoy haciendo todo lo que puedo —dijo Han, y volvió a tocarle el hombro intentando conseguir que se volviera hacia él y se dejara

consolar.

Leia giró sobre sí misma y se encaró con él.

—¡No! —le gritó—. No voy a dejarme convencer por tu palabrería, Han. Esto no es un juego, y no es una excursión de placer. Nuestras vidas corren peligro, y en estos momentos el que me ames y quieras casarte conmigo o el que yo ame a Isolder y quiera casarme con él... Bien, la verdad es que ahora todo eso ha dejado de importar. Tenemos que salir de aquí. ¡Y ahora mismo!

Han recordaba muy pocos momentos en los que hubiera visto tan enfadada a Leia, y siempre habían coincidido con situaciones en que su vida corría peligro. Había pensado en más de una ocasión que su despreocupación y su manera relajada de enfrentarse a las cosas hacían que disfrutara más de la vida que ella, pero cuando vio cómo su apasionamiento salía a la luz, Han comprendió que Leia amaba la vida con una pasión más profunda de lo que jamás podría llegar a amarla él. Quizá fuera su herencia alderaaniana que estaba emergiendo a la superficie, el legendario respeto hacia cualquier clase de vida que impregnaba su cultura y que Leia se había visto obligada a hacer a un lado durante su lucha contra el Imperio. Pero siempre acababa volviendo a aparecer, y Han seguía descubriendo una y otra vez que Leia era así: ocultaba sus pensamientos a una gran profundidad, y los escondía tan bien que Han sospechaba que ni siquiera ella era consciente de lo que sentía.

—De acuerdo, te sacaré de aquí —dijo—. Lo prometo. Vamos a necesitar algunas armas, Chewie... Cogeremos la artillería pesada y las mochilas de supervivencia. Vimos una ciudad que debe estar a unos cuantos días de marcha atravesando las montañas, y donde hay una ciudad tiene que haber algún medio de transporte. Robaremos la nave más rápida disponible y saldremos de aquí a toda velocidad.

Chewbacca expresó la preocupación que le producía la idea de abandonar el *Halcón* lanzando un gemido.

—Sí —respondió Han—. Lo dejaremos todo bien cerrado, y quizá algún día pueda volver aquí y sacarlo de Dathomir.

Tragó saliva. Se sentía incapaz de pronunciar ni una sola palabra más. Dos o tres estaciones en las montañas soportando la lluvia y la nieve, y el cableado acabaría tan oxidado y lleno de cortocircuitos que el *Halcón* sería prácticamente inservible; y además había muchas probabilidades de que la Nueva República no consiguiera volver a internarse tanto en el territorio de Zsinj durante diez años.

Leia le miró con incredulidad.

—Siempre has dicho que el *Halcón* era mi juguete favorito —dijo Han—. Quizá ha llegado el momento de renunciar a él.

Fue al armario de almacenamiento, y sacó de él un casco extra y un mono elástico de camuflaje para ocultar el exterior dorado de Cetrespeó. Después fue en su busca para vestirle, pero el androide ya estaba inmóvil al final de la pasarela. Sus ojos dorados brillaban mientras contemplaba el bosque sumido en la penumbra. Leia y Chewie estaban desconectando los sistemas del *Halcón,* preparando la nave para la inactividad.

—Tengo algo para ti —dijo Han, y le mostró el mono—. Espero que no supondrá un obstáculo para tus sensores y que no disminuirá tu capacidad de movimientos ni nada por el estilo.

—¿Ropas?—preguntó el androide—. Pues no sé... Nunca he llevado ropas, señor.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo —dijo Han.

Se colocó detrás de Cetrespeó para ponerle el mono de combate. No hubiese podido explicar por qué, pero se sentía un poco incómodo. En algunas mansiones de gente muy rica, los androides se encargaban de vestir a sus propietarios, pero Han nunca había oído hablar de nadie que hubiera vestido a un androide.

—Creo que sería mejor que me dejara a bordo de la nave, señor —sugirió Cetrespeó—. Mi superficie metálica podría atraer a los depredadores.

—Oh, no te preocupes por eso —replicó Han—. Tenemos desintegradores. Ahí fuera no hay nada de lo que no podamos ocuparnos.

—Me temo que no he sido diseñado para viajar por esta clase de terreno —protestó Cetrespeó—. Es demasiado abrupto y hay demasiada humedad. En diez días mis articulaciones harán ruidos más estridentes que el chillido de un roonat, eso suponiendo que no se hayan congelado y quedado totalmente agarrotadas.

—Cogeré un poco de aceite.

—Si los hombres de Zsinj vienen en nuestra búsqueda, podrán detectarnos mediante mis circuitos —dijo Cetrespeó—. No estoy equipado con ninguna clase de contramedidas electrónicas que me permitan ocultar mi presencia.

Han se mordió el labio. Cetrespeó tenía razón. Su sola presencia podía ser la causa de que todos acabaran muriendo, y no se podía hacer absolutamente nada para evitarlo.

—Oye, tú y yo llevamos mucho tiempo juntos —dijo Han—. Nunca le doy la espalda a un amigo.

—¿Un amigo, señor? —preguntó Cetrespeó.

Han pensó en lo que acababa de decirle. Era muy probable que aquel viaje significara el fin del androide, y aunque nunca habían sido amigos la verdad era que tampoco odiaba tanto a Cetrespeó. Un animal gritó en la oscuridad. El sonido resultaba apacible y no tenía nada de amenazador, pero por lo que Han sabía de Dathomir, podía ser la llamada de un depredador gigante anunciando que acababa de oler su cena.

—No te preocupes por nada —dijo mientras acababa de vestir al androide. Colocó el casco sobre la cabeza de Cetrespeó, y el androide se volvió hacia él. El abultado mono le daba un aspecto un tanto triste y abandonado, y Han intentó pensar en alguna manera de conseguir que Cetrespeó dejara de preocuparse—. Eres un androide de protocolo, y si realmente quieres ser útil, entonces me ayudarás a descubrir una forma de que Leia se enamore de mí.

—Ah —dijo Cetrespeó, obviamente interesado por la idea—. No se preocupe, señor. Estoy seguro de que se me ocurrirá algo.

—Estupendo, estupendo... —murmuró Han.

Empezó a subir por la pasarela justo cuando Leia salía de la nave con una mochila y un rifle, y antes de doblar la esquina pudo oír a Cetrespeó.

—Vaya, ¿se ha fijado en lo elegante que está el rey Solo esta noche? —le estaba diciendo a Leia—. ¿No le parece que es increíblemente apuesto?

—Oh, cállate de una vez —gruñó Leia.

Han soltó una risita y cogió su mochila, un rifle desintegrador pesado, una tienda hinchable, gafas infrarrojas y un puñado de granadas que pensó podían resultar especialmente efectivas si las arrojaba al interior de la garganta de algún depredador gigante. Después salió de la nave e izaron la pasarela, activaron los cierres del *Halcón* y fueron hacia la masa oscura del bosque, donde la luz de la luna hacía brillar la corteza blanca de los árboles

con reflejos plateados. Las ramas que colgaban sobre sus cabezas delineaban la hierba y los matorrales en un tramado de penumbra y claridad donde la luz jugaba furtivamente al escondite con las sombras.

El bosque olía a limpio, como a comienzos de verano cuando la savia todavía está fresca y las hojas nuevas, y la sequedad del verano detiene la putrefacción de los mohos y liqúenes de los troncos; pero a pesar de la tranquilizadora familiaridad del bosque, Han era agudamente consciente de que se hallaba en un planeta desconocido. La gravedad era demasiado débil y añadía una nueva elasticidad a su paso, y le hacía experimentar una sensación de poder tan intensa que se aproximaba a la invencibilidad. Han pensó que la baja gravedad quizá había impulsado el curso de la evolución de Dathomir en una dirección que había acabado haciendo aparecer criaturas de gran tamaño. En aquellos planetas los sistemas circulatorios de los animales de grandes dimensiones no tenían problemas para impulsar la sangre, y los huesos no se rompían bajo el peso del animal. Han también podía percibir las extrañas diferencias que había en los árboles. Los troncos eran demasiado altos y esbeltos, y se alzaban hasta ochenta metros por encima de su cabeza, balanceándose lentamente de un lado a otro impulsados por la cálida brisa nocturna.

Vieron muy pocos animales. Unos cuantos roedores bastante parecidos a los cerdos se escondieron entre la maleza en cuanto se acercaron a ellos, y se abrieron paso por entre el follaje a tal velocidad que Han se rió y dijo que debían tener unidades de hiperimpulsión en el trasero.

Avanzaron durante cuatro horas, y acabaron llegando al punto más alto de un paso de montaña donde las rocas se abrían paso a través de una delgada capa de hierba. Una vez allí descansaron un rato y contemplaron su destino, el halo de una ciudad iluminada. Unas nubes marrones habían aparecido en el cielo, y relámpagos de un púrpura azulado crujían y destellaban en la lejanía. El trueno se deslizó sobre las estribaciones de las montañas, y su estrépito casi parecía el rugir de unos cañones muy antiguos.

—Parece que se aproxima una tempestad —dijo Leia—. Será mejor que nos apresuremos a bajar de este risco y busquemos algún sitio donde refugiarnos.

Han estudió las nubes durante un momento, y un relámpago azul oscuro parpadeó de repente entre ellas con un resplandor estroboscópico.

—No es una tempestad —dijo—. Más bien parece una tormenta de polvo, o quizá de arena del desierto.

El que toda la tormenta estuviera concentrada en un solo lugar resultaba bastante extraño. Era como si un tornado gigante hubiera surgido del desierto y estuviera dejando caer todo su peso sobre las estribaciones de las montañas.

—Sí, bueno, pero sea lo que sea no quiero que me atrape —dijo Leia.

Empezaron a bajar por el risco con la gravilla chirriando bajo sus pies.

Han se sintió un poco más protegido en cuanto estuvieron debajo del dosel de los árboles. Decidieron acampar al lado de un tronco caído, entre un sinfín de peñascos que habían sido alisados gradualmente por un arroyo de montaña. El tamaño de los peñascos —muchos de ellos eran más altos que un hombre— proporcionaba un mudo testimonio de la ferocidad de las riadas que debían atravesar toda aquella zona durante la estación de las lluvias. Acampar allí no parecía muy prudente con una tormenta en camino, pero era un riesgo calculado. Los inmensos peñascos que se alzaban en

todas direcciones a su alrededor hacían que Han experimentara una cierta sensación de seguridad. En caso de ser atacada, una persona podía esconderse con gran facilidad.

Desplegaron sus tiendas, consumieron una cena ligera sacada de sus mochilas y esterilizaron un poco de agua.

—Tú y Chewie haréis la primera guardia —dijo Han, y le arrojó un rifle desintegrador a Cetrespeó. El androide estuvo a punto de no lograr coger el arma y la sujetó como si no supiera qué hacer con ella.

—Pero usted ya sabe que mi programación no me permite dañar a un organismo vivo, señor —dijo.

—Si ves algo, dispara junto a sus pies y haz el máximo ruido posible —dijo Han.

Después se fue a dormir. Había planeado acostarse sobre su colchón neumático y pensar un rato, pero estaba tan cansado que su mente se hundió en un abismo de negrura apenas hubo cerrado los ojos.

Despertó cuando le parecía que sólo habían transcurrido unos momentos al oír disparos de rifle desintegrador que hacían añicos las rocas y los alaridos de Cetrespeó.

—¡Eh, general Solo, le necesito! —estaba gritando frenéticamente el androide—. ¡Despieeeeerte! ¡Le necesito!

Han cogió su desintegrador y salió de la tienda justo cuando Leia salía de la suya. Algo muy grande y metálico crujió. Había un caminante imperial del modelo biplaza conocido como explorador a una docena de metros. Estaba posado sobre una roca como un gran pájaro de acero de largas patas, y sus dos desintegradores gemelos apuntaban a Han y Leia. Han se preguntó cómo demonios habría conseguido llegar hasta allí sin ser detectado por el androide, pero se olvidó enseguida del enigma.

El piloto y su artillero les observaban desde el otro lado de la lámina de transpariacero, con los rostros visibles gracias a la débil claridad verdosa de los paneles de control. El piloto alzó un micrófono.

—¡Eh, vosotros dos! —gritó con una voz ronca y gutural—. ¡Tirad las armas y poned las manos encima de la cabeza!

Han tragó saliva y miró a su alrededor. No había ni rastro de Chewbacca y su arco de energía.

—¿Hay alguna clase de problema? —preguntó—. Hemos salido a pescar. Tengo una licencia.

El piloto y el artillero se miraron el uno al otro, y esa fracción de segundo bastó. Han agarró a Leia del brazo y tiró de ella mientras saltaba detrás de un peñasco y disparaba contra la ventanilla de transpariacero, esperando que el rayo de su desintegrador la atravesaría y acertaría al piloto o, por lo menos, que cegaría al artillero durante unos momentos. El disparo rebotó en la ventanilla. Su pequeño desintegrador manual no tenía la potencia de fuego que Han necesitaba en aquellas circunstancias, y un instante después se dio cuenta de que se había dejado las granadas en la tienda. Han y Leia se agazaparon detrás del peñasco intentando protegerse lo mejor posible.

—¡Salid de ahí o dispararemos contra vuestro androide! —gritó el piloto.

—¡Corran! —gritó Cetrespeó—. ¡Sálvense!

El artillero lanzó un diluvio de fuego desintegrador que envolvió a Han en una nube de fragmentos de roca. La atmósfera se llenó de ozono y polvo. Un trozo de roca rebotó en un peñasco a su espalda, y el impacto hizo salir despedida una astilla que se incrustó en la mano de Han. Leia se asomó al otro lado del peñasco, disparó su rifle desintegrador y volvió a esconderse

enseguida.

Han buscó frenéticamente alguna señal de Chewie, y de repente vio una sombra que se movía junto a las ramas inferiores de un tronco plateado y que estaba trepando sigilosamente por ellas. Chewie estaba allí con su arco de energía. El wookie se agazapó y disparó un haz de energía que chocó con el casco del caminante imperial rociándolo de fuego verde. El metal emitió un estridente chirriar de protesta.

El piloto intentó hacer girar su cabina para mirar hacia atrás. Leia volvió a asomarse, y lanzó tres rápidos disparos de rifle desintegrador contra el vulnerable mecanismo hidráulico de las articulaciones inferiores del caminante. Trozos de metal salieron despedidos del caminante y la máquina tembló y se retorció sobre el peñasco, y acabó cayendo de lado. Las gigantescas piernas metálicas siguieron moviéndose espasmódicamente.

Han fue hacia Cetrespeó, cogió su desintegrador pesado y corrió hacia las ventanillas. Los cañones desintegradores del caminante no podían alcanzarle.

—Ahora quiero que salgáis de ahí muy despacio —dijo—. No vais a ir a ningún sitio dentro de ese trasto, a menos que sea a vuestra muerte.

El piloto frunció el ceño y levantó las manos. El artillero abrió la escotilla que había encima de su cabeza, y los dos hombres salieron de la cabina. Han les empujó sin miramientos haciendo que se pusieran uno al lado del otro, y después alzó su desintegrador hasta dejar pegado el cañón a la nariz del piloto.

—¡El acceso a este planeta está prohibido! —les gritó el artillero—. ¡Será mejor que os vayáis de aquí!

—¿Prohibido? —preguntó Leia—. ¿Por qué?

—A los nativos no les gustan mucho los forasteros —dijo el piloto. Leia y Han intercambiaron una rápida mirada—. ¿Cómo, es que no lo sabíais? —preguntó el piloto con voz asombrada.

—Correremos el riesgo —gruñó Han.

—Esos nativos no tendrán por casualidad cinco dedos en cada pie y dejarán huellas de un metro de longitud, ¿verdad? —preguntó Leia.

El rostro del piloto se endureció.

—Ésos no son más que sus animalitos domésticos, señora.

Una voz brotó de repente de la radio del caminante volcado.

—Caminante siete, informe de su situación actual. Ruego verificación. ¿Ese hombre al que han capturado es realmente el general Solo?

Chewie emergió de entre las sombras que proyectaba un peñasco, disparó su arco de energía contra la radio del caminante imperial y después agarró a los prisioneros por la cabeza e hizo entrechocar sus cascos con la fuerza suficiente para que el ruido creara ecos por todo el bosque. Después soltó un gruñido y alzó la mirada hacia la colina en lo que estaba claro era una muda petición de que se dieran prisa.

Leia ya había empezado a recoger las tiendas.

12

El Dragón de Batalla de Isolder, el *Cántico de Guerra,* se estaba preparando para salir del hiperespacio, y el príncipe se sentía lleno de esperanzas. Luke había conseguido pilotar la nave llevándola hasta Dathomir en siete días, reduciendo en diez días la ruta más corta que habían podido trazar los ordenadores de astrogación hapanianos. De hecho, Isolder comprendió que incluso cabía la posibilidad de que llegaran a Dathomir antes que Han Solo.

Pero cuando salieron del hiperespacio el abatimiento se adueñó de él al instante. Los diez kilómetros de muelles del astillero estaban protegidos por dos Destructores Estelares imperiales, y había toda una flotilla de naves atracada.

Las alarmas automáticas empezaron a sonar, y los tripulantes corrieron a sus puestos de combate en todo el Dragón Estelar.

Luke Skywalker estaba inmóvil delante del visor del puente, y de repente alzó la mano hacia una fragata que se había alejado del sistema de muelles y estaba precipitándose hacia la atmósfera de Dathomir con chorros de llamas brotando de las torres de sus sensores.

—¡Allí! —gritó—. ¡Leia está dentro de esa nave que arde!

Isolder se apresuró a estudiar el monitor.

—¿Está a bordo de esa fragata? —preguntó con expresión asombrada.

«Hemos venido lo más deprisa posible —pensó—, y aun así quizá sólo hayamos conseguido llegar a tiempo de ver cómo se estrella contra el planeta...»

—¡Está viva! —dijo Luke con firmeza—. Y está aterrorizada, pero no ha perdido las esperanzas... Puedo sentirlo. ¡Van a tratar de posarse en Dathomir! He de bajar ahí...

Salió corriendo del puente para ir a su caza. Isolder ya podía ver docenas de viejos cazas TIE del Imperio que salían a toda velocidad de los Destructores Estelares de Zsinj, con puntitos de luz cegadora emergiendo de sus motores.

—¡Lanzad todos los cazas! —ordenó Isolder—. Acabad con ese Super Destructor Estelar de los muelles y causad el máximo de destrucción posible en esa zona. ¡Quiero ver los mayores daños posibles!

Los cañones iónicos del *Cántico de Guerra* abrieron fuego y los torpedos salieron aullando de sus tubos de lanzamiento. Los Destructores Estelares imperiales eran tres veces más grandes que un Dragón de Batalla hapaniano y estaban mejor armados, pero los imperiales habían diseñado sus naves utilizando emplazamientos de armas estacionarios que ya estaban muy anticuados. Después de que un cañón iónico o desintegrador hiciera fuego, los gigantescos capacitadores del cañón necesitaban varios milisegundos para llevar a cabo la recarga. El efecto global resultante de ello era que el arma pasaba un ochenta por ciento del tiempo inactiva.

Eso era algo que no ocurría en el Dragón de Batalla hapaniano, porque los Dragones de Batalla habían sido diseñados como inmensos platillos y los emplazamientos de las armas rotaban rápidamente alrededor del borde del platillo, con el resultado de que las armas que ya habían disparado podían recargarse mientras otras armas listas para hacer fuego ocupaban su lugar.

Los dos Destructores Estelares se retiraron inmediatamente del enfrentamiento. Isolder se volvió hacia Luke y sólo vio su espalda. El Jedi ya estaba saliendo del puente de mando. El Dragón de Batalla hapaniano era un oponente temible, pero en cuanto los Destructores Estelares hubieran desplegado sus enjambres de cazas no podría aguantar mucho tiempo. Los cazas lograrían atravesar los escudos e irían acabando con los emplazamientos de armas rotatorios. Los cazas de Isolder podían mantener a raya a los pájaros de guerra de Zsinj durante algún tiempo, pero los pilotos hapanianos no conseguirían rechazarlos indefinidamente.

—Asuma la dirección del ataque, capitana Astarta —dijo Isolder volviéndose hacia su guardaespaldas—. Voy a bajar al planeta.

—¡Mi trabajo es protegeros, mi señor! —protestó Astarta.

—Pues entonces haga bien su trabajo —replicó Isolder—. Necesito que haya una confusión lo bastante grande como para cubrir mi huida. La flota de mi madre no llegará hasta dentro de diez días.

Adviértales de lo que se encontrarán aquí, y vuelva al combate con ellos. Yo estaré detectando las señales de radio del planeta. Si puedo, me reuniré con la flota a la primera señal de su ataque.

—Y si no habéis llegado cuando hayan pasado cinco minutos desde el inicio del ataque —dijo Astarta con voz enronquecida por la emoción—, mataré a todos los hombres de Zsinj que haya en este sistema solar, y después registraremos el planeta hasta encontraros.

Isolder sonrió y le puso la mano en el hombro. Después salió corriendo de la sala de control y fue por los pasillos del *Cántico de Guerra.* Los sistemas de armamento estaban absorbiendo una parte tan grande del suministro energético de la nave que la iluminación de los pasillos se había debilitado mucho, y el príncipe llegó a las cubiertas de vuelo guiándose por las boyas de las luces de emergencia. El contingente de cazas ya había despegado, y las cubiertas estaban casi desiertas.

Skywalker ya estaba activando los sistemas de un caza X preparándose para despegar. Isolder se dio cuenta de que no era el suyo. Una docena de técnicos de lanzamiento estaban comprobando el armamento y bajaban lentamente su androide de astrogación hacia su asiento.

—¿Tienes problemas con tu caza? —gritó Isolder desde el otro extremo del hangar.

Luke asintió.

—Había algo que no funcionaba en los sistemas de armamento —dijo—. ¿Puedo coger prestado uno de los tuyos?

—Desde luego —dijo Isolder.

Isolder cogió una chaqueta y un casco de sus colgadores y aseguró su desintegrador personal en el cinturón. El equipo de lanzamiento le vio y empezó a preparar su caza personal, el *Tormenta.* Una cálida y reconfortante sensación de orgullo se adueñó de Isolder cuando contempló su caza. Lo había diseñado y construido personalmente.

Isolder experimentó un sorprendente momento de claridad y comprendió que se parecía mucho a Solo..., quizá demasiado. Solo tenía su *Halcón,* Isolder tenía el *Tormenta.* Los dos habían sido piratas, y los dos amaban a la

misma mujer decidida y valerosa; y durante todo el viaje hasta Dathomir, Isolder no había parado de preguntarse ni un solo instante por qué iba allí. Su madre sabía hacia donde se estaba dirigiendo Han, y las flotas de Hapes podían rescatar a Leia. Isolder no necesitaba arriesgar su vida en aquel encuentro insensato.

Pero cuando pensó en ello, Isolder se dio cuenta de que una parte de su ser quería obtener una victoria total sobre Solo y, sin embargo, también quería algo más. Solo le había lanzado un desafío que Isolder no podía rechazar. Mientras estaba en la cubierta de vuelo del hangar, Isolder comprendió que había ido hasta allí para arrebatarle Leia a Solo, y que se la llevaría incluso a punta de pistola si llegaba a ser necesario.

Luke ya estaba en su asiento.

—¡Voy a ir contigo, Skywalker! —gritó Isolder—. ¡Vigilaré tu cola!

Isolder sintió que la adrenalina inundaba su organismo y cruzó corriendo la cubierta de vuelo. Subió de un salto a la cabina del *Tormenta* y conectó el panel de control. Los técnicos de vuelo bajaron la burbuja de transpariacero sobre su cabeza mientras Isolder activaba los turbogeneradores y armaba sus proyectiles y desintegradores. Los técnicos se estaban tomando su tiempo y habían iniciado una nueva comprobación de los sistemas de su caza, y el príncipe aumentó la salida de energía de los generadores como si se dispusiera a despegar. Los técnicos se alejaron a toda prisa en busca de refugio, y un instante después el *Tormenta* salió despedido al espacio.

Isolder conectó su transductor para identificarse como un caza hapaniano, y después pasó a toda velocidad sobre el *Cántico de Guerra.*

Desde el espacio podía ver mejor cómo se estaba desarrollando la batalla. Los Destructores Estelares habían retrocedido y se habían separado para que Astarta se viera obligada a escoger uno como objetivo primario, pero Astarta había lanzado el Dragón de Batalla contra los muelles del astillero y había empezado a machacar al indefenso Super Destructor Estelar que esperaba ser reparado, causando más daños a esa carísima maquinaria en una sola pasada de castigo del que jamás habría podido causarle en todo un encarnizado combate.

Ninguno de los destructores en activo parecía tener muchos deseos de detenerla.

Dos de los destructores de la clase Victoria atracados en los muelles debían estar en condiciones de operar aunque no fuese al cien por cien de su capacidad, pues sus cubiertas estaban lanzando escuadrillas de cazas TIE y viejos Z-95 Cazadores de Cabezas. Los cielos no tardaron en quedar repletos de enjambres de cazas, fragmentos de metralla retorcida y restos de las naves destruidas que se dispersaban formando nubes.

Isolder movió un interruptor de su radio y dejó que el sistema de búsqueda automática fuera examinando las frecuencias imperiales para poder oír el parloteo de los cazas enemigos. Luke Skywalker ya estaba dejando atrás la curva del Dragón de Batalla hapaniano, y el *Tormenta* siguió al Jedi y se pegó a su cola.

—Rojo Uno a Rojo Dos —le llegó la voz de Luke por la radio—. Hay muchos restos desprendiéndose del astillero... —Apenas acababa de pronunciar aquellas palabras cuando una sección de andamiaje de un kilómetro de longitud recibió un impacto directo y cayó girando por el pozo gravitatorio mientras otros segmentos salían despedidos de la órbita—. Voy a desconectar mis motores y seguiré algún resto en su descenso dentro de

un minuto, pero antes de hacerlo quiero acabar con un par de cazas enemigos.

Isolder se lo pensó durante unos momentos. Él y Luke no podían posarse en Dathomir sin ser detectados. Tendría que eyectarse y permitir que su nave se estrellara.

—Estoy contigo, Rojo Uno —respondió por fin.

Luke aceleró hasta alcanzar la velocidad de ataque y viró lanzándose hacia una falange de veinte Cazadores de Cabezas que se aproximaba y que aparecía en los sensores bajo la forma de puntitos rojos, como otras tantas gemas llameantes. Isolder le siguió pegado a su ala derecha. Duplicó el suministro de energía a los escudos delanteros, y escuchó el continuo fluir de los códigos estratégicos de los Cazadores de Cabezas que llegaban por las bandas imperiales. Después activó sus generadores de interferencias y los pilotos de los Cazadores dejaron de hablar. Isolder echó una mirada a su monitor delantero y vio algo extraño.

—¡Luke, tus escudos defleetores no están activados! —gritó.

Los generadores de interferencias de los Cazadores de Cabezas lanzaron chorros de estática contra él.

—¡Luke, tus escudos! —volvió a gritar Isolder.

—¡Mis escudos están activados! —oyó que respondía Luke por entre los crujidos y chisporroteos de la estática.

—¡No, no lo están! —gritó Isolder.

Pero Luke intentó calmarle levantando un pulgar hacia él, y un instante después los Cazadores de Cabezas Cebra ya estaban sobre ellos y el fuego de los desintegradores iluminaba los cielos. Isolder escogió un blanco, disparó simultáneamente sus cañones iónicos y un proyectil autoguiado e inclinó la palanca de control hacia la derecha. Vio por el rabillo del ojo cómo el caza de Skywalker sufría un impacto en el ala superior derecha, empezaba a caer girando sobre sí mismo y recibía un nuevo impacto en el conjunto sensor de proa. La nave de Skywalker empezó a precipitarse por el espacio y el androide de astrogación salió despedido del vehículo. El Cazador de Cabezas que se encontraba delante de Isolder estalló, y cuatro o cinco rayos desintegradores se estrellaron contra los deflectores frontales de su caza. Los escudos cayeron. Isolder no podía seguir combatiendo.

Luke oscilaba locamente de un lado a otro dentro de su nave atrapada en una caída irremediable, y era arrojado una y otra vez contra el transpariacero como si fuese un muñeco. Isolder rezó en silencio, y después enfiló sus sensores de signos vitales hacia la cabina. Nada. Skywalker estaba muerto.

Isolder lanzó una maldición ahogada, y comprendió que lo único que podía hacer era fingir que también había muerto. Lanzó un detonador térmico por la popa y contó hasta uno. Una explosión cegadora atravesó el cielo detrás de él. Isolder desconectó su transductor, fue reduciendo la salida de energía de los motores y permitió que el *Tormenta* fuera a la deriva y empezara a caer junto al caza de Luke. La explosión tendría que haber engañado a los sensores del enemigo, y con una batalla tan encarnizada en curso los hombres de Zsinj no dispondrían de tiempo para examinar con demasiada atención los restos.

El caza de Isolder contaba con una zona de almacenamiento situada debajo de la consola visora. Isolder sacó una manta reflectante de ella, la desplegó y le dio la vuelta para que mantuviera atrapado el calor de su cuerpo. Cualquier sensor que estuviera lo bastante cerca como para

detectarle indicaría que su cuerpo se había enfriado, y mostraría su muerte. Isolder contempló durante un momento cómo el cadáver de Skywalker seguía moviéndose de un lado a otro dentro de la cabina de su caza, y fue como si una serie de pequeñas explosiones resonara en su cerebro. Luke le había ayudado mucho, y el Jedi había muerto delante de sus ojos.

Isolder le había advertido de que sus escudos estaban desactivados, y Luke no le había creído. Aquel tipo de averías nunca podían ser resultado de meros errores técnicos. El caza X había tenido que sufrir alguna clase de sabotaje. Isolder estaba seguro de que la Ta'a Chume había asesinado al joven Jedi.

Tensó las mandíbulas hasta que le rechinaron los dientes, se tapó la cabeza con la manta como si fuera un sudario y esperó mientras su caza iba descendiendo hacia el planeta.

Leia se abrió paso a través de un amasijo de enredaderas protegida por la oscuridad, y alzó la mirada hacia la pendiente y la meseta que había en la cima. La luz de las lunas dobles le permitió distinguir varias enormes losas rectangulares de piedra negra. En el centro aproximado de cada rectángulo se había tallado un agujero con forma de ojo, y dentro de cada cuenca había un gran peñasco redondo colocado allí para que hiciera de pupila del ojo. Las losas rectangulares se hallaban colocadas a distintas alturas, de tal manera que ojos distintos quedaban enfilados hacia media docena de direcciones a la vez.

Leia se detuvo y contempló durante unos momentos aquel extraño espectáculo con expresión asombrada. Algo rugió en la meseta entre la espesura que se encontraba más allá de su campo visual, cruzó corriendo la extensión de piedra moviéndose sobre pies enormes que golpeaban el suelo con un ruido ahogado, saltó desde el otro lado de la colina y aterrizó sobre la espesa maleza para desaparecer casi al instante entre los árboles. Leia siguió donde estaba. El corazón le latía a toda velocidad.

—¿Qué era eso? —preguntó Han, que se había parado unos momentos para recuperar el aliento.

Chewie y Cetrespeó se habían detenido junto a Leia.

—Algo vivo..., y yo diría que más o menos tan grande como el *Halcón Milenario.* —Leia suspiró y agradeció que la gigantesca criatura hubiese huido—. Apostaría a que su pie tenía cinco dedos.

—Bueno, al menos no iba armado con un desintegrador. —Han movió el suyo señalando las esculturas que se alzaban sobre la cima de la colina—. ¿Qué crees que significan? Me refiero a todos esos ojos dirigidos hacia varias direcciones...

—No lo sé —dijo Leia, y se volvió hacia Chewie y Cetrespeó—. ¿Alguna idea?

Chewie se limitó a dejar escapar un gimoteo, pero Cetrespeó contempló las colinas que les rodeaban.

—Si se me permite decirlo —respondió el androide—, creo que es alguna variedad de escritura simbólica utilizada para instruir a criaturas de inteligencia limitada.

—¿En qué te basas para decir eso? —preguntó Leia.

—Mis bancos de datos contienen referencias a estructuras similares encontradas en otros dos planetas. Verá, un observador se coloca en un lugar determinado y vigila en cada dirección indicada por un ojo. En este

caso, los ojos parecen apuntar hacia distintos valles y pasos de montaña. Utilizando este método, criaturas de inteligencia superior pueden emplear a seres de inteligencia inferior a la suya como observadores.

—Estupendo —dijo Han—. En ese caso, fuera lo que fuese esa cosa que se largó antes de que llegáramos, habrá ido a decirle a su jefe que estamos aquí, ¿verdad?

—Eso parece, señor —dijo Cetrespeó.

Han tragó saliva y bajó la mirada hacia el valle del que habían venido. El bosque era muy frondoso, y acababan de abrirse paso por un grueso lecho de plantas con tallos muy altos y gruesos y enormes hojas redondas.

—Estupendo... Bien, no he oído ningún caminante imperial desde que atravesamos esa zona de jungla. Creo que quizá les haya obligado a ir más despacio.

—Llevamos horas corriendo —dijo Leia, y se limpió la transpiración que le cubría la frente—. Pronto tendremos que parar y descansar un rato.

Chewie gruñó una pregunta.

—Quiere saber por qué aún no nos hemos encontrado con ninguna moto aérea —tradujo Cetrespeó.

Han asintió.

—Sí, yo tampoco lo entiendo... Si Zsinj quiere capturarnos, podría enviar motos aéreas y serían una manera muy efectiva de atravesar esos bosques; pero hasta el momento se han limitado a usar los caminantes. No es que tenga mucho sentido. ¿Por qué perseguirnos con caminantes?

—Puede que los hombres de Zsinj piensen que necesitan el blindaje o el armamento pesado —dijo Leia.

—O las dos cosas a la vez —dijo Han. Señaló la cima del risco y las viejas estatuas de piedra cuyos ojos parecían contemplarlo todo con expresión cansada desde las alturas—. Quiero subir hasta allí.

Empezó a trepar por la pendiente agarrándose a raíces y a los troncos de los arbolillos para ir subiendo.

—¡Han, espera! —gritó Leia.

Pero era demasiado tarde. Han ya había recorrido una tercera parte de la distancia. Leia echó a correr detrás de él y se abrió paso a través de unos espesos zarzales que le habrían destrozado las manos si no los hubiera visto a tiempo.

Cuando llegó a la cima de la pequeña colina iluminada por la luna, Han estaba en el puesto de observación. Se encontraban en la base de una montaña donde se encontraban tres valles, y aquella pequeña colina con forma de meseta consistía en una sola roca pulimentada por el viento. Una estrella tallada en la piedra indicaba el sitio en el que debía colocarse el vigía y, tal como había dicho Cetrespeó, si Leia se ponía allí y miraba a su alrededor, cada ojo apuntaba hacia un paso o un valle que debía ser vigilado. Eran unas instrucciones muy simples, y lo único que resultaba un poco inquietante era que un rápido cálculo de triangulación informó a Leia de que el vigía debía medir entre doce y quince metros de altura. Un agujero tallado en la piedra estaba lleno de agua de lluvia, y Leia bebió un sorbo.

Han recorrió el perímetro de la meseta con el desintegrador desenfundado y escudriñó las laderas mediante sus gafas infrarrojas.

—No sé qué clase de ser había aquí arriba, pero se ha ido —dijo por fin—. De todas maneras, en un sitio así no hay mucho que ver... Un ejército entero podría atravesar esos bosques y no ser detectado en ningún momento.

—Quizá no estén demasiado interesados en vigilar todos los pasos —dijo Leia—. Puede que este valle ocupe una posición estratégica, y sea más importante estar aquí para vigilar este punto que el vigilar todos esos riscos.

Un rugido lejano flotó hasta ellos transportado sobre las montañas por una leve brisa, y un estremecimiento recorrió todo el cuerpo de Leia dejándola helada hasta los huesos.

—Está volviendo —afirmó Han—. Yo diría que está a dos o tres kilómetros de distancia...

Leia salió corriendo de la meseta y bajó la pendiente de una docena de zancadas. Chewie y Cetrespeó ya habían iniciado el descenso, y Han fue detrás de ellos.

—¡Vamos, chicos, vamos! —gritó—. Quiero una retirada organizada, ¿de acuerdo?

—Me parece una idea estupenda, señor —replicó Cetrespeó—. Dediqúese a organizaría mientras yo me retiro.

El androide descendió hacia un valle abriéndose paso a través de la espesura tan deprisa como podían llevarle sus piernas de metal. Chewie volvió la cabeza para lanzar una rápida mirada a Han y Leia, y después siguió a Cetrespeó.

Han echó a correr dejando atrás a Leia, y oyó que murmuraba con voz irritada «¡Menudo héroe estás hecho!». Logró alcanzar a Chewie y Cetrespeó y trató de que fueran más despacio, pero los dos estaban muy asustados y siguieron corriendo. Leia no quería quedarse atrás y no paró de mirar por encima de su hombro mientras bajaban por una pendiente, llegaban a un valle y empezaban a seguir el curso de un arroyo que serpenteaba entre un bosquecillo de gruesos troncos. En un momento dado Leia estuvo segura de haber oído un gruñido gutural a su espalda, pero las sombras que se agazapaban debajo de los árboles eran tan espesas y oscuras que podía haberlo imaginado.

Leia se preguntó cuánto duraría el ciclo nocturno de Dathomir, y cayó en la cuenta de que no sabía nada sobre la rotación del planeta, la inclinación de su eje y sus estaciones. Tenía la impresión de que ya no podía faltar mucho para que amaneciese.

Estaban corriendo cuesta arriba hacia dos columnas de piedra que se alzaban hacia el cielo como un par de caninos mellados. Chewbacca abría la marcha, pero se detuvo tan de repente que se tambaleó y estuvo a punto de caer. Llevaban algunos minutos corriendo en grupo, tan asustados que ninguno de ellos se había atrevido a dar un paso sin los demás, y eso resultó ser su perdición.

Detrás de las columnas de piedra había cuatro caminantes imperiales.

Los focos les cegaron, y los cuatro quedaron como paralizados donde estaban.

—¡Alto! —gritó una voz por el sistema de megafonía de un caminante, y la orden fue acompañada por el retumbar de los cañones desintegradores que lanzaron sus rayos delante de los pies de Chewie—. Tirad las armas y poned las manos encima de la cabeza.

Leia dejó caer su rifle desintegrador y se sintió casi aliviada al ver

a los caminantes imperiales. Chewie y Han la imitaron. Un campamento de prisioneros siempre sería mejor que lo que vivía en aquellas montañas, fuera lo que fuese.

Dos caminantes rodearon las columnas. Los haces de sus reflectores se deslizaron por entre los árboles y después se volvieron hacia Leia y los

demás.

—Androide, recoge las armas y tíralas al lado del camino.

Cetrespeó recogió las armas de Han, Chewie y Leia.

—Lamento terriblemente todo esto —se disculpó mientras iba amontonando las armas sobre sus brazos.

Después las llevó hasta el lado del camino y la arrojó entre la maleza.

Los ojos de Han echaban chispas mientras contemplaba a los caminantes. Los cuatro eran del modelo biplaza utilizado para misiones de exploración, el único que era lo suficientemente pequeño para poder maniobrar en aquel terreno tan montañoso.

—¡Daros la vuelta y volved por donde habéis venido! —gritó un piloto por el altavoz—. ¡Venga, moveos y no intentéis ningún truco! Si alguno de vosotros intenta echar a correr, dispararemos primero contra sus camaradas.

—¿Dónde nos lleváis? —preguntó Han—. ¿Qué derecho tenéis a detenernos? ¡Este planeta es mío, y tengo un título de propiedad para demostrarlo!

—Ahora está en territorio del señor de la guerra Zsinj, general Solo —dijo el piloto por su micrófono—, y todos los planetas de este sector pertenecen a Zsinj. Si no está conforme con esa situación y quiere presentar alguna protesta formal, estoy seguro de que a Zsinj le encantará discutirla durante su ejecución.

—¿General Solo? —preguntó Han—. ¿Crees que soy el general Solo? Oye, ¿qué iba a estar haciendo aquí si realmente fuera un general de la Nueva República?

—Nos encantará arrancarle ese tipo de respuestas, junto con las uñas de sus pies, durante su interrogatorio —dijo el piloto—. ¡Pero ahora daros la vuelta y empezad a caminar!

Un escalofrío helado recorrió el cuerpo de Leia, y empezaron a bajar por la pendiente hacia el bosque y los troncos de corteza plateada que brillaban con hermosos destellos bajo los rayos de la luna. La deslumbrante luz blanca de los focos de los caminantes, que subían y bajaban a cada paso de los vehículos, creaba un sendero irreal. Los restos de hojas podridas que pisaban parecían ondular y danzar.

Pasado un rato Leia se dio cuenta de que los hombres de Zsinj no habían concentrado toda su atención en sus prisioneros. Dos caminantes los mantenían cubiertos con sus desintegradores, y los otros dos no paraban de mover los haces de sus focos a los lados y sobre el camino por el que avanzaban. Las luces de sus paneles de control permitían que Leia pudiera distinguir los rostros de los pilotos y artilleros, y vio que parecían niños asustados. Sus ojos se movían velozmente en todas direcciones, y el sudor goteaba por sus frentes.

—Estos tipos están más asustados que yo —le susurró Han al oído mientras caminaban el uno al lado del otro.

—Quizá se deba a que saben algo que tú ignoras —replicó Leia.

Ya llevaban dos horas caminando cuando Leia empezó a preguntarse en qué momento amanecería. El roce del aire nocturno en su nuca era muy frío, y sentía como si tuviera los ojos llenos de arenilla. Las sombras de los árboles se alzaban a su alrededor como centinelas inmóviles.

Y entonces llegó el ataque: en un momento dado estaban caminando, y al siguiente Leia oyó las estruendosas pisadas de algo que se aproximaba muy deprisa a su espalda. Los dos caminantes de los flancos fueron

sorprendidos desde atrás por criaturas que superaban con mucho los siete metros de altura de los vehículos imperiales. Los caminantes del centro giraron para hacer fuego con sus cañones desintegradores, y los disparos brillaron como relámpagos durante un momento.

Leia vio a una de las enormes bestias que habían lanzado el ataque por sorpresa, y tuvo un fugaz atisbo de caninos como sables que rasgaban el aire.

Algo inmenso destrozó un caminante detrás de Leia utilizando un gigantesco garrote, y después agarró el caminante que había estado disparando a su lado y arrojó las tres toneladas de su casco blindado contra una roca con tanta fuerza que el impacto las convirtió en un montón de metal retorcido. Un artillero siguió disparando al aire mientras una bestia atacaba su caminante con su garrote golpeándolo una y otra vez, y Leia pudo ver a la bestia con toda claridad gracias a los cegadores relámpagos actínicos azulados de los cañones y faltó poco para que su corazón dejara de latir. La criatura medía diez metros de altura y llevaba una especie de chaleco protector hecho con cuerdas entrelazadas a las que había unidos fragmentos de armaduras de las tropas de asalto; pero a pesar de su atuendo aquellos brazos extrañamente grotescos, los colmillos curvados y la postura medio encogida del cuerpo cubierto de verrugas con placas de hueso en la cabeza resultaban inconfundibles. Leia ya había visto un ser así con anterioridad. Aquél había sido más pequeño que los que tenía delante de los ojos y quizá fuera un espécimen joven, pero en aquellos momentos había parecido enorme incluso estando atrapado en la prisión oculta debajo del palacio de Jabba el Hutt. Eran rancors.

Han chilló, giró sobre sí mismo para echar a correr y tropezó. Chewbacca huyó a grandes saltos por el bosque, y un rancor dio tres pasos en su persecución y arrojó una red lastrada con pesos. La red acertó al wookie y le hizo caer al suelo. Chewbacca lanzó un rugido de dolor y permaneció donde había caído apretándose las costillas con los brazos.

Leia se había quedado inmóvil. Su corazón latía tan ruidosamente como un tambor y estaba paralizada de miedo, pero lo que la asustaba no era el espectáculo de aquellas bestias enormes y su feroz ataque.

Los desintegradores de los caminantes imperiales quedaron reducidos al silencio en menos de diez segundos, y las máquinas se convirtieron en ruinas humeantes a sus pies. Leia alzó la mirada hacia los tres rancors gigantes, cada uno de más de diez metros de altura. Había jinetes humanos sentados sobre los cuellos de las criaturas.

Un jinete se inclinó hacia el suelo y el gesto reveló que era una mujer. La claridad que brotaba de los caminantes que habían empezado a arder creó reflejos iridiscentes en su cabellera oscura. Llevaba una túnica de cuello alto hecha de relucientes escamas rojizas, y una capa flexible hecha de cuero o de una tela bastante gruesa encima de ella. Se cubría la cabeza con un yelmo con alas que se desplegaban a los lados, y cada ala estaba adornada con cuentas y abalorios que oscilaban a cada movimiento. Empuñaba una pica de Fuerza muy antigua de mango tallado y adornado con piedras blancas cuya vibro-hoja hacía bastante ruido y parecía estar necesitando un ajuste.

Por si la montura y el atuendo no fueran lo bastante impresionantes, la sola presencia de la mujer produjo en Leia un impacto tan físico y tangible como el de un disparo de desintegrador en las costilias. Aquella mujer parecía irradiar poder, como si su cuerpo fuese un mero cascarón bajo el

que se ocultaba una criatura de luz deslumbrante y terrible. Leia comprendió que se hallaba en presencia de alguien con un gran conocimiento de la Fuerza. La mujer hizo girar su pica sobre la cabeza indicando a Leia y a los demás que permanecieran donde estaban, y gritó algo en una lengua desconocida.

-—¿Quién eres? —preguntó Leia.

La mujer se inclinó un poco más hacia las sombras del suelo y canturreó suavemente en su lengua, y después habló con cautela, como si estuviera escuchando su propia voz e intentara descifrar el significado de lo que decía.

—¿Es así como formas tus palabras, mujer de otro mundo?

Leia asintió, y comprendió que la mujer estaba utilizando la Fuerza para comunicarse.

Después dirigió breves órdenes a las otras dos mujeres. Una de ellas bajó de su rancor y empezó a recoger armas de los cadáveres de los soldados de Zsinj, mientras la otra hacía avanzar su rancor hacia Chewie. El rancor liberó al wookie herido de la red y lo alzó en vilo con una sola mano. Chewbacca gritó e intentó morder al rancor, pero Han se apresuró a calmarle.

—¡Todo va bien, Chewie! —gritó—. Son amigas..., espero.

La mujer de la pica se inclinó sobre Leia y señaló a Han y Cetres-peó.

—Haz que tus esclavos sigan caminando, mujer de otro mundo —dijo—. Te llevaremos ante las hermanas para que seas juzgada.

13

Isolder apretó los dientes y vio como el desierto venía hacia él haciéndose más y más grande mientras *Tormenta* continuaba su descenso hacia el planeta. No podía hacer nada para salvar su nave. Encender los motores sólo serviría para hacer inevitable su detección por las fuerzas de Zsinj, por lo que la única esperanza de Isolder era que pudiese eyectarse en el último instante y dejar que su paracaídas se abriera durante unos momentos y le llevara hasta el suelo, y esperar que eso reduciría la velocidad de su caída lo suficiente como para que no se rompiera ningún hueso.

A lo lejos, una pequeña ciudad iluminaba la oscuridad ochenta kilómetros hacia el oeste. Aparte de eso, no había ningún punto de claridad en el desierto, ni siquiera los faros de un vehículo dando una señal de que estuviera habitado.

Isolder deslizó una mano por debajo del panel de control de su caza y sacó un equipo de supervivencia. El paracaídas incorporado al asiento de eyección de Erredós se abrió por encima de Isolder, y tiró del androide hacia arriba. El caza X de Luke, ya casi totalmente destruido, seguía cayendo y dando tumbos a través de la atmósfera. Isolder desactivó los cierres de la burbuja de transpariacero de su caza y permitió que el viento se encargara de abrirla. Después se quitó el arnés de seguridad, comprobó la pequeña mochila que contenía su paracaídas para asegurarse de que estaba tenso y recogido adecuadamente, cerró la funda de su desintegrador y saltó de la nave precipitándose en caída libre hacia el planeta.

El viento silbaba por entre las ranuras de su máscara de oxígeno, y contempló cómo el suelo subía velozmente hacia él. La luz de dos pequeñas lunas le permitía distinguir con toda claridad cada roca, cada árbol de tronco retorcido por el viento, cada risco y cañada.

Isolder aguardó hasta que no pudo seguir esperando por más tiempo, y entonces activó el detonador que haría estallar las cargas explosivas que desplegarían su paracaídas.

Y no ocurrió nada. Tiró del cordón de emergencia y siguió cayendo. Movió frenéticamente los brazos, gritó..., y milagrosamente algún tipo de campo repulsor de elevación le envolvió de repente y redujo la velocidad de su descenso hasta hacer que cayera tan suavemente como una pluma. Isolder estaba tan desconcertado que su mente aturdida concibió la loca idea de que eran los movimientos de sus brazos los que le estaban sosteniendo, y no se atrevió a dejar de moverlos hasta que llegó al suelo. El casco destrozado del caza X cayó a varios centenares de metros de distancia y se estrelló contra el suelo convirtiéndose en una bola de fuego.

Cuando sus pies entraron en contacto con la roca, las rodillas le temblaban tanto que apenas era capaz de mantenerse en pie y el corazón le latía a toda velocidad. Isolder se quitó el casco de un manotazo, aspiró el cálido aire de la noche y contempló las rocas y los escasos árboles del

desierto que le rodeaban.

Tormenta también se había posado en el suelo sin hacer ningún ruido, pero aunque miró en todas direcciones Isolder no pudo ver ni rastro de ningún mecanismo repulsor de elevación, generadores o platos de antigravedad que apuntaran hacia el cielo. Escudriñó todo el desierto y acabó viendo algo sobre su cabeza: era Luke Skywalker sentado con las piernas cruzadas, los brazos doblados ante el pecho y los ojos cerrados, sumido en una profunda concentración, y estaba bajando lentamente hacia el suelo. «Skywalker… —pensó Isolder—. Quizá así es como sus antepasados llegaron a ser conocidos con ese nombre.»*

El Jedi siguió bajando poco a poco hasta estar a unos centímetros del suelo, y entonces abrió los ojos y saltó como si se estuviera dejando caer del alféizar de una ventana.

—¿Cómo has conseguido hacer eso? —preguntó Isolder.

Tenía el vello de los brazos erizado. Hasta aquel momento nunca había sentido adoración hacia ninguna persona o cosa.

—Ya te dije que la Fuerza es mi aliada —replicó Luke.

—¡Pero estabas muerto! —exclamó Isolder—. ¡Lo vi en mis sensores! No respirabas, y tu piel estaba fría…

—Eso era un trance Jedi —dijo Luke—. Todos los Maestros Jedi

* «Skywalker» significa «caminante del cielo». *(N. del T.)*

aprenden a parar sus corazones y hacer bajar su temperatura corporal. Tenía que engañar a los soldados de Zsinj.

Luke recorrió el desierto con la mirada como si estuviera orientándose y acabó alzando los ojos hacia la noche. Isolder siguió la dirección de su mirada. Podía distinguir las naves a gran altura por encima de sus cabezas: los fogonazos de los desintegradores eran como alfilerazos luminosos, y las naves diminutas estallaban en llamas como estrellas lejanas que se convirtieran en novas.

—Cuando era un chico en Tattoine —dijo Luke—, me encantaba quedarme levantado hasta muy tarde con mis binoculares para observar a los gigantescos cargueros espaciales que llegaban al puerto. Vi mi primera batalla espacial desde el porche de la granja de humedad de mi tío Owen. Por aquel entonces ya sabía que allí había hombres que luchaban por sus vidas, pero no sabía que era la nave de Leia o que yo acabaría involucrado en esa misma lucha. Pero recuerdo lo emocionante que me pareció, y cómo anhelé estar allí arriba y poder tomar parte en la batalla.

Isolder alzó la vista y sintió la mordedura de ese deseo. Una parte de él se preguntó si el curso de la batalla estaría siendo favorable a Astarta y sus tropas, y deseó poder estar en el cielo protegiendo la nave desde su caza. El enorme disco rojo que era el *Cántico de Guerra* se alejó de repente a toda velocidad, se volvió borroso y se esfumó al activarse los hiperimpulsores.

—Tú también has sentido el tirón, la sed de sangre, la llamada de la cacería.. —dijo Luke, y empezó a quitarse su traje de vuelo. Debajo vestía una holgada túnica que tenía el color rojo de la piedra arenisca del desierto—. Es el lado oscuro de la Fuerza que te habla en susurros y que te llama. —Isolder retrocedió un paso temiendo que Skywalker hubiera conseguido leerle la mente de alguna manera, pero Luke se apresuró a seguir hablando—. ¿Cuál es la presa que persigues? Dímelo, Isolder…

—Es Han Solo —murmuró Isolder con irritación.

Luke asintió pensativamente.

—¿Estás seguro? —le preguntó—. Ya has perseguido a otros hombres

antes. Puedo sentirlo... ¿Cómo se llamaba ese hombre? ¿Cuál era su crimen?

Isolder tardó unos momentos en responder, y Luke caminó a su alrededor observándole con gran atención y viendo a través de él.

—Se llamaba Harravan —dijo Isolder por fin—. Capitán Harravan...

—¿Y qué te arrebató? —preguntó Luke.

—A mi hermano. Mató a mi hermano mayor.

Estar siendo interrogado de aquella manera por un hombre al que había creído muerto hacía tan solo unos momentos era una experiencia tan increíble que Isolder se sintió aturdido, y le pareció que le daba vueltas la cabeza.

—Sí, Harravan —dijo Luke—. Querías mucho a tu hermano. Puedo oíros cuando erais niños, intentando conciliar el sueño en la misma gran sala... Tu hermano te cantaba por la noche, y te hacía sentir a salvo cuando estabas asustado.

Isolder se sintió muy confuso, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Cuéntame cómo murió tu hermano —dijo Luke.

—Le dispararon... —dijo Isolder—. Harravan le disparó en la cabeza con un desintegrador.

—Comprendo —dijo Luke—. Debes perdonarle. Tu ira arde dentro de ti, y es como una mancha negra en tu corazón. Debes perdonarle y servir al lado luminoso de la Fuerza.

—Harravan está muerto —dijo Isolder—. ¿Por qué debería tomarme la molestia de perdonarle?

—Porque todo está volviendo a ocurrir ahora —dijo Luke—. Alguien ha vuelto a arrebatarte una persona a la que amas. Han, Harravan... Leia, tu hermano... La rabia y el dolor resultado de ese acto malvado que se cometió hace mucho tiempo siguen tiñendo tus emociones ahora. Si no les perdonas, el lado oscuro de la Fuerza siempre gobernará tu destino.

—¿Qué importa eso? —preguntó Isolder—. No soy como tú. No tengo ningún poder... Nunca aprenderé a flotar por los aires o a volver de entre los muertos.

—Tienes poder —respondió Luke—. Debes aprender cómo servir a la luz que hay dentro de ti sin importar lo débil que pueda parecer.

—Te vi en la nave —dijo Isolder, y pensó en la conducta de Luke durante su viaje. Luke había parecido estar lleno de curiosidad y de preguntas, pero siempre se había mantenido a una cierta distancia—. No hablas así con todo el mundo.

Luke le contempló en silencio, y las sombras dobles creadas por los rayos de la luna se deslizaron sobre su rostro. Isolder se preguntó si Luke estaba intentando convertirle a su causa porque era el Chu-me'da, el consorte de la mujer que llegaría a ser reina.

—Te hablo así porque la Fuerza nos ha unido y porque ahora estás intentando servir al lado luminoso de la Fuerza —dijo—. ¿Por qué otra razón ibas a arriesgar tu vida viniendo a Dathomir conmigo para salvar a Leia? ¿Por venganza? No lo creo.

—Pues en eso te equivocas, Jedi. No he venido para salvar a Leia. He venido a arrebatársela a Han Solo.

Luke dejó escapar una suave carcajada, como si Isolder fuera un colegial que no se conocía en lo más mínimo a sí mismo. El sonido era peculiarmente desconcertante.

—Bien, que sea como tú quieras... Pero vendrás conmigo a rescatar a

Leia, ¿verdad?

Isolder extendió los brazos en un gesto que abarcaba todo el desierto.

—¿Dónde buscamos? Podría estar en cualquier parte. Podría estar a mil kilómetros de aquí…

Luke movió la cabeza señalando las montañas.

—Está por esa zona, a unos ciento veinte kilómetros de distancia. —Sonrió como si estuviera pensando en un secreto conocido únicamente por él—. Te advierto que el viaje no resultará fácil. Cuando has decidido caminar bajo la luz, tu sendero te llevará a lugares a los que no quieres ir. Las fuerzas de la oscuridad ya se están reuniendo contra nosotros.

Isolder estudió en silencio al Jedi. El corazón le latía muy deprisa. No estaba acostumbrado a pensar en el mundo empleando términos como fuerzas de la oscuridad y fuerzas de la luz, y ni siquiera estaba muy seguro de si creía en la existencia de tales fuerzas. Pero tenía delante de sus ojos a un Jedi no mayor que él que había bajado flotando del cielo como un vilano, que parecía leer sus pensamientos y que afirmaba conocer a Isolder mejor de lo que éste se conocía a sí mismo.

Luke volvió la mirada hacia el horizonte. Su androide descendía lentamente colgado de un paracaídas a un par de kilómetros de donde se encontraban.

—¿Vienes?

Hasta aquel momento Isolder había actuado casi sin pensar en lo que hacía, pero de repente se sintió más asustado de lo que nunca

hubiese creído posible. Sus rodillas amenazaban con doblarse de un momento a otro, y descubrió que le ardía el rostro de pura vergüenza. Algo le asustaba, y sabía qué era. Luke estaba pidiéndole algo más que el que le siguiera a las montañas. Luke le estaba pidiendo que siguiera sus enseñanzas y su ejemplo, y le prometía que Isolder iría adquiriendo detractores y enemigos a lo largo de ese proceso de la misma manera en que lo hacían todos los Jedi. Isolder se lo pensó, pero sólo durante un momento.

—Deja que saque unas cuantas cosas de mi nave —dijo—. Vuelvo enseguida, y nos iremos juntos.

Mientras buscaba otro desintegrador en los compartimentos del *Tormenta,* Isolder descubrió que se iba calmando poco a poco, y comprendió que en realidad todo lo que le había dicho el Jedi y que tanto le había asustado no significaba nada. Quizá no había fuerzas de la oscuridad acechando a su alrededor, y en realidad seguir a Luke por las montañas tampoco significaba nada. Eso no quería decir que Isolder tuviera que comprender los misterios de la Fuerza. De hecho, Luke podía estar engañándose a sí mismo y no ser más que un chiflado inofensivo. «Pero bajó flotando del cielo…»

—Estoy listo —dijo Isolder.

El terreno que recorrieron durante la primera parte de su viaje era increíblemente abrupto, y consistía básicamente en cañadas creadas por las riadas que serpenteaban por entre un sinfín de riscos y hondonadas. Las hondonadas solían contener los huesos de herbívoros enormes, criaturas con las patas traseras muy largas, colas cortas y gruesas, cabezas triangulares y achatadas y unas patas delanteras minúsculas. Los esqueletos demostraban que habían sido bestias muy grandes, quizá de cuatro metros de longitud desde el hocico hasta la cola. Muchos huesos estaban rodeados por montones de resecas escamas grises, pero no encontraron ningún animal vivo. De hecho, casi parecía como si todas

aquellas criaturas hubiesen muerto en un pasado reciente, probablemente dentro de los últimos cien años.

Había muy poca vida vegetal capaz de crecer en aquel desierto calcinado, y sólo se veían árboles achaparrados de troncos retorcidos y corteza parecida al cuero alzándose entre retazos de una hierba purpúrea tan flexible como el cabello.

El viaje apenas presentó dificultades para Luke, pues a veces bajaba de un salto diez metros para llegar hasta el fondo de una cañada que obligaba a Isolder a un agotador descenso. Isolder no tardó en quedar empapado de sudor, pero el Jedi no sudaba mucho, no jadeaba y no daba ninguna señal de ser ni remotamente humano. Sus rasgos estaban inmóviles en una expresión pensativa. Necesitaron casi toda la noche para llegar hasta el androide, y Luke no quiso marcharse sin él y mostró una devoción nada común hacia la pequeña masa de circuitos y engranajes.

Como consecuencia tuvieron que ir hacia las montañas siguiendo una ruta larga y agotadora lo bastante llana como para que pudiera ser recorrida por el androide, hasta que acabaron llegando a una parte del desierto menos abrupta que fluía por entre pequeñas colinas.

No había ni rastro de agua, y el sol empezó a alzarse sobre el desierto proyectando una etérea claridad azulada.

—Será mejor que encontremos algún cobijo para pasar el día —dijo Luke—. Vayamos por allí.

Señaló una de las últimas grandes grietas del suelo, bajó a Erredós hasta el fondo y después saltó.

Isolder les siguió al fondo de la grieta. Se puso en cuclillas sobre el suelo arenoso y bebió la mitad de su agua. Luke tomó un sorbito, se sentó y cerró los ojos.

—Deberías dormir un rato —le dijo—. Va a ser un día muy largo, y esta noche tendremos que caminar mucho.

El Jedi pareció quedarse dormido después de haber pronunciado esas palabras, y su respiración se volvió profunda y regular.

Isolder le lanzó una mirada de irritación. Había sido despertado de su ciclo de sueño a primera hora de la mañana, y en lo que a él concernía sólo era mediodía. Siempre había tenido bastante dificultad para alterar sus períodos de sueño, por lo que se quedó inmóvil con los brazos cruzados intentando fingir el sueño o, por lo menos, demostrar que tenía un cierto control de sí mismo digno de un discípulo Jedi.

Isolder oyó el terremoto casi media hora después, justo cuando el sol estaba empezando a iluminar todo el desierto. Empezó como un retumbar ahogado que bajaba de las montañas y que se fue haciendo más y más potente a cada momento que pasaba. La tierra empezó a temblar, y pellas de tierra se desprendieron de los lados de la grieta. El androide Erredós lanzó un silbido y un pitido de alarma, y Luke se levantó de un salto.

—¿Qué ocurre, Erredós? —preguntó.

—¡Un terremoto! —gritó Isolder.

Luke escuchó los sonidos durante un momento.

—¡No es un terremoto! —gritó después.

Y de repente una sombra enorme pasó a toda velocidad por encima de sus cabeza, y después surgió otra y otra más. Grandes reptiles de escamas azul claro estaban saltando sobre la grieta. Uno de ellos tropezó y faltó muy poco para que cayera sobre ellos, pero consiguió utilizar sus diminutas patas delanteras para recobrar el equilibrio y se alejó al galope.

—¡Es una estampida! —gritó Isolder, y se protegió la cabeza con las manos.

Erredós silbó y sus ruedas le impulsaron en un rápido círculo buscando algún refugio. Centenares de reptiles pasaron saltando sobre la cañada.

El rugir atronador de la manada se fue desvaneciendo pasados unos momentos, y de repente un enorme reptil saltó al fondo de la grieta cayendo a unos cinco metros de ellos. La criatura les observó sin moverse. Estaba jadeando, y su respiración entrecortada hacía oscilar los grandes pliegues de carne azul claro de su garganta. El último de sus congéneres se alejó de un salto.

La bestia tenía los ojos rojos como la sangre y dientes negros en forma de hoja de pala. Las escamas de la parte superior de su cabeza brillaban con un débil resplandor iridiscente. Su aliento olía a rancio y vegetación putrefacta, y el herbívoro permaneció muy quieto observándoles con curiosidad desde arriba.

—No te preocupes, no te haremos daño —le dijo Luke mirándole a los ojos. La criatura fue hacia él, pegó las fosas nasales a su mano extendida y la olisqueó—. Eso es, chica... Somos tus amigos.

Luke echó un poco de agua de su cantimplora en la palma de su mano y dejó que la lamiese con su larga lengua negra. La criatura emitió una especie de eructos a los que siguieron unos gimoteos quejumbrosos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Isolder—. Esa cosa se está bebiendo toda nuestra agua...

—Hay ochenta kilómetros de desierto hasta llegar a las montañas —replicó Luke—. Es un viaje duro y difícil incluso para un Jedi, y entre el sitio en el que estamos y nuestra meta no hay agua, sólo arena. Pero estas criaturas corren hacia las colinas cada anochecer para alimentarse, y vuelven corriendo aquí cada mañana para esconderse de los depredadores y del sol del día. Por eso vimos tantos esqueletos en las hondonadas y las cañadas... Son el sitio donde han muerto sus antepasados. Se llaman a sí mismos el Pueblo Azul del Desierto, y esta noche nos llevarán a las montañas. No necesitaremos tanta agua.

—¿Quieres decir que son inteligentes? —preguntó Isolder, no muy convencido.

—No mucho más que la gran mayoría de los animales —dijo Luke mirando a Isolder—, pero sí lo suficiente. Cuidan los unos de los otros y poseen su propia clase de sabiduría.

—¿Y puedes hablar con ellos?

Luke asintió y acarició el hocico del reptil.

—La Fuerza está dentro de todos nosotros. Tú, yo, ella... Todos la llevamos dentro. Es lo que nos une a todos, y a través de la Fuerza puedo captar sus deseos e intenciones y hacerle conocer las mías.

Isolder les observó durante un momento y después volvió a sentarse, inquieto por alguna razón que no era capaz de expresar y que no lograba definir del todo. Durmió parte del día, comió de las raciones de su mochila y bebió su agua. La criatura pasó todo el día durmiendo al lado de ellos, con la cabeza apoyada en el suelo para poder olisquear los pies de Luke.

La criatura alzó la cabeza por la tarde justo cuando el sol estaba a punto de iniciar su declive, y emitió una especie de graznido ahogado. Unas cuantas bestias respondieron a él y acudieron a su llamada.

—Es hora de irse —dijo Luke.

Isolder salió de la cañada mientras Luke cerraba los ojos y hacía levitar a

Erredós hasta dejarle en el suelo del desierto, después de lo cual le siguió.

El Pueblo Azul del Desierto estaba por todas partes. Las criaturas salían de sus agujeros, lanzando ruidosos resoplidos y contemplando la puesta de sol. No parecían estar dispuestas a iniciar el viaje hasta que el sol se hubiera ocultado detrás de las montañas, o quizá algún recuerdo genético hacía que fueran realmente incapaces de ponerse en marcha hasta ese momento.

Luke ayudó a Isolder a instalarse sobre la grupa de un macho de gran tamaño, y después se colocó justo debajo de sus brazos. Cuando la criatura se hubo incorporado la posición se volvió bastante precaria, pero Luke llevó a Erredós hasta el mismo sitio en un macho aún más grande y el androide pareció quedar perfectamente equilibrado. El borde inferior del disco solar rozó la cima de las montañas y el Pueblo Azul del Desierto gritó al unísono, y todos los animales alzaron la cabeza, extendieron su cola detrás de ellos dejándola totalmente recta para que sirviera como contrapeso equilibrándoles, y echaron a correr sobre la arena impulsados por sus potentes patas traseras.

En cuanto su bestia hubo bajado la cabeza, Isolder descubrió que su posición era muy estable y que incluso resultaba cómoda, aunque al principio Erredós no paró de quejarse mediante gemidos y silbidos. El Pueblo Azul del Desierto recorrió en un galope atronador ochenta kilómetros de planicie desértica y grandes dunas. Sus ojos rojizos parecían brillar con centelleos negros en la oscuridad, y sus bocas gruñían y bufaban continuamente. Isolder les escuchó hablar y comprendió que los gruñidos y bufidos procedían de animales que se encontraban en el perímetro externo de la manada, y que estaban dando instrucciones. Si los reptiles bufaban dos o tres veces en un lado de la manada, todas las criaturas se desviaban; pero si emitían gruñidos de conformidad, entonces la manada seguía avanzando en la misma dirección.

A primera hora de la noche llegaron a un ancho río de aguas fangosas en cuyos bajíos crecían matorrales y juncos. Pájaros de largo cuello y alas de apariencia correosa se lanzaban sobre el río planeando bajo la luz de la luna para beber de sus aguas. El Pueblo Azul del Desierto se detuvo allí para abrevar y alimentarse entre los cañaverales.

—Aquí es donde nos bajamos —dijo Luke.

Desmontaron, y Luke acarició el hocico de cada una de sus monturas y les agradeció lo que habían hecho por ellos hablándoles en voz baja y suave.

—¿No puedes hacer que nos lleven más lejos? —preguntó Isolder—. Aún nos queda mucha distancia por recorrer.

Luke le lanzó una mirada de irritación.

—Yo no obligo a hacer nada a nadie —dijo—. No he hecho que Erredós me siguiera, de la misma manera que tampoco he hecho que me siguieras. El Pueblo Azul del Desierto accedió a traernos hasta aquí, y ahora que tenemos agua nuestras piernas bastarán para recorrer el resto del trayecto.

Isolder comprendió de repente por qué la conducta de Luke hacia el Pueblo Azul del Desierto le resultaba tan incómoda y extraña, y la razón era que la familia real de Hapes no trataba tan bien a sus sirvientes. Las mujeres eran más respetadas que los hombres, los industriales más que los granjeros y la realeza más que todos ellos. Pero Luke estaba tratando a su androide y a aquellos animales estúpidos como si fueran los iguales de Isolder, o como si fueran hermanos de Luke y eso alarmaba a Isolder. Pensar que el Jedi le veía como no más importante que un androide o un

animal le alarmaba y le preocupaba, y sin embargo Luke trataba con tal ternura al Pueblo Azul del Desierto que de repente Isolder se encontró sintiendo celos de ellos.

—¡No deberías comportarte así! —se encontró diciendo de repente—. ¡El universo no funciona de esta manera!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Luke.

—Tú estás... ¡Estás tratando a esas bestias como si fueran tus iguales! ¡Muestras el mismo grado de cordialidad ante mi madre, la Ta'a Chume del Imperio de Hapes, que cuando estás tratando a un androide!

—Este androide y estas bestias contienen una porción similar de la Fuerza en su interior —dijo Luke—. Si sirvo a la Fuerza, ¿cómo puedo no respetarlas, igual que respeto a la Ta'a Chume?

Isolder meneó la cabeza.

—Ahora comprendo por qué mi madre quería matarte, Jedi. Tienes ideas muy peligrosas.

—Quizá son peligrosas para los déspotas —replicó Luke, y sonrió—. Dime, Isolder, ¿tú sirves a tu madre y a su imperio por encima de todo lo demás?

—Por supuesto —dijo Isolder.

—Bueno, pues si la sirvieses no estarías aquí —afirmó Luke—. Te habrías conformado con casarte con alguna déspota local y engendrar sus herederos, pero tu corazón se encuentra dividido. Te dices a ti mismo que has venido a rescatar a Leia, pero crees que en realidad has venido a Dathomir para aprender los caminos de la Fuerza.

Un escalofrío de emoción recorrió a Isolder al comprender que aquello podía ser verdad, y sin embargo la mera idea sonaba absurda. Luke estaba diciendo que hasta el más pequeño impulso de Isolder y cada una de sus locas decisiones podían ser tomadas como evidencia de que Isolder era su discípulo, un servidor de algún poder más alto de cuya existencia ni siquiera estaba convencido.

Cierto, Luke había flotado por los aires y había llevado la nave de Isolder hasta el suelo sin que sufriera ningún daño, pero ¿acaso no era posible que ese poder hubiera surgido de la misma mente alterada de Luke, en vez de proceder de una Fuerza mística? En Thrakia había una raza de insectos con recuerdos transmitidos genéticamente que adoraban su propia capacidad de hablar. Al parecer, todos los insectos se acordaban de que en un pasado relativamente reciente se habían comunicado únicamente a través de los olores, y de repente un día descubrieron que poseían la capacidad de comunicarse entre sí haciendo chasquear sus mandíbulas. Ya habían transcurrido trescientos años desde entonces, pero aún seguían estando impresionados por el hecho de que pudieran comunicarse de aquella forma, y todos ellos lo tomaban como una señal de que habían recibido un don procedente de un ser superior a ellos. ¡Pero en realidad todo se reducía a los chasquidos que hacían con sus estúpidas mandíbulas!

Mientras se alejaban por las colinas siguiendo el curso del río, Isolder contempló al Jedi y empezó a hacerse preguntas. ¿Sería verdad que Luke estaba guiado por alguna Fuerza mística, o se limitaba a seguir los dictados de su propia conciencia y se había engañado a sí mismo hasta creer que sus extraños poderes y sus locas ideas procedían de alguna influencia exterior?

Con cada metro que avanzaban hacia las montañas Isolder tenía que preguntarse si sus pasos eran guiados por el lado luminoso de la Fuerza y, en el caso de que fuera así, dónde acabaría llevándole aquella Fuerza.

Fuera cual fuese la respuesta que encontrara a esa pregunta, Isolder sabía que cambiaría todos los momentos del futuro de su existencia.

14

Al amanecer, la neblina matinal que brotaba de las fangosas aguas del río oscureció la visión de Luke impidiéndole ver a más de pocos metros de distancia. Habían estado siguiendo la orilla y el suelo se había vuelto pantanoso, lo que obstaculizaba considerablemente el avance de Erredós. Todos los árboles que se alzaban a lo largo del río estaban quemados y podridos, y las ramas asomaban de entre la neblina como dedos retorcidos trazados en una amplia gama de ébano y hielo. Grandes lagartos que tenían el cuerpo lleno de motas se aferraban a los árboles, y a veces había hasta una docena en una misma rama que observaban los cañaverales envueltos en el sudario de la neblina buscando presas o depredadores.

Isolder avanzaba en silencio detrás de Luke, quien se volvía de vez en cuando para verle sumido en sus pensamientos y con el ceño fruncido. Luke sabía muy bien qué debía estar pensando el joven príncipe. No hacía muchos años, Luke había seguido a Obi-Wan Kenobi en una loca empresa similar para llevar unos planos robados hasta Alderaan.

Luke estaba pensando que durante los últimos meses había deseado desesperadamente dar con los archivos de los antiguos Jedi, y encontrar algunos estudiantes dotados de talento y enseñarles la Fuerza; pero también era consciente de la verdad y la verdad era que Isolder le había buscado, a pesar de que hasta el momento el príncipe no había dado muestras de tener mucho talento.

Eso ofrecía a Luke una ocasión de practicar y de enseñar a alguien a seguir el lado luminoso de la Fuerza, y de hacerlo sin la presión que supondría el tener que preocuparse pensando en la posibilidad de que el estudiante acabara convirtiéndose en otro Vader.

Avanzó cautelosamente a través del barrizal manteniéndose alerta para detectar posibles zonas de arenas movedizas, y se preguntó si era así como había ocurrido todo con Obi-Wan Kenobi. Luke siempre había imaginado que el anciano había estado esperando a que Luke madurase, igual que un granjero que cuida su campo de grano; pero en aquel momento se preguntó si su repentina intrusión en los asuntos de Obi-Wan no habría sido una sorpresa tan grande para Obi-Wan como la intrusión de Isolder acababa de serlo para Luke.

Estaba claro que Isolder se sentía muy impresionado por la Fuerza. Luke podía darse cuenta de ello, pero no podía captar ningún poder en el príncipe. Quizá el poder fuese tan nuevo y tan pequeño que ni el mismo Isolder era capaz de notar su existencia.

Luke llegó a una bifurcación en el camino que habían estado siguiendo. De los dos senderos uno sobresalía de las ciénagas y daba la impresión de resultar más seguro, pero el sendero embarrado parecía atraerle. Luke siguió sus instintos y avanzó por él.

Mientras caminaba pensó que quizá nunca había existido una academia

Jedi. No cabía duda de que la Ta'a Chume le había mentido respecto a la existencia de una academia en uno de sus planetas, y Luke había captado la mentira en cuanto la oyó.

Quizá la Fuerza dirigía a los acólitos hacia sus Maestros cuando eran necesitados. Quizá el único adiestramiento dotado de algún valor que un Jedi podía llegar a recibir se obtenía únicamente cuando se enfrentaba a la oscuridad.

Si eso era cierto, no cabía duda de que Dathomir sería la academia perfecta. Luke podía sentir tremendas perturbaciones en la Fuerza, inmensos pozos de oscuridad que abrían sus fauces para tragárselo todo. Nunca se había tropezado con nada que fuese ni remotamente parecido a aquello. La caverna de Yoda había contenido una oscuridad semejante, pero aquí Luke la sentía rodeándole por todas partes.

Unas aves reptilianas graznaron por delante de ellos y se remontaron hacia el cielo impulsadas por sus alas correosas. Luke se detuvo, y se dio cuenta de que acababa de llegar al extremo de una península que se adentraba en el río. No podía seguir avanzando, y el agua fangosa y negruzca burbujeaba por toda aquella zona. Se encontraba ante un pozo de brea, y Luke miró a su alrededor buscando un sitio en el que poner los pies.

—¿Qué es eso? —preguntó Isolder de repente.

Luke alzó la mirada. Sobresaliendo de la neblina que flotaba sobre el río había una enorme plataforma de metal que se inclinaba en un ángulo muy pronunciado. Las bandadas de aves reptilianas revoloteaban nerviosamente alrededor de la plataforma. El sol naciente proyectó sus rayos dorados sobre el metal oxidado volviéndolo de color bronce, y más allá de la plataforma había un gigantesco conjunto de toberas medio consumida por la intemperie, de tal manera que Luke podía ver partes de los enormes turbogeneradores que aún seguían estando intactos.

—Parece como si una vieja nave espacial se hubiera estrellado aquí —dijo Luke.

Apenas hubo hablado se dio cuenta de que los restos eran muy grandes, más incluso que los de uno de los antiguos destructores de la clase Victoria; pero debían llevar miles de años allí.

Una leve brisa sopló sobre el río agitando la neblina, y Luke tuvo un fugaz atisbo de una cúpula que se alzaba al otro lado del conjunto de toberas. El transpariacero seguía intacto.

Había empezado a darse la vuelta para irse cuando el nombre escrito sobre el metal oxidado de las toberas atrajo su atención: *Chu'unthor.*

Fue como si la mente le diera un vuelco. Lo que había llevado a Yoda hasta aquel planeta hacía centenares de años no era una raza, sino la nave espacial que Luke tenía delante de los ojos; y en todo ese tiempo, nadie había logrado sacarla del planeta.

—Tenemos que sacarla de aquí—dijo Luke con la voz enronquecida por la excitación.

—¿Para qué? —preguntó Isolder—. No es más que un montón de viejos restos.

Luke miró a su alrededor intentando encontrar un camino que llevara a la nave por entre la neblina. Volvieron por la península y avanzaron trazando un círculo por las ciénagas durante casi un kilómetro hasta que encontraron dos viejas balsas de madera hechas con troncos unidos mediante tiras de cuero ya medio podrido. Parecían dos juguetes para entretener a los niños. Había señales recientes en la orilla allí donde habían

atado las balsas.

—Alguien ha estado aquí recientemente —observó Isolder.

—Sí —dijo Luke—. Bueno, ¿quién podría pasar por alto la oportunidad de echar un vistazo a un naufragio tan magnífico?

—Yo podría hacerlo —replicó Isolder—. En realidad no necesitamos ir hasta allí, ¿verdad? Quiero decir que,.. Bueno, hemos venido a rescatar a Leia.

Erredós indicó que estaba de acuerdo con un silbido, y después emitió un torrente de chasquidos y pitidos para recordar a Luke que cada vez que un androide se metía en el agua había un monstruo en ella.

Isolder volvió la mirada hacia las montañas, y Luke se dio cuenta de que el príncipe no quería más retrasos en su viaje. Pero Luke había sido llevado hasta allí por el impulso de la Fuerza, y se había dejado guiar por ella igual que permitía que le guiara durante la batalla. Sabía que debía confiar en sus presentimientos y emociones, y en aquel momento le estaban diciendo que fuera a aquellos restos.

—Sólo serán unos minutos —dijo Luke, y saltó a una balsa—. ¿Quién viene conmigo?

—Yo esperaré aquí —dijo Isolder.

El ojo de Erredós giró para observar al príncipe. El androide estaba temblando de miedo, pero emitió un ruido rechinante dirigido a Isolder y rodó hasta la balsa.

Luke llevó la balsa hacia los restos de la nave impulsándola con la pértiga. Enormes peces marrones flotaban perezosamente en las tranquilas aguas tomando el sol. Los rayos matinales ya habían empezado a disipar la neblina, y en cuanto estuvo un poco más cerca Luke pudo distinguir casi toda la nave: colonias de cúpulas para habitáculos, la sección de ingeniería... El casco de la zona de los motores de hiperimpulso se había oxidado hasta tal extremo que estaba lleno de agujeros. La nave parecía tener dos kilómetros de longitud, uno de anchura y ocho niveles de altura. El espacio que había entre las ventanillas de la sección habitable indicaba que el *Chu'unthor* había transportado a muchos pasajeros y que casi había sido una ciudad flotante, quizá alguna clase de embarcación de recreo. No cabía duda de que la nave había sido fabricada para alojar personas. La inclinación de la nave parecía indicar que la mayor parte de ella estaba hundida a bastante profundidad por debajo de los pozos de brea, con sólo las cubiertas superiores visibles, y éstas se hallaban bastante oxidadas.

Pero no se trataba de unos restos corrientes. No había señales de detonaciones que mostraran signos de una batalla, agujeros abiertos que indicaran una explosión o estructuras retorcidas que hablaran de un descenso violento. Más bien parecía como si la nave hubiera sufrido un problema técnico, hubiera descendido hasta la superficie de Dathomir flotando apaciblemente y luego hubiera intentado posarse en los pozos de brea.

En cuanto estuvo un poco más cerca, Luke pudo ver que la nave había sido meticulosamente clausurada. Las entradas no sólo estaban cerradas sino que habían sido soldadas, y muchas de las burbujas de transpariacero de las cúpulas estaban cubiertas de señales y rozaduras bastante profundas, como si algo hubiera intentado abrirse paso por la fuerza a través del material transparente.

La nave estaba inclinada en un ángulo bastante pronunciado, por lo que Luke impulsó la balsa hacia la proa, que se había hundido a mayor

profundidad en la ciénaga, y trepó a los restos en cuanto hubo llegado hasta ella. Estaba claro que alguien había intentado entrar en la nave mediante la fuerza. Luke encontró muchas más marcas y arañazos en las cúpulas, así como trozos de hierro doblados que alguien había usado como palancas en un intento de abrir las puertas soldadas y fragmentos de garrotes gigantescos y pedazos de rocas. Había palabras en una lengua desconocida pintadas aquí y allá, y flechas que apuntaban hacia las soldaduras más débiles. Alguien se había esforzado durante años en un intento de abrirse paso hasta el interior de la nave y la había estudiado concienzudamente, pero sus herramientas habían demostrado no ser efectivas.

«Niños», pensó Luke. Pero ningún niño podría haber enarbolado aquellos garrotes colosales.

Algunas cúpulas tenían conexiones de acceso en las que Erredós podría haber establecido un contacto para abrirlas, pero todas estaban demasiado oxidadas. Aparte de eso, toda la nave parecía haberse ido pudriendo por dentro. El transpariacero había sido arañado y raspado por la arena que flotaba en el viento hasta terminar quedando casi empañado. Muchas de las cúpulas parecían contener salas de adiestramiento para llevar a cabo alguna clase de ejercicios gimnásticos, y los suelos estaban llenos de pelotas enormes, como si alguien hubiera estado jugando o practicando un extraño deporte cuando el *Chu'unthor* cayó al planeta. Otra cúpula había sido un restaurante o un club nocturno. Las copas y las comidas sin consumir cubiertas de polvo seguían sobre las mesas oxidadas. Erredós rodaba detrás de Luke, teniendo que hacer continuamente grandes esfuerzos para vencer la inclinación del casco mientras lanzaba suaves silbidos y estudiaba los daños.

—Fueran quienes fuesen los que viajaban en esta nave, parece que salieron a toda prisa en cuanto se posó y que luego no volvieron nunca —le dijo a Erredós.

El androide emitió unos cuantos pitidos y chasquidos recordándole el mensaje de Yoda: «Rechazados por las brujas...» Luke podía sentir las perturbaciones de la Fuerza que había en aquel lugar, como ciclones oscuros que absorbían toda la luz.

—Sí —dijo Luke—. No sé qué encontró Yoda en este planeta, pero sea lo que sea sigue estando aquí.

Erredós dejó escapar un gemido.

Luke se detuvo y echó un vistazo a una burbuja. Había varios bancos de trabajo en el centro, y algunos de ellos contenían piezas mecánicas oxidadas —pilas de energía corroídas, cristales de enfoque, empuñaduras para espadas de luz— y herramientas para fabricar armas que sólo un Jedi podía utilizar.

Luke sintió que se le aceleraba el pulso. «Es una academia Jedi — comprendió, y de repente todo adquirió sentido—. He buscado en cuarenta planetas, y nunca encontré ni una sola señal de una academia porque la academia Jedi estaba en las estrellas.» Necesitaban una academia que pudiera viajar por el espacio, naturalmente. Con tan pocas personas que fueran lo suficientemente fuertes como para llegar a controlar la Fuerza, los antiguos Jedi habrían tenido que recorrer toda la galaxia en una continua búsqueda de reclutas. En cada cúmulo estelar quizá sólo hubieran encontrado uno o dos cadetes dignos de unirse a los Jedi.

Sacó su espada de luz, la activó y empezó a abrirse paso a través del transpariacero con una creciente sensación de desesperación. Aquel viejo

naufragio estaba tan oxidado que no podía contener nada de valor, pero tenía que inspeccionarlo. Gotitas azuladas de transpariacero derretido rebotaron en la cubierta del *Chu'unthor,* y Erredós se apresuró a rodar un poco hacia atrás.

Luke estaba tan concentrado en su intento de entrar en la nave que estuvo a punto de no sentir su presencia, pero de repente captó un gran poder a su espalda que se precipitaba sobre él. Se volvió con el tiempo justo de ver a una mujer: larga cabellera castaño rojiza que parecía brillar, pieles leonadas de alguna criatura alienígena por atuendo, fuertes piernas desnudas… La mujer giró sobre sí misma y le pateó con una bota de cuero, y Luke sintió la fuerza y la decisión que había en su ataque, se agachó e hizo girar su espada de luz en un arco atacando a su vez.

Sintió la ondulación en la Fuerza que significaba un ataque, pero antes de que pudiera responder la joven descargó un garrote sobre la mano artificial de Luke con la fuerza suficiente para causar un cortocircuito, y la espada de luz salió despedida de ella girando por los aires. La joven le lanzó una patada al estómago, y Luke se dejó caer y rodó sobre sí mismo mientras usaba la Fuerza para hacer que su espada de luz volviera a su mano derecha.

La joven se detuvo y se quedó boquiabierta de asombro al comprender lo que Luke acababa de hacer. Luke podía sentir su Fuerza. Era poderosa y salvaje, y no se parecía en nada a la de ninguna de las mujeres que había conocido hasta entonces. Sus ojos eran de color castaño con motitas anaranjadas, y se agazapó sobre el casco del *Chu'unthor,* jadeando e intentando decidir qué iba a hacer a continuación. No podía tener más de dieciocho años de edad, veinte quizá como mucho.

—No te haré daño —dijo Luke.

La joven entrecerró los ojos y susurró unas cuantas palabras, y Luke sintió un roce, un dedo de Fuerza que onduló a través de él investigándole y sondeándole.

—¿Cómo puedes hacer la magia no siendo más que un hombre? —preguntó la joven.

—La Fuerza está dentro de todos nosotros, pero sólo quienes son adiestrados pueden convertirse en Maestros de la Fuerza —contestó Luke.

La joven le estudió con evidente escepticismo.

—¿Afirmas dominar la magia?

—Sí —dijo Luke.

—Entonces ¿eres un hechicero varón, un Jai llegado de más allá de las estrellas?

Luke asintió.

—He oído hablar de los Jai —dijo la joven—. La Abuela Rell dice que son guerreros invencibles, pues luchan contra la muerte y en defensa de la vida. Por eso son tan queridos de la naturaleza, y no pueden morir. ¿Eres un guerrero invencible?

La Fuerza de la joven onduló de una manera muy parecida a como si se estuviese preparando para atacar, pero Luke captó una diferencia. Aquella ondulación casi era una manta que pretendía ahogarle y atarle, y mientras intentaba imaginarse lo que presagiaba una imagen apareció en la mente de Luke.

Vio a la joven cazando en el desierto, buscando desesperadamente algo que era vigilado y protegido por otros. Vio una choza hecha de juncos que se alzaba debajo de un risco de piedra rojiza, una hoguera de acampada que

ardía al anochecer y cuyas llamas se retorcían impulsadas por el viento, y niños medio desnudos que jugaban junto al fuego. Y la joven estaba buscando y se arrastraba hacia la choza, y anhelaba desesperadamente algo que estaba dentro de ella.

La joven le sonrió y empezó a canturrear, y la expresión que apareció en sus ojos en ese momento dejó bastante sorprendido a Luke. Nunca había visto un deseo tan salvaje y apasionado.

—*Waytha ara quetha way. Waytha ara quetha way...*

—¡Espera un momento! —exclamó Luke—. No puedes estar pensando en...

Los trozos de peñascos y garrotes empezaron a rodar sobre el casco del *Chu'unthor* creando un retumbar ahogado como el de una tormenta que se aproximara rápidamente. La neblina del río se arremolinó violentamente detrás de la joven. «Rechazados por las brujas...»

—*Waytha ara quetha way. ¡Waytha ara quetha way!*

El rayo chisporroteó sobre sus cabezas, y una docena de rocas salieron disparadas de repente hacia Luke hendiendo el aire a gran velocidad. Vader había utilizado trucos similares, pero Luke pensó con preocupación que Vader no era ni la mitad de bueno que aquella joven. Hizo girar su espada de luz en un arco frenético que convirtió en añicos varias rocas, pero una de ellas le acertó en el pecho y le arrojó hacia atrás. «Rechazados por las brujas...»

—¡Espera! —gritó Luke—. ¡No podéis tomar como esclavos a los hombres y aparearos con ellos cuando os plazca!

Las rocas atronaron sobre el casco de la nave, centenares de ellas moviéndose al unísono hacia Luke como una manada de bestias salvajes, y Luke comprendió que aquella mujer podía hacer prácticamente todo lo que quisiera. Alzó un brazo en un gesto desesperado intentando desviar las rocas con la Fuerza, pero su mente se había convertido en un océano tempestuoso y no podía alcanzar la concentración necesaria para conseguirlo. «Rechazados por las brujas...»

Un tronco giró por los aires y fue hacia él, y Luke se agachó, y las piedras saltaron contra él en tal número que apenas si podía ver cómo pasaban silbando junto a su cuerpo, y de repente la joven estaba delante de él y hacía girar su garrote delante de su rostro. Luke ni siquiera había captado su avance, pero el garrote se estrelló en su cráneo y las luces centellearon dentro de su cabeza, y Luke se tambaleó y cayó al suelo.

Oyó como desde muy lejos que la joven le estaba gritando algo, y comprendió que se acababa de sentar a horcajadas sobre su pecho y que le inmovilizaba los brazos con sus fuertes piernas, pero Luke estaba demasiado débil para resistirse o quitársela de encima. La joven le sujetó la mandíbula con una mano.

—¡Soy Teneniel Djo, una hija de Allya, y tú eres mi esclavo! —anunció con voz triunfante.

Había amanecido hacía poco y Han trepaba con bastante dificultad por el traicionero tramo de escalones tallados en el risco. Al igual que en la gran mayoría de planetas de baja gravedad, las montañas de origen volcánico alcanzaban una gran altura y eran muy abruptas, y en aquellos momentos estaban avanzando a lo largo de un acantilado que se alzaba unos doscientos metros por encima de una masa de roca negra. Los escalones

tallados en la piedra eran lo suficientemente anchos incluso para un rancor, y miles de pies los habían ido desgastando hasta dejarlos perfectamente lisos. El agua helada que goteaba de la cima durante la noche había ido depositando una delgada capa de hielo sobre los escalones, haciendo que resultaran muy peligrosos.

Los rancors gruñían y avanzaban lentamente detrás de Han, agarrándose a la roca desnuda del risco en busca de puntos de apoyo, aterrorizados ante la posibilidad de caerse pero empujados implacablemente a seguir adelante por sus jinetes. Chewbacca no tenía muy buen aspecto. Se agarraba las costillas, y dejaba escapar débiles gemidos mientras era transportado por el rancor.

La luz de la mañana permitió que Han pudiese ver con claridad a las tres mujeres. Debajo de sus capas llevaban túnicas hechas con pieles de reptil de varios colores. Cada túnica de piel parecía brillar emitiendo destellos verdes, azul ahumado o amarillo ocre. Encima de ellas llevaban gruesas capas tejidas o de fibra, intrincadamente adornadas con tallos amarillos o grandes cuentas oscuras hechas con vainas de semillas. Lo que al principio había tomado por astas en la oscuridad, vio no eran más que yelmos y cascos de metal ennegrecído que se curvaban hacia arriba como el ala de un extraño insecto. Los cascos estaban llenos de agujeros hechos con un taladro, y de cada uno colgaban abalorios más que suficientes para enloquecer a un niño que se balanceaban de un lado a otro con cada paso que daban los rancors. Como adornos Han vio lo que parecían trozos de ágata y azurita azul pulimentada, los cráneos pintados de pequeños reptiles carnívoros, un diminuto puño petrificado de alguna criatura salvaje, trocitos de tela coloreada, cuentas de cristal, un trozo de plata labrada y un globo azul blanquecino que quizá fuera un ojo seco. Ninguna de las mujeres utilizaba el mismo estilo de casco, y Han sabía lo suficiente sobre distintas culturas como para que eso le inspirara una cierta cautela. En cualquier sociedad, los miembros más poderosos de ella siempre tendían a llevar los atuendos más complicados.

Han intentaba mantenerse lo más cerca posible de Leia y Cetrespeó porque le preocupaba el que la caída de uno pudiera significar que todos acabaran precipitándose acantilado abajo. Su respiración se había vuelto entrecortada, y el aliento brotaba de su boca en forma de nubéculas. Doblaron una última y traicionera esquina y pudieron contemplar un valle de forma ovalada escondido entre los repliegues de los riscos de las montañas. El valle estaba tachonado por cabanas de juncos y palos con techos de paja, y un damero de color verde y marrón indicaba el lugar en el que crecían las cosechas. Hombres, mujeres y niños trabajaban los campos y alimentaban a enormes reptiles de cuatro patas encerrados en sus apriscos. Un arroyo bastante caudaloso atravesaba los campos hasta llegar a un laguito, y luego se precipitaba por un acantilado desplomándose hacia las tierras sin cultivar que se extendían debajo de él.

Bajaron por la escalera y se cruzaron con una falange de diez mujeres, todas ellas montadas en rancors. Todas las mujeres llevaban ropas de estilos similares, túnicas hechas de grueso cuero de lagarto con capas adecuadas para las frías montañas y cascos adornados con astas. La gran mayoría iban armadas con rifles desintegradores, aunque otras sólo llevaban lanzas o hachas arrojadizas con el mango pasado por debajo de sus cinturones. Ninguna de ellas parecía tener menos de veinticinco años, y sin que supiera muy bien por qué, los sucios rostros de las mujeres dejaron

más helado a Han que el frío aire de las montañas. Sus rostros no sonreían y no mostraban pena o preocupación. Eran gélidos y duros, y tan brutalmente impasibles como los rostros de guerreros que han soportado demasiados bombardeos y ataques.

Por encima del angosto valle había fortificaciones talladas en el basalto, un sinfín de torretas, parapetos y ventanas. Las mujeres habían colocado láminas de plastiacero sacadas de los cascos de las naves espaciales estrelladas encima de la roca, formando una especie de mosaico con ellas. Dos cañones desintegradores, cada uno de un modelo distinto, asomaban de la fortaleza de la montaña. Las quemaduras negras y los agujeros y señales en la roca indicaban que aquellas mujeres estaban en guerra. Pero ¿con quién?

El grupo llegó a una terraza de piedra, y una vez allí un rancor obedeció las órdenes de una mujer y se encargó de transportar cautelosamente a Chewbacca, precediendo a Leia en el camino hacia la fortaleza mientras otros rancors llevaban a Han y Cetrespeó hacia el valle de abajo por un sendero fangoso. Dejaron atrás apriscos llenos de rebaños de gigantescos reptiles cubiertos de suciedad que estaban sentados tranquilamente masticando forraje y que contemplaron pasar a Han con ojos inexpresivos y opacos.

Por fin llegaron a un círculo de chozas de barro y juncos, y en la entrada de cada choza había una gran urna de piedra que Han supuso contenía agua. Las puertas estaban abiertas, y Han pudo ver mantas de un vivo color rojo colgadas de las paredes, cestas llenas de nueces sobre mesitas de madera y varias clases de instrumentos agrícolas de madera.

Su guardiana le llevó hasta la explanada que había detrás de las chozas, donde Han se encontró con docenas de hojnbres, mujeres jóvenes y niños. Los aldeanos habían cavado hoyos en una zona arenosa llena de hierbajos y los habían llenado con agua traída mediante cubos, formando pequeños charcos. Cada adulto estaba sentado delante de un charco observándolo con gran atención, y los niños formaban círculo a su alrededor sin apartar la mirada ni un solo instante.

El rancor se detuvo y la guerrera que lo montaba se inclinó y rozó el hombro de Han con su lanza, y después señaló los charcos.

—*Whuffa...* —dijo—. *¡Whuffa!*

Estaba claro que le indicaba que fuera a mirar un charco.

—¿Tienes alguna idea de lo que quieren? —preguntó Han volviéndose hacia Cetrespeó.

—Me temo que no —contestó Cetrespeó—. Su lenguaje no figura en mi catálogo. Algunos de las palabras que ha utilizado pueden pertenecer al paeciano antiguo, pero nunca había oído el término *whuffa.*

Han se preguntó qué relación podía haber entre aquella lengua y el paeciano. El Imperio Paeciano se había desmoronado hacía ya tres mil años. Han fue hacia un anciano canoso y clavó la mirada en su charco. El charco no era muy grande, de medio metro de diámetro como mucho, y sólo tenía un dedo de profundidad.

El anciano alzó la vista hacia Han, y le lanzó una mirada entre burlona y despectiva.

—*¡Whuffa!* —gruñó.

Después le entregó una paleta de bronce indicándole que debía utilizarla para cavar, y luego le dio un cubo de agua y señaló un espacio libre en el campo.

—Whuffa, ¿eh? Vale, de acuerdo... Lo he entendido —dijo Han.

Fue con el cubo y la paleta al espacio libre alejado de los demás que le había señalado el anciano, cavó un pequeño hoyo en el suelo y echó el agua dentro de él. Olía muy mal, y de repente Han comprendió que no era agua sino alguna variedad de bebida toscamente fermentada. «Estupendo —pensó—. He sido capturado por una pandilla de chifladas que quieren que me dedique a contemplar un charco hasta que tenga una visión.»

Han contempló su reflejo en el charco durante un momento, vio que tenía los cabellos muy despeinados y utilizó sus dedos para alisarlos. Las guerreras no parecían saber qué hacer con Cetrespeó y dejaron al androide a un lado con los niños, quienes lo contemplaron con gran curiosidad pero sin dar ninguna señal de adoración. Leia ya había desaparecido entre las sombras de una entrada abierta de la fortaleza. Han oyó el sonido lejano de un caza TIE que hendía la atmósfera, y las mujeres de los rancors escrutaron nerviosamente el cielo haciéndose sombra en los ojos con las manos.

Parecía una buena señal. Si aquellas mujeres estaban teniendo problemas con Zsinj, entonces al menos Han se encontraba en el campamento adecuado; pero teniendo en cuenta la naturaleza un tanto improvisada de las fortificaciones, quizá no fuera el adecuado después de todo. En cualquier caso, a Han no le había gustado demasiado cómo sonaban las palabras «ser juzgado». Si aquellas mujeres eran xenófobas, el miedo podía impulsarlas a matar o esclavizar a las gentes de otros mundos. Si pensaban que Han y Leia eran espías, entonces quizá estuvieran metidos en un lío todavía más grande. Además, también estaba el hecho de que las mujeres habían dado por sentado automáticamente que Han era el esclavo de Leia. Han contempló a las guerreras de los rancors. Las mujeres le estaban observando con expresión impasible, y Han decidió fingir que estaba muy concentrado en la labor que le habían asignado.

Permaneció inmóvil durante una hora con los ojos clavados en su charco de líquido fermentado mientras los rayos de sol caían sobre su espalda, y siguió en esa postura hasta que se dio cuenta de que estaba empezando a tener mucha sed. Han se preguntó si le estaría permitido beber un poco del licor. «Será mejor que no lo haga —acabó decidiendo—. Puede que a los esclavos no les esté permitido...»

Leia todavía no había salido de la fortaleza. Han vio cómo una mujer aparecía en un parapeto situado a unos cien metros por encima del suelo del valle. Era muy mayor, y llevaba una especie de capa de cuero y un cubo. La anciana permaneció inmóvil durante un momento mirando hacia abajo, y después agitó las manos en el aire y habló, pero sus palabras no llegaron hasta los oídos de Han. Pasado un instante una bola de cristal subió lentamente desde el suelo del valle y flotó por los aires hasta llegar a ella. La anciana se inclinó sobre el parapeto, colocó el cubo debajo de la bola y ésta cayó derramando líquido por encima del borde del cubo. La anciana volvió a la fortaleza con el cubo, y Han la siguió con la mirada, totalmente asombrado. Lo que había visto flotar por los aires no era una bola de cristal, sino agua, y sin embargo estaba clarísimo que no se había tratado de un fenómeno natural. La bola de agua había subido hacia la anciana moviéndose muy despacio.

Han oyó un gorgoteo ahogado y bajó la mirada hacia su charco de licor. Alguna variedad de gusano de gran tamaño se había acercado al charco y estaba bebiendo. Un viejo que estaba cerca de él murmuró un *«¡Whuffa!»*

ahogado, y Han se volvió hacia el abuelo desdentado. El anciano movió las manos imitando los gestos de agarrar y tirar, e indicó a Han que sacara la criatura del charco.

Han contempló al gusano. Lo único que podía ver de él por el momento era su piel correosa de color marrón oscuro y un agujero por el que bebía. Pasado un instante el gusano se movió un poco y mostró una cabeza que tendría el grosor del brazo de un niño. Toda la multitud le estaba observando: niños, adultos, guerreras montadas en sus rancors... Todos permanecían en el silencio más absoluto y contenían el aliento. Fuera lo que fuese un whuffa, estaba claro que aquellas personas querían uno con todas sus fuerzas. Incluso podía haber una recompensa a ganar con su captura.

El gusano se estiró y empezó a rodar sobre el barro buscando más licor. Parecía bastante grande, y no había mucho que agarrar para capturarlo. Han esperó tres minutos, hasta que el gusano reunió el valor suficiente para alejarse un poco más de su agujero y dirigirse hacia el cubo de licor. Han pensó que quizá sería mejor permitir que la criatura acabara un poco más borracha de lo que ya lo estaba en aquellos momentos, y dejó que el gusano metiera su orificio en el cubo y empezara a vaciarlo con ruidosas aspiraciones. El gusano tenía el cuerpo formado por segmentos bastante largos, y carecía de ojos. Han se inclinó sobre él y lo cogió con las dos manos, sujetándolo cautelosamente por miedo a que se le rompiera entre los dedos.

El gusano se retorció hacia atrás tan deprisa y con tanta violencia que derribó a Han, pero no lo soltó.

—¡Eres mío! —gritó.

De repente todo el mundo corrió hacia él queriendo ayudarle mientras los niños daban saltos de alegría y gritaban «¡Whuffa, whuffa!».

El gusano se retorció entre los dedos de Han, volvió su orificio hacia él y escupió una considerable cantidad de licor en su rostro, y después empezó a emitir siseos y bufidos.

Han no lo soltó. Podía sentir cómo el cuerpo del gusano se estaba tensando y utilizaba la fricción con el suelo para retroceder, pero pasados un par de minutos el gusano se quedó sin fuerzas y Han logró tirar de él sacando un metro de gusano del suelo. Pero aún quedaba más cuerpo oculto, por lo que Han agarró otro palmo de criatura y tiró con fuerza. El sudor chorreaba por su cara y sus manos haciendo que su presa resultara un tanto precaria, pero pasados otros tres minutos había logrado sacar un metro más de whuffa del suelo. Otros hombres habían agarrado la cabeza de la criatura detrás de él, y la mantenían inmovilizada a pesar de sus frenéticos intentos de soltarse.

Han estuvo esforzándose durante media hora antes de comprender que aquel trabajo iba a ser muy largo. Ya tenía veinte metros de whuffa fuera del suelo, y el cuerpo de la criatura aún mostraba el mismo grosor y no daba señales de terminarse. Por suerte, Han había empezado a desarrollar un sistema de captura. Cuando el whuffa se fatigaba, tiraba de él lo más deprisa posible y lograba sacar hasta dos o tres metros seguidos de gusano antes de que el whuffa pudiera encontrar un nuevo asidero.

Una hora después Han estaba tambaleándose de fatiga cuando sacó un poco más de whuffa del suelo y descubrió que, milagrosamente, parecía haber llegado al final del gusano. El ímpetu de su tirón hizo que Han cayera al suelo. Todos los niños y hombres de la aldea estaban agarrando al whuffa, que se había quedado totalmente flácido en la parte de la cabeza.

Han calculó que el gusano debía tener unos doscientos cincuenta metros de longitud. Los aldeanos llevaron el whuffa hasta un huerto como en un desfile triunfal. Algunos ancianos fueron hacia Han y le dieron palmaditas en la espalda murmurándole palabras de agradecimiento, y Han les siguió.

Los aldeanos empezaron a enrollar el whuffa alrededor del tronco de un árbol muerto, y Han vio otros whuffas que estaban secándose bajo los rayos del sol. Fue hasta ellos y rozó uno con la punta de los dedos. El gusano parecía estar muerto y haber adquirido una consistencia casi gomosa, pero aquella piel flexible tan parecida al cuero tenía un tacto agradable y fuerte, y casi resultaba elegante. El color chocolate también era muy bonito. Han sintió un impulso repentino de averiguar su resistencia e intentó arrancar un trocito, pero la piel se negaba a romperse y ni siquiera se estiró un poco. Han se volvió hacia las mujeres montadas en los rancors, y vio que las sillas colocadas sobre los cuellos de los rancors estaban sujetadas con piel de whuffa.

«Así que he atrapado una cuerda, ¿eh? —comprendió Han—. ¡Estupendo!» Pero los aldeanos parecían pensar que el whuffa era un prodigio valiosísimo, y todos estaban radiantes de alegría. Bueno, ¿quién sabía qué clase de recompensa podían llegar a darle a cambio? Si ejecutaban a las gentes de otro mundo, quizá ser Han Solo, el heroico Cazador de Whuffas, acababa de salvarle la vida; y aunque el whuffa no fuera más que una cuerda, Han tenía que admitir que se trataba de una cuerda condenadamente buena. Si lograse sacar un whuffa de Dathomir probablemente podría venderlo a los diseñadores de alta costura, y sus usos quizá no terminaran en el empleo como cuerda. ¿Y si el whuffa poseía propiedades medicinales? Aquellas gentes estaban en guerra. Quizá aplicaban piel de whuffa a las heridas como antibiótico, o la hervían para obtener drogas contra el envejecimiento. De hecho, y en cuanto Han pensó un poco en ello, comprendió que la gama de usos de un whuffa podía ser casi infinita.

-¿Han?

Era una voz femenina, y Han se volvió. Una mujer de cabellos oscuros estaba sentada a horcajadas sobre el cuello de un rancor allí donde terminaba el huerto.

—Me llamo Damaya. Me seguirás.

La mujer golpeó suavemente la nariz del rancor con un talón e hizo girar a la bestia.

Han sintió que se le secaba la boca de repente.

—¿Por qué? ¿Dónde vamos?

—Tu amiga Leia ha pasado las dos últimas horas defendiéndote ante el clan de la Montaña del Cántico. Ha obtenido tu libertad, pero ahora hay que decidir tu futuro.

—¿Mi futuro?

—Quienes formamos el clan de la Montaña del Cántico hemos decidido no ser enemigos vuestros, pero eso no significa que vayamos a ser vuestros aliados. Se nos ha dicho que tienes una nave celeste que quizá pueda repararse. Si esto es cierto, las Hermanas de la Noche y sus esclavos imperiales querrán hacerse con ella; y dado que eres un hombre que tiene poder fuera de este mundo, quizá también quieran hacerse contigo. Nuestro clan necesita averiguar si quieres contar con nuestra protección y, de ser así, qué pagarás a cambio de ella.

Han siguió a Damaya. Aún estaba jadeando y el sudor le goteaba por la

espalda. Había pasado casi un día sin sueño, le escocían los ojos y los senos nasales le ardían como si fuera alérgico a algo del planeta. La mensajera le llevó hacia la fortaleza, y justo antes de que llegaran a la explanada en que la escalera de piedra se dividía en tres ramales, un grupo llegó del exterior del valle. Eran nueve mujeres, humanoides y con la piel extrañamente moteada y de color purpúreo. No llevaban cascos exóticos como las guerreras, y su atuendo se reducía a holgadas capas oscuras con capuchón toscamente tejidas con alguna fibra vegetal que habían quedado cubiertas de polvo de los caminos. Han se preguntó nerviosamente si aquellas mujeres habían sido llamadas para que fuesen sus jueces.

Pero Han observó a las guerreras que vigilaban el camino, y enseguida comprendió que las mujeres encapuchadas eran enemigas. Los rancors gruñeron y se agitaron nerviosamente, arañando las calzadas de piedra con sus enormes palmas. Las guerreras tenían sus desintegradores preparados y permanecían impasibles, aunque la líder de las nueve recién llegadas empuñaba una lanza rota, probablemente un signo de tregua.

Damaya bajó de su rancor e indicó a Han que subiera por los escalones que llevaban hasta la fortaleza.

Las nueve mujeres vacilaron y se detuvieron en la explanada para verles pasar, y todas contemplaron a Han con gran atención. Su líder, una mujer ya bastante mayor de sienes canosas, tenía unos relucientes ojos verdes y la piel de sus mejillas hundidas era de un enfermizo color amarillento. La mujer le sonrió, y su sonrisa hizo que Han se estremeciera.

—Dime dónde está tu nave, hombre de otro mundo —murmuró a su espalda.

El corazón de Han empezó a latir a toda velocidad y se volvió hacia ella.

—Está por..., eh..., por...

Alzó una mano disponiéndose a indicar la dirección, y la mensajera Damaya hizo girar violentamente a su rancor.

—¡No le digas nada! —ordenó.

Las palabras de Damaya fueron como un cuchillo que cortara una cuerda invisible que se había tensado alrededor de la garganta de Han, y en ese mismo instante Han comprendió que la anciana había utilizado el truco Jedi de Luke que le permitía dar órdenes a las mentes más débiles.

Han debía haber enrojecido, pues cuando volvió a hablar Damaya utilizó un tono menos duro.

—No tienes por qué sentirte avergonzado —le dijo—. Baritha tiene un don muy poderoso para obtener lo que quiere de las mentes.

La anciana llamada Baritha se rió de él, y Han le dio la espalda con una mueca de irritación. Baritha le siguió dos escalones, y después hizo girar el astil de su lanza desde atrás y le dio unos cautelosos golpecitos en la ingle con él.

Han se volvió en redondo con los puños apretados y la anciana murmuró algo ininteligible, canturreó unas palabras y extendió la mano tensándola en el gesto de agarrar algo. Han sintió como sus dos puños quedaban atrapados en una presa invisible, y sus articulaciones crujieron bajo la presión.

—No cedas tan rápidamente a la ira, pedacito de hombre —dijo Baritha con una risilla sarcástica—. Respeta a quienes son mejores que tú, o la próxima vez lo que aplaste será un ojo..., o algo que sea igual de valioso para ti.

—¡Manten tus sucias manos alejadas de mí! —gruñó Han.

Damaya, su guía, sacó el desintegrador de su funda sin inmutarse, apuntó a la garganta de la anciana y dijo algo en su lengua.

Baritha dejó en libertad a Han.

—Sólo estaba admirando a tu prisionero. Visto desde atrás parece tan..., tan sabroso... ¿Quién hubiese podido resistir la tentación?

—El clan de la Montaña del Cántico acepta tu presencia aquí —dijo Damaya—, pero nuestra hospitalidad tiene sus límites.

—Las mujeres del clan de la Montaña del Cántico no son más que unas estúpidas de mentes débiles —graznó la anciana. Adelantó la cabeza y enarcó las cejas, y algunas de las muchas arrugas de su rostro desaparecieron debido al gesto—. No podríais echarnos de aquí ni aunque quisierais hacerlo, y por lo tanto soportaréis nuestra presencia y os someteréis a nuestras exigencias. ¡Desprecio vuestras pretensiones de cortesía! ¡Escupo sobre vuestra hospitalidad!

—Podría dispararte en la garganta —dijo Damaya en un tono de anhelo tan intenso que resultaba casi melancólico.

—Adelante, Damaya —dijo la anciana, y apartó los pliegues de su capa revelando dos pechos marchitos—. ¡Dispara contra tu querida tía! Desde que me expulsasteis de vuestro clan ya no siento ningún amor hacia la vida... Dispara contra mí. ¡Ya sabes lo mucho que lo deseo!

—No permitiré que me impulses a hacerlo —replicó Damaya.

La anciana se rió e hizo un mohín.

—No permitirá que la impulse a hacerlo... —dijo con voz burlona, y las hermanas envueltas en túnicas que había detrás de ella se rieron.

Han descubrió que estaba sintiendo una furia tan intensa como irracional, y que lo único que deseaba era que Damaya alzara su desintegrador y acabara con unas cuantas hermanas. Pero Damaya volvió a guardar el desintegrador en su funda y le dio un golpecito en el hombro con la punta de los dedos, apremiándole a caminar delante de ella para que pudiese colocarse entre Han y las nueve hermanas encapuchadas.

La fortaleza resultó estar todavía más maltrecha de lo que le había parecido a Han viéndola desde abajo. Todos los fragmentos de escudo contra los rayos desintegradores que protegían la roca estaban abollados y llenos de grietas. Muchas de las grietas habían sido recubiertas con una sustancia de apariencia gomosa y color verde oscuro, con el resultado de que el basalto había adquirido una apariencia moteada. Había trozos de arenisca rojiza esparcidos sobre las calzadas exteriores, y Han se preguntó de dónde habría venido, ya que todas las montañas de los alrededores parecían ser de origen volcánico. Alguien tenía que haber transportado esas piedras durante varios kilómetros.

Dos centinelas que montaban guardia ante la puerta de la fortaleza abandonaron sus puestos y les precedieron. Han miró hacia atrás y vio que una docena de guerreras del clan de la Montaña del Cántico les seguían a pie, vigilando a las mujeres de las túnicas. Entraron en las oscuras cámaras de la fortaleza, que estaba llena de salones y escaleras. Las paredes estaban cubiertas de gruesos tapices e iluminadas por antorchas. Fueron rápidamente hasta una habitación tallada en el ángulo de la fortaleza, por lo que contaba con ventanas en dos lados.

La habitación era enorme y tenía una forma casi triangular, con seis aberturas desde las que se dominaba la pradera. Había rifles desintegradores amontonados cerca de cada ventana, chaquetas protectoras formando pilas en el suelo, y un cañón desintegrador que apuntaba hacia

las montañas en dirección este. Una enorme abolladura indicaba el lugar en el que algo había destrozado su montura, y el líquido refrigerante verde había fluido formando un charco en el suelo. El cañón estaba totalmente inservible. En el centro de la habitación había un hoyo para cocinar lleno de ascuas brillantes. Un animal de gran tamaño se iba asando sobre los carbones, y dos hombres lo iban bañando con una salsa de olor picante y hacían girar el espetón en el que estaba ensartado.

En la habitación había una docena de mujeres vestidas con túnicas hechas de relucientes escamas de reptil. Todas llevaban cascos, y Han vio a Leia al fondo, vestida como una de las guerreras.

Una de las mujeres dio un paso hacia adelante.

—Bienvenida, Baritha —le dijo a la anciana sin prestar ninguna atención a Han—. En nombre de mis hermanas yo, la Madre Augwynne, te doy la bienvenida al clan de la Montaña del Cántico.

La mujer que había saludado a las recién llegadas dio otro paso hacia adelante, y Han vio que su rostro estaba serio y un poco receloso a pesar de sus amables palabras. Augwynne llevaba una túnica de brillantes escamas amarillas y una gran capa con pieles de lagarto negro cosidas como adorno. Su tocado había sido hecho con madera dorada pulimentada, y estaba adornado con ojos de tigre amarillos tallados en forma de cuadrados.

—No hace falta que te molestes con las formalidades —dijo Baritha, y la anciana arrojó su lanza rota al suelo y las venas purpúreas de su cabeza palpitaron—. Las Hermanas de la Noche han venido a por el general Solo y el resto de la gente de otro mundo. ¡Los capturamos primero, y tenemos pleno derecho a que sean nuestros!

—No encontramos a ninguna Hermana de la Noche con ellos —replicó Augwynne—, sólo a tropas de asalto imperiales que habían entrado en nuestras tierras sin permiso. Matamos a los soldados, y hemos ofrecido santuario a su presa entre nosotras como iguales. Me temo que no podemos acceder a tu reclamación de propiedad.

—Los soldados de las tropas de asalto eran nuestros esclavos y trabajaban bajo nuestra dirección, como bien sabes —dijo Baritha—. Traían a las gentes de otro mundo para que fueran encarceladas e interrogadas.

—Si sólo quieres interrogar al general Solo, entonces quizá pueda ayudarte. ¿Por qué viniste a Dathomir, general Solo?

Los ojos de Augwynne lanzaron una rápida mirada a la bolsita que colgaba del cinturón de Han, y éste captó la indirecta.

—Soy propietario de este planeta y de todo lo que hay en él —dijo Han—. He venido a inspeccionar mis propiedades.

Las Hermanas de la Noche empezaron a sisear y a menear la cabeza al unísono, y Baritha escupió.

—¿Un hombre afirma que Dathomir le pertenece?

Han buscó torpemente el título de propiedad, encontró la caja y presionó el botón. El holograma de Dathomir apareció en el aire flotando sobre su palma, con su nombre claramente registrado como propietario.

—¡No! —gritó Baritha. Movió la mano y la caja fue arrancada de entre los dedos de Han, cayó al suelo y rodó por él.

—No importa —dijo Han—. Este mundo me pertenece, ¡y quiero que tú y tus Hermanas de la Noche salgáis ahora mismo de mi planeta!

Baritha le fulminó con la mirada.

—Será un placer —dijo—. Proporciónanos una nave y nos marcharemos.

Han sintió un extraño tirón en su mente y luchó contra un impulso casi

irresistible de revelar el paradero del *Halcón.*

—Ya es suficiente —dijo Augwynne—. Has obtenido tu respuesta, Baritha. Dile a Gethzerion que el general Solo se quedará con el clan de la Montaña del Cántico, y que lo hará en calidad de hombre libre.

—No puedes dejarle en libertad —jadeó Baritha con voz amenazadora—. ¡Nosotras, las Hermanas de la Noche, le reclamamos como esclavo!

—Ha ganado su libertad salvando la vida de una hermana de clan —replicó Augwynne sin inmutarse—. No puedes reclamarle como esclavo.

—¡Mientes! —gritó Baritha—. ¿A quién le ha salvado la vida?

—Salvó la vida de la hermana de clan Tandeer, y se ha ganado su libertad.

—Nunca había oído hablar de una hermana de clan que llevara ese nombre —protestó Baritha—. ¡Deja que la vea!

Las mujeres del clan de la Montaña del Cántico se apartaron y revelaron a Leia entre las sombras. Leia llevaba una túnica de escamas rojas iridiscentes, y un casco de hierro negro adornado con cráneos de pequeños animales. Baritha estudió su rostro con expresión dubitativa.

—¿La he visto antes?

—Es nueva entre nosotros. Viene de la región de los Lagos del Norte y puede lanzar hechizos, y ahora es una hermana adoptada por el clan. Pronuncia las palabras del hechizo de descubrimiento y sabrás que cuanto te digo es verdad.

La mirada de Baritha recorrió a las mujeres de la sala.

—No necesito el hechizo de descubrimiento para que me diga lo que es verdad —replicó—. ¡Los argumentos con que defiendes tu afirmación de que el general Solo os pertenece no son más que tecnicismos!

—Basamos nuestros argumentos en leyes que tú y tus hermanas nunca habéis respetado —dijo Augwynne.

Baritha dejó escapar un gruñido.

—Las Hermanas de la Noche discuten vuestro derecho a estos esclavos. ¡Entregádnoslos ahora mismo, o nos veremos obligadas a tomarlos por la fuerza!

—¿Nos amenazas con derramar sangre? —preguntó Augwynne.

Un zumbido ahogado hizo vibrar de repente la atmósfera de la sala, y docenas de mujeres empezaron a murmurar alrededor de Han con los ojos entrecerrados. Las Hermanas de la Noche se retiraron formando un círculo con sus espaldas tocándose y los rostros vueltos hacia el exterior. Después se cogieron de las manos y empezaron a canturrear con los ojos cerrados y las cabezas medio ocultas entre las sombras de sus capuchones.

—¡Fuimos nosotras las que encontramos al que viene de otro mundo, Gethzerion! —gritó Baritha—. ¡Tiene una nave estelar, pero las hermanas de clan se niegan a entregárnoslo!

Han pudo oír una vibración apagada dentro de sus orejas, como si tuviera una mosca zumbando en el interior del cráneo. Sintió que se le erizaba el vello de la nuca, y supo con absoluta seguridad que por muy lejos de allí que se encontrara, aquella mujer llamada Gethzerion había oído la llamada de Baritha y estaba dándole instrucciones.

Han empezó a retroceder alejándose de las Hermanas de la Noche y buscando un refugio, pero Baritha se apartó del círculo y le agarró por los brazos. Sus dedos de piel purpúrea se hundieron en su hombro mordiendo la carne como si fueran garras. Han se retorció e intentó liberarse. Una de las guerreras del clan de la Montaña del Cántico alzó su desintegrador y

disparó el arma contra el rostro de Baritha, pero Baritha se limitó a soltar a Han, murmuró una palabra y utilizó su mano para desviar el rayo desintegrador hacia el techo.

Todas las Hermanas de la Noche giraron al unísono y saltaron por las ventanas abiertas, desapareciendo envueltas en el aleteo de sus capas negras. Han sintió que el corazón le daba un vuelco al pensar en todos aquellos cuerpos estrellándose contra las rocas doscientos metros más abajo, pero Baritha permaneció suspendida en el aire durante un momento y se volvió para lanzarles una mirada burlona.

—¡Tendremos sangre! —rugió.

El sonido de su amenaza llenó toda la sala y retumbó en ella con tanta potencia que hasta la mismísima piedra tembló. Después se dejó caer al vacío.

Han corrió hacia la ventana y se asomó por ella. Las Hermanas de la Noche estaban flotando grácilmente hacia el suelo, llegaban a él y se esfumaban como insectos entre el cobijo que les ofrecía la espesura.

Algunas hermanas de clan alargaron la mano hacia sus desintegradores, pero Augwynne las detuvo.

—Dejad que se vayan —dijo en voz baja y suave.

Fue hasta Han y le rozó el hombro mientras contemplaba la sangre que brotaba de su bíceps herido.

—Bien, general Solo, Gethzerion te quiere con vida y deberías considerarte afortunado por ello —dijo—. Bienvenido a Dathomir.

15

Teneniel Djo estaba observando cómo el hombre de otro mundo capaz de lanzar hechizos luchaba con sus ligaduras. Le había colocado las manos sobre un bloque de madera, y después se las había atado con cuero de whuffa. Los dos estúpidos llegados de otro mundo se debatían cuando creían que no les miraba, y eso la complacía. El apuesto no era más que un hombre común, hermoso pero incapaz de lanzar hechizos. Pero el hechicero…, aquel sí que era una captura muy valiosa.

Los había hecho avanzar a través de las colinas sin preocuparle en lo más mínimo que sus cautivos pudieran tratar de escapar. No había atado a su pequeña máquina, su androide. Oh, sí, Teneniel sabía qué era un androide, aunque nunca había visto uno de cerca. De los tres, era el que menos temía que pudiera escapar. Al igual que sus otros prisioneros, el androide no necesitaba una vigilancia muy atenta.

Teneniel se dedicó a contemplar la espesura que cubría las laderas de las colinas que les rodeaban, deteniéndose con frecuencia para volver la cabeza como si estuviera intentando captar algún sonido que indicara una persecución. Algo la inquietaba, una sensación cosquilleante en su coronilla, una extraña frialdad agazapada dentro de su estómago que lo arañaba lentamente. Murmuró el hechizo de descubrimiento, y sintió cómo las oscuras se agitaban en las llanuras y las montañas. Teneniel llevaba cuatro años viviendo en aquel lugar desolado y salvaje sabiendo que se encontraba demasiado cerca de la prisión imperial, pero nunca había sentido a un número tan grande de Hermanas de la Noche removiéndose al mismo tiempo. Se concentró únicamente en la más próxima. Iba a necesitar toda su energía para impedir que la capturasen.

Llevó a sus cautivos hasta un bosquecillo de árboles no muy altos para poder vigilar los caminos que se extendían ante ellos, y trepó a lo alto de una roca. Las montañas de aquella zona eran prácticamente imposibles de atravesar, y Teneniel no se atrevía a llevar a sus cautivos por los senderos más difíciles. La personamáquina nunca sería capaz de ir por ellos fueran cuales fuesen las circunstancias en que se hiciera el viaje, y los hombres necesitarían tener las manos libres. Teneniel volvió a cantar el hechizo de descubrimiento. Podía sentir la presencia de las Hermanas de la Noche en tres direcciones: una estaba a dos kilómetros al sur, otra a dos kilómetros al oeste, y la tercera a un kilómetro delante de ellos yendo hacia el este. Si ibas hacia el norte, no podías escalar las montañas a menos que conocieras los hechizos de levitación, y Teneniel dudaba que pudiera persuadir a los demás para que permitieran que los hiciera levitar. Estaba tan preocupada que dejó escapar un gemido ahogado.

—Nos están persiguiendo, ¿verdad? —preguntó el hechicero.

Teneniel asintió, estudió el paisaje y se limpió el sudor de la frente.

—¡Libérame! —le rogó el hechicero con voz apremiante—. Sea cual sea el

peligro que nos acecha, yo puedo ayudarte.

Teneniel le observó con expresión dubitativa. Nunca había conocido a alguien de otro mundo en quien pudiera confiar, pero si el hechicero ni tan siquiera sabía qué estaba persiguiéndoles, entonces quizá tampoco supiera nada sobre las Hermanas de la Noche y sus lacayos de la prisión imperial. O quizá estaba aliado con las Hermanas de la Noche y se limitaba a fingir ignorancia…

—Si te libero las manos, ¿me prometes que no te escaparás? —preguntó Teneniel.

El esclavo más apuesto se retorció y volvió la cabeza hacia ellos para poder escucharles mejor.

—¿Qué harás conmigo si me quedo a tu lado? —preguntó el hechicero a su vez.

—Te llevaré a mi clan —dijo Teneniel, y no mentía—. Todas mis hermanas podrán ver que te he capturado limpiamente y según las reglas. En cuanto hayas quedado registrado como propiedad mía, vivirás en mi cabana y me darás hijas. ¿Estás de acuerdo en lo que te propongo?

Teneniel contuvo el aliento. El acuerdo que le estaba ofreciendo no podía ser más ventajoso para él.

—No puedo estar de acuerdo —replicó el hechicero—. Apenas te conozco.

—¿Qué? —exclamó Teneniel—. ¿Acaso soy tan fea que prefieres ser capturado por las Hermanas de la Noche? ¿Prefieres tener descendencia con una de ellas y ver cómo tus hijas aprenden a dominar sus hechizos?

—Yo… No sé qué son las Hermanas de la Noche —dijo el hechicero, pero sus ojos azules estaban muy abiertos a causa del miedo, y su voz sonaba tensa.

—Puedes sentir su proximidad, ¿no? —preguntó Teneniel—. ¿Acaso no es suficiente con eso? Serás un reproductor muy valioso. ¿Quién ha oído hablar jamás de un hombre capaz de lanzar hechizos? No permitiré que caigas en sus manos… No permitiré que ninguno de nosotros caiga en sus manos, ¿entiendes? Antes os mataré, y luego me mataré..

Teneniel desenfundó uno de sus desintegradores.

La personita mecánica lanzó un graznido y su estructura metálica se agitó y tembló con un leve tintineo. Su único ojo azul giró yendo de Teneniel al hechicero.

—¡No! —dijo el hechicero, y movió la cabeza señalando a sus amigos—. Las Hermanas de la Noche no les quieren a ellos, ¿verdad? Es a ti y a mí a quien quieren… Las Hermanas de la Noche se sienten atraídas hacia nosotros. Deja marchar a mis amigos. Las Hermanas de la Noche no les molestarán. ¡Tú y yo podemos escapar!

—¿Serás mi compañero? —preguntó Teneniel en tono esperanzado.

El hechicero se lamió los labios, y la miró. Sus ojos recorrieron no sólo su cara, sino también su cuerpo, y Teneniel se sobresaltó al comprender que la consideraba atractiva. Un viento cálido agitó las ramas sobre sus cabezas, y las hojas empezaron a susurrar.

—Quizá —dijo el hechicero—, pero no tomaré esa decisión obligado. No he venido a este planeta buscando una esposa. No soy de tu propiedad, y no permitiré que mates a nadie…, incluida tú misma.

La espada dé luz del hechicero se desprendió de su cinturón, se activó a sí misma y giró por los aires cortando sus ataduras, después de lo cual volvió a su mano.

—Bueno, al menos tenía que preguntártelo, ¿no? —dijo Teneniel, y

desvió la mirada.

Llevaba todo el día preguntándose si era posible mantener esclavizado a un hechicero. La facilidad con que acababa de liberarse respondía a esa pregunta, y el hecho de que pudiera lanzar hechizos sin pronunciarlos o usando gestos la puso un poco nerviosa. Algunas hermanas eran capaces de hacerlo con hechizos sencillos, pero aquel hechicero podía hacerlo incluso con hechizos muy complicados. Teneniel no quería que percibiese el miedo en su expresión..., o la esperanza.

—Bien, hombre de otro mundo, ¿tienen nombre los hombres en tu planeta?

—Soy Luke Skywalker, un Caballero Jedi. Éstos son mis amigos, Isolder y Erredós.

Teneniel se rió.

—¿Un Caballero Jedi? Pues como guerrero no eres gran cosa, Luke Skywalker...

El hechicero utilizó la espada de luz para cortar las ataduras del otro prisionero.

—Luke Skywalker y yo atraeremos a las Hermanas de la Noche alejándolas de aquí —le explicó Teneniel a Isolder y Erredós—. Tal y como ha dicho Luke Skywalker, quizá no estén interesadas en vosotros. Si queréis encontrar refugio, entonces tenéis que ir a esa montaña..., la que parece una muralla. —Señaló su cima, a cuarenta kilómetros de distancia de donde se encontraban—. Cuando lleguéis allí encontraréis a mis hermanas de clan.

No les dijo que si sobrevivían al viaje volvería a convertirlos en sus esclavos. Isolder no le interesaba como reproductor —no con Luke Skywalker disponible—, pero estaba segura de que podía venderlo obteniendo una pequeña fortuna a cambio.

Arrojó su desintegrador a Isolder, esperando que bastaría para llevarle con vida hasta su clan. Isolder ya había cogido su mochila con las raciones y la tienda.

—Ven conmigo, Luke Skywalker —dijo Teneniel volviéndose hacia el hechicero.

—Basta con que me llames Luke.

Teneniel asintió y echó a correr por el bosque, avanzando en dirección este a través de un claro bañado por el sol en el que crecían gruesas placas de liquen verde. Su hechizo de descubrimiento aún estaba surtiendo efecto, y podía sentir la presencia de la Hermanas de la Noche a un kilómetro por delante de ellos. Teneniel intentó dar forma a sus planes y escoger los hechizos de batalla que tendría que emplear, pero el esfuerzo de correr y pensar al mismo tiempo parecía ser excesivo para ella. Se sentía confusa y ni tan siquiera estaba muy segura de en qué dirección corría, y se preguntó si no se hallaría bajo la influencia de un hechizo..., pero el pensamiento se esfumó de su mente antes de que hubiera podido aferrarlo. Teneniel tenía el don de provocar la tormenta de la Fuerza, y entre los árboles una tormenta semejante debería bastar para ocultarles. Esperaba enfrentarse con la Hermana de la Noche en un choque frontal y pasar junto a ella bajo el cobijo de la tormenta, y Teneniel estaba convencida de que correr hacia la Hermana de la Noche era un plan tan osado como brillante. En cuanto el plan hubo quedado formado en su mente, Teneniel experimentó una gran sensación de alivio y supo que había tomado la decisión correcta.

Luke corría muy deprisa, como si el hacerlo no le exigiera ningún esfuerzo. Al principio Teneniel pensó que debía tener una gran resistencia

física, pero pasados unos minutos vio que no sudaba como una persona normal. Eso significaba que debía haber lanzado un hechizo y que debía tratarse de un hechizo del que Teneniel no había oído hablar jamás, y Teneniel se inquietó al comprender que Luke quizá fuera más poderoso de lo que había imaginado en un principio. Le había capturado con gran facilidad, cierto, y después Luke había avanzado todo el día tirando aparatosamente de sus ligaduras; pero podría haberse liberado en cualquier momento, y Teneniel podía captar su total ausencia de temor hacia ella. Además de todo eso, Luke también conocía hechizos secretos de los que ninguna de las hermanas había oído hablar jamás.

—¿Siempre utilizáis palabras cuando lanzáis hechizos? —preguntó Luke en un tono casi despreocupado mientras corría.

—O gestos. Algunas aprenden a lanzar hechizos sin hablar, tal y como haces tú.

Teneniel jadeó intentando tragar aire. Luke observó con mucha atención a la joven mientras Teneniel sudaba escalando la colina, como si estuviera intentando evaluarla. Teneniel sabía que en aquellos momentos no ofrecía su mejor aspecto. Cuando estuvieran con su clan podría ponerse ropas limpias.

La Hermana de la Noche no podía estar muy lejos, y Teneniel empezó a canturrear con los ojos medio cerrados, preparando su hechizo mientras corrían hacia la cima de una pequeña loma cubierta de árboles. Se detuvo junto a Luke, y el viento tembló sobre su cabeza al sentir su poder. Miró por encima de la colina, hacia un pequeño valle lleno de árboles corteza de nieve todavía muy jóvenes, y distinguió por entre la espesura a la Hermana de la Noche vestida con una capa púrpura, junto con veinte hombres de Zsinj que llevaban la armadura de camuflaje de las tropas de asalto imperiales.

Un soldado gritó «¡Ahí arriba!» y alzó un rifle desintegrador. Teneniel enfocó su hechizo. El viento mágico surgió inmediatamente de la nada, y se estrelló contra el suelo con tanta fuerza que las hojas y las ramas medio podridas se alzaron en un torbellino, cegando a sus enemigos. Los árboles oscilaban y crujían bajo el embate del vendaval.

Luke se habría quedado a mirar, pero Teneniel le cogió de la mano y echó a correr a través de la tormenta con el viento avanzando detrás de ellos. Teneniel no podía ver a más de un brazo de distancia. El viento empezó a debilitarse un poco, y Teneniel hizo un nuevo esfuerzo y extrajo energía de la tierra. La tempestad se volvió negra cuando Teneniel se vio obligada a arrancar la capa superficial del suelo, y el torbellino arrancó las hojitas verdes de los árboles corteza de nieve que se alzaban a su alrededor.

El viento ensuciado por la tierra ocultó el sol, y Teneniel serpenteó por entre los árboles buscando un camino que les permitiera alejarse esquivando a la Hermana de la Noche. Teneniel aún podía sentir su presencia veinte metros a su derecha, y justo cuando estaba segura de que habían logrado pasar sin problemas, un haz de energía azulada atravesó la calina y golpeó a Teneniel en el pecho, nublando su mente y levantándola por los aires.

La Hermana de la Noche estaba delante de ellos. Las llamas brotaban de las puntas de sus dedos, y Teneniel reconoció a la vieja arpía: era Ocheron, una mujer que había tenido un gran poder en su clan y que era muy hábil en el arte de los engaños e ilusiones. Y Teneniel, aunque demasiado tarde, comprendió que Ocheron había conseguido que se metieran en su trampa.

Ocheron rió, y el relámpago azulado surgió de las yemas de sus dedos

trazando un arco, y dejó sin respiración a Teneniel absorbiendo su alíento y llevándoselo. Teneniel gritó pidiendo ayuda. Las llamas se hundían en su carne como garras implacables. El mundo giró loi ¡miente a su alrededor, y el relámpago azulado se deslizó sobre ella. Le rozó un pecho, y el pecho quedó tan frío como si se lo hubieran cortado. Lenguas de rayos corretearon sobre su brazo izquierdo, y el brazo pareció morir y marchitarse al instante como una liana de tola cortada. Un nuevo haz de rayos chisporroteó en su oído y todos los sonidos se esfumaron, otro arco tocó su ojo y la mitad del mundo se volvió negra.

El rayo absorbía la vida de cada miembro que tocaba e iba rebanando partes del cuerpo de Teneniel como si fuera una espada gigante. No podía luchar contra él, y no podía huir. Se sentía tan impotente que no pudo ni gritar cuando se derrumbó.

El tiempo pareció transcurrir más despacio mientras caía. Ocheron soltó una risita burlona y el fuego asesino brotó de sus dedos. El hechizo de Teneniel se debilitó, y el viento empezó a calmarse. El cielo aún contenía una neblina oscura formada por tierra negra y restos del bosque, pero la tempestad ya estaba dejando caer un diluvio de ramitas.

Y de repente hubo un destello azulado acompañado por el olor del ozono cuando Luke cogió su espada de luz, la activó y se lanzó al ataque. La sorpresa desorbitó los ojos de Ocheron ante aquella inesperada ofensiva, e intentó volver su atención hacia Luke..., demasiado tarde. La espada de luz le cortó la cabeza. Llamas purpúreas brotaron de su cuello como el agua que baja atronando por el cauce de un arroyo de montaña, y Luke se tapó la cara e intentó protegerse del roce del poder oscuro que había dejado en libertad.

Cuatro soldados emergieron de la neblina negra y corrieron hacia ellos mientras disparaban sus desintegradores. Luke desvió los rayos con su espada de luz y atacó, matando rápidamente a los cuatro hombres.

Teneniel ya había recuperado la voz, y trató de entonar de nuevo su cántico. Luke la agarró de un brazo y tiró de ella mientras el viento empezaba a soplar a su alrededor. Teneniel le siguió tambaleándose a ciegas, murmurando desesperadamente su hechizo hasta que llegaron a la cima de otra colina y salieron del torbellino que les había envuelto en el bosque.

Teneniel dejó de cantar, y Luke la medio sostuvo y y medio cargó con ella a través de un bosquecillo que cubría una ladera. Teneniel se acordaba de una antigua caverna que había por allí, y le llevó hasta ella.

Entraron tambaleándose en la caverna y Teneniel se acostó en el suelo y se quedó inmóvil, jadeando. Luke examinó sus heridas. El relámpago azul había dejado quemaduras bastante profundas. Las heridas estaban muy calientes y Teneniel tosió. Una espumilla de sangre surgió de su boca procedente de una herida en sus pulmones, y la joven empezó a llorar, sabiendo que iba a morir.

Luke tiró del cuero calcinado de su túnica hasta que logró arrancarlo, y después deslizó los dedos sobre la herida de su pecho. Su mano estaba fresca y el contacto resultaba tan agradable y reconfortante como el de un bálsamo, y Teneniel se sumió en un sueño profundo e inquieto.

En el sueño Teneniel era pequeña y su madre acababa de morir. Las hermanas de clan de la Montaña del Cántico habían colocado el cadáver

sobre una mesa de piedra para vestirlo y cubrir el rostro de su madre con un pigmento color carne. Pero Teneniel sabía que estaba muerta, y no pudo soportar ver cómo las hermanas creaban la ilusión de la vida. Huyó corriendo por un tramo de escalones grises, y dejó atrás una esterilla tejida sobre la que se había pintado en blanco y amarillo la imagen de una hermana de clan que sostenía una lanza de guerra. Al otro lado de la esterilla se extendía la sala de las guerreras, una estancia en la que quienes no poseían la capacidad de lanzar hechizos o eran meramente aprendices como Teneniel no podían entrar nunca, ni aunque su madre hubiera sido líder de guerreras y fuera cual fuese su nivel de talento.

Teneniel dejó que la esterilla volviera a caer detrás de ella, se detuvo y se horrorizó ante la enormidad de aquella estancia. El techo parecía extenderse perdiéndose en el infinito, y las paredes más alejadas de ella quedaban ocultas entre las sombras. La sala de guerra había sido excavada en el interior de la montaña y ocupaba una gran parte de ella, e incluso los ecos de la respiración entrecortada de Teneniel quedaban ahogados y se perdían en la distancia. En la pared de la izquierda se había abierto una ventana para la vigilancia. El hueco era lo bastante grande como para acoger a unas veinte mujeres puestas una al lado de la otra, y tenía forma de óvalo, como la abertura de una boca inmensa. Una hilera de lanzas estaba apoyada en el alféizar, y verlas hizo que Teneniel se acordara de la dentadura llena de huecos e irregularidades de los rancors.

Durante un momento que pareció hacerse muy largo, Teneniel sintió el vacío de la sala y el vacío que había dentro de su ser. «Engullida, he sido engullida...» Teneniel cerró los ojos e intentó olvidar el cuerpo envarado y purpúreo de su madre, y los dedos rígidos que se habían curvado hasta parecer garras. Pero el horror del vacío no podía ser mantenido a raya ni olvidado, y Teneniel pudo oír el alarido de terror de una niña en la lejanía. Teneniel echó a correr, y allí donde iba apartaba de un tirón las cortinas que colgaban del techo para revelar habitaciones y nuevas salas. Las brujas comían en las habitaciones, reclinadas sobre blandos cojines de cuero. Las brujas conversaban educadamente en voz baja y suave, reían y lanzaban hechizos. Y mientras corría de un lado a otro Teneniel seguía oyendo el llanto de la niña, pero nadie parecía prestarle atención.

Cuando despertó habían transcurrido varias horas. Había anochecido, y Luke había dejado una lucecita mecánica sobre una roca al lado de Teneniel. El Jedi le había quitado la túnica y la había tapado con una manta sacada de su mochila. Teneniel ya no sentía ningún dolor, sólo una gran sensación de calma que no se parecía a nada que hubiese experimentado hasta aquel momento.

Se tocó el pecho y la cara. Las cicatrices estaban calientes, pero Teneniel podía ver con su ojo y oír con su oído. Recorrió la caverna con la mirada. Sus paredes estaban adornadas con toscas pinturas de mujeres en varias posturas que había sido trazadas con círculos y líneas rectas: algunas apoyaban las manos en la cabeza de otras, una mujer flotaba sobre una multitud, y otra estaba caminando por entre las llamas. La caverna sólo tenía veinte metros de longitud, y el suelo del extremo estaba cubierto de huesos humanos. Encima del montón de huesos humanos había otro esqueleto mucho más grande, con unos dientes espeluznantes y un húmero más largo que un hombre. Era el esqueleto de un rancor.

Pero el Jedi se había marchado dejando su mochila. Teneniel se levantó y bebió un poco de agua de su odre. Tenía los pies fríos, por lo que se metió

algunos puñados de paja en las botas y luego se tumbó para descansar un rato. Aún se sentía débil, y la cabeza le daba vueltas por algo más que la mera fatiga. El Jedi había curado sus heridas sin cantar ni un solo hechizo. Entre las hermanas que poseían el don de la curación no había ninguna capaz de hacer algo semejante. Los hechizos curativos siempre eran los que resultaban más difíciles de aprender y controlar, y eran cantados de una manera tan aparatosa y melodramática que Teneniel solía pensar que las hermanas los exageraban un poco más de lo que era realmente necesario. Aun así, todas estaban de acuerdo en que los hechizos curativos debían ser cantados en voz alta. Si el Jedi había utilizado esos hechizos sobre ella sin pronunciar ni una sola palabra, eso quería decir que debía ser realmente muy poderoso.

Cuando acampaba bajo las estrellas Teneniel solía preguntarse cómo debía ser la vida en otros mundos. Había escuchado cómo sus hermanas hablaban de los soldados de la prisión, que se sentían tan seguros de sí mismos gracias a su armadura y sus armas; pero aquellos débiles hombres de las tropas de asalto no comprendían el arte de lanzar hechizos, y habían caído de rodillas ante las malvadas y traicioneras Hermanas de la Noche. Y, sin embargo, Teneniel había soñado en más de una ocasión que en otro mundo había hombres como Luke...

Teneniel metió una mano debajo de la manta y se tocó el pecho sobre el que Luke había puesto los dedos. «Algún día alguien llenará este vacío que hay dentro de mí», pensó.

Oyó leves ruidos delante de la caverna, y un instante después vio entrar a Luke seguido por Isolder y Erredós. Luke se sentó junto a ella y le acarició la mejilla con la palma de la mano.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

Teneniel le cogió la mano y asintió, no sabiendo qué decir. Clavó la mirada en sus ojos azul claro y comprendió que le había perdido. Luke le había salvado la vida, y ya no podía reclamarle como propiedad.

—Las Hermanas de la Noche se reunieron allí donde combatimos, pero luego se fueron —siguió diciendo Luke—. No estoy seguro de si se han ido a buscar refuerzos o por algún otro motivo.

—Saben que somos dos —dijo Teneniel—, y tú mataste a Ocheron, una de sus guerreras más poderosas. Quizá teman que podamos derrotarlas.

—¿Y qué hay de las tropas de asalto? —preguntó Isolder—. Deben tener más de cien soldados con ellas.

Isolder era meramente humano, y no podía comprenderlo.

—No cuentan —dijo Teneniel, y de repente pensó que aquellos hombres de otro mundo quizá no comprendían la situación tan bien como ella había creído en un principio, y decidió darles una explicación—. Los soldados son muy fáciles de matar.

—Esto no me gusta nada —dijo Isolder—. No me gusta la idea de estar atrapado en esta cueva.

—Las Hermanas de la Noche no se enfrentarán a nosotros aquí —dijo Teneniel—. Este lugar ha sido santificado por la sangre derramada en el pasado.

Se irguió y movió la cabeza, señalando los cráneos humanos esparcidos sobre el suelo debajo del esqueleto de rancor.

—¿Realmente crees que se mantendrán alejadas de este lugar? —preguntó Isolder.

—Incluso los muertos tienen algún poder —dijo Teneniel y volvió a

señalar los montones de cráneos con la cabeza—. Las Hermanas de la Noche no harán nada que pueda provocar su ira.

Luke asintió. Al menos el Jedi lo comprendía.

—¿Qué hacían tus antepasadas en este lugar? ¿Cómo llegaron hasta aquí?

Teneniel se rodeó los brazos con las piernas y le miró a los ojos.

—Los antiguos llegaron hace mucho tiempo de las estrellas —dijo—. Eran guerreros, amos y señores de máquinas que construyeron armas prohibidas..., máquinas de guerra que parecían hombres. Los antiguos se las vendían a otros, y las vendían muy baratas.

»Tu pueblo los expulsó del cielo debido a sus crímenes, y los enviaron aquí. No les habían entregado armas, y los guerreros no tenían metal ni desintegradores y se convirtieron en presa fácil de los rancors.

Teneniel entrecerró los ojos. Había oído contar la historia tantas veces que podía imaginarse con toda claridad aquel pasado lejano, y podía ver cómo los prisioneros eran enviados a Dathomir. Eran personas duras y violentas que habían cometido crímenes terribles contra la civilización, y que en consecuencia sólo merecían una vida fuera de la civilización. Muchos de los prisioneros se consideraban por encima de la ley, y se comportaban como si sus armas no fuesen más que juguetes; y por eso los sabios de aquellos tiempos habían considerado justo dejarlos abandonados en un mundo carente de tecnología.

—Vivieron como bestias durante muchas generaciones, y fueron acosados y perseguidos hasta que casi se extinguieron, y así siguió todo..., hasta que la gente de las estrellas expulsó a Allya.

La mirada de Luke se había vuelto distante, y absorta, como le ocurría a la anciana Rell cuando tenía visiones.

—Allya era una Jedi renegada —dijo Luke con firme certeza, y se inclinó hacia adelante—. La Vieja República no quiso ejecutarla, y los Jedi la exiliaron con la esperanza de que si se le daba algo de tiempo acabaría renunciando al lado oscuro.

—Allya utilizó sus hechizos para domesticar a los rancors salvajes y encontrar comida —dijo Teneniel—. Enseñó toda su sabiduría a sus hijas, y les enseñó a capturar a sus compañeros tal y como yo te capturé. Mientras los rancors se alimentaban con los cuerpos de otros exilados, las hijas de Allya fueron prosperando de generación en generación y enseñaron los hechizos a sus hijas. Nos dividimos en clanes, y durante largo tiempo los clanes buscaron hombres en amistosa competencia y las mujeres obtenían compañeros robándolos de esa manera. Nos gobernábamos a nosotras mismas, y castigábamos a cualquier hermana que fuera sorprendida utilizando los hechizos de la noche. En los tiempos de mi abuela expulsamos a los rancors salvajes de estas montañas, y mi abuela cazó a los últimos que quedaban. Teníamos la esperanza de que por fin habría paz.

»Pero las Hermanas de la Noche que habían sido exiliadas se fueron uniendo poco a poco en los tiempos de mi madre hasta formar un grupo. Al principio no eran muchas, pero...

—Algunas de vosotras intentasteis enfrentaros a ellas utilizando sus propias tácticas —sugirió Luke—, y las que lo hicieron se convirtieron en Hermanas de la Noche.

Teneniel alzó la mirada hacia Luke.

—¿Acaso esto ocurre también en otros mundos? Algunas de las hermanas dicen que no es más que una enfermedad, una dolencia que

contraemos y que nos convierte en Hermanas de la Noche. Otras dicen que es una consecuencia de utilizar los hechizos, pero no sé de qué hechizos están hablando. Nuestros hechizos han sido puestos a prueba y utilizados una y otra vez a lo largo de generaciones.

—No es ninguno de vuestros hechizos y son todos vuestros hechizos —dijo Luke—. Dime qué edad tenían las hijas de Allya cuando murió su madre.

—La mayor tenía dieciséis estaciones —dijo Teneniel.

Luke meneó la cabeza.

—Una niña..., demasiado joven para aprender los caminos de la Fuerza. Escucha, Teneniel, lo que os da poder no son los hechizos en sí mismos: lo que hacéis es utilizar la Fuerza, una inmensa energía que es creada por todos los seres vivos que hay a nuestro alrededor. Las hijas de Allya tenían una parte muy grande de la Fuerza dentro de ellas, y eso permitió que llegaran a obtener un cierto control sobre ella. Pero no son las palabras que pronunciáis las que os dan poder, y tampoco es ningún hechizo lo que os corrompe, sino la intención con la que lanzáis los hechizos y la naturaleza de vuestros deseos. Si vuestro corazón está corrompido, entonces vuestras obras también lo estarán. Si hubieras escuchado a tu corazón, ya sabrías todo esto... —Teneniel se removió nerviosamente—. De hecho, creo que ya lo sabes —siguió diciendo Luke—. Hace unas horas podrías haber matado a esa Hermana de la Noche y a los soldados, pero te limitaste a tratar de cubrir tu huida y quisiste pasar junto a ellos sin ser detectada. Tu... generosidad me sorprendió.

—Por supuesto. Si hubiera matado a las Hermanas de la Noche, sería tan malvada como ellas —dijo Teneniel con despreocupación, intentando ocultar su temor a terminar volviéndose como ellas.

—Escuchaste a la Fuerza y permitiste que te guiara —dijo Luke—. Pero en otros aspectos eres cruel. Intentaste secuestrarme, y también querías secuestrar a Isolder. ¿Realmente crees que puedes hacer esclavo tuyo a un hombre o golpearme con un diluvio de rocas, y seguir albergando la esperanza de que conservarás tu inocencia a pesar de todo eso?

—Cuando te golpeé no estaba intentando matarte —dijo Teneniel—. ¡Sólo quería capturarte! ¡Ni tan siquiera te hubiese hecho mucho daño!

—Pero sabes que tomar como cautiva a otra persona no está bien, ¿verdad?

Teneniel le miró fijamente y volvió a removerse.

—Yo... Tenía la esperanza de llegar a amarte. Y si no te amaba, entonces podría haberte vendido a alguien que te deseara más que yo. Eso no tiene nada que ver con el obligarte a hacer nada malo... Las hijas de Allya siempre han buscado a sus compañeros de esta manera.

Luke dejó escapar un largo suspiro, como si estuviera empezando a perder la paciencia con ella.

—¿Y todas las hijas de Allya hacen esto, o sólo algunas de ellas?

—Si una mujer es lo suficientemente rica, entonces puede comprar el hombre que le guste —respondió Teneniel—. Yo no soy rica.

Isolder se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué tienen que ver esas Hermanas de la Noche con los soldados? —preguntó.

—Hace ocho estaciones un líder de las estrellas envió soldados para construir una nueva prisión. Una exiliada de nuestros clanes, una Hermana de la Noche llamada Gethzerion, empezó a trabajar para los soldados

ayudándoles a capturar a los esclavos que huían. Al principio los imperiales se llevaban muy bien con ella y prometieron adiestrarla en las artes de la guerra asegurándole que se cubriría de gloria en los combates, pero no tardaron en ir viendo lo poderosa que era y empezaron a tener miedo de Gethzerion, y decidieron que no debía salir nunca de Dathomir. Los imperiales volaron las naves de la prisión, con lo que dejaron abandonados a sus soldados en el planeta. Se rumorea que Gethzerion mató a los jefes de la prisión, y que los soldados le tienen tal terror que obedecen hasta el más pequeño de sus caprichos. Les ha prometido la libertad si la ayudan a escapar de Dathomir y llegar a las estrellas, pues ahora que ha visto lo débiles que son los imperiales y hasta qué punto la temen, cree que algún día gobernará todos los mundos. Pero de momento Gethzerion se conforma con hacer la guerra a los clanes, matar a algunas de nuestras hermanas y esclavizar a otras. Muchas de las hermanas de clan se han unido a ella.

—¿Y qué hace con los infortunados cautivos de su prisión? —preguntó Luke

—Los mantiene como esclavos, con la esperanza de que algún día podrá cambiarlos por cosas que le resulten útiles —respondió Teneniel.

Luke entrecerró los ojos.

—Gethzerion sabe muy bien lo que se trae entre manos... Espera atraer a todas tus hermanas hacia el lado oscuro, y con un ejército de hermanas para apoyarla podría llegar a convertirse en un auténtico gran poder de la galaxia. —Miró a Teneniel—. ¿Cuántas Hermanas de la Noche hay en total?

—No más de cien —respondió Teneniel.

Durante unos momentos se atrevió a albergar la esperanza de que Luke supiera cómo acabar con ellas.., pero su respuesta hizo palidecer a Luke.

—¿Y cuántas mujeres capaces de lanzar hechizos hay en tu clan?

Teneniel rara vez visitaba a su clan, y llevaba tres meses sin volver a casa. En los últimos tiempos Gethzerion había matado a un gran número de sus hermanas y había capturado a otras muchas, y Teneniel apenas se atrevía a responder, pero quizá el Jedi creyera que serían suficientes.

—Veinticinco o treinta.

16

Aquel anochecer las llamas saltaban y destellaban en la hoguera encendida para cocinar, y las gotas de grasa que salían despedidas chisporroteaban y chasqueaban sobre las ascuas mientras los hombres iban cortando el animal en trozos que colocaban sobre platos de barro cocido con tubérculos, nueces y brotes crudos. Han estaba sentado sobre unos almohadones de cuero en el suelo junto con Chewbacca, Leia y Cetrespeó en la fortaleza del clan de la Montaña del Cántico. Han había descubierto que su cansancio, la llegada de la oscuridad y un estómago lleno hacían que le resultara muy difícil mantener abiertos los ojos; pero Chewie se estaba alimentando con mucho apetito a pesar de los vendajes que cubrían sus costillas. Los maravillosos poderes regenerativos del wookie permitían que su curación avanzara más en un día de lo que habría sido posible para un ser humano en dos semanas.

Si se volvía hacia las puertas abiertas Han podía ver grandes nubarrones de tormenta que se acumulaban en la lejanía y el destellar de los rayos entre ellos. Las estrellas ardían con intensa brillantez sobre las montañas cubiertas de árboles.

Las brujas reían a su alrededor y enseñaban hechizos a sus hijas entre las sombras. Las jóvenes vestían camisas y pantalones de pieles sin adornar, y no los trajes muy complejos de las brujas que ya habían recibido todo su adiestramiento; pero estar con sus hijas hacía que las brujas parecieran más despreocupadas y cariñosas. Se habían quitado los tocados y los cascos, y se habían soltado los cabellos dejando que cayeran sobre sus hombros y espaldas. Sin su indumentaria de guerreras al completo no resultaban tan impresionantes, y su nueva apariencia hacía que a Han le recordaran más un grupo de campesinas que otra cosa.

Los esposos de las brujas trabajaban en silencio. Vestían túnicas tejidas con fibras vegetales, y servían la cena a las mujeres haciendo tan poco ruido que Han casi tuvo la impresión de que se comunicaban telepáticamente.

Augwyinne estaba sentada cerca de Han y Leia para poder hablar con ellos sin necesidad de levantar la voz, y se había dado cuenta de la frecuencia con que Han volvía la mirada hacia la tormenta en la lejanía.

—No te preocupes —le dijo—. No es más que Gethzerion agitándose en su furia impotente, pero está demasiado lejos. Esta noche no habrá ninguna tormenta de la Fuerza.

—¿Gethzerion está causando todos esos rayos? —preguntó Cetrespeó, y sus ojos se iluminaron de repente—. Vaya, me pregunto cuánta energía podrá llegar a producir…

Augwyinne contempló la distante masa de nubes sin inmutarse, y una rama deslumbradora de relámpagos anaranjados terminada en muchas lenguas subió hacia el cielo, como si hubiera surgido de la nada expresamente para que ella pudiese verla.

—Oh, es muy poderosa y está muy irritada, pero no vendrá esta noche. Está reuniendo a todas las hermanas de su clan y no hará nada contra nosotras hasta que hayan llegado todas.

»Bien —dijo después como si quisiera cambiar de tema—, ese título de propiedad de Dathomir que enseñaste... ¿Realmente vale algo?

—Valdrá mucho cuando la Nueva República reconquiste este sector —dijo Leia.

—¿Y cuándo ocurrirá eso? —preguntó Augwyinne.

—Bueno, es una pregunta bastante difícil de responder —dijo Han lanzando nerviosos vistazos al cielo—. Podría ocurrir dentro de tres meses, y podría ocurrir dentro de tres décadas; pero lo que sí es seguro es que acabará ocurriendo. Zsinj es un gran guerrero, pero no es un buen gobernante. Cuanto más daños causemos a sus flotas, más deprisa se le irán escurriendo los planetas de entre los dedos. En cuanto sus comandantes vean que vacila y empieza a debilitarse, todos se lanzarán sobre su garganta.

Chewbacca indicó que estaba de acuerdo lanzando un rugido lleno de confianza.

—Chewie cree que Zsinj caerá antes de que haya transcurrido un año —dijo Cetrespeó—. Pero mis programas indican que si las cosas siguen como hasta ahora, Zsinj podría aferrarse a su poder durante un período de tiempo considerablemente más largo. Calculo que su caída se producirá dentro de catorce coma tres años.

—Creo que el cálculo de Chewie está más cerca de la realidad —dijo Han—. Pero la situación podría seguir siendo bastante difícil durante algún tiempo después de la caída de Zsinj.

—¿Cómo puedo comprarte este planeta? —preguntó Augwyinne de repente, y su voz estaba llena de excitación—. ¿Valoras el oro y las gemas? Hay grandes cantidades de ambas cosas en las montañas.

El silencio se adueñó repentinamente de la sala a su alrededor en cuanto las brujas que estaban más cerca se callaron para poder oír la respuesta de Han.

Leia lanzó una maliciosa mirada de soslayo a Han, obviamente esperando a que fijara su precio.

—Bueno... —dijo Han en tono vacilante—. Soy propietario de todo lo que hay en este planeta, por lo que en realidad ese oro y esas gemas ya me pertenecen. El planeta está valorado en tres mil millones de créditos. Eso sólo en concepto de propiedad inmobiliaria, naturalmente, y no incluye todas las mejoras: edificios, instalaciones...

Augwyinne estudió su rostro en silencio durante unos momentos y acabó asintiendo sin haberse dado cuenta de que Han bromeaba. Después contempló los rostros de sus hermanas.

—Las mujeres del clan de la Montaña del Cántico no tenemos dinero —dijo—, pero te ofreceríamos nuestros servicios como pago. Dime tres cosas que desees, y te concederemos tus deseos si se halla dentro de los límites de nuestro poder el hacerlo.

—Bien... —dijo Han, y su mirada recorrió los rostros expectantes de las brujas. No había olvidado lo que le había dicho Damaya hacía unas horas. Aquellas brujas no eran sus enemigas, pero tampoco habían decidido ser sus aliadas. Eso era algo que sólo podría conseguirse pagando un precio, y por fin habían decidido en qué moneda se pagaría. Aun así, Han no se las estaba tomando demasiado en serio—. Lo primero que deseo es poder salir

de este planeta. —Alzó los ojos hacia las bóvedas del suelo de piedra—. Después supongo que me gustaría una cierta cantidad de ese oro y esas gemas de las que has hablado..., digamos que todo lo que pudiera transportar un rancor adulto. Y en último lugar... Bueno, si puedes convencerla de que acceda, quiero la mano de Leia en matrimonio.

Augwyinne miró a Han y Leia y asintió con expresión pensativa.

—Leia nos dijo que pedirías esas tres cosas —murmuró la anciana—. El clan de la Montaña del Cántico hará todo lo que pueda para satisfacer el precio que has solicitado, pero Leia no forma parte del trato. No podemos obligarla a que contraiga matrimonio. Tendrás el oro y las gemas al amanecer. Tres hermanas se han puesto en camino en este mismo instante para traer tu nave, a fin de que tú y el woka peludo podáis repararla.

—¡Eh, un momento! —exclamó Han, comprendiendo que había hablado con demasiada precipitación y sin darse cuenta de que la propuesta de las brujas iba totalmente en serio.

—¡Demasiado tarde, Han! —se burló Leia—. ¡Acabas de vender un planeta!

Han abrió la boca para protestar y Chewie lanzó un gruñido, pero Augwyinne alzó una mano.

—No lamentes el precio que has fijado, Han Solo —dijo—. Las hermanas del clan de la Montaña del Cántico lo pagarán sin rechistar aunque el hacerlo nos cueste muchas vidas. Gethzerion quizá se enfrente a nosotras con la esperanza de capturarte y hacerse con tu nave, y ésa es la razón por la que la tormenta de la Fuerza está haciendo estragos ahora mismo en el desierto. Pero ya hemos discutido tus condiciones, y las hemos aceptado.

«Ya hemos discutido tus condiciones...» Bien, eso explicaba el por qué Leia había pasado tanto tiempo con ellas mientras Han estaba trabajando en los campos. Las brujas le habían sacado toda la información posible y habían tramado planes para quedarse con su planeta, y habían accedido a enfrentarse a las Hermanas de la Noche para protegerle. Probablemente incluso lo habían calculado todo hasta el segundo para que Han y las Hermanas de la Noche coincidieran en aquella sala, con el objetivo de que Han pudiera ver cómo era su oposición. En otras palabras, que le habían manipulado desde el primer momento. Estaba claro que Augwyinne era muy astuta.

—¿Y qué haríais suponiendo que fuerais propietarias del planeta? —preguntó.

—Venderíamos tierra a los colonizadores —respondió Augwyinne— y contrataríamos maestros para que vinieran a nosotras desde las estrellas. Nos uniríamos a la Nueva República, y aprenderíamos a vivir como vosotros para que con el paso del tiempo nuestros hijos e hijas dejaran de ser exiliados que han de vivir en estas colinas duras e inhóspitas.

Al parecer lo tenía todo planeado. De hecho, y después de oír hablar a Augwyinne, Han tuvo la impresión de que Leia quizá hubiera hecho alguna labor de reclutamiento antes de que le trajeran de los campos.

—Disculpe, pero desearía hacerle una pregunta —dijo Cetrespeó—. ¿Cómo van a traer la nave?

—Las hermanas se llevaron tres rancors —dijo Augwyinne—. Cortarán unos cuantos árboles y harán una plataforma que pueda arrastrarse, y después remolcarán la nave hasta aquí. Lanzaremos un hechizo y la haremos subir hasta la montaña, donde podremos ocultarla mientras trabajáis en ella. ¿Crees que nuestro plan dará resultado?

—Sí, supongo que sí —dijo Han, nuevamente cogido por sorpresa. La idea de vender su planeta no le resultaba demasiado agradable, pero teniendo en cuenta el problema de las Hermanas de la Noche y pensándolo bien, empezó a sospechar que quizá fuese la mejor oferta que podía aspirar a obtener—. Si los rancors son tan grandes como los que he visto hasta ahora... Sí, tres o cuatro podrían remolcar la nave. Pero no quiero que llegue aquí con más abolladuras de las que ya tiene, ¿entendido?

Augwyinne frunció los labios y le estudió con expresión pensativa.

—Nuestras hermanas ya estarán de regreso con la nave para cuando amanezca —dijo—. Debo advertirte de que correréis un gran peligro. Gethzerion sabe que tienes una nave estelar, y hará lo que sea para apoderarse de ella. Lo menos que podemos esperar de ella es que envíe a las Hermanas de la Noche para capturarla.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar ese ataque, suponiendo que las Hermanas de la Noche planeen atacarnos? —preguntó Leia.

—Las Hermanas de la Noche son muy cautelosas —respondió Augwyinne—. Creo que sólo lanzarán un ataque a gran escala si creen que sus fuerzas combinadas pueden aplastarnos. Hemos lanzado hechizos para averiguar cuáles son sus planes. En estos momentos, algunas hermanas se encuentran dispersas y están volviendo a la ciudad. Creo que se pondrán en movimiento lo más pronto posible en cuanto hayan llegado. Quizá dispongamos de tres días. Tendréis que reparar vuestra nave y haber partido antes de que termine ese plazo.

—¿O de lo contrario...? —preguntó Han.

—De lo contrario podríamos morir todos —dijo gravemente Augwynne—. Si las Hermanas de la Noche atacan, no creo que nuestro clan sea capaz de resistir su acometida. Hay una docena de clanes más en las montañas, pero incluso el más próximo se encuentra a cuatro días de marcha. He enviado corredores a las hermanas del Río Enfurecido y a los clanes de las Colinas Rojas pidiéndoles ayuda, pero sólo llegará después de que nos hayamos retirado. ¡Debéis iros antes de que las Hermanas de la Noche puedan atacar!

Han miró a Chewie, Leia y Cetrespeó. Esta vez sí que les había metido en un auténtico lío. La mejor solución para el clan sería que Han se limitara a volar la nave en mil pedazos para que Gethzerion no tuviera ninguna razón que le impulsara a querer capturarle. Pero si lo hacía, entonces quizá nunca consiguieran salir del planeta. Han podía enfrentarse a la perspectiva de quedar atrapado en Dathomir, pero ¿qué sería de Chewbacca? El wookie tenía una familia, y aunque se quedaría allí si Han se lo pedía, Han no podía exigirle aquella clase de sacrificio. ¿Y Cetrespeó? Sin sus baños de aceite y sus repuestos, dejaría de funcionar antes de que hubiera transcurrido un año. Y también estaba Leia, naturalmente... Han la había obligado a ir hasta allí en contra de su voluntad, y precisamente por eso se sentía obligado a sacarla de Dathomir; pero a pesar de ello, Han también sabía que Leia nunca pondría su libertad por encima de las vidas de otras personas.

Han permaneció inmóvil con las piernas cruzadas delante de él, puso las manos sobre las rodillas y se frotó los ojos. «He cubierto muy bien mis huellas —pensó—, pero alguien acabará encontrándonos tarde o temprano.» Omogg podía sospechar dónde había ido. La drackamariana era muy lista, e incluso podía llegar a vender esa información a algunos cazadores de recompensas. Han estaba seguro de que la Nueva República pondría precio a su cabeza. Alguien acabaría viniendo en su busca, y quizá aún quedara alguna esperanza de salir de aquel planeta.

—Bueno, la verdad es que la idea de que Gethzerion intente escapar del planeta en mi nave me gusta tan poco como a ti —admitió—, pero quizá deberíamos entregársela.

Chewie soltó un rugido.

—No podemos poner una nave en manos de Gethzerion —dijo Augwyinne—. Es demasiado poderosa, y no se le puede conceder acceso a las estrellas.

—Augwyinne me ha informado de unas cuantas cosas, Han —dijo Leia—. Creo que incluso el mismísimo Emperador temía a las Hermanas de la Noche, y por eso dictó el interdicto sobre este planeta. Hace años creó una pequeña colonia penal en Dathomir sin saber nada sobre las Hermanas de la Noche. Cuando se enteró de su existencia, destruyó las pistas de aterrizaje del planeta mediante un bombardeo orbital, y dejó abandonados en Dathomir a centenares de sus propios hombres junto con los prisioneros porque prefería eso a correr el riesgo de que Gethzerion escapara. Hasta ese punto llegaba el miedo que le inspiraba Gethzerion, ¿comprendes?

»Esas naves de guerra que hay sobre nuestras cabezas fueron colocadas allí para mantener a la gente atrapada en esta bola de roca, cierto, pero también para aislar el planeta. Ahora Zsinj controla este sector, y él también está asustado. Los imperiales que quedaron abandonados en la prisión quizá aún acaben siendo capaces de construir una nave, y Zsinj tiene que mantenerse alerta ante esa posibilidad.

Han suspiró.

—Quizá sería mejor volar el *Halcón* en mil pedazos —dijo—. Entonces Gethzerion ya no tendría ninguna razón para venir a por nosotros.

—No hay que rendirse nunca ante el mal, y nunca hay que hacerle concesiones —dijo Augwyinne—. Ésa es nuestra ley más antigua, y la más sagrada. Cuando obramos de esa manera ante el mal y por pequeña que sea la concesión, lo alimentamos y entonces se vuelve más fuerte. Gethzerion ha llegado a ser tan poderosa porque los clanes hemos dejado que transcurriera demasiado tiempo sin desafiarla. Deberíamos habernos enfrentado a ella hace años, cuando vimos en qué se estaba convirtiendo, pero siempre albergamos la esperanza de que podríamos convencerla para que cambiara. Si hemos de luchar contra ella ahora, lo haremos porque es lo correcto y lo que debemos hacer. En cuanto a ti, debes reparar tu nave y marcharte, y en tu caso eso es lo correcto y lo que debes hacer. Yo haré cuanto esté en mis manos para protegerte.

Han buscó en su bolsillo, sacó el título de propiedad de Dathomir y se lo alargó a Augwynne.

—Toma, quédate con esto —dijo.

En ese momento Han se preguntó cómo podía haberse engañado a sí mismo hasta el extremo de creer que Leia escogería un esposo basándose en la cantidad de bienes materiales que pudiera ofrecerle.

—No —protestó Augwynne, y le apartó la mano—. Todavía no nos lo hemos ganado.

—Bueno, pues entonces guárdalo para que esté seguro hasta que te parezca que te lo has ganado —dijo Han.

Augwynne sostuvo el cubo en sus manos y lo contempló con adoración.

—Algún día... —murmuró. Han suspiró. Se acordó de las explosiones que se sucedían mientras los navíos de guerra machacaban a la fragata caída junto al lago desde sus órbitas, destruyendo todo lo que quedaba de ella. Si dispusiera de todo lo necesario —cableado, refrigerante y un ordenador de

navegación—, él y Chewie probablemente podrían reparar el *Halcón* en unas cuantas horas, pero ese *si* estaba empezando a parecer más enorme a cada momento que pasaba. Podía obtener el cableado de cualquier parte, y un par de caminantes imperiales medio aplastados le irían a la perfección para ello. Han jugueteó con la idea de sacar el líquido refrigerante de los mecanismos hidráulicos de los caminantes, pero acabó decidiendo que el riesgo era demasiado grande: la mezcla podía no ser capaz de llevar a cabo una tarea tan complicada como enfriar un generador de hiperimpulso de una nave espacial. Aun así, si la prisión contaba aunque sólo fuese con un astillero muy modesto, entonces ese astillero debería disponer de un par de barriles de líquido refrigerante, y quizá también de un cerebro de astrogación de repuesto o incluso de una unidad R2.

—Inspeccionaré mi nave en cuanto haya amanecido y averiguaré hasta dónde llega la gravedad de las averías —dijo—, pero ya sé que necesitaré algunos componentes. Mañana tendremos que ir a la prisión para ver qué encontramos allí. ¿Puedes enviar a alguien con nosotros para que nos guíe, Augwynne?

Augwynne le contempló en silencio durante unos momentos. Las llamas que saltaban y oscilaban de un lado a otro se reflejaban en sus ojos oscuros y su cabellera canosa.

—Creo que ha llegado el momento de que descanséis —dijo—. Puedes inspeccionar tu nave y hacer tus planes por la mañana.

Han bostezó y se estiró. Leia estaba al lado del fuego y tenía los ojos clavados en el suelo. Al principio Han creyó que estaba pensando, pero pasados unos instantes comprendió que estaba exhausta y medio dormida, y que se limitaba a dejar vagar su mente a la deriva. Han se levantó, le quitó el casco de la cabeza y se sorprendió al descubrir que en realidad pesaba bastante poco.

—Venga, vamos a la cama…

Leia alzó la mirada hacia él y le contempló con el rostro inexpresivo y una sombra de ira o confusión en los ojos.

—¡No voy a acostarme contigo!

—Yo sólo quería decir que… Bueno, pensé que quizá te gustaría que te preparase una cama para que pudieras acostarte.

Leia desvió la mirada con una mueca de irritación.

—Oh —dijo.

—Todos parecéis cansados —dijo Augwyinne—. Os llevaré hasta vuestra habitación.

Encendió una vela en el fuego y después ella, Han, Leia, Chewie y Cetrespeó dejaron al resto de ruidosos comensales en la sala y subieron por la escalera llena de corrientes de aire hasta llegar a un dormitorio de grandes dimensiones. Una abertura en la pared daba acceso a un parapeto de piedra desde el que se dominaba el valle. La habitación contenía docenas de catres improvisados con paja esparcida sobre el suelo cubierta con gruesas mantas. Los sirvientes de Augwynne encendieron el fuego en una pequeña chimenea mientras Augwynne salía al parapeto unos momentos para contemplar los relámpagos que brillaban en la lejanía y cantaba un hechizo en voz baja y suave.

—Gethzerion está inquieta, y ha apostado a varias Hermanas de la Noche muy cerca de la fortaleza —dijo cuando volvió a entrar en el dormitorio—. Aumentaré las guardias esta noche. Que durmáis bien.

—Gracias —dijo Cetrespeó, y le dio una palmadita en la espalda mientras se iba—. Bueno, parece una mujer muy hospitalaria... —observó después de que Augwynne hubiera salido del dormitorio—. Me pregunto qué usarán como aceite en este lugar.

El androide empezó a recorrer la habitación inspeccionando cuanto le rodeaba.

Leia se quitó la capa, desenfundó su desintegrador y lo colocó debajo de su manta y se acostó sobre la paja para dormir. Chewbacca fue a un rincón del dormitorio, pegó la espalda a una pared y después se sentó en el suelo con su arco de energía en la mano, inclinó la cabeza y cerró los ojos. Han recorrió el dormitorio con la mirada y acabó escogiendo un catre de paja cerca de la ventana por donde entraba el aire fresco de las montañas. Sus senos nasales le estaban molestando cada vez más. «Estupendo —pensó—. Gano un planeta en una partida de cartas, y luego resulta que soy alérgico a él...» Aún podía oír el retumbar del trueno en el exterior, las canciones que entonaban las brujas en la gran estancia de abajo y el agua goteando sobre el parapeto que se extendía junto a la ventana.

El dormitorio había quedado sumido en el silencio, y Han no conseguía conciliar el sueño. Cetrespeó estaba paseando nerviosamente de un lado a otro.

—Princesa Leia, ¿le gustaría oír un poco de música relajante para que la ayudara a dormir? —preguntó de repente.

—¿Música? —preguntó Leia.

—Sí. Acabo de componer una canción —dijo Cetrespeó— y pensé que podía complacerle que se la cantara.

Su tono indicaba que se ofendería gravemente si Leia se negaba a escuchar la canción.

Leia frunció el ceño y Han casi sintió compasión por ella. Nunca había oído cantar a Cetrespeó, pero se imaginaba que no debía ser ningún genio del canto.

—Eh... Sí, claro —respondió Leia con voz vacilante—, pero... Bueno, quizá sólo la primera estrofa.

—¡Oh, muchas gracias! —dijo Cetrespeó—. Mi canción lleva por título «Las virtudes del rey Han Solo».

Una introducción musical de viento y cuerdas empezó a sonar, y Han se sintió un poco sorprendido al oírla. Sabía que Cetrespeó podía imitar otras voces, y había oído cómo el androide producía unos cuantos efectos de sonido bastante buenos cuando contaba historias a los ewoks, pero nunca había oído música que saliera de su altavoz. Cetrespeó estaba consiguiendo una imitación bastante convincente de una orquesta sinfónica al completo.

Después empezó a girar sobre sí mismo en una serie de pasos de baile cuyos crujidos y roces con el suelo de piedra crearon ecos ahogados, y el androide cantó con una voz de bajo tremendamente parecida a la de Jukas Alim, uno de los cantantes más populares de la galaxia.

Tiene su propio planeta,
aunque es un poquitín salvaje.
Los wookies le adoran.
Los wookies le adoran.
¡ Tiene una sonrisa irresistible!
Quizá parezca frío y arrogante, pero es más sensible de lo que parece.

Estribillo cantado en acompañamiento por tres mujeres con la voz idéntica a la de Leía)

¡Han Solo,
menudo hombre! Solo.
¡Es el sueño de todas las princesas!

Cetrespeó terminó con un estallido de trompetas y tambores y un zapateado de claque, y después se inclinó ante Leía. Leia se limitó a contemplarle en silencio con una expresión a medio camino entre la perplejidad y el horror.

—Eh, es bastante buena —dijo Han—. ¿Cuántas estrofas más has compuesto?

—De momento sólo llevo quince —dijo Cetrespeó—, pero estoy seguro de que podré componer más.

—¡Ni se te ocurra! —gritó Leia, y Chewíe la apoyó con un rugido.

—¡Oh, vaya! —murmuró Cetrespeó en un tono muy ofendido, y redujo su nivel de energía para la noche.

Han se recostó sobre la paja y sonrió. El estribillo *«Han Solo, ¡menudo hombre. Solo»* seguía resonando en su mente como suele ocurrir con todas las cancioncillas estúpidas, y saber que Cetrespeó se había esforzado tanto para componerlo hizo que sintiera una extraña especie de placer.

Escuchó la respiración lenta y profunda de Chewbacca que le indicó que el wookie se había quedado dormido, pero Han seguía removiéndose sin poder conciliar el sueño.

—Han... —susurró Leia de repente.

-¿Sí?

—Hiciste bien ofreciéndole el planeta.

—Oh, no fue nada —dijo Han, y casi se atragantó para poder pronunciar las palabras.

—A veces resultas muy agradable —dijo Leia.

Han enarcó una ceja y se volvió hacia el extremo del dormitorio en el que Leia estaba acostada sobre su catre de paja, tapada con la manta hasta la garganta.

—Entonces... Eh... ¿Eso quiere decir que me amas?

—No —replicó Leia con jovialidad—. Sólo quiere decir que a veces resultas muy agradable.

Han volvió a echarse sobre la paja, sonrió y respiró el fresco y limpio aire de la noche.

Cuando Augwynne volvió a su cámara de los consejos, los niños y los hombres seguían allí, pero las hermanas de su clan habían formado un círculo.

—Bien —les dijo a las hermanas, sintiéndose algo nerviosa debido a la presencia de los hombres y niños a los que había jurado proteger—, todas habéis visto qué es lo que ofrecen las gentes de otro mundo. Ahora debemos decidir cuál es la mejor manera de pagar el precio que piden.

—Hace unos momentos citaste el *Libro de la Ley* y dijiste que no debemos rendirnos ante el mal ni hacerle concesiones —dijo la anciana Tannath—. Pero ¿acaso ha habido algún momento en el que las hermanas del clan de la Montaña del Cántico no hayamos hecho precisamente eso?

Gethzerion es poderosa porque los clanes llevamos demasiado tiempo sin atrevernos a desafiarla. Hubiésemos podido acabar con ella muy fácilmente cuando empezó a seguir su oscuro camino.

—¡Calla! —dijo Augwynne—. Eso ocurrió hace mucho tiempo, y el error ya no puede borrarse. Obramos bien albergando la esperanza de que se apartaría de ese camino.

—Violó todas nuestras leyes —dijo la anciana Tannath—. Se supone que quienes cometen actos malvados deben ir a las tierras salvajes para buscar la expiación y purificarse, pero en vez de hacer eso, ella buscó a todas las que habían sido expulsadas y creó el clan de las Hermanas de la Noche. Podríamos haberlas matado a todas cuando eran menos de una docena. Después, cuando ella y sus cohortes fueron a trabajar para los imperiales, al menos podríamos haber advertido a las gentes de otros mundos; pero ni siquiera entonces nos enfrentamos a ella. Admítelo, Augwynne: has querido demasiado a

Gethzerion, y nosotras la hemos temido demasiado. Deberíamos haberla matado hace años.

—No cuestiones las decisiones del pasado en esta cámara, Tannath —dijo Augwynne, permitiendo que su tono de voz revelara la ira que sentía—, y menos en presencia de hombres y niños. No queremos trastornarles ni ponerles nerviosos.

—¿Por qué no? ¿Es que mis palabras les trastornarán menos que los ataques de Gethzerion? —preguntó Tannath—. «Nunca te rindas ante el mal, y no le hagas concesiones.» Pido que el consejo obedezca la ley que él mismo dictó.

—Todas hemos estado de acuerdo en ello esta tarde —dijo Augwynne—. Todas hemos acordado ayudar a Leia y a las gentes de otros mundos.

—Tú te mostraste de acuerdo con la idea de ayudarles, pero ¿estás dispuesta a pagar todo el precio pedido? Aun suponiendo que podamos ayudarles a reparar su nave y a escapar, ¿crees que Gethzerion nos permitirá obtener esa pequeña victoria? No, buscará venganza…

La cámara de los consejos quedó sumida en el silencio más absoluto mientras las brujas contenían la respiración y pensaban. Si una hermana de otro clan robaba un esclavo para tomarlo como esposo, no estaba bien visto que la propietaria del hombre lo recuperase, y se consideraba que la manera correcta de obrar era admitir la victoria de la otra hermana. Pero Augwynne podía ver que Tannath comprendía demasiado bien a las Hermanas de la Noche. Las Hermanas de la Noche no permitirían que el clan de la Montaña del Cántico obtuviera ninguna victoria, ni aunque fuese una tan pequeña como aquélla.

La hermana Shen estaba atendiendo a su bebé y alzó la mirada, repentinamente asustada.

—Tendremos que prepararnos para escapar —dijo la joven—. Podemos evacuar a los niños y los ancianos ahora mismo, podemos enviarlos al clan del Río Enfurecido… Deberíamos prepararnos para la retirada por si somos atacadas.

—¿Y dejar la nave en manos de las Hermanas de la Noche? —preguntó Tannath.

—Sí —respondió otra hermana—. Si Gethzerion se fuera del planeta, entonces nos veríamos libres de ella.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó la hermana Azbeth—.

Su mente está llena de sueños de poder y gloria, pero eso no la hará olvidar que somos sus enemigas. No, Gethzerion nunca nos dejaría en paz... Al final no habríamos conseguido nada. No, debemos enfrentarnos a ella.

—Pero si huimos... —dijo una de las hermanas.

—Entonces las Hermanas de la Noche nos perseguirían y lucharíamos en campo abierto, allí donde no tenemos ninguna ventaja —dijo Tannath—. No, debemos prepararnos para librar la batalla aquí, en la Montaña del Cántico, donde nuestras armas y fortificaciones nos serán de alguna utilidad.

—¡Estáis hablando de la guerra, hermanas! —gritó una bruja en un extremo de la gran sala.

—¿Y qué otra elección tenemos en realidad? —preguntó la anciana Tannath.

—Pero me temo que es una guerra que no podemos ganar —dijo Augwynne.

—Si decidimos no luchar, entonces sólo habremos elegido el perder sin combatir —respondió la anciana—. Yo estoy dispuesta a luchar. ¿Quién está conmigo?

La anciana bruja recorrió la cámara de los consejos con la mirada y el clan guardó silencio, y ni siquiera pudo oírse el sonido de las respiraciones. Augwynne contempló aquellos rostros tensos y los ojos pensativos de las mujeres, y pudo ver que lamentaban tener que adoptar aquella decisión. Era una decisión que habían retrasado durante demasiado tiempo.

La hermana Shen se puso el bebé en el otro pecho.

—Estoy contigo —dijo.

—Estoy contigo —dijeron otras dos hermanas desde el fondo de la cámara, y sus voces débiles y vacilantes cayeron en el silencio como las primeras piedras que anuncian una avalancha.

El lejano sonido de los truenos despertó a Han cuando habían pasado varias horas. Abrió los ojos a la luz de la luna y olió un perfume delicioso. El fuego se había apagado en la chimenea, y cuando se volvió hacia la ventana pudo ver a Leia, inmóvil en el parapeto de cara a él. Los pliegues de su larga túnica caían sobre la piedra, y la claridad dispersa de los rayos de luna convertía su cabellera en una aureola.

—Ven aquí, Han —dijo.

Su voz resonó en sus oídos. El silencio del dormitorio hizo que le pareciera un poco más sonora que de costumbre, pero Han no la encontró desagradable.

Se levantó del colchón de paja moviéndose lentamente y carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué estás haciendo ahí fuera?

Leia se llevó un dedo a los labios y bajó la vista hacia el acantilado.

—Ven —susurró.

Han se apresuró a reunirse con ella, sintiéndose un poco nervioso. Leia estaba tan descansada y tranquila que no parecía la misma de siempre. Han se preguntó si era sólo la oscuridad que agrandaba sus pupilas la que hacía que sus ojos parecieran tan enormes y líquidos. Leia le cogió la mano. Sus dedos estaban fríos, y tenían más callosidades de lo que él recordaba. Fue hacia el borde del parapeto con él.

—Ven conmigo —dijo alzando la voz—. No dejaré que caigas.

Empezó a cantar suavemente balanceándose de un lado a otro en una lenta danza, y Han sintió como si una manta de lana cayera sobre su mente ahogando sus pensamientos y envolviéndolos en su calor. Leia dio un paso hacia adelante y quedó suspendida en el aire, y Han pensó que debería sentirse sorprendido, pero sin que supiera muy bien por qué le parecía totalmente natural que Leia estuviera flotando sin que sus pies tuvieran ningún apoyo. Han quería seguirla, pero de repente se le formó un nudo en la garganta y sintió que le ardía el rostro, y un instante después se le empezaron a doblar las rodillas.

—No tengas miedo —susurró Leia—. El suelo no está tan lejos como parece... No dejaré que caigas.

Las rodillas de Han parecieron recobrar una parte de la fuerza que habían perdido de repente, y la sensación de calor que le quemaba las mejillas y las orejas se debilitó un poco. Dio un cauteloso paso hacia adelante.

Una silueta borrosa envuelta en pieles surgió de la oscuridad de la abertura que había detrás de ellos. El acero de una vibro-hoja zumbó en el aire y bajó velozmente hacia el rostro de Leia, y Leia gritó y cayó, agarrándose a la muñeca de Han y arrastrándole por encima del parapeto. Entonces Han comprendió de repente el peligro que estaba corriendo. Se echó hacia atrás en un puro acto reflejo, y Leia cayó gritando a las rocas que había doscientos metros más abajo.

La silueta vestida de negro empujó a Han al suelo, desenfundó un desintegrador y empezó a disparar contra la cara del risco. Había mujeres trepando por el muro de roca, aferrándose de una manera imposible a él como si fuesen arañas. Todas tenían los rasgos de Leia. Han dejó escapar un jadeo ahogado y vio cómo las mujeres retrocedían a toda velocidad, saltaban al vacío y flotaban hasta el suelo sin sufrir ningún daño. Más centinelas corrieron a los parapetos y empezaron a disparar. Unos segundos después las Hermanas de la Noche ya habían desaparecido.

La mujer que le había salvado echó hacia atrás su capuchón y se quedó inmóvil, jadeando envuelta en la nube de humo azul claro y olor a ozono que brotaba del cañón de su desintegrador.

—Sabía que vendrían a por ti —dijo Leia. Le miró de soslayo, y aquel fuego tan peligroso que ardía en sus ojos y la seguridad con la que empuñaba su desintegrador fueron lo único que le permitió estar seguro de que se encontraba ante la verdadera princesa—. Volverán.

17

A la mañana siguiente Isolder estaba sentado junto a la hoguera cocinando unos huevos de lagarto. El príncipe alzó la mirada hacia las paredes de la caverna y contempló las siluetas de mujeres pintadas con círculos y líneas que bailaban sobre las rugosidades de la piedra. El humo que brotaba de la hoguera se iba acumulando en el techo de la caverna formando una ominosa nube azulada. El sol acababa de salir, y los primeros haces de claridad llenos de motitas y partículas de polvo se abrían paso a través de los esbeltos árboles. Un lagarto anfibio de color verde hinchó sus branquias en un árbol cercano y emitió una especie de bufido entrecortado.

Teneniel se removió en el fondo de la caverna y se incorporó apoyándose en un codo.

—Gracias por haberte quedado a mi lado —dijo, parpadeando para acabar de despertarse.

—No ha sido nada —dijo Isolder.

—Podrías haber huido —replicó Teneniel en voz baja y suave.

Isolder asintió y clavó la mirada en las llamas para no tener que ver la gratitud que brillaba en los ojos de la joven. Teneniel parecía estar un poco pensativa. Los focos de Erredós iluminaron repentinamente el rincón en el que se había colocado cuando el pequeño androide aumentó la salida de energía para la actividad diurna. Erredós examinó la caverna, y emitió un silbido seguido por un campanilleo.

—Tu amigo metálico quiere saber dónde está Luke —dijo Teneniel pasados unos momentos.

Isolder sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. Al parecer, cada vez que se daba la vuelta Luke o Teneniel llevaban a cabo una nueva proeza sobrehumana. Su primer encuentro con Teneniel había tenido lugar en el río, donde la joven había bailado a su alrededor entonando con voz suave y tímida una delicada melodía, y luego le había alargado una cuerda. Isolder había pensado que quizá fuera alguna costumbre de aquel planeta, y cuando extendió la mano para coger la cuerda vio cómo ésta volaba por el aire y le envolvía tan deprisa que por un momento creyó que era una serpiente en vez de una cuerda. Después Teneniel le metió una mordaza en la boca antes de que a Isolder se le pudiera pasar por la cabeza la idea de gritar. Más avanzada la tarde había visto el bosque devastado donde Teneniel se había enfrentado a las tropas de Zsinj: los árboles habían perdido las hojas y la corteza, e incluso el suelo había quedado lleno de surcos. Además de todo aquello, la joven acababa de traducirle un código cibernético. Estar en presencia de unos seres que poseían tal poder hacía que Isolder sintiera escalofríos.

—Luke ha ido a llenar las cantimploras, y volverá dentro de un momento. ¿Qué distancia nos falta por recorrer antes de encontrar a tu clan?

Isolder dio la vuelta a los huevos y escuchó cómo crujían y siseaban.

Teneniel se levantó, envolvió su cuerpo desnudo en la túnica y fue hacia el fuego. Isolder pensó que se sentaría junto a las llamas para calentarse, pero la joven se inclinó hacia adelante y le tomó el mentón entre las manos, y después le besó los labios con una cautelosa ternura. Isolder quedó tan sorprendido que no retrocedió. Ninguna mujer de Hapes le había tratado jamás de aquella manera tan despreocupadamente imperiosa e irresistible. De hecho, las mujeres que le rodeaban siempre se habían mostrado respetuosas pero distantes. Cuando hubo acabado de besarle, Teneniel se echó un poco hacia atrás y se lamió los labios como si quisiera averiguar qué sabor tenía Isolder.

—Eres muy apuesto —dijo—. Ojalá fueras Luke, y no un hombre corriente.

Isolder tuvo que pensar durante unos momentos antes de responder. Era el príncipe de los mundos escondidos y nunca le habían tratado de «hombre corriente», pero había podido ver con sus propios ojos el poder de aquella joven en acción y comprendió cómo era posible que tuviese ese concepto de él.

—Luke es…, es un buen hombre… Es un gran hombre —dijo—. Entiendo muy bien que te guste.

—Me he pasado la noche soñando con él —dijo Teneniel—. Nunca podrías ocupar su lugar en mi corazón.

Sus palabras le parecieron tan extrañas que Isolder comprendió de repente que había algo oculto debajo de ellas, algo más de lo que había percibido en un principio. Luke entró en aquel momento.

—Ya he llenado las cantimploras, y el camino parece despejado —dijo—. Es hora de irnos.

Isolder desprendió los huevos de aspecto gomoso de la sartén y sirvió unos cuantos a Luke y a Teneniel. La joven arrugó la nariz con repugnancia, pero Luke los aceptó de buena gana.

—Son bastante sabrosos —dijo—. Deberías probarlos.

—No sé qué coméis en vuestros mundos —dijo Teneniel—, pero está claro que no sabéis cocinar.

La joven no comió ni un bocado de los huevos.

Levantaron el campamento y avanzaron un kilómetro por el bosque hasta llegar a un sendero de gravilla bastante ancho que se alejaba hacia el norte y hacia el sur. Teneniel les guió en dirección sur durante cuatro kilómetros a lo largo del sendero, y después tomó por un camino mejor que iba en dirección este siguiendo un río. A mediados de la mañana llegaron a un valle donde la neblina trepaba por las laderas de las montañas. Teneniel les guió por un serpenteante camino de piedra que aún estaba mojada debido a la lluvia de la noche. Cogió a Isolder de la mano y no se la soltó durante el resto del trayecto, como si Isolder fuera un colegial que podía caerse por el acantilado en cualquier momento. Cuando llegaron a lo alto del camino Isolder pensó que habían entrado en un valle de piedras que tenían formas muy extrañas, pero en cuanto empezaron a avanzar por entre la neblina vio a las brujas, siluetas oscuras que se alzaban entre los vapores blanquecinos montadas sobre monstruos que parecían hechos de sombras borrosas.

Isolder se detuvo para contemplar a las mujeres ataviadas con sus capas de complejos bordados, túnicas iridiscentes de cuero escamoso y cascos llenos de adornos. La unidad R2 de Luke empezó a lanzar débiles gemidos y

se estremeció con un ruidoso tintineo metálico. Teneniel sujetó con más fuerza la muñeca de Isolder y tiró apremiantemente de él, y Luke les siguió.

Cuando pasaron por entre las monturas inmensas como monolitos, las mujeres bajaron la vista hacia Isolder y dejaron escapar un prolongado grito que parecía un ulular, y algunas sonrieron a Teneniel y se rieron. El significado del parloteo y los gritos no podía estar más claro para Isolder. Aquellas mujeres habían acogido su presencia con tanto entusiasmo como si Isolder fuese un artista de cabaret que se disponía a deleitarlas quitándose la ropa ante ellas.

Teneniel les llevó hasta una explanada, y después subieron por un tramo de escalones que conducía hasta una fortaleza de piedra en la que se veían las señales dejadas por alguna batalla. Al parecer su presencia estaba creando alguna clase de conmoción, pues ya tenían toda una multitud detrás.

Una anciana salió por las puertas de la fortaleza. Llevaba un báculo de madera dorada con una gran gema blanca cerca de un nudo en el extremo superior del báculo.

—Bienvenida, Teneniel, hija de mi hija —dijo la anciana—. Han pasado meses desde la última vez que nos visitaste. ¿Encontraste lo que buscabas?

—Sí, abuela —dijo Teneniel sin soltar la muñeca de Isolder, y puso una rodilla en tierra—. Estaba cazando cerca de los viejos restos que hay en la garganta del desierto guiada por una visión, y estuve allí hasta que casi sucumbí a la desesperación. Pero capturé a este hombre de las estrellas, y le reclamo como mi esposo. —Alzó la muñeca de Isolder—. ¡Se llama Isolder, y viene del planeta Hapes!

Isolder estaba perplejo. Logró bajar la muñeca y dio un paso hacia atrás, pero las mujeres que le rodeaban se apiñaron a su alrededor lanzando murmullos de admiración.

—Todas tus hermanas ven a este hombre —dijo la anciana—. ¿Alguna de vosotras discute que sea propiedad de Teneniel?

La repentina tensión en la postura de Teneniel indicó a Isolder que se trataba de un momento peligroso. La anciana escrutó los rostros de la multitud mientras Isolder contemplaba a las mujeres guerreras. Muchas de ellas mostraban abiertamente su envidia y tenían el ceño fruncido, y otras le observaban con sonrisas maliciosas y con un franco anhelo.

—¡Yo! —dijo Isolder al ver que nadie hablaba.

La anciana retrocedió un paso.

—¿Estás afirmando que alguna otra hermana del clan de la Montaña del Cántico es tu propietaria?

—¡Me acompañó sin ofrecer ninguna resistencia! —gritó Teneniel—. ¡Podría haber escapado, pero se entregó a sí mismo!

Su voz estaba impregnada de un dolor tan grande y en su rostro

había tal expresión de pena al verse traicionada de aquella manera que Isolder no supo cómo responder a sus palabras.

—Yo... ¡Yo sólo quería ayudarte! —dijo volviéndose hacia la anciana para que mediara en calidad de arbitro—. Estaba herida. ¡Sólo quería ayudar a cuidarla!

Leia apareció por el umbral de piedra vestida con una túnica de escamas rojas que brillaban y centelleaban.

—¿Isolder? ¿Luke? —llamó.

Isolder sintió que su corazón estaba a punto de estallar dentro de su pecho.

Logró emitir un grito ahogado, y Leia corrió hacia él y le abrazó.

—¿Estás bien? —preguntó Isolder.

—Estupendamente —dijo Leia—. No puedo creer que hayas recorrido tanta distancia en mi búsqueda... ¡Y apenas puedo creer que me hayas encontrado! Oh, Luke... —exclamó, y abrazó al Jedi.

Isolder les contempló con cierta perplejidad durante unos momentos. Nunca había imaginado que existiera una relación tan íntima entre ellos.

—¿Conoces a este hombre? —le preguntó la anciana a Leia—. ¿Es tu esclavo?

—No, Augwynne —dijo Leia, separándose un poco de Isolder y Luke—. Es un amigo. En el sitio del que vengo no tenemos esclavos.

Augwynne reflexionó en silencio durante unos momentos.

—Bien, entonces Teneniel le capturó de la manera prescrita por la ley —dijo por fin—. Este hombre le pertenece.

—En una ocasión Isolder me salvó la... —empezó a protestar Leia, y se tensó cuando Augwynne la hizo callar con una mirada.

—¿Cómo? —exclamó Augwynne—. ¿Pretendes conseguir su libertad mediante el mismo argumento que utilizaste para conseguir la de Han Solo?

—Fuimos atacados —dijo Leia—. Isolder me salvó.

Augwynne la miró fijamente.

—Pareces un poco insegura de ti misma —dijo con escepticismo—. ¿A qué se debe eso? ¿Estás diciendo toda la verdad?

—Fue un combate muy breve —contestó Leia de mala gana y con voz abatida—. No estoy segura de contra quién disparaban nuestros atacantes, y no sé si querían acabar conmigo o con Isolder.

—Te agradezco que hayas sido sincera —dijo Augwynne, y le acarició la mano.

Después se volvió hacia Luke.

—¿Y qué hay de éste? —le preguntó a Teneniel—. No es feo, desde luego... ¿También le tomarás como esclavo?

—¡Me salvó la vida! —exclamaron al unísono Leia y Teneniel.

—Es un hombre capaz de lanzar hechizos, un Jedi muy poderoso —añadió Teneniel un instante después—. Mató a la Hermana de la Noche Ocheron.

En cuanto oyeron esas palabras muchas hermanas del clan dejaron escapar siseos ahogados y retrocedieron un poco mientras contemplaban a Luke con escepticismo, y algunas empezaron a hablar entre ellas utilizando su idioma. Las miradas cautelosas, los fruncimientos de ceño y los murmullos hicieron comprender a Isolder que había muchas cosas que ignoraba de aquella situación. Casi parecía como si la presencia de Luke les resultara... portentosa.

Augwynne contempló a Luke con gran atención durante unos momentos y después se volvió hacia las otras mujeres. Meneó la cabeza y rió fingiendo abatimiento.

—¡Bah! Tres hombres nuevos en la aldea, y sólo uno de ellos puede ser tomado como compañero... ¿E incluso ése sólo por los pelos? Estoy empezando a pensar que cada uno de los hombres que viven en las estrellas ha debido salvar a Leia por lo menos en una ocasión. Siempre he querido salir de este planeta, pero ahora... Bueno, me pregunto qué tal me iría en otros mundos. Dime, Hermana Leia, ¿es que la gente siempre está intentando matarte?

Isolder no pudo evitar captar el tono de incomodidad que impregnaba su voz. Casi le estaba suplicando a Leia que cambiara de tema.

—Bueno, los últimos años han resultado bastante duros para mí —admitió Leia.

—Quizá deberías sentarte alguna noche junto al fuego para contar tu historia... —dijo Augwynne—. Pero ahora he de tomar una decisión como gobernante. Entrego a este hombre llamado Isolder a la custodia de Teneniel Djo, para que lo conserve junto a ella como esposo.

—¿Qué? —exclamó Leia en voz tan alta que Isolder se sobresaltó.

Augwynne le habló al oído en un susurro apremiante, como si quisiera que no dijese nada más.

—Pertenece a Teneniel. Ella fue de cacería y le capturó, y está muy sola.

—¡Pero no puede tomarle como esclavo! —dijo Leia—. ¡No podéis hacer algo así!

Augwynne se encogió de hombros y movió una mano señalando a las mujeres que las rodeaban, como si estuviera ofreciendo una prueba.

—Por supuesto que podemos hacerlo. Cada mujer del consejo es propietaria de un hombre como mínimo.

—No temas —dijo Teneniel intentando calmar a Leia—. No seré demasiado dura con él.

—¡Luke, tienes que detenerlas! —le rogó Leia—. ¡No puedes permitir que hagan esto!

Luke meditó durante unos momentos y acabó encogiéndose de hombros.

—Eres la emisaria de la Nueva República, Leia —dijo—. Conoces la ley galáctica mejor que yo, así que encárgate de manejar este asunto.

Leia se quedó callada durante unos momentos y sus ojos fueron de Luke a Isolder. Isolder pensó a toda velocidad. La ley de la Nueva República dejaba muy claro que la administración normal de los asuntos en cualquier planeta correspondería al gobernador planetario, fuera quien fuese, o a los jefes de departamento regional en el caso de que no hubiera un gobernador planetario. En aquel caso, Augwynne era una gobernante regional y lo único que podía hacer la Nueva República era presentar una protesta formal.

—No estoy de acuerdo, y debo expresar mi protesta —dijo Leia—. ¡Protesto con la máxima energía!

—¿Qué significa eso? —preguntó Augwynne—. ¿Deseas enfrentarte en combate a Teneniel Djo para decidir a quién corresponde el derecho de propiedad?

Isolder se apresuró a menear la cabeza, y la mirada de Leia se encontró con la suya durante un momento.

—¿Qué clase de combate —preguntó —. ¿Estamos hablando de una lucha a muerte?

—Tal vez —dijo Augwynne, y meneó la cabeza—. Quizá sería más prudente por tu parte que hicieras una oferta de compra...

Luke meneó la cabeza.

—No te preocupes, Leia —dijo—. Todo irá bien.

Leia guardó silencio durante unos momentos que se hicieron muy largos.

—Deseo comprar a este sirviente, Teneniel Djo —dijo por fin—. ¿Qué pides a cambio de él?

La mirada de Teneniel recorrió a la multitud, y entonces Isolder comprendió de repente que podía haber más de una mujer dispuesta a pujar por él.

—No está en venta..., todavía —dijo Teneniel.

Leia se volvió hacia Isolder.

—Lo siento —dijo.

Teneniel cogió a Isolder de la mano y alzó la mirada hacia él, y en sus ojos brillaba un extraño destello de color cobrizo que Isolder nunca había visto en Hapes. Isolder permitió que le cogiera la mano, y no se sintió incómodo. Solamente eso ya resultaba muy extraño. Todo su ser y todo lo que le habían enseñado le gritaba que debía luchar contra aquellas costumbres bárbaras, pero había un nivel de Isolder escondido a una gran profundidad que no temía a Teneniel y que, de hecho, confiaba totalmente en ella. Luke abrazó a Leia para consolarla, y Erredós se acercó lo suficiente para que Leia pudiera rozarle la ventanilla sensora con la mano.

—Bueno, ¿dónde están Han y Chewie? —preguntó Luke—. Suponía que estarían contigo.

—Deberían bajar pronto —respondió Leia—. Las hermanas trajeron el *Halcón* a primera hora de esta mañana. Han está inspeccionando los daños. El *Halcón* quedó bastante maltrecho durante el descenso hasta Dathomir, pero parece ser la única manera de salir de esta roca. ¿Qué hay de tu nave?

Cuando le preguntó por ella, Leia usó un tono en el que había una sombra de advertencia.

—Probablemente podríamos vender lo que queda de ella como chatarra —dijo Luke.

Isolder se dio cuenta de que el Jedi se había callado que su caza seguía estando intacta, y lo interpretó como una advertencia muda. La neblina había continuado subiendo por la montaña mientras hablaban, y ya flotaba a un brazo de distancia de sus cabezas como si fuera un techo celeste.

Isolder sintió que alguien le tocaba las nalgas y se volvió. Las brujas se habían acercado un poco más y ya las tenía en la espalda. Pensó que quizá estaban intentando echar un vistazo a Leia, pero de repente comprendió que no estaban intentando ver a Leia o Augwynne, sino estar lo más cerca posible de él. Una bruja bastante joven le dio unas palmaditas en la cadera.

—Me llamo Ooya —le susurró con apasionamiento—. Deja que te enseñe dónde duermo...

—Creo que será mejor que entremos para hablar —le dijo Leia a Teneniel, y agarró el brazo de la bruja con su mano izquierda. Después Leia agarró la mano de Isolder posesivamente con su otra mano, y tiró de él—. Vamos a buscar a Han —dijo mirando a las otras mujeres por encima de su hombro.

No llevaba más de dos días en el planeta y ya estaba empezando a imitar el lenguaje corporal de las brujas, copiando a la perfección su forma de mantener erguida la cabeza y su peculiar manera de andar. Isolder supuso que en cuanto hubiera pasado una semana Leia ya habría encajado en su clan tan bien como si hubiera nacido dentro de él. Era el tipo de truco increíblemente sutil que sólo un diplomático con mucho adiestramiento y experiencia podía llevar a cabo.

Entraron en la fortaleza, y aunque muchas de las brujas no les siguieron, algunas mujeres empezaron a chillar y lanzaron aquel prolongado ulular impregnado de deseo que ya habían oído antes. Isolder se dio cuenta de que su rostro estaba enrojeciendo.

Mientras cruzaban el umbral de la fortaleza Augwynne le rozó el brazo un momento, y el gesto hizo que tanto Isolder como Luke se detuvieran.

—Ve a visitar a tus amigos —le dijo a Luke—, pero vuelve para hablar conmigo en cuanto lo hayas hecho. Tu llegada aquí no es ningún accidente.

Leia les guió por un laberinto de pasadizos de piedra y les hizo subir seis tramos de escalones, después de lo cual fueron por un pasillo hasta llegar a una habitación enorme que casi parecía una caverna. El *Halcón* ocupaba casi todo el espacio. Isolder no pudo ver ninguna abertura de gran tamaño, y no entendió cómo se las habían arreglado para meter la nave en aquella sala.

Estudió las paredes durante un momento y vio que algunas de las piedras de gran tamaño del otro extremo estaban agrietadas. Eso quería decir que las brujas habían creado un agujero a través del muro de piedra, que habían hecho subir el *Halcón* en vertical doscientos metros por el aire, y que después habían recompuesto el muro en cuanto hubieron metido el *Halcón* en la sala ocultas por el manto de la neblina. Estaba claro que las brujas habían estado muy ocupadas. Dada la sencilla tecnología de la Edad de Hierro de aquel lugar, todas esas proezas parecían imposibles, y de repente Isolder comprendió que una parte de su mente no quería saber cómo se las habían ingeniado aquellas mujeres para hacer todo aquello.

El *Halcón* iluminaba la sala con un reflector, y las luces de navegación de la nave estaban apagadas. Han no hubiese podido activar tantos sistemas en el exterior sin tener que preocuparse por la posibilidad de que la nave fuese detectada desde alguna órbita, pero Isolder comprendió que el grosor de las paredes de roca ocultaría la firma electrónica del *Halcón.*

Subieron por la rampa, entraron en el *Halcón* y encontraron a Han y Chewbacca en la cabina utilizando el ordenador de diagnóstico. Un androide de protocolo estaba hurgando en los circuitos quemados de los generadores principales.

—¡Han! —exclamó Luke apenas entraron en la cabina.

Pero Han no le devolvió su entusiástico saludo y se limitó a volverse nuevamente hacia su ordenador. Isolder comprendió que Han se sentía culpable, y que de momento no se sentía capaz de mirar a la cara a Luke.

—Bien, chico, así que nos has encontrado, ¿eh? Bueno, pensé que sólo era cuestión de tiempo... Las cosas se han puesto un poquito feas aquí. Oye, no habrás traído algunos repuestos por casualidad, ¿verdad?

—¿Qué está pasando, Han? —preguntó Luke. El wookie le dio una palmadita en el hombro y lanzó un gruñido de afecto—. No puedes secuestrar a Leia, llevarla a rastras por media galaxia y después decir «Hola», como si no hubiera ocurrido nada.

Han hizo girar el sillón del capitán hasta quedar de cara a Luke, alzó la mirada y le sonrió con una sonrisa tensa y controlada, como si la única opción que le quedaba aparte de sonreír fuera la de echarse a gritar.

—Bueno, verás, las cosas ocurrieron de esta manera: gané un planeta en una partida de cartas y quería echarle un vistazo. Mientras tanto, la mujer a la que amo había estado planeando largarse con otro hombre, así que la convencí para que hiciera un viajecito conmigo. Por desgracia, cuando llegamos aquí me encontré con los cielos llenos de naves de guerra que me derribaron porque nadie se había tomado la molestia de explicarme que el planeta estaba sometido a un interdicto que lo convertía en zona prohibida, y, después de estrellarnos, una pandilla de brujas decidió iniciar una guerra para averiguar quién va a quedarse con los restos de mi nave. Así pues, Luke, debo decirte que estoy teniendo una semana realmente horrorosa y ahora, como guinda del pastel, supongo que vas a soltarme un sermón, que me arrestarás o que me darás una paliza... Bien, ¿qué tal te está yendo la semana de momento?

—Más o menos igual que a ti —respondió Luke, y contempló el panel de control en silencio durante unos momentos—. ¿Qué le pasa a tu nave?

—Bueno —dijo Han—, nuestro generador de campo antiimpactos se quemó, la ventanilla del conjunto sensor está agrietada, a mi ordenador de navegación se le frieron los sesos, y el reactor principal perdió algo así como dos mil litros de líquido refrigerante debido a una fuga.

—He traído a Erredós —dijo Luke, aun sabiendo que eso no solucionaba todos los problemas—. Puede encargarse de la navegación.

Después se volvió hacia Isolder como pidiéndole que hablara. Isolder comprendió que no era el momento más adecuado para las reprimendas o las peleas a puñetazos. Lo que necesitaban en aquel momento era colaborar los unos con los otros, pero tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir el impulso de incrustar su puño en la boca de Han Solo.

—Mi caza está en el planeta —dijo.

Teneniel le cogió la mano. Isolder no quería pregonarlo en un tono de voz demasiado alto, y miró hacia atrás. Ninguna de las brujas les había seguido al interior de la nave.

—¿Tienes una nave que funciona... aquí, en Dathomir? —preguntó Han—. ¿Cuántas personas pueden ir en ella?

Isolder reflexionó durante unos momentos antes de contestar. Si le decía que dos, ¿intentaría Han robar la nave y llevarse a Leia con él?

—Dos —dijo por fin.

Luke miró a Isolder con obvia curiosidad, y Han lanzó un suspiro de alivio.

—¡Quiero que tú y Leia os vayáis ahora mismo! —dijo—. Aquí hay un montón de personas que matarían por ese caza, ¡y créeme cuando te aseguro que es mejor que no llegues a conocerlas nunca!

—Isolder te está poniendo a prueba —le dijo Luke con despreocupación—. Su caza sólo tiene capacidad para una persona, y ya hemos tenido un encuentro con las Hermanas de la Noche.

La ira oscureció el rostro de Han y sus ojos adquirieron una mirada vacua de animal acosado.

—Ha pasado la prueba, general Solo —dijo Isolder.

—Estamos metidos en un lío muy serio —le advirtió Han—, así que en el futuro procura tratarme con un poco más de consideración.

A Isolder no le gustó nada el tono de voz que había empleado Han.

—Puedes considerarte afortunado de que esté siendo tan considerado —dijo—. Me encantaría machacarte la cara para hacerte pagar todo lo que has hecho aquí. De hecho, tendrás suerte si no acabo haciéndolo...

Luke estaba observando a Isolder con expresión calculadora.

—Adelante, inténtalo —dijo Han—. Suponiendo que creas que puedes manejarme, claro...

Isolder miró a Chewbacca. Los wookies eran verdaderos especialistas en su altamente peculiar variedad de combate cuerpo a cuerpo, y cuando un wookie desarmaba a un oponente no sólo le quitaba el arma, sino que también le dejaba sin los miembros que le hubiesen permitido volver a empuñarla. Si eso no bastaba para convencerte de que te rindieras, el wookie te arrancaba las piernas a continuación. Isolder quería tener la seguridad de que el wookie no tomaría parte en la pelea. Chewbacca se encogió de hombros y dijo algo en su lengua que sonó como un gimoteo.

—Eh, un momento —dijo Leia—. Ya tenemos bastantes problemas sin necesidad de que empecemos a pelear entre nosotros. Isolder, vine aquí con

Han voluntariamente..., más o menos. Me pidió que le acompañara como amigo, y accedí a hacerlo.

Isolder la miró fijamente. No la creía, y no estaba muy seguro de qué estaba ocurriendo allí. Había visto los holovideos del supuesto secuestro, pero no podía llamar mentirosa a Leia.

—Bueno... Yo... —balbuceó sintiéndose muy incómodo—. Creo que le debo una disculpa, general Solo.

—Estupendo —dijo Han—. Bien, y ahora volvamos al trabajo... ¿Por qué no empiezas intentando dar con una manera de sacarnos de aquí?

—Hay una flota en camino —dijo Isolder—. Deberían llegar a Dathomir dentro de siete u ocho días.

—Cuando dices «flota», ¿de cuántas naves estás hablando? —preguntó Han.

—De unos ochenta destructores —dijo Isolder.

La mandíbula inferior de Han se aflojó de repente y contempló a Isolder con la boca abierta, pero Leia no parecía muy satisfecha.

—Siete días es demasiado tiempo —dijo—. A menos que Augwynne se equivoque, las Hermanas de la Noche atacarán dentro de tres días.

Isolder rodeó a Leia con el brazo.

—Mi androide de astrogación puede pilotar la nave durante un salto —dijo—. Podríamos enviar a Leia a casa.

—No lo creo —dijo Leia—. No estoy dispuesta a irme de aquí sin vosotros. Han, ¿cuánto tiempo tardarías en reparar el *Halcón* si dispusieras de todos los componentes y repuestos que necesitas?

Han hizo unos rápidos cálculos. Taponar la brecha para evitar nuevas pérdidas de líquido refrigerante sólo le exigiría unos cuantos minutos, e incluso se podía echar el refrigerante en los depósitos después de haber despegado. La unidad R2 podía conectarse en un momento para que se encargara de la navegación. Instalar unos generadores de campo antiimpactos nuevos podía exigir dos horas de trabajo. La parte más sencilla sería colocar una nueva ventanilla de conjunto sensor. Eso daba un total de dos horas, si todo el mundo ayudaba y todos trabajaban lo más deprisa posible.

—Dos horas —respondió Han.

—Sugiero que cojamos todo lo que nos hace falta de la nave de Isolder —dijo Leia—, que reparemos el *Halcón* y que salgamos de aquí a toda velocidad.

Isolder contempló el *Halcón* con evidente escepticismo. Comparado con su caza, el *Halcón* resultaba muy grande: tenía cuatro veces su longitud, y con todos aquellos escudos extra y el espacio para la carga debía tener como cuarenta veces la masa de su caza.

—¿Qué clase de generadores de campo antiimpactos estás utilizando? —preguntó.

—Tengo cuatro grupos generadores Nordoxicon del treinta y ocho, y no hay ni uno que pueda funcionar. ¿Qué utilizas tú?

—Tres Taibolt del doce.

Chewbacca soltó un rugido.

—Sí, eso es un auténtico problema —admitió Han—. Bien, ¿qué hay de tu ventanilla de sensores?

—Mide cero coma seis metros de un extremo a otro —respondió Isolder.

—Un poco demasiado pequeña para nosotros —murmuró Han torciendo el gesto—, pero si no queda más remedio siempre podemos soldar unas

cuantas placas encima de mis sensores para eliminar una parte del espacio que ha de cubrir la ventanilla. Eso reduciría un poco la capacidad de nuestros sensores, claro está.

—Sí, creo que funcionaría —dijo Isolder—. Pero ¿de dónde vamos a sacar un generador de campo lo bastante grande?

—¿Podríamos volar sin él, señor? —preguntó Cetrespeó.

—Resultaría demasiado peligroso —replicó Han—. Los ataques con proyectiles no son lo único de lo que debemos preocuparnos: también tenemos que repeler los micrometeoritos. Si un micrometeorito atravesara los sensores, podría acabar con un montón de instrumental altamente sensible.

»Bueno, quizá haya alguna clase de generadores de campo en la prisión —siguió diciendo Han, y alzó las manos hacia el techo—. Un emplazamiento de cañones blindado, los restos de una nave..., algo. Tendré que ir allí a echar un vistazo.

—Si conseguimos encontrar unos generadores, sacarlos de allí será un trabajo para cuatro hombres y quizá necesitemos un centinela para que nos avise por si surgen dificultades —dijo Isolder—. Después también está el problema de transportarlos. Estamos hablando de casi dos toneladas métricas de equipo.

—Siempre podemos preocuparnos de trasladarlo en cuanto los tengamos —dijo Han—. Como mínimo la prisión debería tener algunos trineos antigravitatorios, ¿no?

—Puedes incluirme en la misión —dijo Luke.

—Yo ya estoy incluida —dijo Leia.

Isolder pensó durante unos momentos. No podrían llevarse al wookie a la ciudad, ya que lo más probable era que nadie hubiese visto nunca a uno en aquel planeta aparte de los soldados. Con Cetrespeó ocurría lo mismo, y eso les dejaba escasos de manos. La idea de que Leia se colocara en una situación tan arriesgada no le gustaba nada, pero se les agotaban las opciones. Se volvió hacia Teneniel y le lanzó una mirada suplicante. La bruja parecía estar bastante asustada, pero también parecía haber tomado una decisión.

—Os guiaré hasta la prisión —dijo—, pero nunca he estado dentro. No sé qué buscáis, y no sé dónde encontrarlo.

—¿Y tus hermanas de clan? —preguntó Luke—. ¿Sabes si alguna de ellas ha estado dentro de la prisión?

Teneniel se encogió de hombros.

—Augwynne puede responder a esa pregunta mucho mejor que yo. Iré a buscarla.

Teneniel se fue y volvió unos minutos después acompañada por la anciana.

—Nadie de nuestro clan ha estado dentro de la prisión —dijo Augwynne—, salvo aquellas que se han convertido en Hermanas de la Noche.

Después guardó silencio durante unos instantes que parecieron hacerse muy largos.

—¿Y qué hay de la hermana Barukka? —preguntó Teneniel con voz vacilante—. He oído decir que había renegado.

Augwynne titubeó visiblemente antes de responder, y acabó alzando la mirada hacia Leia.

—Una mujer de nuestro clan se unió a las Hermanas de la Noche, pero las dejó hace poco pagando un gran precio por ello —dijo—. Ahora vive como una de las que han renegado, y ha solicitado volver a unirse a nuestro clan. Quizá podría ayudaros, y deciros dónde se puede encontrar lo que andáis buscando.

—No pareces muy decidida a recomendarnos que la utilicemos como guía —dijo Leia—. ¿Por qué?

—Está luchando para purificarse —respondió Augwynne en voz baja y suave—. Ha cometido atrocidades indecibles que han dejado una gran señal en ella. Ha renegado. Esas personas son... Son inestables, y no se puede confiar demasiado en ellas.

—Pero ¿ha estado dentro de la prisión? —preguntó Han.

—Sí —respondió Augwynne.

—¿Y dónde está ahora?

—Barukka vive en una caverna llamada Ríos de Piedra. Si lo deseáis, puedo enviar a una de nuestras guerreras para que os guíe hasta ella.

—Yo les guiaré, abuela —se ofreció Teneniel poniendo una mano sobre el hombro de Augwynne—. Quizá sería mejor que les llevaras hasta la sala de guerra y ordenases que preparen un almuerzo. Podrías enseñarles el mapa y planear la ruta que seguiremos. Yo haré que algunos niños se ocupen de las monturas. —Se volvió hacia Isolder y le cogió de la mano—. Acompáñame, por favor... —dijo—. Me gustaría hablar contigo.

Teneniel tiró de Isolder como si esperase que le siguiera de buena gana.

Le hizo bajar un tramo de escalones y le llevó por un laberinto de corredores. Se detuvo un momento para coger una jarra de agua, y después le llevó hasta una habitación de pequeñas dimensiones en la que sólo había un catre y un arcón. Un gran espejo de plata colgaba de una pared, con un aguamanil debajo de él.

—Cuando vivía aquí con el clan de la Montaña del Cántico, ésta era mi habitación —dijo Teneniel. Abrió el arcón y sacó de él una túnica de piel de lagarto roja muy flexible y otra verde, y las sostuvo delante de su cuerpo—. ¿Cuál crees que le gustará más a Luke?

Isolder no se atrevió a decirle que la mera idea de vestir pieles de lagarto le parecía francamente bárbara.

—La verde armoniza más con el color de tus ojos.

Teneniel asintió, se quitó la túnica sucia y llena de desgarrones que llevaba con tanta despreocupación como si estuviera sola, se quitó las botas y se puso delante del espejo. Después cogió un trozo de tela y se lavó usándolo como esponja. Isolder tragó saliva. Sabía que los humanos de algunos planetas tenían un concepto del pudor bastante diferente, y la tranquila rapidez con la que se estaba lavando Teneniel parecía indicar que no intentaba exhibirse o excitarle con su desnudez.

—No entiendo tus costumbres —dijo Teneniel mientras se aseaba—. Cuando te capturé ayer por la mañana, pensé que me deseabas y me sentí muy halagada. Te di todas las oportunidades de escapar posibles, y después cogiste la cuerda de la captura con tu mano. Sabía que habías venido en busca de una mujer. Podía sentirlo en ti... —Frunció el ceño y volvió la cabeza para mirarle por encima del hombro—. Pero ahora comprendo que es a Leia a quien tú quieres.

—Sí —dijo Isolder.

Isolder contempló el relieve de los músculos en su espalda. Según los patrones de Hapes, Teneniel no era una mujer hermosa —de hecho, era más

bien poco atractiva—, pero Isolder acabó llegando a la conclusión de que poseía una musculatura fascinante. La joven era decididamente atlética. Isolder había visto muy pocas hapaniañas con una constitución semejante: Teneniel no tenía los músculos compactos y de gran tamaño de una culturista, y tampoco la esbeltez musculosa de una corredora o una nadadora, y su físico era de una variedad más bien intermedia.

—¿Te gusta escalar? —preguntó Isolder.

Teneniel volvió la cabeza y le sonrió.

—Sí —dijo—. ¿Y a ti?

—Nunca lo he probado.

Teneniel se secó con una toalla, se puso la túnica verde, deslizó su larga melena por la abertura del cuello y empezó a peinar sus gruesos rizos.

—Me gusta la sensación de escalar las rocas —dijo—, y el ir quedando cubierta de sudor. Cuando llegas a la cima de la montaña, si hace buen tiempo puedes quitarte las ropa y bañarte en la nieve.

Isolder no se sentía realmente atraído por la chica, pero comprendió que cuando llegara la noche tendría que estar muy cansado para no soñar con ella.

—Sí, supongo que se puede hacer…

Teneniel terminó de peinarse, se ciñó la cabellera con una banda de tela blanca, se volvió hacia él y le sonrió.

—Te devolvería tu libertad ahora mismo, Isolder, pero eso sólo serviría para que fueses capturado de inmediato por alguna otra hermana. Por eso, y hasta que te vayas, creo que será mejor que te devuelva la libertad en todo salvo en las apariencias.

Isolder sabía que Teneniel estaba intentando ser amable con él.

—Eres muy generosa —dijo.

Teneniel le dio un beso de amiga en la frente, volvió a cogerle de la mano y le llevó hasta la sala de guerra.

Leia y los demás formaban un círculo alrededor de un gran mapa moldeado con arcilla y pintado que había sido colocado sobre el suelo. Una hermana de clan estaba trazando una ruta a través de las montañas que les mantendría bastante alejados de los senderos de uso más corriente que podían estar siendo vigilados por las espías de Gethzerion. La ruta les llevaría en una trayectoria tortuosa a lo largo de ciento cuarenta kilómetros de jungla y montañas, y terminaría en el comienzo del desierto donde se encontraba la prisión. Sólo los rancors más fuertes serían capaces de hacer un viaje semejante en tres días.

Isolder miró a Leia. Seguía sin saber muy bien qué pensar. Se preguntaba si Leia estaba realmente bien, y si realmente había sido secuestrada por Han. No parecía estar enfadada con Han o tenerle miedo, pero Isolder no podía imaginarse que Leia fuera capaz de escaparse con Han meramente porque le había apetecido de repente. Se juró solemnemente que si había escogido a Han, la recuperaría de alguna manera. Fue hacia Leia y le cogió la mano. Leia alzó la mirada hacia él, le sonrió y le contempló con ternura, y aunque estuvieron allí diez minutos mientras la bruja iba marcando su ruta, durante esos diez minutos Isolder sólo fue consciente de la curva del cuello de Leia, del color de sus ojos y de la fragancia de su cabellera.

Después de que hubieran comido, Augwynne llevó a Isolder y Luke a un dormitorio en el que estaba sentada una anciana desdentada con finos mechones de cabellos blancos. Estaba envuelta en una manta y roncaba, y

su asiento era un cubo de piedra sobre la que había un almohadón. Dos mujeres ya bastante mayores cuidaban de ella.

—Madre Rell... —le susurró Augwynne poniéndole una mano en el hombro—. Hay dos visitantes que quieren conocerte.

Rell suspiró, abrió los ojos y contempló a Luke con los párpados a medio cerrar. Su piel reseca y marchita estaba salpicada de las manchas púrpuras de la vejez, pero sus ojos brillaban como estanques marrones. La anciana tomó la mano de Luke entre sus dedos con una gran ternura.

—Vaya, pero si es Luke Skywalker —dijo, y sonrió al reconocerle—, el que creó la academia Jedi hace tantos años... —Luke se estremeció, ya que nadie le había dicho su nombre a la anciana—. ¿Qué tal están tu esposa y tus hijos? ¿Se encuentran bien?

—Todos es-estamos muy bi-bien —tartamudeó Luke.

El vello de la nuca de Isolder se había erizado, y experimentó la extraña sensación de estar contemplando una luz muy brillante.

La anciana sonrió como si hubiese esperado aquella respuesta y asintió con la cabeza.

—Estupendo, estupendo... Si tienes salud, ya tienes mucho. ¿Has visto al Maestro Yoda últimamente? ¿Cómo está el viejo rompecorazones?

—Llevo algún tiempo sin verle —respondió Luke.

Los dedos de Rell se aflojaron de repente y sus ojos se opacaron. Parecía haber olvidado que Luke estaba en pie delante de ella.

Augwynne dirigió la atención de la anciana hacia Isolder.

—Luke ha traído a otro amigo para que te vea —dijo Augwynne, y puso los dedos delgados como patas de araña de la anciana sobre la mano de Isolder.

—Oh, es el príncipe Isolder —dijo la anciana, y se inclinó hacia adelante para verle mejor—. Pero creía que Gethzerion te había matado. Si estás vivo, entonces... —Le observó en silencio durante unos momentos, y después su rostro se nubló con una repentina comprensión y alzó la mirada hacia Augwynne—. He vuelto a soñar, ¿verdad? ¿En qué siglo estamos?

—Sí, Madre Rell, has vuelto a soñar —replicó Augwynne con cariñosa afabilidad.

Le dio unas palmaditas en la mano, pero Rell siguió sujetando la mano de Isolder entre sus dedos. Sus pupilas parecieron velarse.

—La Madre Rell tiene casi trescientos años —les explicó Augwynne—, pero su espíritu es tan fuerte que no deja morir a su cuerpo. Cuando yo era pequeña, la Madre Rell solía decirme que algún día llegaría un Maestro Jedi con su discípulo, y que cuando eso ocurriera debía llevarles en seguida ante ella. Me decía que tendría un mensaje para ti, pero en estos momentos no se encuentra muy lúcida. Lo siento.

Augwynne parecía estar un poco tensa e intentó liberar la mano de Isolder de la presa de la anciana. Rell les sonrió a todos, y su blanca cabeza subió y bajó lentamente como una boya en el agua.

—Me ha gustado mucho verte —le dijo a Isolder—. Ven a visitarme otra vez. Eres una chica encantadora, o un chico, o lo que quiera que seas...

Augwynne consiguió que la anciana soltara la mano de Isolder, y sacó a los hombres de la habitación haciéndoles salir a toda prisa.

—Ve el futuro, ¿verdad? —preguntó Luke.

Augwynne asintió mecánicamente. Isolder se sentía extremadamente incómodo, pues si la anciana era capaz de ver el futuro y no se había equivocado, Gethzerion le mataría en algún momento de los próximos días.

—A veces se pierde en él con tanta facilidad como se pierde en el pasado —dijo Augwynne.

—¿Qué más te contó sobre mí?—preguntó Luke.

—Dijo que se dejaría morir después de que vinieras —respondió Augwynne en voz baja—. También dijo que tu llegada significaría el final de nuestro mundo.

—¿Y qué quería decir con eso? —preguntó Luke.

Pero Augwynne se limitó a menear la cabeza y fue hacia la chimenea. Su sirviente echó un poco de sopa dentro de su bol. Luke debía haber visto el miedo en el rostro de Isolder, porque le puso la mano en el hombro.

—No te preocupes —le dijo—. Lo que Rell vio no es más que un futuro posible. Nada está escrito, Isolder. Nada está escrito...

18

Después de almorzar, Teneniel llevó al grupo hasta donde les esperaban sus monturas. El sol del mediodía no parecía calentar mucho, pero los rancors ya se estaban bañando en los estanques que había debajo de la fortaleza y se habían escondido en el fondo dejando asomar sólo sus fosas nasales.

Algunos chicos de la aldea estaban gritando órdenes a los rancors, y cuatro de ellos no tardaron en salir del agua. Los chicos se dispusieron a ponerles petos, y alzaron con bastante dificultad la gruesa coraza hecha de trozos de hueso y fragmentos de armadura unidos entre sí con piel de whuffa. En cuanto les hubieron colocado aquellos protectores, los chicos treparon hasta las placas de hueso de las cabezas de los rancors y ataron las sillas. Las sillas estaban situadas en una depresión no muy profunda que había justo delante de la placa de la cabeza, y eran mantenidas en su sitio mediante cuerdas atadas a los colmillos de las bestias que después pasaban por entre sus fosas nasales terminando en las protuberancias óseas que brotaban encima de la placa de la cabeza. Cada montura llevaba dos sillas.

Leia escogió montar en una vieja hembra, una líder de la manada llamada Tosh sobre cuya piel marrón llena de verrugas crecían los liqúenes y un musgo de un color verde claro. Han le dio un empujón para que Leia pudiera trepar por los nudosos brazos de la hembra hasta llegar a las placas de hueso de su hombro y acabar saltando a la silla. Después Han ayudó a Isolder y Luke a colocar los androides en una de las monturas y asegurarlos con cuerdas. Llevarse consigo a los androides les crearía algunas dificultades, pero necesitarían los sensores de Erredós.

En cuanto hubieron terminado, Teneniel trepó a una montura y Chewie a otra. Han fue hasta la montura de Leia y empezó a buscar algún asidero para trepar, pero Luke fue corriendo hacia él.

—Eh... Verás, Han, esperaba que podría ir con Leia —le dijo—. Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos por última vez, y quería ponerme al corriente... Ya sabes, hablar de unas cuantas cosas con ella.

Leia captó una tensión nada usual en Luke.

—Ni lo sueñes, amigo —dijo Han—. Leia es mía, ¿entiendes? ¿Por qué no montas en ese rancor de ahí? —Movió la cabeza señalando a Teneniel—. Esa chica está loca por ti.

—¿Ella? —replicó Luke—. Oh, creo que son imaginaciones tuyas.

Luke se ruborizó y Leia lo comprendió todo de repente: Luke no se atrevía a ir con Teneniel, pero Leia podía sentir que estaba siendo impulsado en dos direcciones distintas a la vez. La chica le gustaba bastante, pero no quería estar cerca de ella.

—Vamos, no puedes decirme que no te has fijado en ella y esperar que te crea, ¿verdad? —dijo Han—. Quiero decir que... Bueno, esa chica está pero que muy bien construida.

—Sí, ya me he dado cuenta de ello —respondió Luke con un hilo de voz.

—¿Y entonces cuál es el problema? ¿Me estás diciendo que no quieres saber nada de ella? —preguntó Han con incredulidad.

—Nuestros mundos son tan distintos...

—Pero tenéis mucho en común. Los dos habéis nacido en planetas bastante raros y alejados de todo. Los dos tenéis poderes extraños. Tú eres un hombre y ella es una mujer. ¿Qué más necesitas? Créeme, amigo, si estuviera en tu lugar, iría en línea recta hacia ella y le preguntaría si quiere montar en mi rancor.

—Bueno, quizá tengas razón —dijo Luke.

Leia pudo sentir cómo una parte de la tensión abandonaba a Luke. Han casi había logrado convencerle.

—De acuerdo, si no quieres pedirle que monte contigo, entonces quizá debería pedirle que montara conmigo —dijo Han, y alzó la mirada hacia Leia.

—Oh, qué infantil eres! —exclamó Leia—. Estás intentando ponerme celosa, ¿eh? Bueno, pues ese viejo truco no te va a funcionar.

—Eh, te recuerdo que aquí el rechazado soy yo —dijo Han—. Si quieres montar con Su Alteza Isolder, tienes todo el derecho del mundo a hacerlo. —Saludó con la mano a Isolder, quien estaba de pie al lado del rancor de Teneniel—. Pero si decido buscar a alguna hermosa joven para que me consuele mientras voy haciendo colección de calabazas, ¿por qué debería importarte eso?

—No me importa... mucho —dijo Leia—. No eres tú el que me preocupa. ¡Sencillamente no quiero que utilices a otra mujer de esa manera!

—¿Yo? —exclamó Han.

Extendió los brazos y se encogió de hombros en un gesto de incredulidad. Después se volvió hacia Teneniel, pero Luke ya estaba trepando al rancor para sentarse junto a ella. Isolder se había dirigido sigilosamente hacia la montura de Leia, y trepó a toda velocidad por ella para saltar a la silla al lado de Leia.

—Qué lastima, general Solo —dijo Isolder dándole una palmadita a Leia en la rodilla—. Parece que tendrá que montar junto a su peludo amigo el wookie... Pero sé que eso no le molestará, teniendo en cuenta lo bien que se llevan el uno con el otro.

Han fulminó con la mirada a Isolder, y a Leia no le gustó nada la expresión que había en sus ojos. El día no mejoró mucho a partir de aquel momento.

Empezaron avanzando por un sendero que cruzaba la Montaña del Cántico para que los rancors no tuvieran que bajar por un risco de cien metros de altura. Los rancors demostraron ser unas monturas pésimas en muchos aspectos: cuando un rancor miraba a su alrededor, toda la placa de la cabeza de la criatura se movía hacia la derecha o la izquierda o subía y bajaba, dependiendo de la dirección en la que mirase. Si caminaba erguido, su paso torpe y contoneante tendía a crear una cantidad de vibraciones y sacudidas suficiente para hacer caer de la silla a un jinete que no se mantuviera muy atento, y cuando se ponía a cuatro patas y avanzaba a través de la espesura, el mero hecho de mantenerse encima de la silla ya era toda una proeza. En conjunto, montar un rancor demostró no tener nada

que envidiar en cuanto a cansancio a los esfuerzos físicos más duros de la experiencia de Leia, pero al anochecer ya se había convencido de que no se podía viajar por las montañas a menos que se contara con uno.

En dos ocasiones llegaron a grandes desfiladeros que incluso un escalador experimentado habría temido atravesar, pero los rancors se limitaron a hundir sus enormes garras en los viejos orificios y asideros tallados en los riscos y subieron y bajaron por los muros de piedra sin ninguna dificultad. Durante una de esas escaladas, el rancor de Han desprendió un peñasco que estuvo a punto de aplastar a Isolder. El príncipe alzó la mirada hacia Han, y Han intentó disculparse con una débil sonrisa y un «Lo siento».

—¡Tal vez no lo sientas lo suficiente! Si no puedes robármela, ¿no estarás pensando en asesinarme? —preguntó Isolder apretando las mandíbulas.

—Han nunca haría eso. Sólo ha sido un accidente —le aseguró Leia, pero el príncipe siguió observando a Han con el ceño fruncido a pesar de sus palabras.

Isolder guardó silencio durante un buen rato, pero lo rompió cuando su rancor se había adelantado bastante a los demás.

—Sigo sin comprender por qué viniste aquí con Han de esa manera tan repentina —murmuró.

No dijo nada más y no intentó obtener ninguna respuesta de Leia, pero su tono indicaba con toda claridad la frustración que sentía y exigía una respuesta, una respuesta que Leia no quería darle.

—¿Realmente te parece tan extraño que me marchara sin dar explicaciones con un viejo amigo como Han? —preguntó Leia, esperando poder cambiar de tema.

—Sí —dijo Isolder con bastante vehemencia.

—¿Por qué? —preguntó Leia.

—Tiene un temperamento bastante insoportable... —dijo Isolder con voz cautelosa, como si estuviera pensando cada palabra antes de pronunciarla.

-¿Y?

—Es un matón maleducado —concluyó Isolder—. No es lo bastante bueno para ti.

—Comprendo —dijo Leia, intentando impedir que la ira que estaba empezando a sentir se le notara en la voz—. Así pues, el príncipe de Hapes opina que el rey de Corellia es un matón maleducado con un temperamento bastante insoportable, y el rey de Corellia opina que el príncipe de Hapes es una basura. Sí, me parece que tardaréis mucho tiempo en formar una sociedad de admiración mutua...

—¿Me llamó «basura»? —exclamó Isolder, y la sorpresa resultaba evidente en sus rasgos.

Un instante después llegaron a una zona de vegetación muy frondosa en la que un hombre habría necesitado horas para abrirse paso

incluso con una vibro-hoja, pero los rancors se limitaron a atravesar el follaje sin reducir la velocidad. La montura de Isolder avanzó por entre un grupo de árboles. Isolder sujetó una rama para impedir que arañase a Leia, y después la soltó de repente con el resultado de que la rama salió disparada hacia Han y Chewbacca.

—¡Eh, cuidado! —gritó Han.

Isolder le sonrió.

—Quizá debería estar más atento a lo que le rodea, general Solo —dijo—. Nos ha llevado a un planeta muy peligroso que parece estar lleno de toda clase de basura viscosa.

El rostro de Han se oscureció.

—¡No estoy preocupado! —dijo—. Puedo cuidar de mí mismo.

Siguieron avanzando durante la mayor parte de la tarde sin incidentes. Quizá estaban demasiado cansados para discutir. Leia podía oír cómo Luke y Teneniel hablaban en voz baja. Luke la estaba instruyendo en los secretos de la Fuerza, y la chica le contaba cómo había cazado a una bestia con cuernos a la que llamaba drebbin en aquellas mismas montañas. Al parecer las criaturas se alimentaban de rancors, aunque a Leia le resultó bastante difícil imaginarse cómo conseguían cobrar semejantes presas.

A última hora de la tarde llegaron a un río de montaña lleno de rápidos que rugían estruendosamente, y los rancors saltaron a sus aguas y nadaron con largas brazadas. Sus colas flotaban detrás de ellos, y la única parte de su cuerpo que quedaba por encima del nivel del agua eran sus fosas nasales. Leia empezó a canturrear distraídamente, se dio cuenta de que estaba canturreando el estribillo *«Han Solo,/¡menudo hombre!/Solo»,* y se calló de repente sintiéndose bastante incómoda.

Han hizo avanzar su rancor hasta colocarlo junto al de Isolder y Leia, y la miró con una sonrisa de oreja a oreja. Los rancors nadaron el uno al lado del otro durante un momento, y después la corriente empujó al rancor de Han haciendo que chocara con el suyo. Isolder respondió haciendo girar a su rancor y empujándolo contra el de Han, con el resultado de que durante un momento los dos rancors nadaron hombro con hombro estorbándose el uno al otro.

Leia fulminó con la mirada a Isolder y Han.

—¡Estaros quietos de una vez! —gritó.

—¡Ha empezado él! —chilló Han.

Isolder golpeó las aguas con las riendas salpicando a Han.

Teneniel empezó a canturrear detrás de ellos, y un chorro de agua brotó del río y alzó un remolino de espuma marrón a cuarenta metros por los aires. El remolino avanzó hacia el grupo y se desplomó de repente dejando empapados a Isolder y Han. Luke y Chewbacca se echaron a reír, y Leia se volvió hacia la bruja y le sonrió.

—Muchas gracias —dijo—. Quizá algún día puedas enseñarme ese hechizo.

Leia experimentó una repentina sensación de felicidad y deseo, y comprendió que había captado las emociones de Luke. Leia estaba segura de que Luke nunca había sentido algo parecido hacia una mujer con anterioridad, y le guiñó el ojo.

—Acamparemos pronto —dijo Teneniel cuando los rancors hubieron salido del río. Erredós había desplegado el plato de su antena—. Las cavernas están bastante cerca de aquí.

—Erredós no está captando ninguna señal de los imperiales, pero sí ha detectado un nivel considerable de comunicaciones radiofónicas por encima del planeta —dijo Cetrespeó.

Sus ojos dorados brillaban con un resplandor nada natural contra el fondo oscuro del follaje del bosque.

—¿Qué está pasando? —preguntó Luke, y Erredós empezó a emitir silbidos y pitidos.

—Parece ser que varios Destructores Estelares imperiales acaban de salir del hiperespacio muy cerca del planeta, señor —le informó Cetrespeó—. Erredós está intentando contar las naves. Hasta el momento ha detectado señales procedentes de catorce naves distintas.

Leia lanzó una mirada nerviosa al cielo a pesar de que aún había demasiada luz para poder distinguir una nave espacial.

—No debería haber traído un Dragón de Batalla hapaniano a Dathomir —dijo Isolder—. Después de nuestro pequeño ataque, sólo les quedaban dos opciones: reforzar las defensas o largarse. Parece que su plan consiste en traer refuerzos.

Leia estuvo a punto de preguntar cuáles eran las probabilidades de que los hombres de Zsinj detectaran su presencia en el planeta, pero decidió que sería mejor no hablar del tema. No quería dar ningún motivo de preocupación a los otros miembros de grupo, por si se daba la casualidad de que no se les hubiera ocurrido pensar en ello. Pero cuando miró a Han, las arrugas de su frente le revelaron lo que estaba pensando. Los centinelas de la prisión ya habían comunicado su nombre por la radio, y eso quería decir que podían apostar a que los hombres de Zsinj sabían que Han estaba vivo y que se encontraba en Dathomir. Aparte de eso, había una recompensa por la cabeza de Han, como la había por la de cualquier oficial valioso de la Nueva República. La única pregunta a responder era si Zsinj estaba lo suficientemente interesado en él como para quebrantar su propio interdicto y enviar una nave al planeta.

Leia miró a Isolder.

—Creo que tienes razón. No me gusta nada la idea de tener a todos esos destructores sobre nuestras cabezas... —Las posibilidades de que los sensores de las naves pudieran detectar los circuitos electrónicos de los androides eran bastante escasas, pero aun así era algo que podía llegar a ocurrir—. Vayamos a esas cavernas y escondámonos en ellas durante un rato —añadió Leia.

Menos de diez minutos después Teneniel ya les había hecho subir por una ladera y avanzar a través de la arboleda hasta que llegaron a un agujero medio oculto por una retorcida masa de tallos y lianas rojizas llenas de flores blancas que desprendían un olor acre. Teneniel bajó de su rancor y entró en la caverna.

—¿Barukka? —gritó—. ¿Barukka?

Pero nadie respondió a su llamada. Teneniel permaneció inmóvil durante un momento, obviamente nerviosa, y después cerró los ojos y empezó a canturrear.

—No puedo captar su presencia en ningún lugar de los alrededores —dijo cuando volvió a abrir los ojos.

—¿Cómo vamos a obtener información sobre la prisión si no damos con ella? —preguntó Cetrespeó—. ¡Examina la zona en busca de formas de vida, Erredós!

Erredós lanzó un silbido y empezó a mover el plato de su antena a lo largo del horizonte.

Teneniel metió la cabeza en la entrada de la caverna para echar un vistazo, entró en ella y salió unos instantes después.

—Hay unas cuantas ropas y algunos cacharros de cocina —dijo—. Parece como si se hubiera marchado hace varios días.

—Estupendo —dijo Han—. ¿Dónde puede haber ido?

—Quizá haya ido a cazar —sugirió Teneniel—, o tal vez se haya unido a las Hermanas de la Noche. Barukka está pasando por una época muy peligrosa... Ha renegado, y se supone que debe permanecer aquí, viviendo en soledad y examinando su pasado y su futuro; pero suele ocurrir que la soledad acabe resultando insoportable.

El cielo estaba empezando a oscurecerse, y el sol ya había iniciado su descenso hacia el horizonte.

—Acamparemos aquí—dijo Luke—. Es un buen sitio para esperarla.

Llevó a su rancor hacia la oscuridad, y Teneniel empezó a colocar piedras formando un semicírculo alrededor de la entrada de la caverna, aparentemente para dar a entender que se encontraba ocupada. Leia no estaba muy segura de a qué podía deberse, pero la mera idea de entrar allí ya le resultaba inquietante. Tenía la sensación de estar violando la intimidad de Barukka.

Isolder guió a su rancor hacia las sombras. Una vez dentro, las cavernas resultaron ser un resplandeciente país de las maravillas de estalactitas y estalagmitas con incrustaciones de granate en tonos de citrino pálido veteadas por ribetes de marfil y verde metálico. Parecía como si estuvieran rodeados de mares que salpicaban todo lo que había a su alrededor, y Leia comprendió por qué las brujas habían decidido ponerle de nombre Ríos de Piedra. El techo de la caverna quedaba a tal altura que los rancors habrían podido subirse los unos encima de los otros. El agua fluía por las oquedades en forma de un riachuelo de angosto cauce.

Teneniel sacó algunos troncos de un escondite que había junto a la entrada, y Han les prendió fuego con su desintegrador. Durante el día el grupo había permanecido discretamente alerta mientras avanzaba, y todos habían vigilado los alrededores para detectar cualquier posible partida de exploración enviada por las Hermanas de la Noche. Por fin podían hablar, pero Leia descubrió que estaba demasiado cansada.

Sin embargo, los rancors no parecían estar cansados. Se acurrucaron alrededor del fuego con sus impresionantes petos hechos de huesos y uniformes de las tropas de asalto, y se calentaron los nudillos acercándolos a las llamas mientras dejaban escapar gruñidos ahogados. Tosh habló con los más jóvenes gesticulando con sus garras, y la luz del fuego bailoteó sobre sus dientes y las placas de hueso cubiertas de verrugas de sus hombros.

Chewbacca se hizo un ovillo sobre una colchoneta y se durmió. Los androides fueron a la entrada de la caverna para que Erredós pudiera inspeccionar los alrededores con sus sensores. Han se fue a explorar el fondo de la caverna con una linterna. Luke y Teneniel hablaban en voz baja mientras la joven ponía unas cuantas nueces verdes de gran tamaño entre las ascuas para que se fueran asando dentro de sus cascara. Isolder había apoyado la espalda en un pilar rocoso cubierto por incrustaciones de granate, y estaba jugueteando con su desintegrador.

Los rancors dejaron escapar un suspiro quejumbroso, y Teneniel movió la cabeza señalando a Tosh.

—Está contando a sus hijos el primer encuentro entre sus antepasados y las brujas —explicó—. Dice que una hembra enferma se tropezó con una bruja que la curó, y que luego la bruja montó sobre la espalda de aquella hembra y aprendió a hablar la lengua de los rancors. Ir montada en la espalda de la hembra permitió que la bruja pudiera localizar la comida mucho mejor gracias a sus agudos ojos que ven bien incluso a la luz del día,

y aquella hembra de rancor fue creciendo gracias a que se alimentaba mejor y acabó siendo enorme. Con el tiempo llegó ser una madre de manada, y sus manadas prosperaban mientras que otras morían. Por aquel entonces los rancors no sabían fabricar armas tan buenas como las lanzas o las redes. No sabían cómo protegerse a sí mismos mediante las corazas. Tosh dice que las brujas les enseñaron cosas tan maravillosas que los rancors siempre deben querer a las brujas y servirlas, incluso cuando les pedimos cosas tan irrazonables como que nos lleven a través de las tierras salvajes o que se enfrenten con las Hermanas de la Noche.

Leia contempló a Teneniel con expresión pensativa, y comprendió que la joven debía haber percibido la curiosidad que le inspiraban los rancors.

—Creo que Tosh ama a tu gente —dijo Leia.

Teneniel asintió y alzó una mano para rascar la pata trasera de la hembra de rancor.

—Sí —dijo Teneniel—. Tosh está muy agradecida porque su manada es cada vez más grande, pero no hay ningún rancor al que le gusten las Hermanas de la Noche.

—Antes me explicaste que los rancors nunca servirían a las Hermanas de la Noche —dijo Luke—. ¿A qué se debe eso?

—Las Hermanas de la Noche los tratan muy mal, como si fueran meros esclavos, y los rancors siempre acaban huyendo de ellas.

—Encuentro muy interesante que tratéis a vuestros rancors como amigos, y que en cambio tratéis a los hombres como esclavos

—dijo Isolder—. Tenéis una estructura de poder muy interesante con los hombres en el nivel más bajo, pero la verdad es que todo eso me parece bastante bárbaro.

—A menudo resulta mucho más fácil ver la barbarie en otras culturas que en la tuya —dijo Luke—. Las brujas han construido una jerarquía basada en el poder, al igual que hacen muchas culturas.

Isolder asintió.

—Por ejemplo, todo el concepto del gobierno basado en el derecho de nacimiento siempre me ha parecido francamente bárbaro —dijo Leia—. ¿No opinas lo mismo, Isolder?

—Es una afirmación bastante extraña viniendo de ti, princesa —dijo Isolder—. Procedes de una familia que se ha ido reproduciendo y adiestrando durante generaciones para mandar y dirigir a los demás. Creo que debes dirigir a los demás y que toda tu gente lo sabe, y me parece que es lo más justo y adecuado. Tu trono y tu título se han convertido en poco más que un honor simbólico, pero incluso así tu pueblo sigue pidiéndote que actúes como embajadora de Alderaan.

—¿Estás afirmando que no somos líderes por derecho de nacimiento, sino porque heredamos esas dotes y capacidades? —preguntó Leia con cierta consternación—. Me parece una teoría muy poco sólida.

—No, no lo es —afirmó Isolder—. Criamos animales para obtener inteligencia, belleza y velocidad. Entre los carnívoros sociales, quienes ejercen el liderazgo en el grupo suelen aparearse con quienes tienen más fuerza e inteligencia. El resultado es que normalmente su progenie «hereda» una posición dominante en su grupo, si es que quieres expresarlo de esa manera.

—Aunque admitiese que tienes razón en ese punto —dijo Leia—, la verdad es que todo esto no tiene ninguna relación con el comportamiento humano. Los humanos no son carnívoros sociales.

Isolder volvió la mirada hacia las sombras.

—Si conocieras un poco mejor a mi madre, creo que estarías totalmente de acuerdo conmigo en que sí lo son.

Leia se preguntó por qué habría dicho aquello.

—Bueno, no cabe duda de que muchos grupos de humanos se consideran carnívoros sociales —dijo Luke—. Basta con fijarse en un pelotón de pilotos, y no podrás evitar el ver algo muy parecido a esa actitud. Después están los señores de la guerra, naturalmente...

—Y las Hermanas de la Noche —dijo Teneniel.

—¡No puedo creer que no compartas mis puntos de vista en esta discusión, Luke! —exclamó Leia—. Eres la persona más amable y bondadosa que he conocido en toda mi vida.

—Lo único que estoy diciendo —replicó Luke sin alterarse y sin levantar la voz— es que Isolder quizá tenga razón por muy desagradable que eso pueda sonarnos a ti y a mí. Inteligencia, carisma, capacidad para tomar decisiones y actuar con firmeza... Es muy probable que todos esos rasgos tengan componentes genéticos, y mientras esos rasgos sigan transmitiéndose y reforzándose mediante la reproducción, el perpetuar un linaje de líderes quizá no sea tan mala idea después de todo.

—Pues yo creo que es una idea espantosa —dijo Leia—. Tú mismo lo has visto, Isolder. Has visto comerciantes de tu planeta que eran tan capaces de dirigir a los demás como tú.

Isolder titubeó unos momentos antes de responder.

—Sospecho que podrían ser buenos líderes y no cabe duda de que son líderes en el comercio, pero no estoy muy seguro de que se les deba permitir que dirijan gobiernos.

—¿Cómo puedes no estar seguro? —preguntó Leia.

—Nuestros líderes comerciales tienden a medirlo todo en términos de crecimiento, beneficios y resultados tangibles. He visto mundos dirigidos y controlados por comerciantes, y se preocupan muy poco por aquellas personas a las que ven como un lastre para la economía: los artistas, los sacerdotes, los enfermos... Creo que prefiero que esos líderes se ocupen de sus negocios.

—Te estás quejando de que entre los hombres de negocios predomina una actitud materialista, y sin embargo, hace unos momentos afirmaste que tu madre es una depredadora —dijo Luke—. ¿Qué diferencia hay entre ella y alguien que se mueve en el mundo de los negocios?

—Mi madre fue una buena líder para su época —dijo Isolder—. La República se estaba desmoronando. Necesitábamos a alguien brutal para que mantuviera alejado al Imperio, y cuando fuimos incapaces de seguir manteniéndoles a raya, necesitamos a alguien que fuese lo bastante fuerte para mantener unidos nuestros mundos impidiendo que cedieran a la presión del gobierno imperial. Mi madre fue la persona que necesitábamos en ambas ocasiones, pero sus tiempos ya han pasado. Ahora necesitamos una Reina Madre que sea lo bastante fuerte para mantener a raya a mis tías, pero que también sea lo bastante comprensiva y flexible para poder gobernar mediante la bondad.

Teneniel seguía rascando la pata de Tosh, y la enorme bestia se fue inclinando hacia ella buscando sus caricias.

—No afirmo haber comprendido todos vuestros argumentos —dijo de repente—, y sin embargo nos llamáis bárbaras porque las mujeres gobernamos este mundo y vosotros los hombres carecéis de poder en él.

Pero si sois gobernados por una Reina Madre, ¿cómo podéis ser menos bárbaros que nosotras? Los hombres no tienen ningún poder ni en un mundo ni en otro. ¿Dónde está la diferencia entonces?

—En cierto sentido, yo ostento el poder máximo y definitivo —dijo Isolder—. Sólo soy un hombre, cierto, pero soy quien elige a la próxima Reina Madre.

Leia apretó los dientes. Era el mismo argumento totalmente estúpido que se les ocurría a las personas oprimidas en cualquier sociedad. De una manera o de otra, esas personas se acababan consolando a sí mismas diciéndose que ejercían un cierto grado de control a pesar de que lo dejaran en manos de otras personas. Discutir con gente que estaba tan inmersa en su propia cultura solía resultar imposible.

Pero Leia comprendió que había otra cosa que la enfurecía, y era el hecho de que daba la casualidad de que reunía todos los requisitos enunciados por Isolder para ser la Reina Madre perfecta. Isolder afirmaba amarla, y era uno de los hombres más atractivos que había visto en toda su vida; pero quizá fuese una de aquellas personas que sólo se permitían enamorarse cuando encontraban a quien reunía las cualidades necesarias. Si ése era el caso, entonces Leia no estaba muy segura de cuáles eran sus sentimientos al respecto.

Quizá Teneniel tuviera la respuesta adecuada. La joven se limitó a mirar a Isolder y se echó a reír.

—Yo escogeré a la próxima Reina Madre —dijo con voz burlona, imitando sorprendentemente bien el acento de Isolder—. ¡Tengo todo el poder! —Le lanzó una sonrisa llena de malicia por encima del hombro mientras seguía rascando al rancor, y volvió a reír—. ¡Ah, qué tonto eres!

Y de repente Han empezó a gritar y a disparar su desintegrador en el fondo de la caverna. Luke se levantó de un salto y cogió su espada de luz.

—¡Hay un monstruo en la laguna! —gritó Han mientras corría hacia la hoguera con el desintegrador todavía humeando en su mano—. ¡Es grande y verde, y tiene tentáculos! Ha intentado devorarme…

—Oh, sí —dijo Teneniel—. Me había olvidado de ella.

—¿Quieres decir que sabías que había un monstruo ahí, y que no me hablaste de él? —gritó Han.

—Las hermanas del clan la pusieron allí hace varios años —dijo Teneniel—. Pensamos que cuando fuese lo bastante grande sería un auténtico banquete para los rancors.

Teneniel dio unas palmaditas en el flanco de Tosh y le susurró algo al oído. La hembra de rancor la contempló sin moverse durante unos momentos con una luz salvaje ardiendo en sus ojos. Después lanzó un rugido, y el pequeño rebaño de rancors echó a correr hacía la laguna. Los humanos se acercaron un poco más a la hoguera y empezaron a comer nueces asadas.

El calor de las llamas resultaba muy agradable, y siguieron hablando en voz baja durante unos minutos hasta que el último rayo de sol se hubo desvanecido, y la caverna se volvió más oscura y pareció encogerse a su alrededor. Leia se sintió bastante a gusto durante un rato, pero de repente el corazón le empezó a latir a toda velocidad y notó una terrible sensación de ahogo y asfixia. Se puso en pie y miró hacia atrás. Había una mujer vestida de negro con un gran báculo en la mano inmóvil en la entrada de la caverna.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Barukka, y fue hacia la luz de la hoguera.

Cuando Leia la había visto por primera vez, el báculo había hecho que la mujer pareciese ser una anciana y estar enferma, pero en cuanto estuvo un poco más cerca Leia pudo ver que Barukka era joven, y que quizá no tuviera más de treinta años. Aun así, Leia pudo sentir el aura de poder oscuro que la envolvía, algo indefinible que la hacía parecer consumida y carente de edad. Los penetrantes ojos azules de Barukka eran agudos e inteligentes, y la mujer les observó con recelo desde debajo de su capuchón.

—Debo advertiros de que he renegado, y que habéis entrado en mi casa —dijo—. No puedo daros la bienvenida ni ofreceros cobijo.

—Entonces quizá nosotros podamos darte la bienvenida, y ofrecerte cobijo y algo de cena —dijo Luke.

—Por favor, Barukka-----dijo Teneniel—. ¡Hemos venido en busca de tu ayuda!

Barukka no había entrado en el círculo de luz de la hoguera, y les observaba como si fuese un animal salvaje. Su rostro estaba lleno de morados y arañazos.

—Corréis peligro —dijo por fin—. Gethzerion ha reunido a las Hermanas de la Noche para la guerra. Puedo sentir su llamada, y siento cómo tira de mí… Sois sus enemigos.

La voz de Barukka sonaba extrañamente distante y pensativa, como si estuviera examinando sus propias emociones.

—Pero no somos tus enemigos —dijo Luke.

—La madre Augwynne me dijo que habías solicitado volver a unirte al clan de la Montaña del Cántico —dijo Teneniel—. Nos gustaría poder volver a darte la bienvenida como hermana de pleno derecho algún día.

—Sí —dijo Barukka en el mismo tono distante de antes—. Ha escogido abandonar el clan de las Hermanas de la Noche.

Habló como si se estuviera refiriendo a otra persona, alguien que no se encontraba en la caverna, y Leia comprendió que aquella mujer había perdido la razón.

—Tú elegiste abandonar a las Hermanas de la Noche —dijo Teneniel.

—Sí —susurró Barukka, como si acabara de recordarlo.

—¿Nos ayudarás? —preguntó Teneniel—. Tenemos que ir a la prisión y encontrar algunas piezas para una nave. ¿Puedes decirnos dónde debemos buscar?

Barukka permaneció inmóvil durante un momento interminable con el ceño fruncido en una profunda concentración. Después empezó a temblar.

—No, no puedo —murmuró por fin.

—¿Por qué no puedes? —preguntó Luke—. Gethzerion no tiene ningún poder sobre ti.

—¡Sí lo tiene! —casi gritó Barukka—. ¿Acaso no puedes oír cómo me llama? ¡Me persigue! ¡Me acecha y me acosa incluso ahora!

—¿Te está llamando? —preguntó Luke—. ¿Oyes su voz dentro de tu cabeza?

—Sí —dijo Barukka.

—¿Y qué te dice?

—Me insulta y me maldice —respondió Barukka—. A veces la oigo durante la noche, como si estuviera de pie junto a mi lecho…

—Debéis haber estado muy cerca la una de la otra —dijo Luke.

—Gethzerion es su hermana —dijo Teneniel.

—Barukka, ella era tu hermana —dijo Luke en voz baja y suave—, pero esa parte de ella que amabas o se ha esfumado o está escondida a una gran profundidad.

Barukka clavó la mirada en el suelo durante unos instantes como si estuviera contemplando las entrañas del planeta, y después alzó los ojos hacia Luke.

—¿Quién eres? —preguntó—. Eres más de lo que pareces. Siento tu presencia...

—Es un Caballero Jedi llegado de las estrellas... —dijo Teneniel.

—¡Que ha venido para acabar con nuestro mundo! —siseó Barukka con repentina ferocidad—. ¡Sí! ¡Sí! ¡La prisión! ¡He estado allí!

Empezó a girar sobre sí misma y a emitir siseos y resoplidos ahogados. Dirigió el extremo de su báculo hacia el suelo de la caverna y lo hizo girar. Leia sintió que el miedo aceleraba su pulso, y de repente comprendió que aquellos sonidos eran palabras y que formaban un encantamiento. El suelo onduló a los pies de Barukka, y empezó a subir para formar una cadena de montañas en miniatura que llegaban hasta sus rodillas y que se extendía desde un extremo de la caverna hasta el otro. El polvo se arremolinó en un torbellino oscuro, y unos edificios surgieron de la nada a los pies de Barukka: encajado entre las montañas había un edificio de seis lados, con un gran patio en el centro. Bloques de celdas ocupaban el lado interior de cada pared, y las ventanas y las puertas diminutas eran visibles con todo detalle. Pequeñas torres de vigilancia redondas se alzaban en cada ángulo de la prisión, y androides centinelas perfectamente modelados giraban en sus asientos montando guardia con sus desintegradores en miniatura. En un extremo había caminantes imperiales reducidos a la escala de juguetes que vigilaban aquella zona, siluetas hechas de polvo que caminaban en un ir y venir imposible por toda aquella explanada. Unos cobertizos aparecieron de repente cerca de ellos y, finalmente, una torre solitaria más grande que las otras brotó del suelo cerca de la prisión, con una pasarela de tierra que cruzaba el aire yendo desde los niveles superiores de la prisión hasta el extremo superior de la torre. Al otro lado de la prisión, el polvo se agitaba formando olas como si acabara de crear un pequeño lago.

Chewbacca lanzó un rugido atemorizado y extendió un brazo señalando las diminutas figuras humanoides hechas de polvo que recorrían los perímetros de la prisión, algunas con el uniforme de las tropas de asalto, otras con las capas de las brujas. Barukka se alzó sobre su creación con el sudor corriéndole por la cara y la respiración jadeante y entrecortada. Tenía los ojos vidriosos, y la luz de la hoguera bailaba y centelleaba en ellos. Leia comprendió que sólo un gran acto de concentración podía permitir que la mujer manipulara el polvo de aquella manera. Era un talento que se encontraba mucho más allá de cualquier cosa que le hubiera visto hacer jamás a Luke, y la asustó. Si Barukka era capaz de hacer aquello, ¿qué clase de poder tenían otras Hermanas de la Noche?

—Ésas son las entradas de la prisión —dijo Barukka, señalando puertas al este y al oeste del edificio—, y ahí están sus guardianes. —Hundió el extremo de su báculo en las torres de vigilancia con su báculo, destruyó los caminantes imperiales y aplastó un puesto de avanzada situado en el confín oeste del desierto—. Gethzerion lleva mucho tiempo intentando montar una nave para poder escapar —siguió diciendo Barukka— y guarda los sistemas y componentes ahí, en el sótano que hay debajo de su torre.

El extremo del báculo se incrustó en la base de la torre.

Han y Luke se acercaron al mapa viviente y lo estudiaron con expresiones pensativas.

—Esa torre está demasiado vigilada para que podamos acercarnos por terreno descubierto —dijo Han—. De hecho, toda la zona este del valle no ofrece ningún refugio...

Se volvieron hacia el lago del oeste de las colinas.

—Yo diría que nuestra mejor posibilidad es cruzar las colinas al norte o al sur —dijo Luke— y después llegar a la prisión por la parte de atrás. En cuanto estemos dentro, podremos atravesar los bloques de celdas sin demasiados problemas y usar la pasarela para llegar hasta la torre.

—Sí —dijo Han—. Y tienen un aerodeslizador y un par de motos aéreas aparcadas delante de la prisión... En cuanto hayamos obtenido los componentes, deberíamos poder cargarlos en esos vehículos y escapar.

En lo alto de la torre la silueta diminuta de una Hermana de la Noche cruzó un umbral, y se detuvo con el rostro alzado hacia el cielo durante un momento como si clavara la mirada directamente en el rostro de Barukka.

—¡Gethzerion! —gritó Barukka, y giró sobre sí misma y aplastó la figura con su báculo.

La perfecta réplica viva de la prisión se desmoronó sobre la arena y Barukka cayó de rodillas sollozando. Luke fue hacia ella, le puso una mano en el hombro y después la abrazó con extrema delicadeza.

—Todo va bien —le dijo—. Ya no te hará daño nunca más... Nunca más volverá a hacerte daño.

Barukka alzó la mirada hacia él, y Luke vio que su rostro era una masa de morados purpúreos.

—Pero ¿qué hay de mí? —exclamó—. ¿Cuándo curarán mis cicatrices?

Luke le acarició el rostro.

—Quienes utilizan el lado oscuro de la Fuerza suelen hacer más daño a los demás que a sí mismos —le dijo con dulzura. Después deslizó sus dedos sobre los morados, y la hinchazón empezó a disminuir de inmediato—. Siéntate a mi lado esta noche y podremos iniciar tu curación —añadió.

Aquella noche Leia pasó mucho rato estirada sobre una manta. El estribillo *«Han Solo,/¡menudo hombre!/Solo»* se repetía una y otra vez en su mente hasta que sintió un deseo casi incontenible de emprenderla a martillazos con Cetrespeó. ¿Habría sabido que iba a afectarla de aquella manera? ¿Sabía que quedaría grabado en su mente y se repetiría continuamente, con tal insistencia que Leia acababa creyendo que iba a ponerse a gritar de un momento a otro?

Intentó calmarse escuchando a Luke mientras instruía a Teneniel, Barukka e Isolder.

—El Jedi utiliza la Fuerza sólo para el conocimiento y la defensa, nunca para hacer daño u obtener poder.

—Pero en el caso de los hechizos de nuestros clanes, las palabras de los hechizos son las mismas tanto si queremos lanzarlos en nombre de la luz como en nombre de la oscuridad —argumentó Teneniel—. ¿Cómo podemos saber si los estamos utilizando de la manera correcta?

—No son las palabras las que os dan poder, sino vuestras intenciones —replicó Luke—. Cuando conserves la calma y te sientas en paz, cuando seas compasivo y justo con aquellos que se convierten a sí mismos en tus enemigos..., entonces sabrás que estás utilizando correctamente la Fuerza.

Pero si te rindes al odio, a la desesperación o a la codicia, entonces te estás entregando al lado oscuro y éste acabará dominando tu destino y te controlará.

—Tengo amigas entre las Hermanas de la Noche —dijo Teneniel—. De niña jugaba con Grania y Varr, y les tenía un gran afecto. Incluso Gethzerion me hizo regalos durante la Fiesta del Invierno... Sólo hace siete años que la expulsamos de nuestro clan. No puedo pensar en todas ellas como si estuvieran perdidas para siempre...

—Quizá puedas recuperar a algunas de ellas salvándolas del lado oscuro —dijo Luke—. Si sientes que aún hay algo de bueno en ellas, entonces debes despertarlas a ese bien si puedes; pero no te dejes engañar. El lado oscuro puede ser casi irresistible, y algunas personas dan la espalda del todo a la luz y se convierten en agentes del mal. Si puedes, recuerda el bien que había dentro de ellas en el pasado y ámalas por ello, pero no permitas que eso influya demasiado en ti. Los agentes del mal rara vez se revelan voluntariamente.

—Dijiste que las personas que siguen los dictados del lado oscuro pueden ser recuperadas para la luz, pero... ¿Qué ocurriría si tú mismo llegaras a quedar contaminado? —preguntó Barukka en voz baja—. ¿Cómo puedes liberarte a ti mismo?

—Si eso llega a ocurrir, entonces debes alejarte del lado oscuro con todo tu corazón. Renuncia a tu ira, renuncia a tu codicia, renuncia a tu desesperación...

Leia miró a Barukka y vio que la mujer tenía el ceño fruncido y que una lágrima brillaba en su ojo. Leia no podía ni imaginar los pensamientos que estaban pasando por la mente de la mujer, pero aun así agradeció no tener que enfrentarse a los problemas que padecía Barukka.

Luke alargó la mano, rozó el mentón de Barukka con los dedos y se lo alzó con gran delicadeza.

—Y, con el tiempo, debes renunciar a tu culpa —murmuró.

19

—Gethzerion no está con ellos —afirmó Teneniel con absoluta seguridad al atardecer siguiente.

Estaban en las colinas y contemplaban la prisión. La joven movió la cabeza señalando una larga fila de soldados y caminantes imperiales que avanzaban a través de las planicies marrones como una bandada de enormes y desgarbados pájaros metálicos. No se lo había dicho a nadie, pero Teneniel habría preferido que Gethzerion hubiese estado con el pequeño ejército. Pensar que iba a entrar en el complejo de la prisión no sabiendo si podía encontrarse con Gethzerion en cualquier esquina no le resultaba nada agradable. Las llanuras que rodeaban al complejo parecían estar muy secas. Lo que era un lago durante el invierno se convertía en una llanura durante el verano. Retazos de juncos crecían alrededor de los numerosos agujeros embarrados donde los peces gurra se habían enterrado en el lecho del lago, acumulando el agua durante el mayor tiempo posible.

—He contado unos ochenta caminantes imperiales y puede que unos seiscientos soldados —dijo Isolder—. Es una lástima que no tengamos ninguna forma de enviar un mensaje a las hermanas del clan.

—Puedo enviar un mensaje —dijo Teneniel. Cerró los ojos, y medio murmuró medio canturreó el hechizo para hablar a grandes distancias—. Augwynne, escucha mis palabras, ve con mis ojos... —dijo-. Éstas son las fuerzas que las Hermanas de la Noche envían contra ti.

Teneniel experimentó la familiar sensación de contacto con Augwynne que no le exigía ningún esfuerzo, y permitió que viera a los imperiales en movimiento a través de sus ojos.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en llegar a la Montaña del Cántico? —preguntó Isolder.

Teneniel rompió el contacto.

—Dos días —dijo—. Deberíamos volver antes de que lleguen.

Estaban en la cima de una colina, ocultos por las grandes hojas verdes en forma de abanico de un frondoso matorral de hierba-cera. Las luces de la prisión brillaban como estrellas en el horizonte, a ocho kilómetros de distancia de ellos. Una torre artillera que parecía hecha de cristal brotaba del suelo como un espino gigantesco. Las paredes de acero negro de la prisión se acurrucaban sobre las verdes colinas. Teneniel murmuró un hechizo muy sencillo para hacer más aguda su vista y examinó la prisión. Pudo ver a varias brujas vestidas con sus ondulantes capas negras fuera de la fortaleza. Los androides guardianes giraban constantemente sobre las torres que coronaban los muros de la prisión y la ciudad resplandeciente, cubriendo toda la extensión del complejo con sus armas. Un vehículo de gran tamaño flotaba en el aire delante de los edificios. La prisión ofrecía un aspecto idéntico al del modelo que les había mostrado Barukka.

Luke cogió los macrobinoculares de su cinturón de armas y herramientas.

—Sólo tienen un transporte fuera, y el aerodeslizador no está. Veo unos cuantos grupos de sensores en las torres, nada demasiado sofisticado... Aun así, Erredós y Cetrespeó tendrán que quedarse aquí. No podemos correr el riesgo de que detecten sus componentes electrónicos. Este sitio es una prisión, por lo que debemos suponer que cuentan con un sistema completo de biosensores. Si queremos entrar sin que se enteren, tendremos que mantenernos fuera de su alcance el máximo de tiempo posible y movernos hacia las colinas trazando un círculo en dirección sur. La roca nos ocultará en cuanto hayamos llegado allí.

Erredós empezó a silbar y a moverse de un lado a otro.

—Señor, Erredós está captando comunicaciones entre las naves estelares de Zsinj y la prisión —tradujo Cetrespeó.

—Bueno, ¿y qué dicen? —preguntó Han.

—Me temo que las transmisiones están en código —respondió Cetrespeó—, pero el código parece estar basado en uno que la Alianza Rebelde descifró hace varios años. Si me da unas cuantas horas, quizá consiga descodificarlas.

—Lo siento, Cetrespeó —dijo Luke—. Me gustaría saber qué estan diciendo, pero no podemos esperar tanto tiempo. ¿Por qué no te dedicas a trabajar en eso hasta que haya regresado?

—Muy bien, señor —dijo Cetrespeó—. Consagraré todos mis recursos a la tarea.

—Estupendo —dijo Luke—. Bien, Chewie, cuida de los androides... No tardaremos mucho en volver a vernos.

Chewbacca gruñó y le dio palmadas en la espalda a Han mientras se despedían. Teneniel quitó las sillas de montar y las riendas a los rancors y les dijo que fueran a cazar al bosque. Como ocurría siempre en Dathomir, el sol cayó de repente hacia el horizonte, y Han, Leia, Luke, Isolder y Teneniel avanzaron por la llanura bajo la luz purpúrea del crepúsculo manteniendo los juncos entre ellos y las torres de la ciudad. Teneniel susurró hechizos para agudizar su sentido de la vista y del oído, pero durante los primeros minutos el único sonido que pudo captar fue el graznido ocasional de un lagarto o el chapoteo de los peces gurra en sus agujeros embarrados, hasta que de repente oyó rugir a Tosh en la lejanía, una llamada solitaria y quejumbrosa que se despedía de ellos y les deseaba que todo fuese bien.

Se dirigieron hacia las desnudas colinas del sur, y llegaron a ellas después de dos horas de viaje justo cuando la primera de las pequeñas lunas de Dathomir empezaba a subir en el cielo, y después avanzaron en dirección norte atravesando las cañadas y hondonadas. Las rocas y el suelo reflejaban la débil luz plateada de la luna y todavía irradiaban el calor seco del día, pero un viento fresco procedente de las montañas ya había empezado a susurrar por entre los tallos de hierba muerta. En una cañada se encontraron con un par de criaturas con cuernos que estaban saliendo de la arena, y Luke se detuvo. Los saurios agitaron sus colas llenas de espigones óseos, pero no parecían lo bastante asustados como para luchar, y en vez de enfrentarse al grupo lo que hicieron fue esconder las cabezas en sus caparazones blindados, sacudirse los últimos restos de tierra que les

quedaban encima y alejarse hacia una colina y los cañaverales para cenar y beber.

Poco después el grupo dobló un recodo en un cauce seco y se encontró con el puesto de guardia, una torre cubierta pintada de blanco que tendría unos quince metros de altura. La torre terminaba en una plataforma sobre la que había dos sillas y una montura para un cañón desintegrador, pero el cañón había sido quitado de la montura y no había nadie estacionado en el puesto de guardia.

—¿Qué crees que está pasando? —preguntó Luke—. ¿Dónde están los centinelas?

—Vimos a muchos soldados alejándose de la prisión —dijo Han—. Quizá se hayan quedado con un mínimo de efectivos y hayan tenido que retirar algunos centinelas de sus puestos.

—No —dijo Luke—. Echa un vistazo al grupo de sensores de esa torre... El plato está lleno de óxido. —De repente se dio cuenta de que ninguno de los demás podía haber percibido aquella clase de detalle en la oscuridad. Luke estaba forzando sus sentidos Jedi al máximo—. Creo que ya no utilizan este puesto, y me parece que llevan años sin tener un centinela en él. Pensad un poco: después de que el Emperador dictara su interdicto, todos se convirtieron en prisioneros. Aunque alguien consiga escapar, en realidad no puede ir a ningún sitio...

—Aun así, no querrán que los asesinos y los matones anden sueltos por ahí —dijo Luke.

Había algo equivocado en su pensamiento y Luke intentó descubrir qué podía ser, pero en aquellos momentos tenía que concentrar la atención en otras cosas.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo, y suspiró—. Vamos a ver qué podemos averiguar.

Empezó a avanzar por el cauce seco y dejó atrás la torre de vigilancia. Un instante después salieron del cauce y se encontraron con un gran río marrón. Luke había esperado ver un lago. Al parecer su viaje por el laberinto de cañadas que giraban y serpenteaban de un lado a otro había hecho que acabaran atravesando la pequeña cordillera de montañas.

Un kilómetro más al norte había una docena de androides gigantes de los que brotaban hileras de palas, cortadoras y manos múltiples y que estaban desplazando cañerías de irrigación por varios campos muy bien cuidados. El mapa de Barukka no les había mostrado a esos androides, lo cual quería decir que había sutiles diferencias. Más allá de los campos, Luke sólo pudo ver el muro este de la prisión, una pared negra muy alta que ni siquiera un rancor podría escalar. En cada una de las dos torres, androides artilleros de apariencia vagamente humanoide atendían los cañones desintegradores. Los dos androides estaban vueltos hacia el interior del recinto, y sus cañones apuntaban a los patios.

—No veo gran cosa —dijo Luke inspeccionando el terreno con sus macrobinoculares—. Hay unos cuantos androides cosechadores, y una estación de bombeo. Veo el puesto de entrada en la parte de atrás de la prisión, pero desde aquí no hay forma de averiguar si está bien vigilado.

Luke se dispuso a guardar sus macrobinoculares, pero Teneniel se los quitó de la mano, los alzó y sonrió al ver que la luz color amatista mostraba el mundo mejor de lo que jamás podrían llegar a hacerlo sus hechizos.

—Entremos por esa puerta —dijo Isolder.

—No podemos ir caminando hasta ella como si tal cosa —protestó Han.

—Podemos utilizar uno de los androides cosechadores como medio de transporte —dijo Isolder—. Son androides de un modelo muy sencillo. Si saltas a sus recogedores, pensarán que han obtenido una carga de cosecha y te llevarán directo a la planta procesadora de alimentos.

—¿Estás seguro de que funcionará? —preguntó Han—. ¿Y si los guardias del puesto de entrada inspeccionan los recogedores? ¿Y si esos androides del muro nos ven y empiezan a disparar? ¿Y si los androides cosechadores tienen trituradores incorporados para desmenuzar la cosecha? ¡Se me ocurre un millón de cosas que podrían ir mal!

—¿Tienes alguna idea mejor? —replicó Isolder—. Para empezar, los guardias intentan impedir que la gente salga de la prisión, y no hay ninguna razón por la que deban dedicar su tiempo a pensar en si de repente llegará alguien que intente entrar en ella, ¿verdad? En segundo lugar, no tenemos que preocuparnos por la posibilidad de que los centinelas de los muros nos vean, porque nos arrastraremos y quedaremos ocultos por la cosecha. Ah, y en tercer lugar, sé que esos androides cosechadores no tienen trituradores internos, ¡porque da la casualidad de que son del modelo HD dos treinta y cuatro C y se fabrican en Hapes!

Han fulminó con la mirada a Isolder y Luke se volvió hacia Leia para ver cómo reaccionaba. Estaba claro que lo dos hombres trataban de impresionarla, y de momento Isolder acababa de anotarse el primer tanto..., suponiendo que su plan funcionara.

—Estupendo —dijo Han—. Bien, yo iré el primero.

Desenfundó su desintegrador y fue siguiendo un pequeño risco cuesta abajo, manteniendo un promontorio entre ellos y los androides centinelas del muro. Cuando se hubieron arrastrado hasta el extremo de los campos embarrados, Han corrió lo más inclinado posible por entre las hileras de plantas cargadas de bayas y alargó la mano varias veces hacia ellas para coger bayas y metérselas en la boca.

No tardaron en llegar a un androide cosechador. Tenía docenas de pequeñas garras y las utilizaba para ir metiendo bayas en un recogedor con forma de boca. El androide sólo medía tres metros de altura, y caminaba sobre dos gruesas piernas. Han lo contempló con expresión un poco aturdida mientras Isolder subía por una escalerilla de acceso que había en un lado del androide y metía cautelosamente medio cuerpo en su interior. El androide no pareció enterarse de su presencia y siguió introduciendo bayas dentro del agujero, con el resultado de que Isolder tenía que irlas echando fuera.

—Venid —dijo Isolder—. El depósito de éste se encuentra prácticamente vacío.

Han, Leia y Luke se apresuraron a seguirle. Teneniel vaciló, y Luke pudo captar su miedo. La idea de meterse en esa boca y precipitarse a una habitación sumida en la oscuridad no le gustaba nada.

El androide giró sobre sí mismo y empezó a caminar hacia la prisión, aparentemente convencido de que su depósito estaba lleno. Luke sacó la cabeza por el orificio del recolector.

—¡Deprisa, Teneniel! —susurró.

La joven subió corriendo por la escalerilla y saltó al interior del androide.

Con cinco personas dentro apenas quedaba algo de espacio en el depósito, y Luke se encontró con bayas hasta las rodillas, atrapado entre Isolder y Teneniel. Luke percibió la desesperación de Teneniel, y le cogió la mano.

—Todo va bien —le murmuró—. No te ocurrirá nada.

Han se levantó y echó un vistazo por la «boca» del androide mientras éste les llevaba hacia los muros de la prisión.

—Parece que hay dos guardias en el puesto de entrada —susurró, y volvió a dejarse caer sobre las bayas.

El corazón de Teneniel latía a toda velocidad, y la joven hizo un gran esfuerzo para calmar su respiración. Quería sentirse tranquila y sentir la Fuerza, tal como le había dicho Luke. Luke observó sus esfuerzos. Teneniel acabó consiguiendo respirar más despacio y de manera más calmada.

—Muy bien —murmuró Luke, y le apretó la mano.

Una luz brilló sobre sus cabezas por la abertura cuando llegaron al puesto de entrada, y el androide se detuvo.

—Tengo un cargamento de bayas hwotha para entregar en los procesadores —rechinó su voz metálica.

—¿Tan pronto? —preguntó uno de los guardias—. Esas plantas deben estarse partiendo de aguantar tanto peso... Bueno, adelante.

El androide entró en la prisión, y Luke pudo oír las voces de los dos guardias.

—Ya que hay tantas bayas, ¿crees que conseguiremos algunas?

—No —dijo el otro guardia—. Los jefazos se las comerán todas.

El androide avanzó por salas y pasillos brillantemente iluminados, dejando atrás máquinas que siseaban y escupían vapor, y después se detuvo durante unos momentos. El suelo se abrió debajo de ellos, y Luke se encontró deslizándose a través de la oscuridad por un tubo de metal pulimentado. Teneniel soltó una exclamación ahogada de puro terror, y Luke le cogió la mano.

—Todo va bien —le susurró.

Una cinta transportadora fue llevándoles hacia adelante mientras unos rociadores incrustados en el techo les lanzaban agua. No tardaron en dejar atrás el sistema de lavado, y de repente unos chorros de aire helado cayeron sobre ellos.

Y un momento después vieron luz que llegaba por una abertura en el metal situada justo delante de ellos. Luke rodó sobre sí mismo saliendo de la cinta transportadora y arrastró a Teneniel consigo, y se ocultaron entre una masa de maquinaria que zumbaba y chasqueaba. Unas patas metálicas sostenían los procesadores de comida al nivel de la cintura. El aire estaba caliente e impregnado de humedad, pero Luke no podía ver gran cosa. Aguzó el oído, y pudo oír voces a su derecha, murmullos que llegaban por un pasillo bastante angosto.

—¿Dónde estamos? —preguntó Teneniel.

—Estamos debajo de las cocinas, en el túnel de mantenimiento de los procesadores de comida —respondió Han—. Ahora lo único que debemos hacer es encontrar una salida.

—Por aquí —susurró Luke, que había seguido escuchando las voces.

Les precedió a rastras por entre un bosque de patas metálicas y maquinaria, por debajo de un suelo de cañerías y sobre una alfombra de bolas de polvo y pelusa. Seis minutos después llegaron a una abertura protegida por una gruesa rejilla atornillada al suelo. A través de ella pudo ver a centenares de siluetas en un enorme comedor. Todas vestían monos anaranjados. Había muchos seres humanos, pero Luke vio a varios reptiles sin vello y de ojos enormes cuyo rostro tenía una forma muy parecida a la un cucharón.

—Ithorianos —gruñó Han.

—¿Y qué están haciendo unos ithorianos en una prisión? —preguntó Leia.

Echó un vistazo por la rejilla y vio acercarse a una mujer de piel verde. Había una pasarela encima de las cocinas, y varios soldados imperiales con armadura iban y venían por ella vigilando a los prisioneros con sus rifles desintegradores preparados para hacer fuego.

Luke bajó la mirada hacia el bosque de maquinaria y vio otra luz.

—Por aquí —dijo, y empezó a arrastrarse.

Unos minutos después llegaron a una segunda rejilla. Al otro lado había una habitación que olía a calor y humedad. Un anciano estaba supervisando a varios androides que llevaban uniformes a hileras de colgadores con ruedas. Los otros se detuvieron detrás de Luke y se pegaron a él para contemplar la salida.

—¿Y ahora qué? —preguntó Han.

El viejo encargado de la lavandería ordenó a los androides que se llevaran las ropas por una salida, y los androides no tardaron en marcharse.

—¡Tú, ven aquí y abre esta rejilla! —ordenó Luke en voz alta y tranquila al único ocupante de la habitación.

—¡Oh, Luke, por favor! —le susurró Leia con voz apremiante—. No intentes utilizar ese truco... ¡Nunca te sale bien!

El hombre fue hacia la rejilla y miró por ella.

—¿Qué estáis haciendo ahí?

—¡Debes abrir esta rejilla! —dijo Luke, dejando que su Fuerza entrara en el anciano.

—No conozco el código de acceso —murmuró el anciano en el tono de un conspirador que se dirige a otro—. Si lo conociese me encantaría ayudaros, pero... ¿Qué estáis haciendo ahí? ¿Os habéis perdido o algo por el estilo?

Luke comprendió que sus trucos Jedi no darían resultado con aquel anciano, pero que para el prisionero sería un placer ayudarles.

—Espera un momento, Luke —dijo Han—. Veo la placa de acceso aquí arriba... ¡Quizá consiga hacer un puente en los circuitos!

—¡Oh, no te molestes en intentarlo! —dijo Leia—. ¡Probablemente sólo conseguirás disparar una alarma!

Han desenfundó su desintegrador y destruyó la placa. Unas cuantas chispitas azules cayeron sobre el rostro de Luke. Todo el mundo contuvo la respiración y aguzó el oído.

—¿Veis? —les tranquilizó Han—. No ha sonado ninguna alarma.

—Has tenido mucha suerte —murmuró Leia—. Ahora te dedicarás a trastear con el cableado durante una hora, ¡y al final acabarás haciendo sonar una alarma!

Han extendió una mano hacia los circuitos y soltó un «¡Ay!» cuando sus dedos rozaron el metal caliente. La rejilla se deslizó hacia arriba casi al instante.

—¿Veis? —susurró—. Ha sido sencillísimo...

—Fanfarrón —siseó Leia mientras salía arrastrándose del conducto y ponía los pies en el suelo de la lavandería.

—Dices eso porque te resulta muy difícil expresar lo que sientes en realidad, y lo que sientes es admiración —replicó Han.

—Buen trabajo —dijo Luke mientras salía del hueco.

El encargado de la lavandería le ayudó mirándole con cara de asombro.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

—Estamos entrando en la prisión sin ser detectados —dijo Han.

Teneniel salió del conducto, y el viejo prisionero les contempló en silencio.

—Hmmmm... —dijo mirando a Isolder—. No podéis ir por ahí vestidos de esa manera. ¿Qué queréis poneros?

—¿Qué puedes ofrecernos? —preguntó Han.

—Bueno, toda la ropa viene aquí más tarde o más temprano —dijo el anciano—. Uniformes para los prisioneros, los guardias..., incluso esos harapos que llevan las brujas. ¿De dónde venís?

—Oh, de todas partes —replicó Han con suspicacia—. ¿Por qué nos haces tantas preguntas?

—Venga, Han, no te lo tomes así —dijo Luke—. Es inofensivo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —replicó Han—. Después de todo, es un criminal.

—Un momento, Han —dijo Leia—. Yo también lo noto. ¿Por qué estás aquí?

—Porque estaba en contra del Imperio —respondió el viejo encargado—. Era director técnico de una empresa de ingeniería aeroespacial en Coruscant. Quemamos nuestros edificios hasta los cimientos cuando intentaron robar algunos de nuestros diseños. Me temo que si andáis buscando delincuentes peligrosos os habéis equivocado de instalación penitenciaria...

—¿Prisioneros políticos? —preguntó Han.

—Y objetores de conciencia —dijo Leia—. Potencialmente demasiado valiosos para que el Imperio pudiera permitirse el lujo de perderlos, y demasiado peligrosos para permitir que permanecieran en libertad y se unieran a la rebelión.

—Y por eso los metieron en esta prisión en un planeta que no aparece en casi ningún mapa —dijo Luke—. Si fueran delincuentes peligrosos, habrían sido enviados a una prisión de máxima seguridad para que el Imperio pudiera alardear de que nunca escaparían de allí. Pero estamos hablando de personas a las que el Imperio sólo quería hacer desaparecer.

Leia contempló el rostro del anciano, y vio que era afable y bondadoso.

—¿Cuántos prisioneros como tú hay en la prisión?

—Tres mil —respondió el anciano—. Pero podemos hablar mientras os vestís... ¡Venga, deprisa! ¿Qué estáis haciendo en la prisión? ¿Adonde tenéis que ir? ¿Estáis intentando sacar prisioneros de aquí?

—Bueno, de momento necesitaremos tener libre acceso al recinto —dijo Han.

El encargado de la lavandería hurgó entre montones de prendas y acabó sacando de ellos dos túnicas negras para las mujeres" y uniformes de guardia para los hombres, pero se quedó paralizado en cuanto oyó que alguien venía por el pasillo. Dos soldados muy corpulentos pasaron por delante de la puerta, y todos se quedaron muy quietos intentando fingir tranquilidad y que tenían todo el derecho del mundo a estar allí. Los soldados se detuvieron, retrocedieron un par de pasos y se volvieron hacia la lavandería mientras acariciaban sus rifles.

—¡Eh, vosotros dos! —gritó Han—. ¡Entrad aquí ahora mismo!

—¿Hablas con nosotros? —preguntó uno de los soldados, señalándose el pecho con el pulgar.

—Sí, soldado, hablo con vosotros —dijo Han—. ¡Y ahora entrad de una vez!

Los soldados se miraron y después entraron en la lavandería moviéndose con un cierto recelo.

—Soy el sargento Gruun —dijo Han, dando un paso hacia adelante—. ¡Soy de seguridad externa, y mi gente acaba de infiltrarse en la prisión justo delante de vuestras narices! Llevo un montón de años en seguridad, pero nunca había visto tanto descuido y tanta incompetencia. ¿Quién es vuestro superior?

Los soldados se miraron el uno al otro y desenfundaron sus desintegradores simultáneamente. Han agarró las dos armas por los cañones y tiró de ellas haciendo que los rayos dieran en el techo. Isolder y Luke saltaron sobre los soldados y los derribaron al suelo. —¡Oh, cómo queman! —gimió Han mientras arrojaba los desintegradores al suelo.

La armadura de los soldados obstaculizaba considerablemente sus movimientos en un combate cuerpo a cuerpo, y Luke e Isolder sólo necesitaron unos segundos para quitarles los cascos. Un par de puñetazos en el sitio adecuado dejaron inconscientes a los soldados. Leia se encargó de amordazarles y atarles mientras Isolder y Han les quitaban la armadura, después de lo cual los metieron en una bolsa de la lavandería que el anciano se llevó a un cuarto trastero.

Luke, Isolder y Han se vistieron de soldados. El encargado no apartó los ojos de ellos ni un momento mientras se vestían, pero no les hizo ninguna pregunta. Luke sabía que a veces era preferible ignorar las respuestas. Si luego era torturado, el encargado no podría revelar ninguna información vital.

—Gracias —dijo Han, y dio una palmadita en el hombro del encargado en cuanto hubieron acabado de vestirse—. No olvidaremos esto. Si conseguimos salir de esta roca, volveremos a por ti.

Luke contempló al viejo prisionero y supo que pagaría con muchos sufrimientos el papel que había desempeñado ayudándoles, a menos que los soldados fuesen neutralizados.

—¡Esperad! —dijo, y fue hasta los soldados inconscientes, puso una mano sobre cada cabeza, y dejó que la Fuerza inundara sus cuerpos y sumergiera sus recuerdos del breve combate que habían librado. Cuando hubo terminado, su respiración se había vuelto rápida y entrecortada—. Mételos en el túnel de la rejilla. Cuando despierten no recordarán que has estado aquí..., al menos durante unos cuantos años.

El anciano asintió solemnemente y miró a Luke.

—Sé qué eres —dijo—. Ya había visto hombres como tú antes. Me acuerdo de los Jedi —dijo, y le apretó el hombro—. Gracias.

—Gracias a ti —dijo Luke.

Se puso en pie y la fatiga y el peso de la armadura hicieron que se tambaleara un poco. Alterar los recuerdos de otra mente siempre resultaba difícil, y a Luke le preocupaba que pudiera haber exigido demasiado de sus poderes en lo que llevaba de día. Matar a los soldados habría sido una solución mucho más simple, pero no podía permitirlo. Mientras iban hacia el recinto de la prisión, Luke esperó no tener que lamentar la decisión que había tomado.

20

—¡Oh, no! —exclamó Cetrespeó cero coma cuatro segundos después de haber descifrado el código imperial. Había estado albergando la esperanza de poder involucrar a Chewbacca en una larga conversación durante el curso de la cual le describiría con toda exactitud los razonamientos con los que había descubierto los matices más sutiles del código, pero comprendió que todo aquello tendría que esperar—. Zsinj ha estado captando emisiones radiofónicas, y se ha enterado de que el general Solo está en el planeta —se apresuró a explicar—, y Gethzerion ha llegado a un acuerdo con él para entregar a Han a los hombres de Zsinj. Dice que ha descubierto las señales que indican el sitio al que las hermanas del clan de la Montaña del Cántico remolcaron al *Halcón Milenario,* y que se ha imaginado que Han vendría a la ciudad en busca de repuestos. ¡Ha preparado una trampa para el general Solo!

Chewbacca gruñó y agitó su arco de energía en el aire.

—¡Debemos advertirles! —gritó Cetrespeó, y Erredós indicó que estaba de acuerdo lanzando un chorro de estática.

Un silbido estridente resonó por el intercomunicador de la prisión y un androide color negro azabache empezó a avanzar por los corredores de plastiacero moviendo sus relucientes ojos artificiales a derecha e izquierda. Iba armado con un pequeño desintegrador del modelo que podía herir pero no matar incorporado a su casco, y mientras rodaba por el pasillo iba gritando «¡Recuento! ¡Recuento! ¡Recuento!». Los reclusos se dispersaron a toda velocidad intentando mantenerse fuera del alcance del desintegrador, pero el androide atrapó a dos hombres que no lograron volver a sus celdas lo suficientemente deprisa, y los infortunados prisioneros gritaron de dolor.

Isolder y Han seguían al androide disfrazados con su armadura de soldados de las tropas de asalto. Leia y Teneniel iban a poca distancia detrás de ellas, disfrazadas de brujas. Luke iba el último, caminando bastante despacio a causa de la fatiga que sentía. Teneniel le cogió la mano y le apremió a que no se separase de ella, pero Luke siguió forzando sus sentidos al máximo. Se estaban aproximando a la torre de las brujas. Podía sentir su presencia por delante de ellos. Los pasillos de la prisión parecían estar extrañamente silenciosos, y no se veía ningún guardia. Los prisioneros ya habían sido encerrados en sus celdas para la noche.

El androide de vigilancia les dejó pasar sin hacer ningún comentario, y avanzaron por los corredores vacíos. Sus pasos resonaban sobre el plastiacero. Leia se detuvo de repente cuando pasaron junto a un corredor lateral que avanzaba entre hileras de celdas.

—Esperad un momento... —susurró mientras echaba un vistazo en la primera celda—. ¡Yo conozco a esta mujer! ¡Es de Alderaan! Fue asesora en tecnologías de armamento de mi padre.

—Sigue andando —dijo Luke en voz baja—. De momento no podemos hacer nada por ella.

—¡Pero se supone que está muerta! —exclamó Leia—. Su nave se estrelló, y los restos fueron encontrados.

—Tenemos que seguir —dijo Luke sin levantar la voz.

Llegaron a una puerta sellada al lado de la que había una cerradura electrónica. Una ventanilla en la puerta les permitió ver una segunda puerta. Han inspeccionó el teclado numérico de la cerradura electrónica y tecleó una secuencia de cuatro cifras al azar. Una luz roja se encendió encima del teclado, indicando que había pulsado una combinación incorrecta.

—¡No hagas eso! —dijo Luke—. Deja que lo intente yo...

Fue hacia el teclado, puso las manos sobre él y cerró los ojos para concentrarse. Docenas de guardias utilizaban el teclado cada día. Luke pudo percibir cuáles eran las cuatro teclas que había que pulsar, pero no pudo averiguar el orden en el que debía hacerse. Esperó unos momentos y acabó tecleando con un dedo tembloroso los cuatro números en el orden que esperaba fuese el correcto. Una luz verde se encendió encima del teclado, y la puerta se abrió ante él.

Luke presionó un botón para abrir la puerta contigua, que resultó dar acceso a un ascensor. Cuando entraron en la pequeña habitación, Teneniel se quedó inmóvil sin seguirles y les miró fijamente con el ceño fruncido.

—Entra —dijo Luke—. Es un ascensor. Nos llevará hasta la pasarela que conduce a la torre.

Teneniel se ruborizó y se apresuró a entrar.

Cuando el ascensor hubo llegado a lo alto del pozo, la puerta se abrió revelando una pasarela acristalada que recorría los oscuros muros de la prisión. El cristal era de una limpidez tan perfecta que Luke pudo ver las estrellas sobre su cabeza. Junto a las torres se extendía un patio de trabajo al lado del cual había unos cuantos cobertizos de metal, y algunas Hermanas de la Noche que iban de un lado a otro bajo el brillante resplandor de las luces eléctricas.

Y de repente Luke experimentó una terrible sensación de ahogo. Podía sentir la presencia de las Hermanas de la Noche cerca de él, en las torres. Isolder y Han empezaron a avanzar por la pasarela, pero Teneniel estaba paralizada por el terror y parecía haber echado raíces en el suelo.

—Todo va bien —susurró Luke—. Deja que la calma interior venga a ti. Saca tu energía de la Fuerza, y permite que te envuelva igual que si fuese una capa. Si queremos llegar a su astillero, tenemos que pasar junto a ellas... La Fuerza puede ocultarte de ellas, Teneniel.

Una puerta se abrió al otro extremo de la pasarela. Cuatro Hermanas de la Noche vestidas con capas negras y con los capuchones bajados fueron hacia ellos. La que iba delante caminaba despacio, con las piernas rígidas y las manos cruzadas sobre el estómago. Luke respiró lenta y profundamente y permitió que la Fuerza fluyera por todo su ser.

Los demás seguían avanzando, y Teneniel logró mover las piernas y empezó a caminar como un muñeco mecánico. Las Hermanas de la Noche entraron en el angosto pasillo, y los pliegues negros de la capa de una de ellas rozaron a Teneniel. Un instante después ya les habían dejado atrás.

Las Hermanas de la Noche se detuvieron y Luke pudo sentir el miedo de Teneniel, y lo mucho que deseaba echar a correr.

—¡Alto! —gritó una Hermana de la Noche detrás de ellos. Su voz era un susurro marchito que parecía a punto de resquebrajarse como un trozo de cuero podrido, y el grupo se detuvo como si fuera una sola persona—. ¿Qué estáis haciendo tan tarde en la prisión? —preguntó la Hermana de la Noche en tono perentorio.

Han se volvió hacia ella y respondió por el micrófono de su casco.

—Hay problemas en el bloque de celdas C —dijo.

La Hermana de la Noche asintió con expresión pensativa y empezó a darse la vuelta, pero se detuvo y volvió a mirarles.

—¿Qué clase de problemas? No se me han notificado.

—Una pelea sin importancia entre reclusos —dijo Han—. No deseábamos molestarla.

La Hermana de la Noche echó su capuchón hacia atrás, y lo que vio a la brillante claridad de las luces hizo que Luke se sintiera lleno de horror. Su cabellera canosa estaba despeinada y sucia y sus ojos inyectados en sangre eran de un rojo carmesí, pero lo más horrible de todo era su rostro, una monstruosidad que se había vuelto de color púrpura debido a los capilares rotos, con la piel de los pómulos gris y muerta.

—Capto tu miedo —dijo la Hermana de la Noche—. ¿Qué puede haber aquí que dé miedo a una Hermana de la Noche? Este lugar es nuestro dominio, recuérdalo.

—Hay tantos guardias fuera que han empezado a correr rumores de que se prepara un motín —dijo Han, dando un paso hacia adelante y colocándose entre Teneniel y las Hermanas de la Noche—. Me temo que quizá haya algo de verdad en esos rumores.

La Hermana de la Noche asintió pensativamente. Luke pudo sentir cómo intentaba sondearles, y faltó muy poco para que desenfundara su desintegrador. Pero en vez de eso, lo que hizo fue canalizar la Fuerza y permitir que fluyera hacia la bruja desvaneciendo sus sospechas.

—Iré al bloque C —dijo la Hermana de la Noche pasados unos momentos—. Mi presencia debería bastar para asustar a la escoria y mantenerla quieta. Gracias por haberme alertado.

Han asintió y la Hermana de la Noche giró sobre sí misma, se subió el capuchón y fue hacia el ascensor.

Han se puso al frente y entró en la torre de cristal. Abrió una puerta y les precedió por una sala de descanso.

Una docena de Hermanas de la Noche vestidas con sus capas negras estaban recostadas sobre unos sofás formando un círculo, con toda su atención concentrada en el espectáculo de las imágenes fantasmales de hombres y mujeres de gran belleza que flotaban ante sus ojos. Las Hermanas de la Noche estaban rodeadas de platos y bandejas llenas de alimentos exóticos hacia las que alargaban la mano de vez en cuando, y ni siquiera parecieron darse cuenta de su presencia cuando pasaron junto a ellas.

Han les llevó hasta un ascensor, y cuando las puertas empezaron a cerrarse Teneniel estuvo a punto de derrumbarse.

—La Hermana de la Noche con la que nos hemos encontrado... —murmuró—. Es Gethzerion. Estaba segura de que me había reconocido...

La joven tragó una honda bocanada de aire e intentó tranquilizarse.

Luke se había quedado inmóvil con los ojos clavados en las puertas del ascensor, y de repente sintió como si estuviera flotando en el aire a gran altura contemplando la superficie de Dathomir que se extendía por debajo de él..., y todo el planeta se había vuelto negro. Todo estaba congelado, y no había ni pizca de vida. Todo y todos habían muerto. Cerró los ojos e intentó descansar un momento pensando que quizá la fatiga estaba empezando a afectarle la visión, pero la negrura seguía allí, y Luke se sintió invadido por una sensación de premura y desesperación tan intensa que resultaba casi insoportable. Contempló la negrura y la reconoció como lo que era en realidad: estaba ante una visión del futuro.

—¿Qué pasa? —preguntó Leia volviéndose hacia Luke—. ¿Qué te está ocurriendo?

—No podemos irnos —dijo Luke, y las palabras eran como partículas de tierra seca en su boca—. Aún no podemos irnos de este mundo..., no de esta manera.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Isolder.

—Sí, ¿qué quieres decir?—preguntó Han—. ¡Tenemos que irnos!

—No —dijo Luke desviando la mirada. Se sacó el casco y jadeó intentando recobrar el aliento—. No, no podemos... Aquí todo está mal. Hay tanta oscuridad...

Podía sentir la lenta aproximación de la oscuridad, y cómo el frío se iba infiltrando en cada fibra de sus músculos.

—Oye, vamos a conseguir unos cuantos componentes para el *Halcón* —dijo Han— y luego todos nosotros saldremos de aquí lo más deprisa posible y nos pondremos a salvo. En cuanto hayamos llegado a Coruscant podemos enviar una flota, puedes ponerte al frente de un millón de soldados... ¡Lo que sea, maldición!

—No —dijo Luke con firmeza—. No podemos marcharnos.

Estaba asustado, pero no tenía ningún plan. No podía volver en busca de las Hermanas de la Noche y atacarlas. Dada su situación actual, no podían permitirse el lujo de un enfrentamiento.

—Escucha a Han —dijo Isolder—. ¡Estas personas llevan años atrapadas aquí! No necesitan que nos convirtamos en mártires esta noche sacrificándonos inútilmente por ellos... Aguantarán hasta que podamos volver a rescatarles.

Una pálida luz de certidumbre pareció surgir de la nada dentro de Luke y recorrer todo su ser, y el Jedi se volvió hacia Isolder y su mirada escrutó rápidamente los rostros de todos sus compañeros.

—No, no pueden —dijo—. Esperad un poco y lo veréis. Los poderes de la oscuridad se están reuniendo, creedme... Isolder, dijiste que tu flota llegará dentro de seis días. ¡Pero si no los detenemos antes, este mundo quedará destruido!

Han meneó la cabeza con expresión dubitativa.

—Eh, chico, no me hagas la faena de enloquecer precisamente ahora, ¿de acuerdo? —dijo—. Ya sé que estás sometido a una gran presión. Tienes unos cuantos problemas y lo entiendo, de veras, pero si sigues hablando de esa manera y asustando a los demás, entonces me temo que tendré que administrarte un anestésico de puños.

Luke podía sentir el nerviosismo de Han. No quería que Luke trastornase a los otros, y quizá tenía razón. El ascensor tembló al llegar al fondo del pozo, y Luke presionó una placa. Las puertas se abrieron con un siseo, pero Luke seguía estando vuelto de espaldas a ellas.

—Adelante, Han —dijo, moviendo una mano hacia la inmensa cámara de almacenamiento que había detrás de él sin molestarse en volverse—. Aquí está lo que quieres.

Luke se volvió para ver tres docenas de naves averiadas: tres transportes imperiales casi totalmente destruidos, una docena de cazas TIE cuyos cascos estaban medio derretidos, partes de aerodeslizadores que ya no funcionaban... Han contempló los vehículos y dejó escapar un jadeo ahogado de sorpresa. En el centro del chatarrero, con focos brillando debajo de él, había un caza TIE casi terminado de montar y un carguero ligero que era prácticamente idéntico al *Halcón Milenario.* La mayor parte de las protuberancias sensoras de la parte delantera estaban pintadas de un color anaranjado óxido, y el casco era de un color verde aceituna oscuro y los impulsores traseros de la tonalidad azul celeste que tanto habían empleado los piratas. Las señales de soldadura mostraban los lugares en los que habían sido unidos los componentes de las tres naves.

—¡Casi han conseguido construir una nave! —exclamó Han mientras se quitaba el casco para verla mejor—. Parece que todo lo que necesitan ahora es unas cuantas células más para los impulsores sublumínicos.

—No creo que podamos tener tanta suerte —dijo Leia.

—Eh, esos viejos cargueros ligeros de Corellia estuvieron entre los modelos más populares de la galaxia de su época —dijo Han—, y a pesar del tiempo que ha transcurrido desde entonces todavía no se puede encontrar una nave que aguante más tiempo en funcionamiento.

Isolder se quitó el casco y tragó una gran bocanada de aire fresco.

—Supongo que querrás decir que no se puede encontrar una nave más difícil de maniobrar y con más exceso de peso —dijo.

—Es lo mismo —replicó Han.

Han avanzó hacia una angosta rampa que llevaba a la nave.

—¡Espera! —exclamó Leia.

Han se detuvo, y Leia contempló el astillero con suspicacia.

—Todas estas piezas de equipo son bastante valiosas —dijo—. Y están aquí, bien iluminadas y en un nivel subterráneo... ¿No te parece un poco extraño que no estén vigiladas?

—¿Quién necesita centinelas? —replicó Han—. Estas naves no pueden volar, y además ya viste a las tropas alejándose de la prisión. Esta noche andan un poco escasos de personal.

—¿Y qué hay de las alarmas? —preguntó Luke. Cogió sus macrobinoculares, ajustó los diales y examinó la sala—. No veo ninguna alarma láser, pero podría haber cualquier otra cosa desde detectores de movimiento a trazadores de campo magnético, y ni siquiera sabríamos en qué parte de este montón de chatarra debíamos empezar a buscar.

—Bueno, ¿y qué quieres que hagamos? ¿Quieres que nos quedemos quietecitos? —preguntó Han—. Tenemos que echar un vistazo a esa nave.

—Supongo que tiene razón —dijo Leia poniendo una mano sobre el hombro de Luke.

Han y los demás avanzaron cautelosamente hacia la nave sin dejar de observar el suelo y los montones de chatarra que les rodeaban. Las escotillas del carguero corelliano estaban cerradas, y Han se detuvo un momento junto a ellas para examinar el teclado de acceso.

—Si quisiera proteger esta nave, pondría la alarma aquí mismo —dijo—. Si alguien teclea la secuencia equivocada... ¡Bzzzzt, la alarma se dispara al momento!

—¿Y cuál es la secuencia correcta? —preguntó Teneniel.

Luke puso la mano sobre el teclado, pero hacía mucho tiempo que nadie lo tocaba y no pudo percibir la secuencia.

—No lo sé —dijo Han mientras estudiaba los caracteres—. Cada capitán tiene su propio código, pero naturalmente las autoridades portuarias disponen de un código de borrado y acceso superior que depende de qué sistemas hayas registrado al llegar. Mirad, ésas son las licencias... —Señaló una columna de caracteres. Algunos de los signos alienígenas eran diminutos y se curvaban delicadamente y otros eran pictogramas, en tanto que otros eran mucho más grandes y tendían a ser cuadrados y dar la impresión de haber sido trazados casi a cuchilladas, como si hubieran sido concebidos por una raza de guerreros—. No tengo ni idea de quién pudo ser el capitán de esta nave, pero fuera quien fuese hizo muchos viajes por los sistemas de Chokan, Viridia y Zi'Dek. En los tiempos de la Vieja República yo conocía unos cuantos códigos de acceso portuario, pero este tipo trabajaba para los imperiales. Cambiaron todos los códigos... Maldición, ojalá hubiera dedicado algunos años más de mi vida a la piratería.

Isolder fue hacia la nave y tecleó el código quince-cerotres-once. Las escotillas empezaron a abrirse.

—Código de la autoridad portuaria imperial de Chokan —dijo sonriendo.

Han le miró con asombro.

—¿Recorriste el sistema de Chokan? —preguntó—. ¿Incluso con esa plaga tan asquerosa?

Isolder se encogió de hombros.

—Conocía a una chica de ese sistema.

—Debía de ser una chica muy atractiva —dijo Leia.

Han se apresuró a entrar en la nave.

—Voy a hacer un diagnóstico general de sistemas para asegurarme de que vale la pena que robemos esos componentes —dijo—. Isolder, tú y Leia buscad unas cuantas palancas y arrancad la ventanilla de los sensores. Después quiero que bajéis a la bodega y que empecéis a sacar los generadores de sus monturas. Luke, ve a buscar un par de barriles para que podamos llevarnos el refrigerante.

Luke se quedó unos momentos con Teneniel mientras los demás entraban en la nave y le acarició el hombro. Su rostro estaba muy tenso.

—Esto va a exigirnos algún tiempo —le dijo—. Mantén los ojos bien abiertos.

Isolder y Leia sacaron unas cuantas herramientas de la nave y arrancaron la ventanilla de los sensores. Luke fue hasta una pared junto a la que había hileras de enormes recipientes metálicos, seleccionó un barril y lo llevó rodando a través de la sala. Teneniel murmuró algunos hechizos para agudizar sus sentidos al máximo, pero descubrió que no le servían de nada. Una parte de su subconsciente ya se las había arreglado para entrar en contacto con la Fuerza, y sus sentidos agudizados le permitían oír cada tintineo de las herramientas y cada golpe ahogado, el murmullo lleno de excitación y deleite de Han cuando dijo «¡Premio!» al terminar el diagnóstico en la cabina, y los *pings* que creaban ecos en el suelo a medida que Luke iba aplastando pequeñas partículas de tierra y arena al hacer rodar el barril. Luke entró en el carguero, y empezó a accionar una bomba de mano para transferir el líquido refrigerante al barril, lanzando gruñidos de esfuerzo

mientras trabajaba. Isolder y Leia transportaron la ventanilla al interior de la nave y encendieron unos sopletes para cortar los remaches congelados. Las llamas sisearon y chirriaron abriéndose paso a través del metal.

Teneniel se alejó un poco de la nave para poder oír con más claridad sin tantos ruidos de fondo, y deseó tener un rifle desintegrador en la mano para poder sentirse un poco menos inquieta y mejor armada. Había tantos restos de naves espaciales en la sala que tenía la sensación de hallarse en una caverna rocosa, y estando en el suelo no se podía ver gran cosa.

Decidió trepar por el flanco de un transporte que ya era más escoria fundida que una nave. Fue hasta allí y encontró un asidero.

El olor acre del metal en proceso de oxidación se introdujo en sus fosas nasales. Teneniel encontró una protuberancia metálica medio derretida, se agarró a ella y empezó a subir mientras pensaba que hubiese podido jurar que acababa de oír una palabra murmurada y un susurro de tela.

Recorrió la sala con la mirada. La única luz era la procedente de los focos colocados en la base de las dos naves a medio reparar, y había un gran número de sombras muy oscuras. Los techos eran tan altos que producían débiles ecos del ruido que hacían Han y los demás mientras trabajaban. Teneniel avanzó rápida y sigilosamente hasta la parte superior de la nave y se sentó para poder vigilar el depósito de chatarra. Su nueva posición le permitía verlo todo: el área de almacenamiento, los ascensores, una puerta detrás de la cual había una escalera en la pared sur... En el extremo norte de la sala había una abertura rectangular que daba al exterior. La luz de la luna convertía la abertura en una masa de claridad plateada. La oscuridad, las sensaciones extrañas y vagamente aterradoras que parecían impregnar aquel lugar, los ecos apagados y la abertura que llevaba al exterior invadieron la mente de Teneniel. Aquel lugar le recordaba tanto a la sala de las guerreras en la que había entrado después de la muerte de su madre...

Estaba sintiendo aquel mismo ahogo, el mismo vacío que amenazaba con engullirlo todo. Volvió la mirada hacia las sombras que se acumulaban en una esquina de la sala y creyó distinguir movimientos, siluetas oscuras que corrían entre las sombras. Clavó los ojos en aquel punto, pero no pudo ver nada.

Empezó a canturrear en voz baja un hechizo de detección, y un dardo de miedo helado la atravesó de parte a parte. Podía sentir su presencia allí. Estaban cerca, ocultas en la oscuridad, y se iban aproximando cada vez más para acabar con ellos.

Teneniel volvió a recorrer la sala con la mirada forzando sus sentidos al máximo sin ningún resultado. Era como si empezara a tener problemas de visión. Podía sentir una presión fría sobre sus ojos y un extraño taponamiento en los oídos, e intentó eliminarlos frotándose la cara con las manos.

Y la vista se le aclaró de repente. Baritha estaba inmóvil junto al montón de chatarra, con tres Hermanas de la Noche a su lado. Una de las mujeres empezó a canturrear, alzó el pulgar y el índice ante ella y los fue uniendo lentamente como si quisiera pellizcar algo que no estaba allí. Unos dedos invisibles rodearon la garganta de Teneniel y empezaron a estrangularla.

—¡Bienvenida, hermana Teneniel! —dijo Baritha—. Bien, preparamos una trampa, ¡y mirad lo que ha caído en ella! ¿Qué ha ocurrido? ¿Es que acabaste hartándote de esconderte en las montañas?

Teneniel jadeó intentando recobrar el aliento y descubrió que se estaba debatiendo frenéticamente. Los oídos le silbaban y vibraban, y los pulmones

le ardían. Intentó cantar un contrahechizo, pero no podía conseguir el aire suficiente.

—Es una lástima que no pueda dejarte vivir un momento más —dijo Baritha—. ¡Estoy segura de que Gethzerion habría disfrutado mucho torturándote!

Movió una mano, y la Hermana de la Noche que tenía al lado empezó a canturrear en un tono más alto y tensó su mano de piel purpúrea formando un puño. Teneniel sintió la espantosa presión sobre su tráquea, y las palabras de Luke resonaron en sus oídos. «Deja que la Fuerza fluya a través de ti.»

No había hechizos que pudiera entonar y tampoco había cánticos, ni siquiera una elegía fúnebre. Las Hermanas de la Noche creían que estaba impotente. Teneniel intentó calmarse y dejar que la Fuerza fluyera a través de ella y liberase su garganta. El montón de chatarra sobre el que se encontraba pareció retorcerse y temblar debajo de ella como un rancor asustado, y Teneniel cayó a cuatro patas sobre él. La Fuerza no estaba allí, y no podía ser encontrada en ningún lugar. El terror hacía que su corazón latiera a toda velocidad, y Teneniel invirtió toda su fuerza de voluntad en un intento de lanzar un grito antes de morir.

El mundo giró locamente y Teneniel se precipitó en el vacío oscuro, y fue engullida por la oscuridad tal como lo había sido su madre antes que ella.

Luke oyó el grito de Teneniel en su mente y echó a correr por la pasarela mientras llamaba a gritos a Han.

Vio a las Hermanas de la Noche envueltas en sus capas a cien metros de la nave, y a Teneniel hecha un ovillo en el techo del carguero sobre ellas.

—¡Basta! —gritó Luke—. ¡Soltadla!

Permitió que la Fuerza se canalizara a través de él y abriese la tráquea de Teneniel. La joven jadeó intentando normalizar su respiración.

—¿Cómo? —exclamó Baritha—. ¿Un hombrecillo ridículo intenta darnos órdenes?

Las brujas se volvieron hacia él.

—¡Abandonad este lugar —gritó Luke—. Os advierto: ¡decidle a Gethzerion que se lleve a las Hermanas de la Noche y que deje en libertad a sus esclavos!

—¿Y qué ocurrirá si no lo hace, hombrecillo de otro mundo? —preguntó Baritha—. ¿Nos mancharás de sangre a todas cuando te reventemos la cabeza? ¿Acaso tu estancia en nuestro planeta ha sido tan corta que ignoras lo que somos?

—Sé lo que sois —dijo Luke—. Ya me he enfrentado con vuestra ralea en otros mundos.

Una Hermana de la Noche agarró a Baritha del brazo en un gesto de advertencia, y dos Hermanas de la Noche empezaron a cantar suavemente a coro detrás de ella y se esfumaron de repente. Luke permitió que la Fuerza fluyera a través de él y comprendió que estaban intentando alterar sus percepciones.

—No podéis esconderos de mí—dijo Luke—. Os perseguiré allá donde vayáis, y vuestra única oportunidad es marcharos ahora sin ofrecer resistencia.

—¡Mientes! —gritó Baritha, y echó hacia atrás su capuchón—. *¡Artha, artha!* —empezó a cantar con toda la potencia de sus pulmones.

Luke desenfundó su desintegrador y disparó. Baritha dejó de canturrear su hechizo, extendió una mano y desvió el rayo del desintegrador con un movimiento de sus dedos.

—¡No eres capaz de lanzar hechizos! —gritó.

Una Hermana de la Noche corrió hacia él. Luke cogió su espada de luz, la activó y la arrojó haciendo que girara por los aires. La Hermana de la Noche intentó cogerla por la empuñadura, y Luke utilizó la Fuerza para hacer que la espada de luz se desviara repentinamente en pleno vuelo matando a la arpía. Después hizo que volviera a su mano.

Baritha y las Hermanas de la Noche dieron un paso hacia atrás.

—Gethzerion, hermanas... ¡Venid a nosotras! —gritó una de ellas.

Luke comprendió que estaba solicitando refuerzos.

Teneniel logró incorporarse, se tambaleó durante unos momentos en el techo del carguero y saltó de él para reunirse con Luke.

—¡No! —gritó Baritha, y empezó a canturrear su hechizo de nuevo.

Un panel solar se desprendió de un caza TIE, fue girando por los aires hacia Teneniel, la golpeó en la espalda y la hizo caer de bruces. El impacto hizo que la joven se deslizara sobre el suelo pasando junto a los pies de Luke, pero enseguida logró ponerse de rodillas. Baritha volvió a cantar su hechizo y otro panel solar salió disparado de un extremo de la sala.

Teneniel se agachó esquivándolo y fulminó con la mirada a la anciana.

—¡Te aconsejo que no utilices estos truquitos conmigo! —le advirtió con ferocidad.

Los motores del carguero cobraron vida con un rugido detrás de ellos, y Luke pensó si no sería una locura tratar de hacerlo despegar cuando le faltaban la mitad de sus células de impulsión sublumínica y mientras los Destructores Estelares acechaban en el cielo, preparados para acabar con cualquier vehículo que intentara salir del planeta, pero en aquellos momentos no se sentía con muchos ánimos de discutir.

Un sensor se desprendió del caza TIE y voló por los aires girando hacia Teneniel.

—¡Ven aquí! —gritó Luke.

Pero la joven permaneció donde estaba y empezó a canturrear un contraataque. La masa de antenas y ordenadores tembló en el aire, quedó inmóvil durante un momento y salió despedida hacia las Hermanas de la Noche. Baritha saltó a un lado para esquivarla, pero una Hermana de la Noche fue golpeada por ella y cayó al suelo.

—¡Maldita seas, Gethzerion! —le gritó Teneniel al aire—. Estoy harta de que nos persigas y nos acoses... ¡Estoy harta de tener que huir de ti! Estoy harta de que hagas daño y de que mates. Estoy harta...

Luke contempló el rostro de Teneniel y comprendió que la joven estaba tan enfurecida que había perdido el control de sí misma, y pudo sentir la fuerza de su ira. Teía el rostro enrojecido y las lágrimas fluían de sus ojos. Teneniel empezó a murmurar su canción, y un huracán sopló de repente a través de la sala. Un caza TIE volcó bajo la fuerza de aquella embestida de aire, y empezó a rodar hacia las Hermanas de la Noche. Las brujas se agacharon y alzaron las manos, moviéndolas en un hechizo de protección.

—¡No! ¡No te dejes dominar por la ira, no te entregues a ella...! —gritó Luke, y la agarró por el hombro—. ¡Esa mujer no es Gethzerion! ¡No es ella!

Teneniel giró sobre sí misma y le miró a la cara respirando entrecortadamente, y pareció comprender de repente dónde estaba. Han disparó los desintegradores de proa del carguero contra un montón de

escoria, creando un diluvio de metralla y una nube de humo y gases ionizados que avanzó hacia las Hermanas de la Noche con la velocidad de una tormenta.

Luke cogió a Teneniel de la mano, tiró de ella por la pasarela, presionó el botón de cierre y fue corriendo hacia la cabina. Han estaba solo en ella. Luke ya no podía oír los cánticos de las brujas, pero las vio por la pantalla. Habían extendido los brazos y tenían los puños tensos en un gesto de agarrar. Han tiró de la palanca atrayéndola lentamente hacia él en un intento de conseguir que la nave emprendiera el vuelo.

—Chico, estos motores están bastante peor de lo que me había parecido —dijo con voz dubitativa—. Creo que esta vieja bañera ni siquiera podrá despegar...

Unas siluetas envueltas en pliegues negros surgieron de un umbral al otro extremo de la sala.

—Sácanos de aquí... ¡Y ahora! —gritó Luke.

Han estaba intentando mover la palanca de control.

—¡Está atascada! —gritó mientras la aferraba con las dos manos.

Luke se volvió hacia las brujas que tenían extendidos los puños en aquel gesto de agarrar. Canalizó la Fuerza a través de su ser y después se inclinó sobre la palanca y la movió sin ningún esfuerzo. La nave crujió y empezó a ascender, y Luke la hizo girar y conectó los impulsores sublumínicos a plena potencia, haciendo que saliesen disparados hacia la abertura que había al otro extremo del edificio.

Las brujas quedaron atrapadas en el chorro de fuego de cola cuando se produjo la ignición de los motores. La nave salió del edificio, y el carguero se estremeció y osciló envuelto en el estrépito de los rayos desintegradores.

—No te preocupes —dijo Han—. No son más que los centinelas de las torres de la prisión, y los escudos pueden aguantarlo sin problemas.

Cogió la palanca de control y siguieron avanzando sobre las llanuras. El carguero hacía mucho ruido y no era muy maniobrable, y no parecía capaz de alcanzar mucha velocidad.

—Eh, Su Alteza, ¿qué me dices de esos generadores que había que desmontar? —gritó Han por el intercomunicador.

—Negativo —respondió Isolder—. Danos unos cuantos minutos más.

—¿Me permites que te recuerde que estamos en un planeta de acceso prohibido? —preguntó Han—. Ah, y además encima de nosotros tenemos un cielo repleto de destructores imperiales, que sin duda están activando los detonadores de sus cohetes en este mismo instante con la esperanza de hacernos trocitos...

—Afirmativo —respondió Isolder—. ¡Estamos trabajando en ello!

—No quiero que trabajéis en ello —dijo Han—. Quiero que saquéis esos generadores de ahí abajo... ¡Y los quiero fuera ya!

—Iré a echarles una mano —dijo Luke, y se alejó por el pasillo.

Teneniel seguía inmóvil junto a la escotilla con los ojos clavados en la puerta. Tenía el rostro muy pálido, y en cuanto vio a Luke desvió la mirada como si se sintiera culpable.

—Lo siento —le dijo—. No permitiré que vuelva a ocurrir.

Luke asintió, bajó a la bodega y se deslizó en el hueco que había junto a la protuberancia sensora de la derecha. Isolder ya había soltado dos generadores de sus monturas, y empuñaba una gigantesca llave de tuercas con la que estaba intentando aflojar otro remache sin conseguirlo. Leia

estaba tirando de los generadores e intentaba desplazarlos a pesar del estorbo que suponía el cuerpo de Isolder.

—Quita de enmedio esos generadores si puedes hacerlo, Isolder —le apremió Luke, y activó su espada de luz—. Leia, ven aquí y ocúpate del líquido refrigerante.

Luke cortó las cabezas de los seis remaches que aún faltaban por aflojar y después asestó un enérgico par de patadas a los generadores. Los dos se desprendieron de sus monturas y cayeron al suelo. Isolder y Luke arrastraron los generadores hasta la cubierta principal. Hicieron esfuerzos desesperados para meterlos por la escotilla, y Leia acabó de llenar los barriles de líquido refrigerante justo cuando conseguían introducir el último generador por el hueco. Después los tres unieron sus fuerzas para ocuparse de los barriles, y el líquido refrigerante estuvo al otro lado de la escotilla en unos momentos.

—¡Evacuad la nave! —gritó Han por el intercomunicador.

Apenas había acabado de pronunciar las palabras cuando ya estaba saliendo a la carrera de la cabina.

—Dentro de treinta segundos estaremos volando sobre el lago —dijo—. ¡Lo he visto en mis pantallas!

Han accionó el mecanismo de apertura de la escotilla. La rampa de entrada se desplegó, y el líquido refrigerante y los generadores se precipitaron al vacío. Luke se sorprendió un poco al ver que estaban avanzando a sólo cinco metros por encima del suelo, y que su velocidad no superaba los sesenta kilómetros por hora.

Una detonación hizo temblar la nave y Han alzó la mirada.

—Esos Destructores Estelares saben que estamos aquí —dijo—. Esperemos que los escudos consigan aguantar treinta segundos más...

Una andanada repentina hizo que la nave vibrase y oscilara de un lado a otro. Isolder cogió la ventanilla de los sensores y bajó corriendo por la rampa. Se detuvo a mitad de ella, dejó caer la ventanilla e intentó retroceder a rastras. Toda la estructura de la nave se estremeció al recibir una segunda andanada, y las vibraciones hicieron que Isolder empezara a resbalar rampa abajo.

Leia gritó y logró agarrarle una mano. El agua plateada por la luna desfilaba velozmente debajo de ellos, y Luke agarró a Teneniel de una mano y la sacó de la nave. Los cinco cayeron juntos.

Luke se sumergió en el agua y sus pies chocaron con el barro. Subió a la superficie y miró desesperadamente a su alrededor buscando a los demás. Teneniel emergió a su lado, y Han y Leia lo hicieron a unos veinte metros de distancia. Isolder estaba detrás de ellos, flotando sobre su espalda.

Leia nadó hacia Isolder y Luke alzó la mirada hacia la nave, que seguía sobrevolando el lago. Unos cuantos impactos de cohetes más acabaron con los escudos, y la nave estalló convirtiéndose en una bola de fuego verde que subió hacia la noche expandiéndose como un hongo gigantesco.

Luke nadó hacia Isolder y Leia, y vio que Isolder tenía el rostro cubierto de barro. Había chocado con los bajíos, y estaba tosiendo y expulsando chorros de agua sucia.

—Tiene suerte de no haberse roto el cuello —dijo Leia.

Luke le tocó y sintió que la vida no había perdido su vigor dentro de él.

—Se recuperará —dijo.

Caminaron un centenar de metros por los bajíos, llegaron a la orilla y se tumbaron en ella. Luke sintió un temblor en la Fuerza, como si un dedo

hecho de pensamiento puro estuviera investigando cautelosamente los alrededores. Era Gethzerion, y estaba desplegando su mente en un intento de localizarles. Se encontraban a menos de diez kilómetros de la ciudad y en un lugar muy desprotegido, y podían estar casi seguros de que las Hermanas de la Noche habían visto estallar la nave, pero Gethzerion estaba utilizando la Fuerza para buscar posibles supervivientes. Luke vació su mente y permitió que el roce impalpable de Gethzerion pasara de largo junto a él. Miró a Teneniel, y vio que la joven estaba haciendo grandes esfuerzos para recuperar el control de sí misma. Teneniel se relajó de repente, y Luke se dio cuenta de que el peligro se había desvanecido, al menos temporalmente. El sondeo psíquico se alejó de ellos y se fue dirigiendo hacia el lago.

—Bueno —jadeó Leia—. ¡No ha sido tan difícil!

—Sí —dijo Isolder, que aún seguía tosiendo—. Quizá deberíamos volver y hacer un nuevo intento.

—Tenemos que salir de aquí lo más deprisa posible —dijo Luke—. Gethzerion enviará soldados para que busquen supervivientes, y tratará de recuperar los restos. No quiero que encuentren nada aparte de nuestras huellas.

Las palabras de Luke parecieron calmar un poco a todo el grupo. Luke intentó recobrar el aliento.

—Déjame ver tus macrobinoculares, Luke —dijo Han.

Luke metió la mano en su bolsa hermética y sacó los macrobinoculares. Han estaba acostado sobre la espalda y jadeaba con los ojos clavados en el cielo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Isolder—. ¿Hay algo ahí arriba?

—No lo sé —dijo Han—. Lo vi cuando sobrevolábamos el lago... Había algo extraño en los sensores.

—¿Qué era? —preguntó Leia.

—Satélites —respondió Han—. Los hombres de Zsinj han colocado millares de satélites en órbita alrededor del planeta.

—¿Qué tipo de satélites? —preguntó Isolder—. ¿Minas orbitales?

—Quizá —dijo Han—. Probablemente... Sean lo que sean, el caso es que hay montones.

Leia alzó la mirada hacia el cielo e intentó ver algo entre las estrellas.

—No estoy segura, pero... Bueno, tengo un presentimiento terrible —murmuró.

Luke siguió la dirección de su mirada. Podía ver los satélites, millares de pequeñas estrellas que brillaban débilmente, como si el número de estrellas que había en el cielo se hubiera doblado en algún momento de las últimas horas. Luke reflexionó en silencio, y acabó comprendiendo que los satélites debían haber sido lanzados más o menos en el mismo instante en que había tenido aquella visión cuando estaban dentro del ascensor. Cerró los ojos y la visión estaba de nuevo ante él: la noche eterna.

21

Un sol rosa pálido estaba empezando a asomar en un cielo muy despejado, y Luke intentaba taponar un agujero en un barril de líquido refrigerante cuando los rancors aparecieron al galope por las llanuras. El grupo llevaba menos de quince minutos trabajando, y Luke ya se había dado cuenta de que debían salir de allí lo más pronto posible. Los soldados de Gethzerion no tardarían más de media hora en llegar.

Chewbacca lanzó un alarido de saludo.

—¡Oh, cómo me alegro de que les hayamos encontrado! —gritó Cetrespeó, y se volvió hacia Chewie y Erredós—. ¿Veis? Ya os dije que todo saldría bien... ¡Su Alteza el rey Solo jamás permitiría que le hicieran volar en mil pedazos! —La cabeza del androide giró sobre la articulación de su cuello—. Bueno, ¿y qué están haciendo aquí?

—Tuvimos que saltar de la nave antes de que la derribaran —dijo Luke—, pero el impacto ha agujereado uno de los barriles de líquido refrigerante. He puesto un poco de cinta de acero, y ahora estoy esperando a que el adhesivo acabe de secarse. Estamos muy contentos de veros.

—¡Fui yo quien les localizó! —alardeó Cetrespeó—. ¡Fui capaz de descifrar ese código imperial gracias a mi Verbocerebro AA-uno, que no cabe duda es muy superior a cualquier otro modelo de cerebro! —Erredós emitió un graznido despectivo—. Con la ayuda de Erredós, naturalmente —añadió Cetrespeó—. ¡íbamos a la ciudad para advertirles!

Han soltó un gruñido y se sentó sobre el barril.

—¿Advertirnos de qué, señor Verbocerebro?

—¡Gethzerion ha planeado tenderles alguna clase de trampa! —exclamó Cetrespeó.

—Sí, bueno... La verdad es que conseguimos darnos cuenta de ello, sin ayuda de nadie, cuando la hizo funcionar —dijo Han.

—Pero hay algo más —dijo Cetrespeó—. Muéstrales el último mensaje, Erredós.

Erredós dejó escapar un chirrido, se inclinó hacia adelante sobre el rancor y centró sus holocámaras. Dos imágenes aparecieron sobre las llanuras de barro, inmóviles la una al lado de la otra: eran Gethzerion y un joven oficial que llevaba el uniforme color gris pizarra que lo identificaba como a uno de los generales de Zsinj.

—Bien, general Melvar, puede informar a Zsinj de que hemos capturado al general Solo y que la hermandad espera la llegada de la lanzadera que nos prometió a cambio —dijo Gethzerion.

La anciana bruja guardó silencio con las manos cruzadas sobre el estómago. El general Melvar la contempló sin inmutarse con los ojos relucientes de un hombre que disfruta matando, y se rascó el mentón con una uña de platino en forma de garra. Aquel tipo de implantes cuticulares resultaban muy dolorosos y salían muy caros, y quienes los llevaban solían

cortarse a sí mismos accidentalmente. El general Melvar tenía unas cuantas cicatrices blanquecinas en el rostro para dar fe de ello.

—El Señor de la Guerra Zsinj ha reconsiderado su oferta. -—Los labios de Melvar se curvaron en una sonrisa helada—. Desea expresar la pena que le ha causado el haberse visto obligado a bombardear la nave que salió de su recinto, pero ahora que el *Halcón Milenario* de Han Solo ha sido destruido, la situación ha cambiado mucho. ¿Fue la nave de Solo la que destruimos?

Gethzerion asintió. Sus ojos estaban entrecerrados, y parecían ocultar un secreto.

—¿Quién iba a bordo de ella? —preguntó Melvar, y su voz se volvió levemente amenazadora.

—Soldados —mintió Gethzerion—. Vieron que estábamos reparando la nave e intentaron huir en ella antes de que las reparaciones estuvieran terminadas. Si usted no los hubiera matado, lo habría hecho yo.

—Lo sospechaba —dijo Melvar, y su sonrisa era claramente triunfal—. Aunque debo admitir que albergaba la esperanza de que usted estuviera a bordo... —Tragó una honda bocanada de aire—. Bien, así que tiene en su poder al general Solo y desea una lanzadera.

Gethzerion inclinó la cabeza en un lento y envarado asentimiento, y su capuchón oscuro le ocultó los ojos.

—Supongo que comprende que la destrucción de la nave de Solo ha debilitado bastante su posición a la hora de hacer tratos, ¿no? —dijo Melvar—. En consecuencia, el Señor de la Guerra Zsinj desea hacer una contrapropuesta a su insignificante banda de mujeres.

—Tal como yo esperaba —replicó Gethzerion. El general desvió la mirada e intentó ocultar su irritación al ver que Gethzerion había previsto sus reacciones—. Después de todo —siguió diciendo Gethzerion—, incluso en nuestro remoto mundo es bien sabido que el Señor de la Guerra Zsinj nunca cumple su palabra cuando el hacerlo podría causarle alguna molestia. Si he de serle sincera, ya me imaginaba que quizá no estuviera dispuesto a liberar a las Hermanas de la Noche de su encarcelamiento en Dathomir... Bien, y ahora dígame qué insignificante baratija nos ofrece.

—La oferta del Señor de la Guerra Zsinj consiste en que su hermandad le entregue a Solo dentro de treinta y seis horas. Zsinj vendrá personalmente para recoger al general, y a cambio se abstendrá de destruir su planeta.

—¿No nos ofrece nada? —preguntó Gethzerion.

—Les ofrece sus vidas. —Melvar sonrió—. Debería estar agradecida de obtener eso.

—No comprende a las Hermanas de la Noche —se burló Gethzerion—. No damos ningún valor a nuestras vidas, por lo que la oferta de Zsinj no vale nada.

—Aun así, le exigimos que nos entregue inmediatamente a Han Solo —dijo Melvar—. La extinción es un estado tan permanente... Le sugiero que dedique unos momentos a tomar una decisión.

—Y usted puede decirle a Zsinj que las Hermanas de la Noche tenemos nuestra propia oferta: dígale a Zsinj que como pago a permitirnos salir de este mundo, podrá contar con los servicios de nuestra hermandad.

Una chispa de interés brilló en los ojos de Melvar.

—¿Cómo puede estar seguro de su devoción?

—Le traeremos a nuestas hijas y nuestras nietas..., a todas nuestras descendientes que estén por debajo de los diez años de edad. Puede

mantenerlas como rehenes donde desee. Si no se siente complacido con nuestros servicios, puede matar a nuestras niñas.

—Hace unos momentos admitió que para ustedes la vida no tiene ningún valor —protestó Melvar—. Si me estaba diciendo la verdad, ¿acaso no resulta razonable suponer que sacrificarían a sus propias hijas para obtener su libertad?

Cuando volvió a hablar la voz de Gethzerion sonó enronquecida por las emoción.

—Ninguna madre podría ser tan malvada —murmuró—. Dígale a Zsinj que piense en nuestra oferta, tal como nosotras debemos pensar en la suya.

Los hologramas se esfumaron, y Han se puso en pie y miró a su alrededor.

—Bien, ¿qué creéis que ha planeado Zsinj? —preguntó—. ¿Bombardeos aéreos, alguna otra cosa...?

Leia titubeó unos momentos antes de hablar.

—Ha dicho que destruiría el planeta, no sólo a las Hermanas de la Noche o su ciudad. —Tragó una honda bocanada de aire—. Podría estar trabajando en algo realmente grande...

—¿Como por ejemplo otra Estrella de la Muerte? —preguntó Luke—. No lo creo.

—No lo veo nada claro —dijo Han—. Gethzerion está intentando engañar a Zsinj: le ha dicho que soy su rehén y que ha destruido mi nave. No cabe duda de que está dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de salir de este montón de rocas.

—Y Zsinj parece dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de capturarte —dijo Leia.

—Sí —murmuró Han—. Lo realmente aterrador es que si pudiéramos conseguir que Gethzerion y Zsinj se conocieran, hay tantos rasgos de personalidad comunes entre ellos que creo que se llevarían a las mil maravillas.

Leia miró a Han y frunció el ceño en un gran esfuerzo de concentración.

—No lo entiendo —dijo por fin—. Zsinj parece arder en deseos de capturarte, Han, y eso está claro. Pero lo de venir aquí personalmente... Se está tomando muchas molestias para obligar a las Hermanas de la Noche a que le ayuden. ¿Qué tiene contra ti?

Han se rascó el mentón y puso cara de sentirse bastante incómodo. Chewbacca rugió desde lo alto de su rancor, animando a Han a que hablara. Luke no sabía qué iba a decir Han, pero estaba seguro de que no le iba a gustar nada.

—Bueno, después de haber destruido ese Super Destructor Estelar suyo... El caso es que yo... En fin, que establecí contacto con él por holovisión y... Eh... Supongo que me pasé un poco celebrándolo.

—¿Que te pasaste un poco celebrándolo? —exclamó Leía—. ¿Qué quieres decir con eso, Han?

—Yo... Ah... No recuerdo las palabras exactas, pero me atribuí todo el mérito de haber destruido su nave y creo que le dije algo así como que besara a mi wookie.

Chewbacca se echó a reír y asintió vigorosamente.

—Vamos a ver si lo he entendido bien —dijo Isolder—. ¿Le dijiste «Besa a mi wookie» al señor de la guerra más poderoso de toda la galaxia?

—¡De acuerdo, de acuerdo! —gritó Han, y se sentó en el generador—. ¡Lo siento mucho! No creo que haga falta restregármelo por las narices, ¿vale?

¡Admito que metí la pata! Yo... Bueno, estaba entusiasmado y fue un impulso, una de esas cosas que todo el mundo puede hacer en un momento de euforia...

Isolder le dio una palmada en la espalda.

—Ah, amigo mío, eres aún más tonto de lo que creía... Caramba, quizá incluso seas más tonto de lo que nadie imaginaba, ¡pero me hubiese encantado estar ahí!

Que Isolder llamara «amigo mío» a Han hizo que Luke quedara bastante sorprendido.

—A mí también me habría gustado estar ahí —dijo Leia—. De hecho, podrías haber vendido entradas.

Han alzó la cabeza y miró a Isolder a los ojos. . —¿De veras? Oh, tendríais que haber visto la cara que puso Zsinj... Ya sabéis que tiene las mejillas muy rojas y regordetas, ¡y la saliva le caía de la boca y se le movían los pelillos de la nariz! ¡Fue un espectáculo soberbio! ¿Sabíais que es un auténtico genio? Puede maldecir e insultar con una fluidez increíble en casi sesenta lenguas. Confieso que había oído unas cuantas obscenidades en mis buenos tiempos, pero ese hombre tiene un talento realmente especial.

—Oh, claro. —Isolder sonrió—. Sabes que va a poner tu cabeza sobre una bandeja, ¿verdad? Y teniendo en cuenta la reputación de Zsinj, incluso es posible que se la coma.

—Sí, bueno... Ese tipo de cosas hace que la vida siga resultando interesante —dijo Han.

—Podemos preocuparnos de Zsinj más tarde —dijo Luke—. En estos momentos, creo que lo que debemos hacer es llevar todos estos componentes al *Halcón.* No podemos permitir que nos sorprendan en campo abierto... Cuando Gethzerion descubra que hemos logrado salir con vida de la nave, se lanzará detrás de nuestra pista sin perder ni un momento.

Luke se volvió hacia el barril de líquido refrigerante y se sintió un poco incómodo. Incluso con el parche habían perdido la mitad del barril, y sabía que necesitarían hasta la última gota de líquido refrigerante para no perecer en el salto.

Leia le dio unas palmaditas en la espalda intentando consolarle.

—Habrá que arreglárselas con lo que tenemos a mano.

Luke asintió, pero únicamente porque no podía hacer otra cosa. Hicieron que los rancors cargaran rápidamente los generadores y los barriles de líquido refrigerante en sacos hechos con tiras de piel de whuffa, y después los rancors se los colgaron a la espalda. Los monstruos ni siquiera parecieron enterarse del peso de su nueva carga, y diez minutos después ya habían salido de las llanuras de barro y habían llegado al refugio que ofrecían las estribaciones de las colinas.

Después de un día y una noche sin dormir todo el grupo estaba agotado, pero los rancors habían reposado y siguieron avanzando hasta que faltaba poco para el crepúsculo y entonces decidieron acampar. Pero Luke descubrió que no podía descansar. Fue al bosque y dio un paseo por él. Estaba anocheciendo. Subió a una colina para contemplar las llanuras, y cuando parpadeó las llanuras le parecieron oscuras y heladas, y totalmente vacías de vida. «Noche eterna —susurró una voz dentro de él—. La noche eterna se aproxima...» Luke se preguntó si las visiones serían simbólicas, y si constituirían una representación de su muerte inminente.

Forzó al máximo sus sentidos y sintió los movimientos y agitaciones en la Fuerza. El ejército de las Hermanas de la Noche ya había recorrido la

mitad del trayecto hacia la Montaña del Cántico. Gethzerion tenía su vehículo de superficie, y sólo necesitaría una hora para hacer un viaje que exigiría tres días a su ejército. Gethzerion y el resto de su clan podían dedicar esos tres días a planear su estrategia.

En el pasado, Luke había descubierto en más de una ocasión que podía imaginarse el desarrollo de una batalla y ensayarla en su mente. Cuando lo hacía, la Fuerza le guiaba y le daba ideas y soluciones que quizá no se le hubieran llegado a ocurrir nunca de otra manera. Pero aquella vez todo era distinto. Su escaramuza debajo de las torres le había revelado muy poco sobre las capacidades de las Hermanas de la Noche. Luke deseó que Ben o Yoda aparecieran para aconsejarle, pero la única imagen que acudió a su mente fue la de Yoda en el holograma. «Rechazados por las brujas...»

Yoda había sido un Maestro Jedi más grande de lo que Luke creía poder llegar a ser jamás, y sin embargo las brujas habían logrado resistir a Yoda y a otros como él y habían acabado obligándoles a marcharse. Luke se sintió repentinamente inseguro de su poder. La Fuerza... ¿De dónde venía en realidad? Yoda había dicho que era creada por la vida y que era energía, pero Luke se preguntó si realmente podía utilizarla sin remordimientos de conciencia. Si estaba sacando energía de otros seres vivos, absorbiéndola de ellos igual que si fuera una sanguijuela que chupaba y chupaba hasta dejarlos secos... Si era eso lo que hacía, ¿cómo justificarlo?

Y había otro asunto en el que también debía pensar. Luke tenía la sensación de que nunca había puesto a prueba su poder hasta el límite durante sus batallas con Darth Vader y el Emperador. Vader sólo pretendía atraerle a su bando, y había mantenido a Luke con vida; pero Luke no se hacía ilusiones en cuanto a Gethzerion, y sabía que no le trataría con tantos miramientos.

—¿Qué está ocurriendo aquí, Ben? —susurró Luke clavando la mirada en el oscuro verdor de la jungla. Los últimos rayos de sol arrancaban destellos a las hojas—. ¿Es alguna clase de prueba, o qué es? ¿Estás intentando averiguar si estoy preparado para actuar por mí mismo? ¿Crees que no necesito tu ayuda? ¿Qué está ocurriendo aquí...?

Pero Ben no le respondió. Una brisa del atardecer se deslizó por entre las copas de los árboles haciendo que susurraran, y las sombras de las hojas bailaron sobre el suelo. Luke alzó la mirada hacia el sol poniente y se llevó una sorpresa. El bosque olía a hojas y moho, y a los frutos que colgaban de las ramas más altas de los árboles. El atardecer era cálido y perfecto, y la luz del sol caía sobre él. Los lagartos saltaban entre la espesura del bosque sin saber que existieran las Hermanas de la Noche o Zsinj, y de repente Luke comprendió que Dathomir era un mundo muy hermoso a pesar de todo. Si el mapa de la sala de guerra de Augwynne era correcto, al parecer los seres humanos sólo habían explorado una centésima parte de la superficie habitable del planeta; y para la inmensa mayoría de las criaturas que vivían en Dathomir y en millones de planetas esparcidos por toda la galaxia, los planes de Gethzerion tenían menos importancia que un puñado de arena espolvoreado sobre el desierto.

Mientras Luke paseaba por el bosque, Isolder estaba sentado escuchando cómo Han hablaba con su androide. Leia no tardó en quedarse dormida, pero Isolder despertó un rato después y vio a Teneniel sentada

junto a la hoguera, inmóvil fuera del círculo de claridad contemplando las estrellas. Isolder fue hacia ella y se sentó a su lado.

—Cuando estoy en el desierto de noche —dijo Teneniel en voz baja y suave— y no hay nubes ni árboles que puedan ocultarme el panorama, a veces paso la noche despierta y me dedico a contemplar las estrellas, y me pregunto quién vive allí y cómo son esas personas.

Isolder contempló los puntitos de luz que brillaban sobre sus cabezas. Durante sus días de pirata había recorrido aquella parte de la galaxia, y siempre había tenido un talento natural para la astrogación, ya que le bastaba con fijarse en un par de estrellas de primera magnitud para poder saber en qué punto del espacio se hallaba.

—Yo también lo he hecho muchas veces —dijo—. Entre los libros de historia, mis lecciones de diplomacia y unos cuantos viajes, he conseguido aprender muchas cosas sobre el espacio. Escoge una —dijo, y movió una mano señalando las estrellas—. Te hablaré de ella.

—Ésa de ahí —dijo Teneniel, y señaló la que más brillaba del horizonte.

—Eso no es una estrella —dijo Isolder—. No es más que un planeta.

—Lo sé, pero tenía que ponerte a prueba. —Teneniel le sonrió—. De acuerdo, ahí arriba hay seis estrellas muy juntas que forman un círculo —dijo señalando directamente un grupo de estrellas que estaba encima de sus cabezas—. La más brillante es azul. Cuéntame cosas sobre ella.

Isolder observó la estrella durante unos momentos.

—Es el sistema de Cedre, y está a sólo tres años luz de aquí —dijo—. No hay vida alrededor de esa estrella, ya que es demasiado joven y demasiado caliente. Escoge otra estrella..., una amarilla o anaranjada.

—¿Y la que no brilla mucho y está a su izquierda? Me refiero a ésa de ahí...

Isolder se volvió hacia ella y la observó.

—En realidad son dos estrellas, un sistema doble llamado Fere o Feree, y se encuentra a bastante distancia. Hace doscientos años los habitantes de ese sistema habían llegado a desarrollar una gran cultura, y construían algunas de las mejores naves espaciales de la galaxia..., pequeños cruceros de lujo. Tengo un tío que colecciona naves espaciales antiguas, y cuenta con una nave de Fere restaurada en su colección.

—¿Y ya no construyen naves?

—No. Durante algunas guerras mucha gente se dedicó a ir de un lado a otro buscando nuevos mundos en los que esconderse. Alguien llevó una plaga a Fere por accidente, y la plaga acabó con toda la población del planeta. Si tuvieras un telescopio lo suficientemente potente, podrías ver a los habitantes de Fere tal como eran en el pasado. Los feres eran muy altos, con una piel muy suave de un color marfil viejo, y tenían seis dedos delgados y muy delicados en cada mano.

—¿Cómo podría verles si están todos muertos? —preguntó Teneniel sin creerle.

—Porque con un telescopio estarías viendo luz que se reflejó en su mundo hace centenares de años. La luz está llegando a nosotros en estos momentos, y en consecuencia estarías contemplando su pasado.

—Oh —dijo Teneniel—. ¿Tienes un telescopio así?

—No. —Isolder se echó a reír—. No sabemos fabricar telescopios tan buenos.

—¿Y esa estrella de poca magnitud que hay debajo? —preguntó Teneniel.

—Esa estrella es Orelon, y la conozco muy bien —dijo Isolder—. Es muy grande y brilla con una luz muy intensa, y es la única estrella de este sector visible desde Hapes, el cúmulo en el que nací. En ese cúmulo hay sesenta y tres estrellas que se encuentran muy cerca las unas de las otras, y mi madre las gobierna todas.

Teneniel guardó silencio durante unos momentos y su rostro adoptó una expresión pensativa.

—¿Tu madre gobierna sesenta y tres estrellas? —preguntó por fin con voz temblorosa.

—Sí —dijo Isolder.

—¿Y tiene soldados..., guerreros y naves estelares?

—Tiene miles de millones de soldados, y miles de naves estelares —replicó Isolder.

Teneniel tragó aire, y en ese momento Isolder comprendió que su respuesta debía de haberla asustado.

—¿Por que no me lo dijiste antes? —preguntó Teneniel de repente—. No sabía que había capturado al hijo de una mujer tan poderosa.

—Te dije que mi madre era una reina, y tú sabías que cuando escogiera a una esposa esa mujer llegaría a ser reina.

—Pero... Pero yo creía que era la reina de un clan de aldea —jadeó Teneniel. Se acostó sobre la hierba y se llevó las manos a la cabeza durante un momento, como si estuviera mareada. Isolder decidió darle algo de tiempo para que se fuera acostumbrando a la enorme escala de la vida tal como él la conocía—. Bien —dijo Teneniel con voz pensativa—, cuando te marches de Dathomir, si levanto la vista hacia esa estrella... ¿Sabré dónde estás?

—Sí —dijo Isolder.

—Y cuando estés en tu mundo natal, ¿levantarás alguna vez la vista hacia el cielo nocturno, y verás mi sol y pensarás en mí?

Su voz sonaba muy débil y estaba llena de pena y desolación.

—No podemos ver tu sol desde Hapes —dijo Isolder, un poco sorprendido ante el tono de voz que había empleado Teneniel—. Su luz es demasiado débil. Hapes tiene siete lunas, y su claridad se impone a la de las estrellas de tan poca magnitud.

Se puso de lado y contempló el rostro de Teneniel a la luz de las estrellas. La visión nocturna de Isolder no era demasiado buena, como ocurría con la gran mayoría de hapanianos. La claridad de siete lunas y de un sol que daba mucha luz hacía que la visión nocturna resultara innecesaria, y a lo largo de los milenios su pueblo había ido perdiendo la capacidad de ver bien en la oscuridad. Aun así, Isolder podía distinguir la silueta de Teneniel, las tensas líneas de su rostro y la curva de su pecho.

—No te entiendo —dijo—. ¿Qué crees que soy para ti? Dijiste que soy tu esclavo... Dijiste que tu pueblo rapta a los hombres para que sean sus esposos, y si te entendí correctamente, el hecho de que sea de tu propiedad me proporciona cierta posición dentro de tu clan.

—Nunca te obligaría a hacer nada en contra de tu voluntad —dijo Teneniel—. Yo... Sería incapaz. Como te dije antes, si otra mujer te capturase... Bueno, entonces quizá no serías tan afortunado.

Isolder se acordó de la sonrisa enigmática que había en los labios de Teneniel cuando le vio por primera vez, de cómo se había movido a su alrededor trazando tímidos círculos mientras cantaba en voz baja y suave y, a pesar de ello, también se acordó de que le había observado con gran

atención sin que sus ojos color cobre se hubiesen apartado ni un instante de él. Isolder le había sonreído con la única intención de ser cordial, y después había alargado la mano para coger la cuerda que Teneniel le ofrecía, y la cuerda le había atrapado. Por fin lo comprendía todo. Teneniel le había proporcionado todas las oportunidades posibles de escapar, y él había permitido que le capturase.

Teniendo en cuenta cómo solían ser los rituales de apareamiento, aquél no resultaba particularmente complicado, pero cada bando tenía que comprender las reglas.

—Ya entiendo —dijo, y suspiró—. ¿Y si no nos gustáramos? ¿Y si el matrimonio no funcionara? ¿Qué harías entonces?

—Podría venderte. Si prefirieses a otra mujer, una propietaria que respetase las leyes y tuviera buen corazón intentaría venderte a esa mujer y fijaría el precio que le pareciese razonable según la riqueza de la compradora y las circunstancias. Si no había nadie que te gustara en nuestro clan, siempre podrías llegar a algún tipo de acuerdo para ser capturado por alguien de fuera del clan; o también podrías huir a las montañas para hacerme comprender que no estabas satisfecho, y si yo creyera que aún había alguna manera de arreglar las cosas para que el matrimonio funcionara, entonces te perseguiría y volvería a capturarte. Hay muchas cosas que podrías hacer…

Isolder reflexionó en silencio. A primera vista todo aquello le sonaba bastante bárbaro, pero en el fondo el sistema mediante el que las brujas escogían a sus compañeros no parecía ser más terrible u opresivo que la gran mayoría de sistemas de otras culturas. Las mujeres mandaban, igual que en el planeta de Isolder, pero al menos en Dathomir los hombres tenían algunos recursos a su disposición. Isolder intentó imaginar aquel mundo tal como había sido durante millares de años, con los pequeños grupos de seres humanos que se enfrentaban a los rancors sin armas. Dada semejante alternativa, el casarse con una bruja y obtener su protección aunque fuera a costa de convertirse en un esclavo, tenía que resultar una perspectiva muy apetecible.

Y Teneniel le estaba dando su libertad en aquel mismo instante. Permitiría que escapara, que intentara salir de aquel planeta, y a cambio sólo quería una cosa: ser recordada, y que Isolder pensara en ella con ternura y cariño.

Isolder se acordó del temperamento ferozmente posesivo de sus tías y de la avaricia de su madre, y se preguntó cuántas mujeres de su planeta habrían sido tan generosas y comprensivas. Teneniel poseía una belleza tan grande que Isolder rara vez había visto una que la igualara.

Isolder se incorporó apoyándose en los codos, se inclinó sobre Teneniel y la besó delicadamente en la mejilla, sabiendo que se estaba despidiendo de ella con aquel beso, y al besarla descubrió que tenía el rostro mojado. Teneniel había estado llorando.

—Si alguna vez vuelvo a Hapes —dijo—, me acordaré de ti. Sé dónde estás, y de vez en cuando alzaré la mirada hacia Dathomir y me preguntaré si me estás contemplando a través de los cielos.

Luke despertó a los demás una hora después. Montaron en los rancors y avanzaron lo más deprisa posible, obligando implacablemente a sus monturas a que atravesaran los bosques, las montañas y los profundos

desfiladeros. Volvieron a detenerse muy avanzada la noche en un gran bosque, a sólo catorce kilómetros de la Montaña del Cántico. Los rancors estaban tan exhaustos que no podían seguir moviéndose. Luke podía percibir una sensación de urgencia apremiante y quería seguir sin detenerse ni un momento, pero los rancors estaban demasiado cansados y todo el grupo estaba agotado.

—Descansaremos aquí un rato —dijo.

Los demás bajaron de sus monturas como una sola persona y se acostaron en el suelo tapándose con mantas. Los dos androides ya habían reducido el suministro de energía para la noche.

Luke comió unas raciones no muy abundantes sin encender una hoguera y rodeado de un silencio casi absoluto, mientras los rancors jadeaban a causa del agotamiento, tumbados entre las sombras con los ojos nublados por la somnolencia. Los rancors no se estaban recuperando demasiado bien del considerable ejercicio físico del viaje, por lo que Teneniel llenó un odre con agua y los monstruos se inclinaron ante ella mientras los otros miembros del grupo dormían, y permitieron que les mojara un poco los rostros con un trapo húmedo. Luke se sorprendió ante su conducta, pero un instante después comprendió que la carencia de glándulas sudoríparas de aquellas inmensas criaturas hacía que los rigores del viaje supusieran un sufrimiento considerable para los rancors, que debían tener muchísimo calor. Fue a reunirse con Teneniel.

—Utiliza la Fuerza para ayudarles —le dijo—. Puede enfriar sus cuerpos.

Tocó al primer rancor y permitió que la Fuerza fluyera sobre la criatura. El rancor dejó escapar un suspiro de satisfacción y le rozó con una enorme garra fangosa, como si quisiera hacerle una caricia.

Teneniel meneó la cabeza e hizo una mueca de frustración.

—Sigo sin comprender cómo lo haces —dijo—, y me parece que resultaría mucho más fácil mediante un hechizo.

—Si el decir unas cuantas palabras te ayuda a concentrarte, entonces no veo que haya nada de malo en hacerlo —replicó Luke—. Pero la Fuerza no puede ser capturada con palabras, y no puede ser encerrada en ellas.

—Siento lo..., lo que hice en la prisión —dijo Teneniel—. Faltó muy poco para que las matara. Yo... Cuando me enfurecí, de repente fue como si nada de cuanto me habías dicho tuviera ningún sentido. Lo único que deseaba era matarlas y poner fin de una vez por todas a sus maldades, pero tus reglas me lo impedían.

—Ellas querían que intentaras matarlas. Querían que te entregaras al odio.

—Lo sé —dijo Teneniel—, pero en ese momento no podía concebir que el lado luminoso de la Fuerza fuese más potente que el oscuro.

—Nunca he dicho que fuese más potente —replicó Luke—. Si lo que quieres es poder, entonces se puede afirmar que los dos lados resultan igualmente útiles. Pero fíjate en las Hermanas de la Noche, y verás lo que ofrece el lado oscuro: miedo en vez de amor, agresión en vez de paz, dominio en vez de servicio, y un hambre devoradora en vez de la satisfacción.

»Si anhelas el poder fácil, entonces el lado oscuro de la Fuerza te ofrece aquello que más deseas..., a cambio de sacrificar cualquier otra cosa que tenga algún valor para ti.

Luke fue tocando a los rancors uno detrás de otro y los refrescó.

Teneniel le rodeó el pecho con los brazos desde atrás, y le frotó el hombro con la mejilla.

—¿Y si anhelo el amor por encima de cualquier otra cosa? —le preguntó—. ¿Puedo confiar en que el lado luminoso de la Fuerza me lleve hasta él?

Su pregunta resultaba muy fácil de comprender, pero Luke sintió la tentación de fingir que no la entendía y que le había dejado confuso. La encontraba muy atractiva, pero declarar que la amaba... No, eso la desorientaría y sería como engañarla.

—No lo sé —respondió, y era sincero—. Creo que podría llegar a ocurrir.

—Antes de que Isolder y tú llegarais, te vi en una visión —dijo Teneniel—. Llevaba tanto tiempo sola viviendo en las tierras salvajes, y lo único que deseaba era encontrar un esposo y volver con mi clan... Pasé muchos días trabajando en mis hechizos de videncia, y de repente te vi en mis sueños. Creo que quizá seas mi destino.

Luke le tomó las manos entre sus dedos y las apretó suavemente.

—No creo en el destino —dijo—. Creo que forjamos nuestro camino en la vida a través de las decisiones que vamos haciendo y de lo que escogemos en cada momento. Escucha, Teneniel... Debo decirte una cosa, pero no la he dicho antes porque no quiero hacerte daño: tengo la sensación de que apenas nos conocemos el uno al otro. Creo que..., que deberíamos tomarnos las cosas con un poco más de calma, que deberíamos tranquilizarnos un poco...

—Lo que quieres decir es que yo he de tranquilizarme —susurró Teneniel—. Entre mi pueblo es costumbre escoger a los esposos muy deprisa, y es frecuente que se haga en un momento. Cuando te vi, supe al instante que te deseaba y no he cambiado de parecer desde entonces; pero tú actúas como si el amor fuese algo que ha de surgir muy despacio, entre dudas y vacilaciones...

—No estoy seguro de que el amor surja despacio y entre dudas y vacilaciones —replicó Luke—. Es solo que... Bueno, a veces crece, pero normalmente muere pronto.

—¿Y qué más da eso? —le preguntó Teneniel—. Si nuestro amor muere pronto, ¿qué habremos perdido entonces?

—No puedo hacer eso —respondió Luke—. El amor es algo más que mera curiosidad o que un apasionamiento momentáneo. No creo que dos personas puedan llegar a estar seguras de que es real hasta que han pasado algún tiempo juntas, hasta que han vivido una historia juntas... Pero tengo un deber que cumplir. Voy a terminar mi adiestramiento Jedi, y después de que me haya ido de este planeta, entonces... Bueno, si quieres que te diga la verdad, lo más probable es que nunca vuelva a verte. Tú y yo nunca llegaremos a tener una historia, Teneniel.

Luke quería seguir hablando y decirle que albergaba la esperanza de que algún día conocería a una chica como ella, pero de repente Han se removió en sueños entre las sombras más oscuras que había debajo de los árboles y alzó una mano en el aire.

—¡No! ¡No! —gritó, y después tiró de la manta hasta taparse la cabeza y se dio la vuelta.

Luke pensó que era un comportamiento muy extraño en Han. Nunca le había oído hablar en sueños antes, y un instante después sintió una alteración en la Fuerza, como si algo invisible se hubiera movido bajo el dosel de árboles con ellos. Pudo sentir cómo flotaba en los alrededores, y se preguntó si habría algún animal acechando entre las sombras. Miró hacia arriba, y de repente sintió que una presión le rodeaba la cabeza como si un

casco oscuro acabara de ser colocado encima de ella. Un escalofrío recorrió su columna vertebral, y Luke se esforzó para permanecer tranquilo e invisible. Se había dado cuenta de que estaba siendo sometido a alguna clase de prueba.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Qué es? —preguntó Teneniel.

Luke movió la mano indicándole que guardara silencio. Se mantuvo inmóvil durante varios minutos en los que recurrió a la Fuerza para tratar de recuperar el control de sí mismo, y la sensación acabó desvaneciéndose.

Teneniel dio un respingo y jadeó como si acabaran de arrojarle un cubo de agua fría encima. Intentó protegerse la cabeza con las manos, y después alzó la mirada hacia el cielo nocturno y rió.

—¡Nunca descubrirás nada de valor gracias a mí, Gethzerion! —gritó.

La voz marchita y quebradiza de Gethzerion resonó en los oídos de Luke y llenó el bosque, llegando de todas partes y de ningún sitio en concreto.

—¡Pero si es justo lo que acabo de hacer! —dijo—. He averiguado que Han Solo está vivo y que sueña con la esperanza de poder reparar su nave. Debo confesar que me alegra mucho que pudiera salvar sus queridos generadores... Créeme, deseo tanto como tú que pueda reparar esa nave y conseguir que vuelva a volar.

Luke desplegó sus pensamientos ayudándose con la Fuerza e intentó establecer contacto con la mente de Gethzerion. Tuvo un fugaz atisbo de caminantes imperiales avanzando en la oscuridad, y después Gethzerion retrocedió y se ocultó.

—Ensillad a los rancors —dijo Luke, y agradeció haber podido disipar la incomodidad de las bestias aunque sólo fuese por unos momentos—. Tenemos que salir de aquí ahora mismo. Gethzerion ha estado haciendo avanzar a sus tropas durante la noche para poder atacar a tu clan al amanecer.

22

El grupo se apresuró a montar en sus rancors para una última cabalgada. Algo había cambiado muy sutilmente durante la noche. Isolder y Teneniel montaron en el mismo rancor, y Han y Leia les imitaron. Luke cabalgó con Erredós, y se dio cuenta de que su conversación con Teneniel había servido para tranquilizar un poco a la joven. Teneniel había renunciado a él, y en cierto sentido Luke se sintió aliviado de que lo hubiera hecho.

Los rancors galoparon hacia la fortaleza del clan de la Montaña del Cántico abriéndose paso a través de la jungla a una velocidad increíble. Su macabra armadura crujía y chasqueaba, y creaba los únicos sonidos que perturbaban la paz de la noche. No había reptiles que saltaran de una rama a otra o que emitieran graznidos de nerviosismo y temor al oírles aproximarse, y tampoco había pájaros aleteando en las copas de los árboles. Parecía como si todos los animales de la jungla hubieran muerto y hubiesen caído de las ramas y las lianas sin hacer ningún ruido, tan grande era la quietud que se había adueñado del mundo.

Los rancors corrieron durante una hora y escalaron una cordillera, y después se detuvieron jadeando para contemplar el valle en forma de cuenco en el que se encontraba la Montaña del Cántico, a cinco kilómetros de distancia de ellos. El cielo se había vuelto de un rojo oscuro, y la luz de las llamas se reflejaba en el horizonte lleno de humo. Las Hermanas de la Noche habían prendido fuego a la jungla de las colinas que rodeaban el valle, y parecía como si la montaña se alzara en el centro de un brasero lleno de ascuas. Luke oyó con toda claridad la voz de Augwynne en su mente. «¡Luke, Teneniel, venid, deprisa...!»

—¡Ya llegamos! —gritó.

Apremió a los rancors a que avanzaran más deprisa, y chorros de polvo brotaron detrás de ellos cuando sus garras abrieron surcos en el suelo del bosque.

Luke podía sentir cómo la oscuridad se lanzaba hacia ellos, y notaba en su estómago aquella peculiar sensación de que las cosas no eran tal como deberían ser que resultaba tan parecida a una náusea provocada por una enfermedad indefinible. El aire estaba impregnado por los olores de las llamas y el hollín, y las cenizas y el humo flotaban a la deriva en el cielo color cobre. Luke lamentó no haber dirigido al grupo en un enorme semicírculo que les hubiese aproximado a la montaña por el lado norte. Una terrible sensación de apremio le impulsaba a ir más deprisa, pero no podía llevarles al lado sur de la montaña, una zona mucho más difícil de defender donde las Hermanas de la Noche se estarían reuniendo para lanzar su ataque.

Los rancors se fueron dirigiendo hacia los riscos de la ladera norte de la montaña, y Luke pudo sentir la presencia de las Hermanas de la Noche muy

cerca de él. Alzó la mano, ordenó en silencio a los rancors que se detuvieran y levantó la mirada hacia la desnuda pared rocosa de los riscos envueltos por hilachas de humo. La luz de las llamas se reflejaba en los peñascos, y lo iluminaba todo salvo las hendiduras más profundas.

Luke clavó la mirada en el risco. No podían subir por allí sin quedar expuestos a un ataque.

La humareda marrón se cernía ominosamente sobre sus cabezas como un sudario dispuesto a cubrir el mundo entero, pero estaba totalmente inmóvil. Las Hermanas de la Noche se las habían arreglado de alguna manera para manipular el humo, y utilizaban la Fuerza para emplearlo como si fuese un martillo. El aire parecía estar cargado de electricidad estática.

—Erredós, quiero que lleves a cabo una lectura de sensores y que me digas si captas alguna señal electrónica —dijo Luke.

Erredós elevó el plato de su antena y dejó que empezara a girar.

—La atmósfera está muy cargada, amo Luke, y la ionización está causando muchas alteraciones en mis circuitos —comentó Cetrespeó—. Dudo que Erredós sea capaz de captar gran cosa. Este clima no es nada bueno para un androide.

—Este clima no es nada bueno para nadie —dijo Luke mientras olisqueaba el aire.

Las nubes no tenían el color grisáceo de los nubarrones de tormenta llenos de aguaceros o el blanco de las nubéculas algodonosas que prometen un pequeño chaparrón veraniego. Aquellas nubes eran masas muy densas en las que había mucha más tierra y hollín que agua. Luke alzó la vista hacia el cielo, y las nubes que se acumulaban sobre el valle giraron y se arremolinaron de repente como si una mano acabara de agitarse sobre las llamas de un fuego de cocina. El rostro de Gethzerion llenó el cielo, un rostro hecho de humo enrojecido que se inclinó sobre ellos y frunció el ceño contemplándolos con sus ojillos que parecían temblar y ondular. Después el rostro se disolvió, pero dejó en Luke una inexplicable y fantasmagórica convicción de que Gethzerion seguía estando allí arriba, oculta detrás de las nubes, y de que continuaba vigilándoles. Los rancors gruñeron y retrocedieron un poco alejándose del risco.

—No os preocupéis —dijo Teneniel intentando calmar al grupo—. Gethzerion sólo intenta asustaros.

—Ya —dijo Han—. Bueno, pues lo está consiguiendo…

Erredós hizo girar su antena en un lento círculo vacilante, empezó a temblar y acabó deteniéndola enfilada hacia el sureste. Después soltó un chillido y emitió un blip electrónico.

—Erredós capta lecturas de varios caminantes imperiales en esa dirección —dijo Cetrespeó.

Luke se volvió hacia el sureste y después alzó nuevamente la mirada hacia la montaña. Las sombras que había en algunas de las cañadas que tenían encima eran lo suficientemente negras como para que los ojos humanos no fueran capaces de ver a los rancors si empezaban a trepar por las hendiduras de mayor profundidad, pero Luke sabía que los biosensores de los caminantes imperiales podían localizarlos en un segundo. Tendría que acabar con aquellos caminantes para que los demás pudieran escalar el risco, y no disponía de mucho tiempo.

Luke se inclinó sobre su rancor y le dio unas palmaditas. La bestia estaba volviendo a tener problemas con la acumulación de calor, y Luke

podía percibir su fatiga y el mareo que se iba adueñando de ella. Dejó que la Fuerza fluyera a través de él, enfrió a los rancors y se llevó su sed, y después les habló.

—Tosh, que tus mejores escaladores lleven a mis amigos hasta la fortaleza del clan —dijo—. Yo me quedaré aquí abajo con dos de vosotros para luchar, y me reuniré con los demás tan pronto como me sea posible.

Tosh empezó a gruñir órdenes a sus hijos, y los dos machos más pequeños del grupo cogieron los generadores de su grupa. Tosh y su hija sacaron sus picas y sus redes de los arreos de su espalda y se prepararon para la batalla.

—Han —dijo Luke volviéndose hacia el rancor de Han y Leia—, lleva a Leia y a los androides al *Halcón* y empieza a trabajar en la nave. —Luke alzó una mano para dar más énfasis a sus palabras, y Erredós flotó desde la grupa de Tosh hasta el rancor de Han y Leia y quedó colocado entre ellos—. Aquí abajo no podrías hacer nada. Quizá necesiten tu ayuda, Teneniel.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Han—. Me quedo contigo. Todavía tengo mi inteligencia y mi desintegrador, ¿no?

—Y no te servirán de nada —replicó Luke.

Han puso cara de abatimiento.

—Sí, pero…

El trueno rugió sobre las nubes y creó ecos en la pared de rocas. El cielo escupió un relámpago púrpura que chocó con el risco y estalló entre los peñascos como un disparo de cañón desintegrador, creando un diluvio de llameantes astillas de magma que cayeron al suelo trazando arcos por el aire.

—No lo entiendes, ¿verdad? —dijo Leia—. Las Hermanas de la Noche vienen en busca del *Halcón* porque saben que es su billete para salir de este planeta. La mejor manera de ayudar a estas gentes es reparar la nave lo más deprisa posible y largarnos de Dathomir a toda velocidad para que no quede nada por lo que pelear.

—Ya lo sé —dijo Han en un tono algo dolido—. ¡Puedo entenderlo! ¡De acuerdo, tienes toda la razón!

Pero Luke sabía que en lo más hondo de su corazón Han no podía soportar la idea de abandonar a un amigo cuando éste le necesitaba.

Chewbacca y Cetrespeó treparon a la grupa de la hembra más grande y quedaron no muy cómodamente instalados detrás de Isolder y Teneniel. Los rancors eran tan enormes que podían acoger hasta a cuatro jinetes en las placas huesudas que había encima de sus ojos. Sobrecargar a los rancors con pasajeros humanos no preocupaba tanto a Luke como el considerable peso de los generadores y el líquido refrigerante. Los rancors tendrían que escalar la montaña transportando aquellos fardos.

—¿Podréis hacerlo?—preguntó a los rancors, y los dos machos le aseguraron que sí con un gruñido.

Luke alzó la mirada y vio el rostro de Leia iluminado por un relámpago repentino, y percibió su preocupación.

—No te preocupes —le dijo—. Me encargaré de que esos caminantes imperiales no te creen molestias.

—No es eso lo que me preocupa —respondió Leia—. Cuídate, ¿de acuerdo? Nada de heroicidades: ahí fuera hay gente bastante mala, y hasta yo puedo sentirlo.

El silencio se fue prolongando y Luke no supo qué responder. Si existía algún día en el que se necesitaran heroicidades, seguramente era aquél.

—Intentaré ir con cuidado —dijo por fin.

Luke hizo retroceder a Tosh y dejó atrás a los demás en el bosque mientras iniciaban el ascenso. Tosh corrió unos cuatrocientos metros cuesta arriba por una ladera no muy empinada, y después se detuvo, irguió el torso y olisqueó el aire. La espesura que tenían delante era una sólida masa de negrura. Tosh dejó escapar un gruñido ahogado, y Luke percibió la sensación de peligro y falta de tiempo que estaba experimentando la hembra de rancor. Quería que desmontara para que pudiera moverse deprisa en un combate. Tosh se agazapó, y Luke saltó al suelo.

Sondeó la oscuridad que se extendía ante él. No podía ver nada y no podía oler nada, y no captó nada ni siquiera utilizando la Fuerza; pero los rancors empezaron a arrastrarse en silencio hacia la izquierda describiendo un círculo alrededor de la espesura. Luke les siguió sin hacer ningún ruido, utilizando la Fuerza para que guiase sus pasos.

Llegaron a un sendero que conducía a una zona donde la maleza era aún más frondosa y el suelo estaba iluminado por los reflejos de las llamas. Luke pudo ver señales en la tierra. Sólo las garras en que terminaban las patas metálicas de los caminantes imperiales podían dejar tan maltratado el suelo. Volvió a escrutar la maleza. No era tan oscura y el follaje que se extendía sobre ella parecía un poco menos abundante, y Luke comprendió que se encontraba en un pequeño promontorio y que ninguna masa de vegetación podía ser tan espesa.

—¡Mirad! —gritó de repente un soldado delante de él hablando por el micrófono de su casco—. ¡Allí arriba, en el risco!

Luke volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro. Los dos rancors estaban avanzando a gran velocidad por aquella pared de rocas casi vertical, aferrándose a los viejos asideros con sus enormes garras. Luke apenas pudo distinguir las diminutas siluetas que eran Han, Leia y los demás.

Los cañones desintegradores abrieron fuego casi al instante por delante de él, y sus cegadores destellos le permitieron ver que lo que había tomado por maleza era en realidad una red de camuflaje imperial que ocultaba un emplazamiento artillero en el que había una docena de soldados, cuatro caminantes imperiales y una Hermana de la Noche. Luke comprendió que debía de haber docenas de puestos de avanzada como aquél, y esperó que acabar con el que tenía delante permitiría que Leia y los demás tuvieran una posibilidad de llegar hasta la cima de la montaña.

Tosh y su hija empuñaron sus picas y echaron a correr utilizando el estrépito de los cañones para que cubriese del ruido de su ataque. Luke observó nerviosamente a Leia, y vio cómo los dos rancors del risco giraban como por arte de magia y esquivaban el ataque colocando una protuberancia rocosa entre ellos y el cañoneo. Luke necesitó un momento para ver que se habían desplazado agarrándose a unas cuerdas de piel de whuffa que colgaban del risco como lianas.

Luke se lanzó a la carga detrás de Tosh y su hija, y Tosh fue la primera en enfrentarse a los imperiales. Chocó con dos caminantes imperiales a la vez, y los derribó haciendo que cayeran sobre el emplazamiento artillero. Los asustados soldados dispararon sus rifles desintegradores contra ella, y Tosh lanzó un rugido de dolor cuando los rayos rebotaron en su gruesa piel. Luke disparó tres veces en rápida sucesión, y los imperiales cayeron. La hija de Tosh hizo girar su enorme pica y partió un tercer caminante por la mitad.

El cuarto caminante imperial giró sobre sí mismo y disparó sus dos cañones desintegradores contra la joven rancor. Una lluvia de fluido orgánico se desparramó sobre la instalación, y el brazo derecho de la rancor quedó cercenado a la altura del hombro. Astillas de hueso amarillo asomaron por entre la oscura masa de carne destrozada. La rancor contempló sus heridas con perplejidad, agarró la red con la mano que le quedaba y la lanzó sobre el último caminante imperial, después de lo cual se derrumbó y murió. El peso de las piedras que lastraban la red hizo que el caminante perdiera el equilibrio, y Tosh se levantó de un salto, mató a un soldado que intentaba huir con un barrido de una zarpa, y después corrió hacia el caminante imperial e incrustó un puño en sus cañones.

Un torrente de llamas y chispas azuladas brotó del caminante destrozado cuando su planta de energía empezó a derretirse, pero Tosh volvió a golpearlo una y otra vez con su puño abollando el casco. No podía haber nadie vivo dentro, pero Tosh gritó y empezó a tirar del metal intentando sacar el cadáver del artillero de la cabina.

Luke disparó contra otros dos soldados, y oyó el canturreo de la Hermana de la Noche. Estaba acurrucada en el suelo, parecía muy asustada y había empezado a alejarse de Tosh y de la carnicería. Luke empuñó su espada de luz.

—¡Tú! —gritó.

La Hermana de la Noche se volvió hacia él y su capuchón cayó hacia atrás. Era joven y, en realidad, apenas si era más que una niña, pues parecía no tener más de dieciséis años. Luke no podía imaginar que fuese realmente maligna, y percibió su terror.

La Hermana de la Noche reanudó su canturreo y Luke alzó su mano libre y la movió en un gesto de apretar, utilizando la Fuerza para apretarle la tráquea. El canturreo se detuvo, y la Hermana de la Noche permaneció totalmente inmóvil, paralizada con el terror grabado en cada rasgo de su rostro.

—¡No me obligues a matarte! —gritó Luke—. ¡Prométeme que abandonarás a Gethzerion y a su clan para siempre!

La muchacha le contempló en silencio. Su rostro quedaba iluminado por las llamas que brotaban de los caminantes imperiales, y sus ojos estaban enloquecidos por el terror. Asintió mecánicamente, y Luke percibió el sabor de su miedo animal y dejó de ejercer presión sobre su tráquea.

La Hermana de la Noche cayó al suelo y alzó los ojos hacia él lanzándole una mirada llena de rabia. Luke captó la sorpresa que sentía ante su impotencia. La Hermana de la Noche lanzó un hechizo con un leve gesto, como si intentara aplastar a un mosquito con la mano, y la espada de luz salió despedida de la mano de Luke.

Luke desenfundó su desintegrador y disparó. La muchacha gritó una maldición e intentó desviar el rayo con la palma de su mano, pero era joven y estaba demasiado debilitada. El rayo se hundió en su carne y dejó la mano quemada y ennegrecida. La muchacha se contempló con expresión horrorizada y gritó.

La espada de luz se levantó del suelo y fue hacia la cabeza de Luke. Luke canalizó la Fuerza, desactivó la espada una fracción de segundo antes de que la hoja entrara en contacto con su rostro y cogió la espada al vuelo.

—¡No, por favor! —gritó Luke.

Pero la muchacha empezó a canturrear otro hechizo. Tosh apareció de repente detrás de ella y aplastó a la Hermana de la Noche con un terrible

puñetazo que hizo vibrar el suelo. Su puño se estrelló contra la tierra con un trueno ahogado acompañado por el sonido líquido de la carne convertida en pulpa y el crujido de los huesos.

Luke estaba aturdido. Se sentía incapaz de comprender la conducta autodestructiva de su enemiga, y no podía creer que una mujer tan joven pudiera haberse entregado de una manera tan completa al lado oscuro

Tosh recogió a Luke con una garra, lo colocó sobre su espalda y echó a correr a través de la jungla.

Luke pudo ver señales negras de quemadura en su carne a lo largo del promontorio huesudo que había detrás de su cabeza. Algunas eran bastante profundas, y estaban sangrando. Tosh rugía de dolor, pero no era el dolor de la batalla lo que la hacía gritar, sino el dolor de haber visto morir a su propia hija. La rancor corrió velozmente a través de la arboleda esquivando los troncos, le llevó hasta el risco y empezó a trepar por la oscuridad, avanzando hacia las nubes de humo iluminado por las llamas.

La montaña había quedado rodeada por un anillo de incendios, y el trueno retumbaba alrededor de Luke. Cuando Tosh llegó a la cima del risco, Leia y los demás ya estaban bastante lejos y los rancors se habían sumergido hasta la cintura en un cañaveral. Leia estaba observándole para asegurarse de que todo iba bien, y un instante después cogió las riendas de su rancor y le ordenó que se pusiera en movimiento. Los rancors echaron a correr a través de los campos de grano con el cuerpo inclinado hacia adelante apoyándose en los nudillos, y cruzaron el valle en forma de cuenco yendo hacia el lado sur y la fortaleza tallada en la piedra. La vieja Tosh rugió un desafío de batalla, y los rancors que avanzaban por delante de ella se unieron a su grito. Han e Isolder también lo corearon en nombre de sus jinetes humanos.

Luke llegó al lado sur del valle y vio cincuenta rancors armados con mazas y grandes garrotes inmóviles como monolitos oscuros formando una hilera a lo largo del risco. Un pequeño ejército de hombres y adolescentes vestidos con sus sencillos delantales de cuero sudaban y luchaban llevando enormes piedras para lanzar hasta el borde del risco, y las iban colocando junto a los rancors.

Leia no tardó en llegar al risco, y su rancor subió la escalera a toda velocidad llevándola a la gran fortaleza. Los rancors no podían cruzar aquellos umbrales demasiado pequeños para su enorme masa, y Han, Leia, Isolder, los androides y Teneniel se detuvieron y empezaron a transportar los generadores escalera arriba. Pero Luke aún podía sentir la premura que había impregnado la llamada de Augwynne hacía casi una hora, por lo que dejó a los demás ocupados con los generadores y subió la escalera saltando los peldaños de tres en tres, y corrió dejando atrás las habitaciones en las que los inválidos de la aldea y los niños se acurrucaban dominados por el temor, hasta que llegó a la sala de guerreras.

Las hermanas de clan estaban esperando en ella, vestidas con sus túnicas y sus tocados, y sus siluetas inmóviles se alzaban sobre el mapa que mostraba el terreno mientras sus bocas se movían en un cántico.

—*Ah re, ah re, ah suun corre. Ah re, ah re, ah suun corre...*

Augwynne saludó a Luke. Su rostro estaba tan rígido como una máscara cuidadosamente controlada.

—Bienvenido, Luke Skywalker —dijo mientras las hermanas seguían cantando—. Tenía la esperanza de que te darías prisa. Estamos haciendo una lectura y tratamos de averiguar cuáles son las posiciones de las

Hermanas de la Noche para poder descubrir su estrategia. —Augwynne movió su báculo para empujar un diminuto modelo del aerodeslizador de Gethzerion acercándolo un poco más a la fortaleza. Si Augwynne estaba en lo cierto, entonces Gethzerion se encontraba a sólo dos kilómetros de la montaña y avanzaba flanqueada por dos grupos de guerreras. Luke supuso que Gethzerion debía estar utilizando el aerodeslizador para transmitir sus órdenes a cada grupo personalmente—. ¿Habéis tenido éxito?

—Todo el que se podía esperar —respondió Luke.

—Bien. —Augwynne tragó aire—-. ¿Cuánto tiempo necesitará Han para reparar su nave?

—Dos horas —dijo Luke—. Ahora mismo está arriba intentando instalar los generadores. Gethzerion sabe que dispone de una nave que puede ser reparada.

—Tenía que averiguarlo más tarde o más temprano —dijo Augwynne—. Intentaremos mantener a raya a las Hermanas de la Noche hasta que Han haya terminado de repararla.

Una hermana de clan se inclinó sobre el mapa y colocó diecisiete piedras negras en el lado oeste de la base de la montaña. Luke examinó el mapa. La estrategia de las Hermanas de la Noche parecía lo suficientemente extraña como para resultar inexplicable. Habían colocado puestos de guardia consistentes en una hermana en doce puntos de la rosa de los vientos. Luke había destruido uno de esos puestos hacía poco, por lo que sabía qué contenía cada instalación; pero además Gethzerion también había colocado a tres grupos de asalto alrededor de la montaña. Uno de ellos se encontraba directamente delante de la escalera principal —la única entrada fácilmente accesible— y los otros dos habían sido colocados a intervalos de ciento veinte grados con respecto al primero. Al parecer, los planes de ataque de Gethzerion no habían tomado en consideración aspectos tan prosaicos como el terreno, las fortificaciones y hasta qué punto podían ser defendidas las posiciones del clan. Parecía esperar que sus tropas fueran capaces de arrollar cualquier barrera abriéndose paso a través de ella, pero Luke conocía el poder de la Fuerza y sabía que sus planes podían dar resultado.

—Hay muchas Hermanas de la Noche que no hemos podido localizar —comentó Augwynne observando el mapa—. Debemos actuar con cautela y estar precavidas.

Desplazó el modelo del aerodeslizador de Gethzerion aproximándolo un poco más a la base sur de la montaña, y después salió al balcón a esperar.

Luke se reunió con ella, y las otras brujas le siguieron en fila india y salieron al balcón. Ya casi había amanecido, y las nubes habían empezado a clarear sobre sus cabezas; pero había tanto humo encima de ellos que Luke no estaba muy seguro de si aquella mañana presenciaría un auténtico amanecer. Durante la noche anterior habían recorrido una distancia tan grande con sólo dos breves paradas para reposar que tenía la sensación de no haber dormido en días. Contempló el bosque y pudo ver cómo los caminantes imperiales se desplegaban entre la arboleda, y las siluetas de los soldados que correteaban de un lado a otro buscando una posición protegida, como una multitud de ratas blancas.

—¿Tienes palabras sabias que decirnos, Jedi? —preguntó Augwynne—. ¿Tienes algún consejo que darnos?

—Utilizad vuestros poderes únicamente al servicio de la vida —respondió Luke— y para protegeros a vosotras mismas o a los demás.

—¿Nos estás diciendo que no debemos matar a las Hermanas de la Noche? —preguntó una de las mujeres.

Luke bajó la mirada hacia las fuerzas de ataque desplegadas a sus pies.

—Si podéis evitarlo, sí; pero en este caso ya he advertido a Gethzerion y su hermandad.

—Al igual que lo hemos hecho nosotras —dijo Augwynne—. Quienes se enfrentan a nosotras este día, morirán con su sangre manchando sus propias manos. Yo no tendré ninguna compasión.

Esperaron en silencio, y Teneniel entró en el balcón y le cogió la mano a Luke.

—Están reparando la nave tan deprisa como pueden —dijo—. Tuve la sensación de que les estorbaba, y pensé que quizá pudiera ser más útil aquí.

Luke la miró, y la luz de las llamas realzó el color de cobre de sus ojos y tiñó su cabellera de reflejos rojizos.

Teneniel tragó saliva, y una brisa flotó en el aire. Luke había pensado que Gethzerion quizá se presentaría ante ellos y anunciaría su presencia con alguna clase de discurso, pero el único anuncio llegó de Augwynne.

—¡Ya vienen!

Las hermanas de clan que rodeaban a Luke empezaron a canturrear, y las Hermanas de la Noche respondieron gritando su cántico entre las sombras del bosque que se extendía debajo del balcón. El aire se arremolinó alrededor de la estructura de piedra, y Luke sintió cómo el polvo caía encima de sus cabellos y comprendió que algo estaba precipitándose sobre él desde las alturas. Levantó la vista y vio que las nubes de hollín habían empezado a descender a su alrededor. Alargó la mano hacia su cinturón, cogió unas gafas protectoras y después sintió cómo un temblor se abría paso a través de la Fuerza.

El vendaval se intensificó, y Luke se encontró envuelto por un torbellino de hollín y gravilla que flotaba en el aire. Se puso las gafas protectoras, y las hermanas de clan se taparon los ojos con las manos mientras retrocedían saliendo del balcón para buscar el refugio de su fortaleza.

Teneniel Djo empezó a canturrear.

—*Waytha ara quetha way. Waytha ara quetha way...*

Una andanada de rayos desintegradores azotó el parapeto por debajo de Luke, y un caminante imperial apareció de repente con sus desintegradores envueltos en chispas y destellos. Las Hermanas de la Noche estaban utilizando la Fuerza para levitarlo.

Teneniel extendió la mano con los dedos separados y concentró su hechizo. El polvo se arremolinó alrededor de ellos girando tan locamente como el agua que se escapa por una cañería. Una tempestad de polvo y guijarros salió disparada contra el caminante imperial, y la carga estática que habían acumulado hizo que un relámpago brotara de la montaña y se extendiera como un dedo hasta tocar al caminante, haciendo que estallara envuelto en llamas. Las Hermanas de la Noche lo dejaron caer, y el caminante desapareció con un silbido estridente y-chocó con el suelo en un destello cegador que mostró a los caminantes imperiales y los soldados que avanzaban por el camino de la fortaleza.

Luke se inclinó sobre el parapeto para verlos mejor, y logró distinguir por entre los torbellinos de humo las oscuras siluetas de los rancors apostados al pie de la escalera que empezaban a dejar caer peñascos sobre el sendero, lanzándolos con tanta facilidad como si fuesen canicas. Vio como el primer peñasco chocaba con un caminante imperial, y el impacto hizo que se

desplomara hacia atrás barriendo a los caminantes y los soldados que lo seguían y precipitándolos fuera del risco.

Luke se asombró al comprender la implacable temeridad del ataque de Gethzerion, que suponía un desperdicio de vidas y equipo fenomenal. Dos hermanas de clan tenían los ojos clavados en la destrucción mientras murmuraban hechizos. Augwynne gritaba órdenes detrás de Luke.

—¡Ferra, Kirana Ti, id a las puertas delanteras! ¡Las Hermanas de la Noche están a punto de caer sobre nosotras!

Luke miró a su alrededor y no vio ni rastro de las Hermanas de la Noche, pero estaba acostumbrado a captar la Fuerza y sintió un temblor en lo alto. Alzó la mirada y vio a tres Hermanas de la Noche agarradas a las rocas como si fuesen arañas tres metros por encima de su cabeza. Un instante después las tres se dejaron caer al balcón moviéndose al unísono.

Luke gritó una advertencia, cogió su espada de luz y retrocedió un paso. Una bruja que estaba junto a él no tuvo tiempo de reaccionar: una Hermana de la Noche aterrizó a su lado, le disparó en la cara con un desintegrador y después saltó del balcón girando en el aire sobre sí misma.

Luke esquivó un disparo similar y cortó por la mitad a una Hermana de la Noche cuando puso los pies en el suelo a su lado. Al otro extremo del balcón, Augywnne estaba luchando con una Hermana de la Noche y Luke desenfundó su desintegrador. Augwynne empujó a la mujer fuera del balcón, y Luke saltó al vacío para perseguir a las Hermanas de la Noche.

El aire se había convertido en un tornado lleno de polvo y guijarros, y mientras caía junto a la escalera vio los cadáveres de los soldados imperiales, esparcidos como una lluvia de confetti blanco sobre la ruta de la muerte que habían estado siguiendo. Los rayos desintegradores silbaron junto a él mientras los caminantes imperiales seguían disparando contra los rancors que les lanzaban peñascos desde lo alto.

El suelo se estaba aproximando a gran velocidad, y Luke vio a dos Hermanas de la Noche inmóviles sobre las rocas. Luke se posó junto a una de ellas y gritó una advertencia. La Hermana de la Noche giró sobre sí misma y preparó un hechizo. Luke disparó. La Hermana de la Noche le contempló como si estuviera enfurecida mientras las llamas envolvían su capa, y Luke comprendió que la Fuerza debía ser muy grande en ella. La otra Hermana de la Noche huyó a la carrera y se perdió entre el humo y la neblina.

- La bruja clavó la mirada en Luke. Gethzerion echó su capuchón hacia atrás para mostrar las venas purpúreas de su rostro. Sus brillantes ojos rojizos estaban agrandados por la sorpresa.

—Bien, así que al fin nos encontramos… —dijo alzando la voz para poder ser oída por encima de los sonidos de la batalla—. He sido consciente de las ondulaciones de tu Fuerza. Siempre había querido conocer a un Jedi, pero pasé al lado de uno en los corredores de mi propia prisión y no le reconocí.

Gethzerion estudió a Luke en silencio durante unos momentos, como si quisiera asegurarse de que era un Jedi.

—He conocido a otros como tú en el pasado —dijo Luke—. Escúchame, Gethzerion: ¡da la espalda al lado oscuro antes de que sea demasiado tarde!

Gethzerion asintió con expresión pensativa.

—Discúlpame si te digo que no te encuentro muy impresionante, joven Jedi. Es una pena que debas morir antes de que tengas ocasión de ver cómo hago que tus amigos se retuerzan de dolor.

Señaló a Luke con un dedo, y una ondulación de la Fuerza se estrelló contra él antes de que Luke pudiera reconocer sus malignas intenciones. Luces blancas estallaron detrás de sus ojos y sintió como si todo el lado derecho de su rostro acabara de quedar aplastado por un martillo. Su brazo izquierdo y su pierna derecha se doblaron bajo aquel peso insoportable, y Luke quedó aturdido y se inclinó hasta apoyar una rodilla en el suelo. Todo el ruido, los estampidos de los desintegradores y los gritos de dolor se debilitaron de repente y se convirtieron en un rugir distante. Gethzerion volvió a extender la mano hacia él y su dedo tembló, y Luke sintió que se le nublaba la vista. El martillo golpeó su sien izquierda, y Luke se derrumbó sobre el costado y rodó hasta quedar de espaldas. Alzó la mirada hacia el cielo y jadeó mientras veía los ríos de rocas que volaban sobre él, algunas impulsadas por la Fuerza, otras lanzadas por los rancors.

El tiempo parecía estar transcurriendo mucho más despacio. Luke sintió un doloroso palpitar en su cabeza, una vibración acompasada al latir de su corazón. Su rostro estaba frío y entumecido, y Luke fue vagamente consciente de que el hechizo de Gethzerion había reventado varias venas en su cerebro, y comprendió que estaba a punto de morir, una más entre los centenares de bajas producidas en aquel campo de batalla.

«Bien, con que así es como habría sido todo si Vader realmente hubiera intentado matarme...» ¿A quién había estado tratando de engañar? Teneniel tenía razón: Luke no era un guerrero. «Te he fallado, Ben —pensó Luke—. Os he fallado a todos...» Y de repente hubo una oleada de dolor, y Luke intentó recordar con quien había estado hablando e intentó pensar en un nombre, alguien a quien llamar pidiéndole ayuda, pero su mente estaba confusa y tan vacía como los inmensos desiertos de Tattoine que exponían su desnudez a la luz de los soles ponientes.

23

Isolder fue corriendo a coger la nueva ventanilla de los sensores. Chewbacca ya estaba utilizando la palanqueta a motor para arrancar la vieja ventanilla, mientras Leia y Han se apretujaban en el reducido espacio de la bodega del *Halcón* intentando instalar los generadores de campo antiimpactos. Los androides estaban dentro del *Halcón,* echando el líquido refrigerante de los hiperimpulsores en sus depósitos. Fuera de la fortaleza se estaba librando una auténtica guerra. Los suelos de piedra temblaban y crujían bajo los embates de los rayos desintegradores y las rocas lanzadas por los aires, y el viento cantaba por los pasillos.

Isolder tenía la sensación de que toda la montaña podía derrumbarse y convertirse en polvo en cualquier momento. Casi deseaba que aquella habitación tuviera una ventana, un parapeto como tantas de las otras salas y habitaciones de la fortaleza, porque eso le hubiera permitido ver lo que estaba ocurriendo en el exterior; pero al mismo tiempo se sentía más a salvo en aquel recinto donde sólo había una puerta que vigilar.

Isolder llevó la ventanilla a Chewbacca, y la sostuvo durante un momento mientras el wookie buscaba entre las herramientas con sus manazas peludas hasta encontrar un remache con el que fijar la nueva ventanilla al *Halcón.* Chewbacca tenía miedo, y le temblaban las manos.

Y de repente Isolder oyó una voz detrás de ellos, y la voz sonó extrañamente lejana a pesar de que estaba gritando.

—¡Les he encontrado, Gethzerion!

Isolder giró sobre sí mismo y soltó la ventanilla. Una Hermana de la Noche se había detenido jadeando en el umbral. Isolder desenfundó su desintegrador y disparó, pero la Hermana de la Noche movió una mano y desvió el rayo.

—Bien, bien —dijo—. Eres muy guapo. Creo que me quedaré contigo…

Chewbacca lanzó un rugido y saltó sobre la Hermana de la Noche, y la bruja dio un paso hacia atrás. Chewie se hizo a un lado como si quisiera pasar junto a ella para huir de la habitación, y la Hermana de la Noche retrocedió tambaleándose. El wookie le había arrancado un brazo tan deprisa que Isolder ni siquiera había podido verlo.

La Hermana de la Noche contempló con incredulidad el muñón sanguinolento en que se había convertido su brazo. Isolder volvió a disparar, y la Hermana de la Noche se derrumbó.

Chewbacca aulló y empezó a buscar frenéticamente en el suelo. Isolder no entendía la lengua de los wookies, pero comprendió que se le habían caído los remaches.

—¡Entra en la nave y coge unos cuantos! —le gritó—. ¡Vamos, deprisa!

Chewbacca corrió hacia el *Halcón.* Isolder le siguió por la pasarela sin dejar de acariciar nerviosamente su desintegrador ni un momento.

Oyó una especie de martilleo encima de su cabeza, y los muros de piedra se desmoronaron de repente como si un puño gigantesco acabara de chocar con ellos. Isolder se llevó las manos a la cabeza para protegerse de las rocas que habían empezado a caer, y un huracán de polvo y humo entró en la habitación azotándolo todo.

Isolder pudo oír voces de mujeres entonando un cántico a su alrededor por entre el rugido del viento. Entrecerró los ojos y presionó el botón de cierre de la compuerta del *Halcón.*

—¡Salid de aquí! —gritó—. ¡Salvaros!

Y en ese momento comprendió que la profecía de Rell estaba a punto de convertirse en realidad, y que si seguía un instante más allí moriría. El resplandor rojo del cielo le permitió ver las siluetas oscuras de mujeres que se deslizaban sobre la roca y empezaban a descolgarse por las grietas de los muros.

Isolder se agachó, rodó por debajo del *Halcón* y echó a correr con la esperanza de encontrar un refugio. Una Hermana de la Noche cruzó el umbral y fue hacia él.

La Hermana de la Noche alzó la mano, y una fuerza invisible golpeó a Isolder.

Teneniel había visto como Luke saltaba del balcón siguiendo a las Hermanas de la Noche hacia las neblinas que se arremolinaban debajo de la fortaleza, pero no se había atrevido a lanzarse detrás de él. Oyó gritos dentro de la fortaleza, voces infantiles que chillaban de terror, y bajó corriendo un tramo de escalones dejando a seis de sus hermanas arriba para que lucharan en el balcón.

Había tres centinelas en las puertas y Teneniel echó a correr detrás de Ferra y Kirana Ti, casi pisándoles los talones mientras bajaba por la escalera de caracol. Ferra dobló un recodo a la carrera, y lanzó un grito de horror cuando su cabeza giró bruscamente hacia atrás sin que hubiera ninguna causa aparente para ello, rompiéndole el cuello con un horrendo chasquido.

Kirana Ti se detuvo y alzó un desintegrador esperando a que alguien subiera por el pozo de la escalera, pero una extraña locura se adueñó de Teneniel. La joven no pronunció su hechizo en voz alta, pero aun así envió un vendaval que aulló por el pozo de la escalera, embistiéndolo todo con la potencia suficiente para hacer que el cadáver de Ferra bajara dando tumbos por los peldaños. Las Hermanas de la Noche que había debajo de ella lanzaron gritos de miedo y sorpresa, y Teneniel dobló corriendo el recodo y vio a dos Hermanas de la Noche que se aferraban a la barandilla para evitar que el huracán surgido de la nada las arrastrase escalera abajo.

La negrura de la rabia invadió su mente, y Teneniel golpeó a las arpías con el viento de la Fuerza arrancando la barandilla de la pared de piedra, y las Hermanas de la Noche se precipitaron aullando en el vacío y cayeron rebotando a lo largo de las curvas de la escalera.

Teneniel dejó que el viento se esfumara y vio a Kirana Ti acurrucada en el suelo. Kirana Ti alzó sus ojos llenos de miedo hacia Teneniel y se echó a llorar. Teneniel se preguntó por qué aquella jovencita estúpida no se levantaba de una vez y salía a luchar.

—¿Qué estás mirando? —gritó—. ¡Maldita cobarde! —Una hermana de clan gritó en lo alto de la escalera, pero el grito quedó interrumpido casi al

instante—. Sal de aquí ahora mismo. ¡Ve a luchar! ¡Tus hermanas están muriendo!

—Tu rostro… —gimoteó Kirana Ti—. ¡Se te ha reventado una vena!

Teneniel dejó de gritarle, se llevó una mano a la mejilla y sintió el morado que acababa de surgir debajo de su ojo: la marca de una Hermana de la Noche. Pensarlo hizo que su mente se llenara de horror y perplejidad, y Teneniel comprendió que se había dejado dominar por la rabia y que había matado a todas aquellas Hermanas de la Noche sin saber muy bien lo que hacía. Giró sobre sí misma y subió corriendo por el tramo de escalones sin verlos. Dejó atrás las habitaciones de las guerreras, y sus pisadas crearon ecos entre las piedras.

Dobló un recodo al final del tramo de escalones y oyó a varias Hermanas de la Noche cantando sus hechizos por encima de ella. Miró a su alrededor, sorprendida al encontrarlas en un punto tan elevado de la fortaleza. Tan arriba ya no había estancias con aberturas, y aquel nivel sólo contenía unos cuantos almacenes y dormitorios desprovistos de ventanas. Si las Hermanas de la Noche no habían subido por la escalera, sólo podían haber entrado usando la Fuerza para abrirse paso a través de los muros de piedra. Y lo único de valor que había tan arriba era el *Halcón Milenario…*

Teneniel subió a la carrera los escalones y atravesó corriendo las estancias bajo la luz chisporroteante de las antorchas, dejando atrás los tapices descoloridos de hermanas de clan muertas hacía ya mucho tiempo, y acabó doblando la esquina de la cámara del último nivel en la que habían metido el *Halcón.*

Las Hermanas de la Noche estaban acurrucadas delante de ella, doce siluetas encapuchadas que murmuraban sus hechizos con las manos extendidas. Habían abierto una enorme grieta en el muro norte, y el torbellino seguía desgarrando los bordes del agujero.

Las Hermanas de la Noche enviaron al *Halcón* hacia la tormenta flotando sobre un campo de la Fuerza. Media nave ya estaba fuera de la grieta del muro, suspendida en el vacío. La escotilla estaba cerrada. Al otro lado de la sala, una Hermana de la Noche se había inclinado sobre el cuerpo inmóvil de Isolder y le estaba atando las muñecas, incapaz de resistir el impulso de robar a un esclavo tan apuesto.

Teneniel se detuvo y se apoyó en la pared para pensar. No podía enfrentarse a tantas Hermanas de la Noche, y si intentaba impedirles que se apoderasen del *Halcón* rompiendo su concentración en el hechizo, lo único que conseguiría con ello sería que la nave se precipitara por la grieta del muro y se despeñara por los acantilados. Ni siquiera su poderoso don, la capacidad de mover objetos, permitiría que Teneniel lograra salvar un objeto tan pesado de la destrucción y luchar con las Hermanas de la Noche al mismo tiempo.

Su única esperanza era que Leia y Han estuvieran a salvo escondidos dentro de la nave. Teneniel desplegó sus pensamientos e intentó establecer contacto con Leia.

—Por favor… —susurró—. Enciende los motores…

Tragó una honda bocanada de aire, giró sobre sí misma y atravesó corriendo la sala mientras canalizaba la Fuerza hacia Isolder, utilizándola para hacer levitar su cuerpo inconsciente. Apartó a su captora de un empujón, le agarró y saltó por encima del parapeto de piedra protegiendo a Isolder con su cuerpo.

Los motores del *Halcón* escupieron llamas, llenando la sala de fuego blanco. Las Hermanas de la Noche aullaron al verse envueltas en aquel infierno, pero Teneniel canalizó la Fuerza y permitió que las llamas fluyeran a su alrededor. El *Halcón* salió disparado a través de las nubes de humo marrón.

Teneniel cayó al suelo. Las llamas la habían quemado y habían chamuscado sus ropas, pero lo que experimentaba era mucho más dolor que una verdadera sensación de haber sufrido graves daños físicos.

Las llamas habían destrozado las estancias. Un estante de pergaminos ardía en un rincón, y los tapices de las hermanas de clan del pasado humeaban y echaban chispas. Sólo una Hermana de la Noche había sido lo suficientemente fuerte como para sobrevivir al fuego aunque había quedado muy aturdida, y se estaba arrastrando a cuatro patas por el suelo con el cabello chamuscado y el rostro enrojecido como si hubiera estado demasiado rato al sol.

Leia pilotó el *Halcón* a través de las nubes de polvo y cascotes creadas por la tormenta de la Fuerza. Habían estado trabajando desesperadamente para dejar los generadores del campo antiimpactos montados y en condiciones de funcionar, y aun así ni siquiera habían conseguido colocar el primer generador en su montura. La gravilla que chocaba con las protuberancias sensoras del *Halcón* estaba empezando a afectarlas seriamente, pero Leia no se atrevía a tratar de elevarse por encima de la tormenta. Los destellos y relampagueos de la electricidad estática, el hollín y toda la basura que se había acumulado en el cielo eran lo único con que contaba para protegerles e impedir que fueran detectados por las naves de guerra de Zsinj que flotaban por encima de la atmósfera.

Trazó un círculo sobre la fortaleza y lo repitió. Desde aquella altura podía ver el sol asomando a través de la tormenta, por lo que cruzó el valle volando a baja altura por debajo de la fortaleza. Han subió corriendo de la bodega.

—¿Qué le estás haciendo a mi nave? —gritó—. ¡No puedes seguir mucho rato dentro de esta tormenta!

Se dejó caer en el asiento del copiloto, y el *Halcón* siguió avanzando a baja altura por encima del valle. Erredós lanzaba silbidos y pitidos en la parte de atrás, y Cetrespeó no tardó en aparecer.

—¡Buenas noticias, Su Alteza! ¡Ya he echado todo el líquido refrigerante en los depósitos de los generadores de hiperimpulso, rey Solo!

—Estupendo, Cetrespeó —masculló Han—. ¿Se te ocurre alguna manera de acabar con esta tormenta?

—Tendré que ponerme a trabajar en ello —respondió Cetrespeó.

Leia bajó la vista hacia el suelo y los campos cultivados del clan de la Montaña del Cántico. Una docena de caminantes imperiales y unas dos docenas de Hermanas de la Noche estaban avanzando delante de ellos, justo en el límite de su visión. Han también las vio.

—Oh, chico, cómo odio tener que cargarme un camino tan precioso... —dijo Han mientras lanzaba sus torpedos protónicos.

Leia cruzó los dedos, y esperó que los escudos de energía fueran capaces de aguantar la detonación.

Los torpedos protónicos estallaron creando un campo de blancura cegadora, y Leia desvió la mirada. Un trueno increíble hizo temblar la nave y

creó un sinfín de ecos que retumbaron una y otra vez entre las colinas. Cuando la luz se hubo debilitado lo suficiente para que Leia pudiera volver a ver, chorros de hollín y gravilla empezaron a caer del cielo, largas tiras de cascotes y restos que relucían bajo los rayos de sol matinal como cascadas doradas.

Han soltó un alarido de triunfo y se echó a reír mientras deslizaba los dedos por entre sus cabellos despeinados, y durante un momento que pareció durar una eternidad Leia fue consciente de que acababan de asestar un golpe terrible al enemigo. La tormenta de la Fuerza ya había terminado. Los torpedos de Han habían eliminado a algunos de los talentos más poderosos con que contaban las Hermanas de la Noche.

Teneniel estaba empezando a levantarse en la sala de la fortaleza cuando toda la montaña tembló de repente sacudida por una gigantesca explosión, y un grito de victoria brotó del valle debajo de ella. La tormenta de la Fuerza se desvaneció tan deprisa como había surgido, y el hollín y los escombros empezaron a caer del cielo como torrentes de suciedad; pero Teneniel pudo ver aparecer el sol por encima de los residuos que manchaban las nubes, y distinguió el hilo de oro que indicaba el lugar donde la tierra se encontraba con el cielo.

Teneniel se arrastró hasta la Hermana de la Noche caída en el lugar donde se habían estado llevando a cabo las reparaciones del *Halcón,* y la arpía alzó la mirada hacia ella e hizo un débil intento de murmurar un hechizo, pero volvió a derrumbarse. Teneniel le dio la vuelta hasta dejarla acostada sobre la espalda y la miró a los ojos. La Hermana de la Noche se encogió, obviamente asustada. Su respiración entrecortada entraba y salía con un jadeo ahogado de sus pulmones quemados, y se iba debilitando por momentos. Había estado de pie en el peor sitio posible, justo detrás de las toberas del *Halcón* cuando se encendieron los motores.

—No te preocupes —dijo Teneniel mientras acariciaba su rostro manchado de hollín—. No te haré daño... Hoy ya he matado a demasiadas mujeres de tu hermandad. No sé lo que me harás después y no me importa, pero quiero que tengas esto.

Teneniel clavó la mirada en aquella horrible mujer, una víctima de su propia maldad, y canalizó los últimos restos de sus fuerzas, concediéndole la vida suficiente para que la Hermana de la Noche pudiera sobrevivir si disponía del tiempo y los cuidados necesarios.

Han alzó la vista hacia los chorros de claridad solar que caían del cielo y sintió que el corazón le daba un vuelco dentro del pecho. Durante un momento pensó que habían vencido.

Y después vio florecer la oscuridad. Un círculo de negrura apareció sobre el horizonte, y luego surgió otro junto a él y otro más, como si el cielo hubiera estado iluminado por diez mil globos de luz y de repente alguien hubiera empezado a apagarlos uno por uno.

Treinta segundos después, el *Halcón Milenario* se hallaba suspendido bajo un cielo desprovisto de luz. Sólo las llamas de los campos y las cosechas incendiadas iluminaban el suelo debajo de ellos. Chewbacca rugió y meneó la cabeza en un gesto de frustración impotente mientras sus ojos desorbitados miraban frenéticamente a un lado y a otro.

—¡Socorro, rey Solo! —gritó Cetrespeó con voz apremiante—. Mis fotorreceptores están captando un acontecimiento asombroso: ¡el sol de Dathomir parece estarse apagando!

—No me digas… —murmuró Han.

—Eh, ¿qué pasa ahora? —preguntó Leia, y su tono de voz delataba el nerviosismo que sentía.

—Algo tan enorme que está más allá incluso del poder de las Hermanas de la Noche —respondió Han con una terrible certeza, y alzó la mirada hacia la bóveda de noche oscurísima que acababa de aparecer sobre ellos.

24

Han hizo descender el *Halcón* y apagó los motores. La noche era de una negrura absoluta, y Han alzó la mirada hacia el cielo y se preguntó si le ocurriría algo a la pantalla visora. Pensó si sería conveniente darle unos cuantos puñetazos, sólo para ver lo que pasaba, pero desechó la idea y acabó volviéndose hacia los paneles sensores.

—Oh, maldita sea... —dijo—. Esa pequeña excursión tuya a través de la tormenta nos ha salido bastante cara, Leia. Los sensores están cubiertos de restos. Apenas si consigo obtener alguna lectura.

—¿Preferirías estar muerto? —preguntó Leia.

—No —admitió Han—. ¿Dónde está Isolder?

—No lo sé —respondió Leia—. Salió para colocar la ventanilla de los sensores. Creo que se encontró con las Hermanas de la Noche.

—¿Que se encontró con...? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Le han matado?

—Yo... No lo sé. Cuando salimos de allí, Isolder había caído al suelo. Teneniel estaba con él, y me dijo que debíamos irnos.

Han la miró. Las luces de la nave revelaban las huellas del temor y la pena grabadas en su rostro. Lo que había hecho equivalía a un sacrificio humano, y Leia lo sabía.

—Será mejor que cojamos el equipo médico y volvamos —dijo Han—. Tenemos que asegurarnos de que se encuentra bien... ¿A qué distancia crees que estamos de la fortaleza?

—Tracé muchos círculos —respondió Leia—. No podemos estar a más de medio kilómetro.

Han se volvió hacia Chewie.

—Leia y yo volvemos a la fortaleza —le dijo—. Tú y Cetrespeó tendríais que tratar de montar esos generadores. Erredós, intenta conseguir algunas lecturas de sensores para informarnos de lo que está ocurriendo... Si averiguas algo, quiero enterarme al instante.

Chewie asintió con un rugido, y Han fue a coger el equipo médico, un desintegrador pesado y un casco. Entregó una linterna a Leia, y bajaron corriendo por la pasarela y empezaron a cruzar el valle.

El polvo y el hollín seguían bajando del cielo y cayendo sobre ellos, y podían ver los incendios que aún ardían en algunos lugares del valle. Al otro lado del valle, unas luces verdes en rápido movimiento indicaban la posición de cuatro caminantes imperiales que se batían en retirada con un enjambre de figuritas corriendo a su alrededor.

Leia no encendió la linterna, y siguieron corriendo a lo largo del sendero guiados únicamente por la débil luz de los incendios. Lo que había parecido un trayecto muy largo y movido a bordo del *Halcón* resultó ser sólo una breve carrera de vuelta a la fortaleza. Cuando llegaron a ella, la batalla ya había terminado.

Hombres de rostros ceñudos se agolpaban alrededor de la fortaleza con antorchas en la mano y contemplaban aquella oscuridad total con visible inquietud. Los rancors lanzaban rugidos de agonía en la escalera, y Leia encendió su linterna y deslizó el haz luminoso sobre ellos. Una docena de rancors ensangrentados yacían como otras tantas pequeñas montañas al final de la escalera, y Tosh intentaba sacar el cuerpo de su hijo de allí para llevárselo mientras lanzaba rugidos de angustia.

Han y Leia subieron corriendo por la escalera de la fortaleza, pasando a la carrera junto a los muertos. Cuando llegaron a la cámara superior, encontraron a Teneniel caída encima de una Hermana de la Noche. Leia la acostó sobre la espalda y la joven empezó a respirar profundamente, y Han la examinó. Aparte de las señales de quemaduras que había en su túnica, no consiguió encontrar ninguna herida.

—¿Dónde está Isolder? —preguntó Leia.

Teneniel no se movió. Leia examinó la sala con su linterna, y una mancha blanca resultó ser Isolder caído en un rincón. Leia fue corriendo hacia él.

Han se apresuró a traer el equipo médico, pero cuando llegó descubrió que Isolder estaba roncando. Leia le sacudió hasta despertarle, y el príncipe recobró el conocimiento de golpe.

—¿Dónde estoy? —preguntó—. ¿Qué está pasando? —Después recorrió la sala con la mirada, vio los cuerpos de las Hermanas de la Noche y pareció recordarlo todo—. ¡Vaya! —exclamó mirando a Leia—. Resulta muy agradable despertar y ver un rostro tan hermoso...

Isolder la rodeó con el brazo y le dio un rápido beso.

—Vale, vale, nada de sentimentalismos baratos —dijo Han—. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Se asomó por la brecha del muro y vio los fuegos que ardían en el valle. Era como estar en un observatorio primitivo.

—¡Ah, estáis aquí! —gritó Augwynne.

Han se volvió. La líder del clan empuñaba una antorcha, y había varios niños apiñados junto a ella. Augwynne se movía despacio y con cierta dificultad, como si estuviera muy cansada. Leia ayudó a Isolder a levantarse, y Augwynne se inclinó para inspeccionar a Teneniel, que seguía inmóvil yaciendo en la oscuridad.

—¡Deprisa, ve a buscar a la curandera! —le dijo a uno de los niños.

—¿Qué está pasando? —preguntó Han.

Augwynne se volvió hacia la noche y asintió.

—Tenía la esperanza de que tú podrías decírmelo —murmuró—. Gethzerion se ha retirado a la ciudad. Vi las luces de su aerodeslizador alejándose a toda velocidad a través del bosque. Hay más de una docena de hermanas de nuestro clan muertas y algunas a las que no logramos encontrar, y Luke Skywalker también ha desaparecido.

Leia se sobresaltó y dejó escapar un gemido involuntario, y después recorrió la sala con la mirada como si Luke pudiera aparecer de un momento a otro en ella.

—¿Tienes alguna idea de dónde está Luke? —preguntó Han.

—Le vimos perseguir a unas cuantas Hermanas de la Noche cuando empezó el ataque —respondió Augwynne—. Saltó hacia los riscos.

—Luke puede cuidar de sí mismo —dijo Han, intentando que su voz sonara firme y segura en bien de Leia—. Le daremos unos cuantos minutos más... Estoy seguro de que volverá.

Pero Leia había fruncido el ceño, y estaba vuelta hacia el valle con los ojos clavados en la negrura.

Augwynne fue cojeando hasta la grieta en el muro de piedra y examinó el cielo con temor.

—Casi todos nuestros hombres están bien, y podemos dar gracias por eso —dijo—. Me temo que esta oscuridad es lo que nos ha salvado... Hizo que las Hermanas de la Noche interrumpieran su ataque.

»Estaré en la sala de guerra —añadió—. Esperaré a que mis hermanas se hayan reagrupado.

La anciana bajó la escalera con paso lento y cansado.

Han y Leia esperaron la llegada de la curandera. Cuando llegó, la anciana pasó las manos por tres veces sobre el cuerpo de Teneniel y canturreó en voz baja, y después se sentó al lado de la joven y le cogió la mano. Teneniel abrió los ojos.

—Tienes que descansar —le dijo la anciana—. Diste una parte de tu vida para salvar otra. ¿Quién era?

—Una Hermana de la Noche —respondió Teneniel con un hilo de voz, y se volvió hacia las sombras—. Allí...

La curandera fue hacia la Hermana de la Noche, le tocó el cuello buscando el pulso y luego permaneció en silencio contemplándola con expresión pensativa durante unos momentos. Después se levantó y empezó a bajar la escalera sin haber hecho nada por la mujer.

—¿Es que piensas dejarla así? —le gritó Leia mientras se alejaba—. ¿Vas a permitir que muera?

La anciana se detuvo y su espalda se envaró de repente.

—No dispongo de mucho talento que gastar, y hay otras de mi clan que necesitan mis servicios —dijo sin volverse—. Si Gethzerion desea revivir a esa criatura, puede enviar a otra curandera; pero yo no pondría muchas esperanzas en que lo haga.

Una chispa de ira brilló en los ojos de Leia, y Han le puso la mano en el hombro para consolarla.

—Voy a hablar con Augwynne de esto —dijo Leia.

Isolder cogió a Teneniel en brazos, y Leia se volvió hacia Han.

—Llévala abajo —dijo señalando a la Hermana de la Noche.

Han levantó a la Hermana de la Noche del suelo, y la llevó escalera abajo hasta la sala de guerreras siguiendo a Isolder. Las ropas de la Hermana de la Noche olían a suciedad y a moho, como si estuvieran impregnadas de grasa que se había echado a perder. Han la dejó encima de unos almohadones cerca del fuego mientras Leia discutía en voz alta e iracunda con Augwynne. Las brujas restantes se habían ido reuniendo alrededor del fuego, y todas parecían aturdidas y muy cansadas. Los hombres trajeron los cadáveres a la sala, y empezaron a lavarlos y vestirlos preparándolos para la pira funeral.

Augwynne acabó consintiendo en curar a la Hermana de la Noche y puso la palma de la mano sobre aquel rostro seco y correoso.

Después canturreó en voz baja durante un buen rato hasta que la Hermana de la Noche abrió los ojos. La criatura permaneció inmóvil sobre sus almohadones, contemplándolos con sus ojos verdes casi totalmente cerrados que parecían un par de rendijas. Han no pudo decidir si estaba realmente grave o si se limitaba a fingirlo. Parecía tan traicionera como una víbora, y de repente Han comprendió que habría preferido que estuviese muerta.

—Han, estoy muy preocupada por Luke —dijo Leia con voz un poco temblorosa mientras contemplaba a la Hermana de la Noche—. Ya tendría que haber vuelto.

—Sí —dijo Han—. Yo también estoy preocupado.

—Yo... No puedo sentirle. No puedo captar su presencia en ningún lugar... —murmuró Leia, y se le quebró la voz—. He de ir en su busca.

—No puedes hacerlo —dijo Isolder—. En estos momentos hay demasiado peligro ahí fuera. El que Gethzerion se haya ido no significa necesariamente que las otras brujas se hayan marchado. Las Hermanas de la Noche no pueden estar muy lejos.

Augwynne contempló a Leia con ojos enturbiados por la fatiga.

—Isolder tiene razón —dijo—. No puedes salir de la fortaleza. El Jedi saltó por el acantilado, y dudo mucho que haya podido sobrevivir. Aun suponiendo que sólo esté herido, sigue estando más allá de nuestro alcance.

Erredós apareció en el umbral, hizo girar su ojo y emitió un sonoro silbido.

—¿Qué ocurre, Erredós? —preguntó Han—. ¿Has obtenido alguna lectura sobre lo que está causando esta oscuridad?

Escuchó con gran atención los silbidos y pitidos del androide, incapaz de descifrar su respuesta, pero Erredós se levantó sobre sus ruedas, se inclinó hacia adelante y le mostró un holograma dividido en dos imágenes.

Gethzerion estaba inmóvil debajo de una fuente de luz con los ojos clavados en su holocámara. Su pecho subía y bajaba rápidamente, como si acabara de hacer algún esfuerzo físico considerable.

—¿Qué significa esto, Zsinj? —preguntó alzando las manos hacia el cielo.

El Señor de la Guerra Zsinj, un humano regordete, estaba reclinado en un gran sillón de capitán mientras detrás de él se encendían y se apagaban las luces multicolores de las hileras de monitores.

Zsinj se estaba quedando, calvo y tenía un gran bigote canoso y la mirada penetrante.

—Saludos, Gethzerion —dijo sonriendo—. ¡Cómo me alegra volver a verte después de tantos años! Esta... oscuridad... es el regalo que te hago: se la conoce como capa de noche orbital, y pensé que algo llamado «capa de noche» sonaba como un regalo muy adecuado para las Hermanas de la Noche. En realidad, es muy divertido... La capa consiste en millares de satélites unidos formando una gran cadena. Cada uno de ellos ha sido diseñado para distorsionar la luz y deformarla dirigiéndola hacia el satélite. Son unos juguetes realmente maravillosos.

Gethzerion le miró fijamente pero no dijo nada, y Zsinj siguió hablando.

—Hace dos días dijiste a mis hombres que tenías a Han Solo. Hoy me lo entregarás. Si no lo haces, la capa de noche seguirá activada y Dathomir no tardará en empezar a enfriarse. Mañana a esta misma hora, ya tendrás nieve en tus valles. Dentro de tres días, toda la vida vegetal se marchitará y morirá. Dentro de dos semanas, la temperatura habrá descendido hasta los doscientos grados bajo cero. Tú y todo lo que hay en tu mundo moriréis.

Gethzerion inclinó la cabeza admitiendo que Zsinj decía la verdad, y el gesto hizo que el capuchón ocultara su rostro.

—Y si te entregamos a Han Solo, ¿apartarás la capa de noche de Dathomir?

—Te doy mi palabra de soldado —respondió Zsinj.

—Tu reputación es ampliamente conocida... y apreciada —dijo Gethzerion—. ¿Has pensado en la oferta de ponernos a tu servicio que te hicimos?

—Desde luego —replicó Zsinj, inclinándose hacia adelante en su sillón con evidente interés—. He estado pensando en qué lugar podríais ocupar dentro de mi organización, y lamento decirte que no consigo encontrar ninguna posición adecuada para vosotras.

—Entonces quizá puedas tomar en consideración la posibilidad de ofrecernos una posición fuera de tu organización —dijo Gethzerion.

—No te entiendo...

—Estás en guerra con la Nueva República galáctica, y la Nueva República es un enemigo tan extendido que no puedes derrotarlo. Lo he previsto, Zsinj. En consecuencia, quizá podrías tomar en consideración la posibilidad de darnos acceso a los mundos de la Nueva República. Podrías escoger el cúmulo estelar al que quisieras enviarnos, y una vez allí las Hermanas de la Noche se harían un lugar en ese cúmulo e irían devorando poco a poco a tus enemigos hasta acabar con ellos, haciendo que nunca más volvieran a molestarte.

Zsinj cruzó las manos sobre su regazo y permaneció sumido en un silencio pensativo durante unos momentos mientras estudiaba el rostro de Gethzerion.

—Es una oferta muy interesante —dijo por fin—. ¿Cuántas de tus hermanas necesitarían transporte?

—Sesenta y cuatro —respondió Gethzerion.

—¿Y cuándo estaríais preparadas para partir?

—Sólo necesitaríamos cuatro horas.

—Bien, te explicaré de qué manera llevaremos a cabo el intercambio —dijo Zsinj—. Enviaré dos transportes a vuestros dominios dentro de cuatro horas. Una nave estará desarmada, y la otra armada hasta los dientes.

«Llevarás a Han Solo al transporte armado, y no irá acompañado por nadie. El transporte partirá con el general Solo a bordo, y después podréis subir a la otra nave para salir de Dathomir con rumbo a un destino que yo escogeré. ¿Trato hecho?

Gethzerion acabó asintiendo después de un momento de reflexión.

—Sí, sí... Me parece perfectamente adecuado. Gracias, Señor Zsinj.

Los dos hologramas se esfumaron, y Han se volvió y contempló los rostros de las brujas.

—¡Bah! —gruñó una anciana—. Los dos son unos mentirosos... Gethzerion no tiene a Han ni nada más que ofrecer a Zsinj, y Zsinj no tiene ninguna intención de apartar la capa de noche del planeta o de permitir que Gethzerion se vaya.

—¿Has leído sus emociones o es una conjetura por tu parte? —preguntó Augwynne.

—No, claro que no he podido leer sus emociones —respondió la anciana—, pero Zsinj miente tan mal que no es necesario hacerlo.

—No es ningún diplomático, eso está claro —dijo Leia.

Augwynne la miró con curiosidad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sencillamente que se rumorea que Zsinj es un mentiroso patológico, pero que resulta de lo más transparente a pesar de toda la práctica que tiene en mentir.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —dijo Augwynne—. Engaños ocultos dentro de más engaños... Quizá Zsinj sea más astuto y retorcido de lo que imaginas.

—Puede que todo sea un farol de Zsinj —dijo Isolder—. Ha creado su capa de noche orbital, pero esos satélites de ahí arriba deberían resultar bastante fáciles de derribar.

—Tienes razón —murmuró Leia—. ¿Qué fue lo que dijo Zsinj...? Habló de una cadena de satélites.

—Lo cual significa que es posible romperla —dijo Han—. Como una hilera de luces en secuencia... Derribas uno o dos satélites, y el sistema entero se derrumba.

—Podría subir y derribar unos cuantos satélites con mi caza —dijo Isolder.

Han sabía que Isolder se estaba ofreciendo voluntario para una misión muy dura y peligrosa. Zsinj contaba con más de una docena de destructores en órbita alrededor del planeta para proteger su capa de noche. Un caza solitario no tendría muchas posibilidades, a menos que consiguiese derribar unos cuantos satélites y huir al hiperespacio inmediatamente después de haberlo hecho.

—No parece un arma demasiado temible —dijo Leia con expresión pensativa—. Cualquier planeta cuyos habitantes estuvieran en condiciones de viajar por el espacio, o incluso que tuvieran una radio mediante la cual solicitar ayuda...

—Sería capaz de enfrentarse a ella —dijo Augwynne—. En consecuencia, su arma sólo sirve para subyugar a planetas como Dathomir, mundos primitivos carentes de tecnología. Aquí resulta muy adecuada.

—Tres días... —gruñó Isolder, y clavó la mirada en las llamas.

—¿Qué es lo que ocurrirá dentro de tres días? —preguntó Augwynne.

—Nos basta con aguantar tres días más y mi flota habrá llegado —dijo Isolder—. Si conseguimos tomar el control de este planeta aunque sólo sea durante un día, podremos evacuarlo.

—No disponemos de tanto tiempo —dijo Han—. Si esa capa de noche orbital sigue ahí arriba, dentro de tres días este planeta empezará a parecer un trozo de hielo. Ah, y no olvidéis que sigue siendo mi planeta... ¡No voy a permitir que eso suceda!

—Sí, estoy seguro de que ya se te ocurrirá alguna idea —dijo Isolder—. Pero aunque no se te ocurra ninguna, por lo menos podríamos evacuar a la gente.

—¿Lo crees de veras? —preguntó Augwynne con voz esperanzada—. Nuestro pueblo está tan disperso...

—Y cuando las temperaturas rocen los cien grados bajo cero se esconderán en las cavernas a la mayor profundidad posible —dijo Leia.

Han pensó a toda velocidad. No podían esperar tres días, y eso quería decir que alguien debía despegar pronto y acabar con unos cuantos satélites, eliminando la capa de noche durante el tiempo suficiente para impedir que Zsinj se saliera con la suya. «Con un montón de suerte, incluso podría sacar a Leia de aquí», pensó. Se imaginó volando a través de la red de satélites, destruyendo unos cuantos y después intentando alejarse del planeta. Pero el gran problema era que en cuanto hubiese empezado a disparar contra esos satélites, tendría que adoptar un vector que siguiera su ruta orbital, y después estaría obligado a mantener una velocidad de ataque no muy elevada para que sus disparos pudieran dar en el blanco.

Teniendo en cuenta toda la potencia de fuego que había allí arriba, quien intentara derribar esos satélites estaría cometiendo un suicidio.

Miró a Isolder y el príncipe le miró, y Han comprendió que cada uno estaba esperando a que el otro se ofreciera voluntario.

—¿Y si lo echamos a suertes con pajitas? —preguntó por fin.

—Sí, me parece justo —admitió Isolder, y se mordió el labio inferior.

—Esperad un momento —dijo Leia—. ¡Tiene que haber otra respuesta! Isolder, ¿qué hay de tu flota? Te pusiste en camino al mismo tiempo que ellos. ¿No existe ninguna posibilidad de que puedan llegar más pronto de lo que has dicho?

Isolder meneó la cabeza.

—Si utilizan la ruta prescrita, no. Esas naves valen billones de créditos... Nadie pilota esa clase de equipo por rutas llenas de peligros.

Isolder tenía razón, naturalmente. Más de un general de la historia había enviado flotas por rutas prohibidas, con la esperanza de ahorrar unos cuantos parsecs en el trayecto a fin de poder obtener una cierta ventaja mediante la sorpresa, para acabar viendo cómo toda su flota era destruida al atravesar un cinturón de asteroides.

Han volvió la mirada hacia la puerta de piedra, comprendió que estaba esperando ver aparecer a Luke y meneó la cabeza. No era propio de un Jedi permanecer ausente durante tanto tiempo cuando todos le necesitaban, y Han estaba empezando a sentirse bastante preocupado y tuvo que reprimir el impulso de bajar corriendo por la montaña gritando el nombre de Luke. Leia cruzó los brazos sobre el estómago en un gesto casi fetal.

Han sentía deseos contradictorios que tiraban de él en varias direcciones a la vez. Quería dar con Luke, aunque sólo fuese para descubrir que estaba muerto; y también quería despegar de Dathomir y derribar unos cuantos satélites. Pero lo que hizo fue ir hacia Leia y rodearle los hombros con los brazos.

Leia empezó a llorar con sollozos desgarradores.

—No está aquí —dijo—. No puedo sentir su presencia... Ya no está aquí.

—Eh, eh... —dijo Han.

Quería ofrecerle algunas palabras de consuelo, pero sabía que no había nada que pudiese decir. La capacidad de percibir la presencia de Luke y de captar sus emociones y conocer sus pensamientos que poseía Leia era tan grande que no podía dudar de lo que acababa de decirle. Leia empezó a temblar, y Han le besó la frente.

—Todo se arreglará —dijo—. Yo... Yo...

Han no veía ninguna salida, y pensó que ya no había nada que pudiera hacer.

Y de repente algo se abrió paso por la fuerza en su conciencia, como si una mano invisible acabara de atravesar su cráneo. Fue una sensación muy extraña que le dejó mareado y aturdido, como si la parte más íntima de su ser acabara de sufrir una violación indefinible. Una imagen muy nítida se formó en la mente de Han, y vio a docenas de hombres y mujeres vestidos con monos anaranjados inmóviles en una sala muy bien iluminada. Todos alzaban la mirada con expresiones de curiosidad y contemplaban las pasarelas que había encima de ellos. En las pasarelas había soldados armados con rifles desintegradores. Han reconoció la prisión.

Bien, general Solo, dijo la voz de Gethzerion reptando por entre sus pensamientos, *espero que lo encuentre divertido. Como* ve, *estoy en la prisión con docenas de los suyos debajo de mí. Confío en que sea un hombre*

compasivo, un hombre que se preocupa por lo que les puede ocurrir a los demás... Sospecho que lo es.

Como sabe, he utilizado varios medios para conseguir que viniera a mí. Puede que éste le convenza.

Una mano parcialmente oculta por los pliegues de una capa negra se movió delante de su rostro, y Han comprendió que estaba viendo la escena en la prisión a través de los ojos de Gethzerion. Los soldados miraron la mano que acababa de moverse y empezaron a disparar contra la multitud. Hombres y mujeres gritaron y se dispersaron intentando huir de los rayos desintegradores, pero las puertas que daban acceso a los bloques de celdas habían sido cerradas, y no podían escapar.

Han se tapó los ojos con un brazo intentando cegarse a aquellas atrocidades, pero la visión siguió allí. No podía cerrar los ojos contra ella, pues la visión perduraba incluso cuando tenía cerrados los ojos. Tampoco podía darle la espalda, pues las imágenes le seguían. Vio a una mujer que corría por debajo del parapeto sin dejar de gritar ni un momento, y vio subir la mano de Gethzerion y al desintegrador alzándose como si fuera Han quien estaba tomando puntería a través de la mira láser, y Gethzerion disparó contra la espalda de la mujer. La víctima de Gethzerion giró sobre sí misma debido al impacto del rayo, y después se derrumbó, aturdida, mientras Gethzerion volvía a disparar. Un hombre alzó las manos como en una oración al lado de la mujer que agonizaba, suplicando a Gethzerion que les perdonase la vida. La bruja le disparó en la pierna derecha, y el prisionero se desplomó para agonizar lentamente mientras se desangraba hasta morir. La voz de Gethzerion volvió a resonar en la mente de Han mientras le obligaba a contemplar todos aquellos asesinatos.

Estas cincuenta personas ya han muerto. Mueren debido a su tozudez, general Solo... Cuando mis soldados hayan acabado con ellas, reuniré a quinientas personas más y las traeré a esta sala para que mueran.

Pero usted puede salvarlas, general Solo. Enviaré una Hermana de la Noche en mi aerodeslizador personal para que le recoja al pie de la fortaleza. Si no está allí dentro de una hora para reunirse con ella, entonces esas quinientas personas morirán y usted tendrá el privilegio de presenciarlo. Si no se entrega después de eso, presenciará las muertes de quinientas personas más, y luego de otras quinientas... Así hasta que usted decida. Como le he dicho hace unos momentos, confío en que sea un hombre compasivo.

Cuando Han retrocedió tapándose los ojos con un brazo, al principio Leia creyó que estaba llorando, pero después le oyó jadear intentando tragar aire y vio que se le envaraban los músculos. Han recorrió la habitación con la mirada sin ver nada, y Leia se dio cuenta de que nunca había visto una expresión de desolación y abatimiento tan absolutos en sus ojos.

—¡Han, Han! —exclamó cogiéndole la mano—. ¿Qué está pasando?

Pero Han no le respondió.

—Es un envío mental —dijo Augwynne—. Gethzerion le está hablando.

Leia se volvió hacia la anciana bruja. Augwynne se había quitado el tocado y estaba sentada en un escabel junto al fuego, pareciendo una abuela de lo más normal.

Han volvió a jadear, bajó las manos y se quedó inmóvil en el centro de la habitación.

—Tengo que irme —dijo—. He de salir de aquí...

Giró sobre sí mismo, echó a correr y bajó por la escalera saltando los peldaños de cuatro en cuatro.

—¡Han, espera! —gritó Leia.

Echó a correr detrás de él siguiendo los débiles ecos de sus pasos sobre los peldaños. Erredós les silbó que esperasen, pero Leia no hizo caso del androide. Han salió corriendo de la fortaleza, se abrió paso a empujones por entre la multitud de personas sin poderes que se había congregado ante las puertas, y siguió corriendo a toda velocidad.

Leia se detuvo un momento en la explanada de piedra y le vio desaparecer engullido por las sombras. Isolder salió de la fortaleza con una linterna y enfocó su potente haz sobre la espalda de Han.

—¿Adonde va? —preguntó.

—Al *Halcón* —dijo Leia, y le siguió.

No lograron alcanzarle hasta que llegaron al *Halcón.* Han ya estaba debajo de la protuberancia delantera derecha, trabajando codo a codo con Chewie para montar el último generador. Cuando vio a Isolder y Leia, alzó la mirada hacia ellos durante un momento.

—Necesito tu ayuda, Isolder —dijo—. Tenemos que hacer despegar esta nave y salir de aquí a toda velocidad... Vuelve a la fortaleza y trae la ventanilla de los sensores. —Isolder permaneció inmóvil un momento como si esperase recibir más instrucciones—. ¡Ahora, maldición! —gritó Han.

Isolder cogió su linterna y echó a correr por entre la oscuridad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Leia—. ¿Qué ocurre?

—Gethzerion acaba de subir las apuestas —dijo Han—. Está matando prisioneros inocentes... —Han acabó de atornillar el último generador y arrojó la herramienta al suelo—. ¡Siento mucho haberte traído aquí, créeme! Tenías toda la razón... Si no hubiera venido aquí, Zsinj nunca habría utilizado su capa de noche orbital y Gethzerion no estaría matando a sus prisioneros. Zsinj, Gethzerion... Esas personas ni siquiera me conocen. ¡Están luchando contra el general Han Solo de la Nueva República y contra todo lo que representa la Nueva República!

—¿Y qué estás haciendo? —preguntó Leia mientras Han entraba corriendo en el *Halcón*—. ¿Vas a huir? ¿Es ésa tu respuesta? El pueblo de Augwynne está desesperado. Se supone que eres todo un genio militar, ¿no? ¡Pues entonces quédate y pelea! Te necesitan, y también necesitan tus desintegradores.

Leia le siguió por la pasarela y Han guardó silencio, pero en vez de ir al compartimento de las herramientas como Leia esperaba que hiciera, fue corriendo a la consola de mandos y sintonizó la radio de la nave en la frecuencia imperial.

—¿Gethzerion? —preguntó.

—Aquí Control de la Prisión —respondió una voz desconocida—. ¿Tiene algún mensaje que transmitir a Gethzerion?

—Sí —dijo Han. Tenía el rostro cubierto de sudor—. Aquí el general Han Solo, y tengo un mensaje urgente para ella. Dígale que voy hacia allá para rendirme. ¿Me ha entendido? Dígale que no mate ni un solo prisionero más. Me reuniré con su enviada al pie de la escalera de la fortaleza, tal como me ha pedido.

—Aquí Control Uno, general Solo. Le recibimos... ¿Qué hay de sus compañeros? Zsinj ha estado pidiendo información sobre cualquier acompañante que haya podido traer consigo en su viaje.

—Han muerto —dijo Han—. Todos murieron en la batalla, no hace más de una hora.

Han arrojó el micrófono al suelo, pasó junto a Leia sin mirarla y fue corriendo por el tubo de acceso. Leia permaneció inmóvil durante un momento con los ojos clavados en su espalda, demasiado confusa y sorprendida para poder hablar.

—Espera un momento —logró decir por fin—. ¡No puedes hacer eso! ¡No puedes ir ahí! Zsinj no te quiere vivo. Quiere verte muerto, Han…

Han meneó la cabeza.

—A mí tampoco me hace ninguna gracia, créeme —dijo—, pero tenía que ocurrir más tarde o más temprano.

Dobló la esquina, fue a su catre y apartó el colchón de un feroz manotazo, revelando un compartimento para armas que Leia no había visto nunca. El espacio contenía un amenazador surtido de rifles láser, desintegradores, viejos modelos de armas lanzaproyectües e incluso un cañón láser portátil. Todas las armas eran altamente ilegales, especialmente en el territorio de la Nueva República. Han deslizó la mano debajo de uno de los rifles presionando un botón, y el fondo del compartimento subió revelando un segundo compartimento oculto lleno de granadas de las modalidades mas diversas. Han cogió una de un modelo muy pequeño pero muy letal: un detonador térmico talesiano lo bastante poderoso como para destruir un edificio de pequeñas dimensiones. La granada tenía el tamaño justo para quedar oculta en la palma de su mano.

—Bueno, con esto debería bastar —dijo Han mientras se la guardaba debajo del cinturón.

Aquel tipo de detonadores sólo eran utilizados por los terroristas, para quienes su vida tenía un valor muy inferior al que daban a la destrucción de sus enemigos. Han no podía mover el detonador térmico sin provocar su propia muerte. Leia vio cómo se sacaba la camisa para que los faldones colgaran encima del detonador dejándolo totalmente oculto.

—Bien, ¿qué tal estoy? —preguntó con mucha calma.

Leia no podía ver ni rastro del detonador, y de no ser porque había visto cómo se lo colocaba debajo del cinturón nunca hubiese imaginado que Han lo llevaba encima; pero se sintió incapaz de responderle. El corazón le latía a toda velocidad, y era como si hubiese perdido la voz. Leia le contempló a través de un velo de lágrimas.

—Eh, no te lo tomes tan a la tremenda —dijo Han—. Tú fuiste la que dijo que debía crecer de una vez y asumir las responsabilidades de lo que soy, ¿no? Bien, pues soy el general Han Solo, el héroe de la Alianza Rebelde. Supongo que si sé jugar mis cartas lo bastante bien, puedo acabar con Gethzerion y con todas sus malditas viejas de un solo golpe. En cuanto a lo de hacer algo con respecto a Zsinj, tendré que dejarlo en manos de Isolder… Es un buen hombre. Hiciste una buena elección, de veras.

Leia oyó las palabras como si llegaran desde muy lejos, y comprendió con un repentino sobresalto lo extrañas que le sonaban. Hacía tres días que no pensaba en su relación con Isolder, y en realidad no creía que hubiera llegado a hacer una elección. No había hecho ninguna elección porque no era necesario, ya que en lo más hondo de su corazón Leia aún había estado esperando averiguar si amaba a Han.

Y sin embargo, Leia sabía que eso no era verdad. Había elegido a Isolder por pura necesidad. Su pueblo necesitaba que Leia se casara con los mundos de Hapes, y Leia había respondido a esas necesidades. Mientras el

Imperio siguiera siendo una amenaza, Leia no podía ver ningún otro camino abierto ante ella.

Bajó la mirada hacia el cinturón de armas y herramientas de Han, y cuando habló intentó que su voz sonara lo más tranquila y controlada posible.

—Sí —dijo—. Debería bastar. Bueno, debo decir que llevar una bomba encima hace que estés realmente muy guapo...

Han se inclinó sobre ella y la besó con salvaje pasión. El pulso atronó en los oídos de Leia, y entonces comprendió de repente lo mucho que había echado de menos aquello, cómo había echado de menos el sentir un fervor tan puro y elemental hacia un hombre. Miró por encima de su hombro. Chewbacca estaba guardando las herramientas. El wookie le lanzó una mirada melancólica y abatida, y Leia cerró los ojos y se apoyó en Han, y le devolvió el beso con una pasión todavía mayor.

Han se separó de ella unos minutos después, jadeando y con la respiración entrecortada.

—Han... —empezó a decir Leia, pero Han levantó un dedo.

—No digas nada —murmuró—. No hagas que lamente todo esto más de lo que ya lo estoy lamentando...

Han fue hacia Chewbacca, habló en voz baja con el wookie durante un momento y lo estrechó entre sus brazos. Leia se sentó sobre el tablero de hologramas y empezó a sollozar mientras hacía un esfuerzo desesperado para controlar sus emociones. Podía oír la voz nerviosa y preocupada de Cetrespeó. El androide hablaba en un tono demasiado alto, y trataba de convencer a Han de que no hiciera lo que había planeado. Han acabó volviendo a la sala, fue hacia Leia y le cogió la mano apretándosela suavemente para despedirse.

—He de irme —dijo, y salió de la nave.

Leia intentó quedarse un momento más en la sala, pero no pudo contenerse y fue hacia la escotilla. Siguió a Han por la pasarela y se quedó inmóvil bajo la luz que salía de la nave. Casi todos los pequeños incendios de los alrededores del valle se habían ido consumiendo hasta apagarse, y el cielo era de una negrura total y perfecta más oscura que cualquier noche que Leia hubiera podido llegar a imaginarse jamás. Un viento frío silbaba por entre las montañas y Leia se rodeó con los brazos, y se dio cuenta de que el aire estaba lo bastante frío como para que pudiera ver su aliento.

Clavó la mirada en la espalda de Han mientras se alejaba e iba desapareciendo poco a poco en la oscuridad.

—¡Han! —gritó de repente.

Han se dio la vuelta y la miró. A esa distancia Leia apenas podía ver su rostro, y Han era una silueta oscura que parecía carecer de sustancia, casi una aparición.

—Hay algunas cosas de ti que me gustan —dijo Leia—. Me gusta cómo te quedan los pantalones.

Han sonrió.

—Lo sé.

Giró sobre sí mismo y echó a caminar de nuevo.

—¡Han! —gritó Leia.

Quería decirle que le amaba, pero no quería hacerle daño y no quería decirlo en aquel momento, y sin embargo no podía soportar la idea de que aquellas palabras nunca llegarían a ser pronunciadas en voz alta.

Han se volvió hacia ella y sus labios se curvaron en una débil sonrisa.

—Lo sé —-le dijo en voz baja y suave—. Me amas. Siempre lo he sabido.

Se despidió de ella con la mano y corrió, alejándose de Leia para ir hacia el lugar donde las sombras eran más negras.

Leia siguió oyendo el ruido de sus pasos durante unos momentos después de que Han hubiera desaparecido. Luego se sentó sobre la hierba dentro del rayo de luz que brotaba de la escotilla de la nave y lloró. Chewbacca y Cetrespeó salieron del *Halcón,* y Chewie le puso una manaza peluda en el hombro. Leia esperó a que Cetrespeó dijera algo. El androide siempre tenía alguna mentira reconfortante para las situaciones desesperadas, pero Cetrespeó permaneció en silencio.

«Oh, Luke —pensó Leia—. Te necesito, Luke...»

25

Un suave zumbido invadió los oídos de Luke mientras la vida iba abandonando su cuerpo. Sus músculos se relajaron como nunca lo habían hecho antes. Los rancors seguían arrojando peñascos en lo alto. Luke vio un destello cegador cuando un peñasco chocó con un caminante imperial, y la máquina se partió en dos mitades desprendiendo un tremendo resplandor actínico al estallar.

Una parte de la montaña explotó y salió despedida hacia fuera desplegándose por encima de su cabeza. Luke pudo ver Hermanas de la Noche que trepaban por los abruptos acantilados, medio suspendidas mediante el uso de la Fuerza, como enormes arácnidos negros que colgaban de sus telarañas.

Un dolor muy agudo palpitó en sus sienes, y Luke rodó hasta quedar de lado. Un peñasco cayó junto a su brazo y se hizo añicos, y Luke aún podía oír gritos lejanos mezclados con la voz de Teneniel.

—Los Jai nunca mueren —dijo la joven—. La naturaleza les ama. La naturaleza...

Un cuerpo cayó junto a él con un golpe sordo. Era el cadáver de una hermana de clan. Su casco de metal había quedado ladeado en su cabeza, y los cráneos y gemas diminutas oscilaban de un lado a otro. Mientras contemplaba la sangre de un color rojo oscuro que brotaba de la boca de la hermana, Luke se dio cuenta de que el sol brillaba un poco más que antes.

La sensación que estaba experimentando Luke no era tanto la de que se estaba muriendo como la de que se expandía. Podía oír ruidos rodeándole por todas partes, los débiles sonidos de excavación que producía una salamandra arañando la tierra debajo de las rocas, a los gusanos que horadaban sus túneles bajo su cabeza y a un arbusto que arañaba una roca mientras era agitado por el viento. Había vida por todas partes y Luke podía sentirla por todas partes, y podía ver la luz de la Fuerza brillando a su alrededor, en los árboles, en las rocas, en las guerreras que combatían en la ladera que había sobre él...

La salamandra alzó su cabeza por encima del suelo, y la cabeza brilló con el aura luminosa de la Fuerza. «Hola, mi pequeña amiga», pensó Luke. La salamandra tenía la piel verde y unos relucientes ojillos negros. Abrió la boca, y una neblina blanca brotó de ella y acarició a Luke como si fuera un dedo, y Luke comprendió que no sólo estaba sintiendo la Fuerza sino que también la veía. «Un regalo —murmuró el lagarto—. Es un regalo para ti...» La delicada claridad se deslizó sobre él y reforzó la cada vez más debilitada Fuerza de Luke. El arbusto que arañaba las rocas por encima de él pareció retorcerse de repente, y pequeños tallos de luz se inclinaron para acunar la cabeza de Luke. «Toma, aquí está —susurró el arbusto—. Es vida, tómala...» Una roca cercana se iluminó con un resplandor blanco, y en las llanuras lejanas un miembro del Pueblo Azul del Desierto alzó la cabeza mientras se

estaba alimentando en los cañaverales junto al río, y la mirada de su ojo rojizo cruzó las leguas. «Amigo», dijo, y le ofreció su ayuda.

Luke creyó volver a oír las palabras de Teneniel —«La naturaleza les quiere»— y no supo si controlaba subconscientemente la Fuerza o si la vida que había a su alrededor realmente intentaba curarle, pero podía ver la Fuerza rodeándole por todas partes, y logró agarrar aquellas hebras con más facilidad de lo que jamás había podido hacerlo en el pasado.

Controlar la Fuerza y utilizarla no era una labor tan violenta como se había imaginado hasta entonces. La Fuerza estaba en todas partes y era más abundante que la lluvia o el aire, y siempre se ofrecía a sí misma. Luke había albergado la esperanza de que algún día llegaría a ser un Maestro Jedi, pero en aquel momento comprendió que existían niveles de control que jamás había imaginado y que se hallaban más allá de cuanto hubiese podido llegar a soñar.

Aquel poder delicado y maravilloso fluyó hacia él, y Luke no supo si lo controlaba o si era controlado por él. Sólo sabía que estaba sintiendo cómo algo se curaba dentro de su cabeza a medida que las venas reventadas volvían a formarse, y después la visión terminó.

Permaneció inmóvil con los ojos cerrados durante largo tiempo, incapaz de hacer algo más que respirar y aguardar a que la Fuerza le fuera devolviendo más energías.

Leia pronunció su nombre y Luke abrió los ojos. El cielo se había vuelto de un negro tan puro e impresionante que parecía como si una noche perfecta hubiera caído sobre Dathomir. Ya no había más sonidos caóticos de batalla. Luke pudo ver luces en las montañas, linternas sostenidas por las manos de aldeanos, y a una persona que bajaba por el traicionero camino de la montaña con una linterna en la mano.

—Leia... —llamó, pensando que debía estar ahí arriba—. ¿Leia?

La silueta de la linterna la alzó sobre su cabeza y se acercó al borde para contemplar el fondo del abismo.

—¿Luke? —gritó Han—. Luke, ¿eres tú?

—Han... —respondió Luke con un hilo de voz.

Volvió a recostarse entre la negrura, buscó a tientas su espada de luz y logró reunir la energía suficiente para presionar el interruptor con la esperanza de que Han vería su resplandor.

Unas voces distantes llegaron confusamente hasta él. Alguien le agarró por los hombros y le sacudió, y una luz muy brillante cayó sobre sus ojos.

—¡Luke! ¡Luke! —gritó Han—. ¡Estás vivo! Aguanta. Aguanta, no te mueras...

Han se sentó un momento a su lado sin soltarle la mano que le había cogido, y Luke percibió su terror.

—Oye, amigo, he de irme —dijo Han—. Leia te está esperando arriba... Cuida de ella por mí. Por favor, Luke, cuida de ella...

Han intentó apartarse, y Luke captó el terror y la desesperación que hervían en su interior.

—¿Han? —preguntó mientras le agarraba por la muñeca.

—Lo siento, amigo —dijo Han—. Esta vez te encuentras demasiado enfermo para poder ayudarme...

Han se levantó, y Luke sintió como si se estuviera hundiendo en un remolino de oscuridad.

Alguien le agarró después de lo que parecía una eternidad y le levantó del suelo. Luke consiguió abrir los ojos, pero sólo pudo mantenerlos abiertos

durante un momento. Estaba siendo sostenido por un grupo de campesinos, una docena de hombres de rostros curtidos que vestían toscas túnicas de cuero y sostenían antorchas sobre sus cabezas.

—¡Sacadle de aquí enseguida! —les ordenó Han con la voz enronquecida por la preocupación—. ¡Llevadle al *Halcón Milenario]*

Las voces resonaron dentro de la cabeza de Luke con un zumbar de preguntas.

—Sí, sí, al *Halcón,* a mi nave espacial —dijo Han—. Llevadle allí. ¡He de irme!

Después las manos levantaron a Luke y los campesinos se lo llevaron, y Luke permitió que la inconsciencia se adueñara de él.

26

Isolder entró en la cámara del último nivel de la fortaleza y encontró la ventanilla de los sensores allí donde la había dejado. Los cadáveres de las Hermanas de la Noche yacían esparcidos por el suelo, y eso, o la oscuridad total que reinaba en la habitación, le puso bastante nervioso.

Se inclinó para coger la ventanilla, oyó un leve roce en un rincón, enfocó el haz luminoso de su linterna en esa dirección y desenfundó su desintegrador en un solo movimiento lleno de fluidez. Era Teneniel Djo, y estaba sentada en la ocuridad. La joven le miró y después desvió la mirada. Sus mejillas estaban humedecidas por el llanto.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Isolder—. Quiero decir que... ¿Todavía te sientes débil? ¿Hay algo que pueda hacer por ti? ¿Necesitas algo?

—Estoy estupendamente —respondió Teneniel en un tono un poco áspero y enronquecido—. Sí, supongo que estoy estupendamente... ¿Te estás preparando para marcharte?

—Sí.

Isolder apartó el haz de la linterna para que no le diera en los ojos. Todavía no estaba muy seguro de cuáles eran los planes de Han, pero dada la situación el único plan que tenía algo de sentido era que todos se fueran de aquella roca lo más deprisa posible. Teneniel se había quitado el casco y las ropas exóticas, y sólo llevaba botas y una sencilla túnica de piel anaranjada similar a la que llevaba puesta durante su primer encuentro. La joven volvió la mirada hacia el cielo vacío de estrellas. Los incendios que habían estado ardiendo debajo de la fortaleza ya se habían extinguido, pero el parpadeo de las antorchas de los aldeanos todavía proyectaba una suave claridad entre amarilla y anaranjada sobre los alrededores.

—Yo también me voy —dijo la joven.

—Oh... ¿Y adonde vas? —preguntó Isolder.

—Vuelvo al desierto para meditar —respondió Teneniel.

—Creía que querías quedarte aquí con tu clan. Pensaba que te sentías sola...

Teneniel se dio la vuelta. Había muy poca luz, pero aun así Isolder pudo ver el morado de su mejilla.

—Todas las hermanas de clan están de acuerdo —dijo—. He matado impulsada por la ira, he violado mis juramentos... Ahora debo purificarme, o correr el riesgo de convertirme en una Hermana de la Noche. Voy a ser expulsada. Cuando hayan transcurrido tres años y si todavía deseo volver, entonces me aceptarán.

Teneniel se rodeó las rodillas con los brazos.

Su cabellera estaba peinada hacia atrás y caía sobre su espalda formando una masa de pequeñas ondulaciones. Isolder permaneció de pie un momento sin saber si debía despedirse o tratar de ofrecerle algunas

palabras de consuelo, o si sería mejor que se limitara a coger la ventanilla para volver corriendo a la nave.

Acabó decidiendo sentarse junto a ella y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Oye, eres una mujer muy dura —le dijo—. Todo te irá bien, ya lo verás…

Pero sus palabras le sonaban a hueco. ¿Qué podía esperar Teneniel del futuro? La flota de Hapes llegaría dentro de tres días y haría pedazos a las fuerzas de Zsinj, pero cuando eso ocurriera Dathomir ya estaría bastante lleno de hielo. Como mínimo, las cosechas de verano se perderían irremisiblemente; pero Isolder suponía que además de eso habría un derrumbe general de los ecosistemas, y que especies enteras de plantas y animales perecerían por completo. Aun suponiendo que la capa de noche orbital fuese eliminada dentro de tres días, el planeta quizá nunca llegaría a recuperarse por completo de sus efectos.

Y, naturalmente, también estaban las Hermanas de la Noche. El clan de la Montaña del Cántico había perdido a muchas mujeres, y las que quedaban no podrían resistir un nuevo ataque de las Hermanas de la Noche.

Quizá aquellos mismos pensamientos se estuvieran abriendo paso por la mente de Teneniel, pues su respiración se volvió más rápida y entrecortada. Su labio inferior empezó a temblar e intentó contener un sollozo ahogado.

—Oye, un carguero ligero de Corellia como el de Han puede transportar hasta seis pasajeros —dijo Isolder—. Eso quiere decir que hay una litera vacía, si deseas ocuparla.

—Pero ¿adonde iría? —preguntó Teneniel.

—A todas esas estrellas que hay ahí fuera —respondió Isolder—. Basta con que elijas una de entre las que ves en el cielo, y si quieres puedes ir allí.

—No sé qué hay ahí fuera —dijo Teneniel—. No sabría dónde ir…

—Podrías venir a Hapes conmigo —dijo Isolder.

Isolder comprendió que era lo único que deseaba apenas hubo pronunciado aquellas palabras. Contempló la larga cabellera rojiza de Teneniel y sus piernas desnudas. En aquel momento e incluso con toda la locura y la muerte que acechaban en aquel mundo, nada de cuanto pudiera ocurrir en Dathomir le importaba más que el dolor de Teneniel. En ese momento y aunque creía estar comprometido con Leia, Isolder sólo anhelaba rodear a Teneniel con sus brazos.

Teneniel le lanzó una mirada de irritación y sus ojos parecieron echar chispas.

—Y si voy contigo a Hapes, ¿en calidad de qué iría allí? —preguntó—. ¿Sería una rareza, esa mujer tan extraña llegada del bárbaro y atrasado Dathomir?

—Podrías venir como guardaespaldas —dijo Isolder—. Con la Fuerza como tu aliada, podrías… —La mera idea bastó para que Teneniel frunciera el ceño—. O podrías venir como asesora, como consejera de confianza —se apresuró a decir Isolder mientras pensaba a toda velocidad—. Tus poderes te convertirían en mi mayor recurso. La Fuerza te permitiría descubrir todas las sutilezas de las conspiraciones de mis tías, frustrar sus planes…

Isolder no había pensado en ello antes, pero de repente comprendió que Teneniel realmente sería muy valiosa para su pueblo. La necesitaba.

—¿Y qué otra cosa sería aparte de eso? —preguntó Teneniel—. ¿Tu amiga? ¿Tu amante?

Isolder tragó saliva. Sabía lo que quería de él. Cuando estuviera en Hapes, Teneniel sería considerada como una más del pueblo, una persona sin título ni herencia. Si se casaba con ella, las consecuencias serían la humillación pública y una situación muy incómoda. Isolder tendría que renunciar a su título y permitir que una de sus terribles primas ocupara el trono. El bienestar de los mundos de Hapes dependía de su decisión.

Le puso la mano en la espalda y se despidió de ella con un abrazo.

—Has sido una buena amiga —dijo, y después se acordó de que según la ley del pueblo de Teneniel todavía era su esclavo— y una buena ama. Deseo que en tu vida sólo haya felicidad.

Isolder se puso en pie, cogió la ventanilla de los sensores y desvió la mirada. Teneniel había permanecido inmóvil y no apartaba la mirada de él, e Isolder tuvo la inquietante sensación de que estaba viendo en su interior y de que leía sus pensamientos.

—¿Cómo puedo ser feliz si me dejas? —preguntó Teneniel.

Isolder no respondió. Giró sobre sí mismo y se dispuso a marcharse.

—Siempre has sido tan valiente… —murmuró Teneniel—. ¿Qué pensarás de ti mismo ahora si das la espalda a la mujer a la que amas?

Isolder se detuvo y se preguntó si le había leído la mente o si sólo estaba captando sus emociones. «¿Puedes oírme?», preguntó sin abrir la boca, pero Teneniel no respondió.

Pensó en sus largas piernas desnudas, en el olor a tierra que desprendían las pieles que llevaba; en sus ojos color cobre de una tonalidad distinta a cualquiera de las que había visto en los ojos de las mujeres de Hapes; y en aquellos labios suaves y carnosos que tanto deseaba besar.

—¿Por qué no lo haces? —preguntó Teneniel.

—No puedo —dijo Isolder, negándose a darse la vuelta y mirarla—. No sé qué estás intentando obligarme a hacer… ¡Sal de mi mente!

—No he hecho nada —dijo Teneniel, y su voz no podía ser más franca e inocente—. Eres tú quien lo ha hecho todo. Tú y yo estamos unidos. Tendría que haberlo comprendido en el desierto cuando te vi por primera vez, porque supe enseguida que habías ido hasta aquel lugar buscando alguien a quien amar, exactamente igual que yo… Ya hace días que siento cómo la conexión se va haciendo más y más fuerte. No puedes enamorarte de una bruja de Dathomir sin que ella lo sepa…, no si ella también te ama.

—No lo entiendes —dijo Isolder—. Si intentara casarme contigo, me enfrentaría a la desaprobación pública y habría muchas repercusiones. Mis primas…

El desintegrador de Isolder crujió dentro de su funda y despidió un torrente de chispas. Isolder bajó la mirada y vio que había quedado aplastado hasta convertirse una bola de metal, y después alzó la vista y vio la ira en los ojos de Teneniel. Un vendaval cruzó la habitación, arrancó los tapices de la pared y levantó guijarros del suelo como si fuera un ciclón. El viento llevó los guijarros y los tapices hasta una grieta de la pared y los desparramó por los acantilados.

—No temo a tus primas ni a la desaprobación pública —dijo Teneniel—. Y no quiero tus planetas, Isolder. Si lo prefieres, puedes escoger un mundo neutral para que vivamos allí.

Teneniel se levantó, fue hacia Isolder, se detuvo delante de él y le miró, a los ojos. El aliento de la joven susurró en su cuello, y Teneniel se le acercó un poco más. Su cuerpo parecía estar cargado de electricidad, y cada roce era como una descarga.

El corazón de Isolder estaba latiendo a toda velocidad.

—¡Maldita seas! —murmuró apasionadamente—. ¡Estás destrozando mi vida!

Teneniel asintió. Le rodeó el cuello con los brazos y le besó, y en ese momento interminable Isolder se acordó de cuando tenía nueve años y estaba con su padre, jugando en un océano virgen del planeta Dreena, un mundo deshabitado del cúmulo de Hapes; y el beso de Teneniel le pareció tan limpio como aquellas aguas purísimas, y se llevó todas sus dudas e incertidumbres.

Isolder le devolvió el beso con salvaje pasión, y después retrocedió un poco.

—Salgamos de aquí. ¡Tenemos que darnos prisa!

Teneniel le cogió la mano derecha como para ayudarle a sostener la linterna, y bajaron corriendo por la escalera de la fortaleza.

Cuando los aldeanos le trajeron a Luke, Leia estuvo segura de que había muerto. Tenía una masa de moretones debajo de los ojos, y un tajo en la cara donde se le había secado la sangre. Los campesinos dejaron a Luke sobre la hierba, debajo de las luces de navegación del *Halcón,* y Leia le tomó el rostro entre las manos.

Luke abrió los ojos y logró sonreír.

—¿Leia? —tosió—. ¿Oí como… me llamabas?

—Yo… —Leia no quería preocuparle, y en aquellos momentos lo único que deseaba era dejarle descansar—. Estoy bien.

—No, no lo estás —dijo Luke—. ¿Dónde ha ido Han?

—Se ha entregado a Gethzerion —dijo Leia—. Gethzerion estaba tomando rehenes, había empezado a matar a los prisioneros… Han tenía que ir. Zsinj le recogerá dentro de tres horas.

—¡No! -—exclamó Luke, y trató de sentarse—. ¡Debo detenerla! ¡Vine aquí para eso!

—¡No puedes! —Leia le empujó hacia atrás con tanta facilidad como si estuviera obligando a tumbarse a un niño—. Estás herido… ¡Ahora tienes que descansar! Vive para luchar otro día.

—Deja que descanse durante tres horas —dijo Luke, y cerró los ojos y empezó a respirar profundamente—. Despiértame dentro de tres horas…

—Duerme tranquilo y ya te despertaré —dijo Leia.

Luke abrió los ojos de repente y clavó la mirada en su rostro con evidente irritación.

—¡No me mientas! ¡No tienes ninguna intención de despertarme!

Isolder apareció por detrás de la parte delantera de la nave, donde él y Teneniel habían estado haciendo un apresurado intento de quitar la tierra y los guijarros acumulados en los sensores. Isolder se puso en cuclillas junto a Luke, con Teneniel a su lado.

—Eh, amigo, Leia tiene razón… —le dijo—. Tómatelo con calma. Ahora te encuentras demasiado débil para poder hacer gran cosa por nosotros.

Luke echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos como si no pudiera seguir despierto, pero cuando habló de nuevo su voz se había vuelto firme e imperiosa.

—Dadme tiempo —dijo—. No conocéis el poder de la Fuerza.

Isolder le puso la mano sobre el hombro.

—Lo he visto en acción —dijo—. Sé lo poderosa que es.

—¡No! No, no lo sabes... —exclamó Luke desesperadamente, y se irguió con una fuerza inesperada—. ¡Ninguno de nosotros lo sabe! —Se mantuvo erguido durante unos momentos y después volvió a inclinarse lentamente hacia atrás—. Prometedlo... —jadeó—. ¡Prometed que me despertaréis!

Leia se dio cuenta de que había algo más que mera convicción en sus palabras. Acababa de percibir algo muy poderoso en Luke, algo oculto bajo la superficie de su ser, como si Luke fuera una gran hoguera. Una nueva esperanza empezó a arder en ella.

—Te despertaré —prometió.

Retrocedió un par de pasos y contempló el cuerpo maltrecho de Luke acostado sobre la camilla improvisada con paja y unos palos en la que le habían traído los campesinos, y comprendió que no podía engañarse a sí misma. Dentro de unos cuantos días o de una semana, Luke quizá estaría preparado para enfrentarse a Gethzerion, pero no antes.

Isolder tapó a Luke con una manta.

—Teneniel y yo podemos llevarle a una litera —dijo.

Leia asintió.

—¿Y la ventanilla de los sensores? —preguntó—. ¿Ya está colocada?

—Sí —respondió Isolder—, pero todavía tengo problemas con los detectores de largo alcance.

Leia pensó frenéticamente. Todo su ser le gritaba que fuese a rescatar a Han, pero no disponían del tiempo suficiente. Si utilizaba rancors, sería un viaje de dos días. Si intentaban ir en el *Halcón* aunque fuera a la velocidad máxima, incluso teniendo muchísima suerte apenas conseguirían recorrer la mitad del trayecto antes de que los destructores que había sobre sus cabezas detectaran la presencia de sus sistemas electrónicos y borraran la nave del cielo mediante una andanada de torpedos. Siguió pensando, y de repente se le ocurrió una idea.

—¡Erredós, Cetrespeó, venid aquí! —gritó volviéndose hacia la nave.

Cetrespeó salió corriendo del *Halcón.*

—Sí, princesa... ¿En qué puedo ser útil?

Erredós rodó cautelosamente pasarela abajo vigilando los bordes con su ojo electrónico.

—Erredós, ¿puedes contar los Destructores Estelares que hay ahí arriba? —preguntó Leia.

Erredós titubeó durante unos momentos, y después una pequeña escotilla se abrió de repente y el androide extendió su plato sensor. Erredós movió el disco en un arco que abarcó todo el cielo, y después empezó a emitir una serie de pitidos y chasquidos electrónicos.

—Erredós informa de que no puede conseguir una lectura referente a ningún objeto extraorbital mediante ninguno de sus sensores aparte de las ondas de radio —dijo Cetrespeó—. Al parecer, la capa de noche orbital está bloqueando la luz en casi todas las longitudes de onda e incluso en las gamas ultravioleta e infrarroja; pero puede verificar las fuentes de veintiséis emisiones radiofónicas, y basándose en recuentos anteriores sospecha que hay cuarenta Destructores Estelares en órbita.

Isolder lanzó una mirada pensativa a Leia.

—Bueno, ya no me extraña que no haya conseguido reparar los detectores de larga distancia —dijo—. No les ocurre nada malo.

—Exacto —dijo Leia.

—Eso quiere decir que mientras volemos bajo la capa de noche orbital y mantengamos silencio radiofónico, seremos una nave indetectable.

—¡Exacto! —exclamó Leia.

Isolder asintió y alzó la mirada hacia los torpedos convencionales y protónicos del *Halcón.*

—Bien, vamos a hacer volar por los aires a esas brujas y averiguaremos si podemos rescatar a Han.

—¡No! —dijo Leia, y bajó la mirada hacia Luke, que seguía inconsciente sobre la paja de su camilla—. Luke quiere que le esperemos…

Han permanecía inmóvil y en silencio entre las Hermanas de la Noche mientras el aerodeslizador avanzaba esquivando los gigantescos troncos de los árboles iluminados únicamente por sus faros delanteros. El aerodeslizador contenía a veinte Hermanas de la Noche, una apretada masa de cuerpos pestilentes envueltos en telas negras.

Le habían atado las manos delante del estómago con una cuerda de piel de whuffa, y las Hermanas de la Noche estaban tan seguras de que Han no podía hacer nada contra ellas que ni siquiera se habían tomado la molestia de registrarle.

El aerodeslizador llegó a la cima de una colina y descendió bruscamente con una sacudida lo bastante fuerte como para revolverle el estómago, y de repente se encontraron fuera del bosque y avanzaron a toda velocidad sobre el vacío del desierto dirigiéndose hacia las luces de la ciudad.

Han cerró los ojos y pensó en lo que debía hacer. Tenía que esperar. Podía hacer estallar el detonador en cualquier momento, pero quería acabar con Gethzerion. No sólo lo deseaba con todas sus fuerzas, sino que era preciso que acabara con Gethzerion.

Entraron en la ciudad y las Hermanas de la Noche saltaron del aerodeslizador y fueron corriendo a sus torres. Dos de ellas se quedaron con Han, le llevaron hasta las pistas abandonadas y le hicieron entrar en un viejo hangar de espaciopuerto cuyo techo había desaparecido, con lo que las paredes de la cúpula se alzaban a su alrededor como una valla imposible.

—Espera junto a la pared de atrás —dijo una de las mujeres.

Le dejaron allí, fueron hasta la puerta y empezaron a hablar en voz baja.

Han descubrió que su corazón estaba latiendo a toda velocidad, y se sentó sobre un cascote entre las sombras para esperar la llegada de Gethzerion. Apoyó los pulgares sobre la hebilla de su cinturón, cubriendo el detonador térmico con las palmas de las manos.

Gethzerion no apareció. La temperatura no dejó de bajar ni un momento durante las horas siguientes, hasta que el suelo quedó cubierto por una delgada capa de escarcha. El plazo de cuatro horas para la entrega fijado por Zsinj llegó y pasó. Las lanzaderas no se presentaron, y Han empezó a preguntarse si Gethzerion estaría jugando con el señor de la guerra, y pensó que quizá intentaba regatear para conseguir un trato más beneficioso.

Como para demostrar que sus preocupaciones encerraban una parte de verdad, el aerodeslizador de Gethzerion hizo otros dos viajes a las pistas, cada uno de ellos separado por casi dos horas. Era el tiempo justo que se necesitaba para traer Hermanas de la Noche desde la Montaña del Cántico.

Después del tercer viaje un par de estrellas aparecieron de repente en la negrura del cielo y empezaron a descender hacia la prisión. Los transportes desplegaron sus alas, y después se posaron suavemente deslizándose mediante sus mecanismos antigravitatorios hasta detenerse al lado de la

torre. Han pudo ver las enormes aletas estabilizadoras de las naves asomando por encima de los restos del muro.

—Venga, general Solo —siseó una Hermana de la Noche—. Es la hora.

Han tragó saliva, se levantó y fue hacia la salida. Las luces de los transportes cayeron sobre él dejándole cegado. Han fue lentamente hacia las luces, flanqueado por las dos Hermanas de la Noche. No podía ver demasiado bien las torres. La pista estaba repleta de soldados de las tropas de asalto de Zsinj que llevaban la vieja armadura imperial. Han entrecerró los ojos intentando ver algo más allá de ellos, y escrutó las sombras que había al otro lado de los transportes. Si hacía estallar la bomba en aquel momento, podía tener la seguridad de que acabaría con todos los soldados y probablemente causaría graves averías a uno de los transportes, pero no había manera de saber con seguridad si las brujas estaban allí y si se encontraban desprotegidas.

—¡Ya es suficiente! —gritó un soldado.

Las brujas agarraron a Han por los brazos y se detuvieron.

Un oficial bajó de la nave. Era un general muy alto con relucientes uñas de platino, el general Melvar. Fue hacia Han, se detuvo a un metro de él y estudió su rostro durante unos momentos. Después colocó una uña de platino debajo del ojo de Han como si fuera a sacarlo de la órbita, y bajó lentamente la uña arañándole la mejilla.

—He obtenido una identificación visual —dijo por el micrófono de su hombro—. Han Solo está aquí.

Melvar escuchó en silencio durante unos momentos, y sólo entonces se fijó Han en las mini-conexiones de micrófonos que había detrás de sus orejas.

—Sí, señor —dijo Melvar—. Le llevaré a bordo inmediatamente.

El general agarró a Han sin miramientos hundiendo sus uñas de platino en su bíceps.

—Eh, amigo, no seas tan duro con la mercancía —dijo Han—. Quizá.lo lamentes luego...

—Oh, no creo que vaya a lamentarlo —dijo Melvar—. Verás, causar dolor a otros es... Bueno, para mí es algo más que un simple pasatiempo, ¿comprendes? Trabajo para Zsinj, y el causar dolor ha llegado a convertirse en una responsabilidad muy querida para mí.

Hundió la garra de su meñique en un centro nervioso del hombro de Han y la hizo girar. Un chorro de fuego recorrió el brazo de Han abriéndose paso desde la muñeca y siguió avanzando hasta el centro de su espalda, obligándole a lanzar un jadeo de dolor.

—Ah.... Sí, no cabe duda de que has desarrollado todo un talento — admitió.

—Bien, estoy seguro de que podré convencer al Señor de la Guerra Zsinj de que me permita demostrar mis talentos de una manera más completa y con más calma —dijo Melvar sonriendo—. Y ahora, ven conmigo... No debemos hacer esperar a Zsinj.

Llevó a Han hasta la pasarela del transporte avanzando por entre los soldados, y durante un momento Han se preguntó si llegaría a ver alguna vez a Gethzerion.

Estaba a mitad de la pasarela cuando las brujas gritaron «¡Alto!».

El general Melvar se detuvo y volvió la cabeza para mirar por encima del hombro. Gethzerion acababa de aparecer entre las sombras que rodeaban la base de la torre, flanqueada por una docena de Hermanas de la Noche. La

anciana bruja se envolvió en los pliegues negros de su atuendo y fue hacia el transporte. Han examinó las pistas. Su detonador destruiría el transporte armado junto con el general Melvar y Gethzerion, y como mínimo la explosión también mataría a las Hermanas de la Noche que había fuera del edificio. Había esperado un resultado mejor, pero comprendió que el destino no le iba a ofrecer nada mejor.

Saber que estaba a punto de morir hacía que se sintiera bastante extraño. Había esperado sentir un vacío en el estómago y un nudo en la garganta, pero no era así. Lo único que sentía era abatimiento, un gran cansancio y una vaga confusión. Después de la vida que había llevado, parecía un final francamente decepcionante y nada espectacular.

Gethzerion se detuvo al pie de la pasarela, a sólo un brazo de distancia, y alzó la mirada hacia Han. Su rostro marchito de piel correosa seguía estando oculto por el capuchón. Han percibió el olor de las especias en su aliento, y una vaharada de vino avinagrado.

—Bien, general Solo... —dijo Gethzerion—. Me ha dado muchos quebraderos de cabeza. Espero que haya disfrutado de su estancia en Dathomir.

Han clavó la mirada en la anciana.

—Sabía que no serías capaz de resistir la tentación de venir aquí para disfrutar de mi captura —dijo con sombría satisfacción mientras deslizaba los pulgares debajo del cinturón—. ¡Bueno, a ver si disfrutas mucho con esto!

Sacó el detonador térmico y presionó el botón. El general Melvar retrocedió tambaleándose, al igual que sus guardias. Melvar tropezó con el soldado que tenía detrás, y los dos hombres cayeron al suelo en un confuso montón de miembros.

El detonador no estalló. Han bajó la mirada hacia él y vio que el percutor estaba roto.

—¿Tiene algún problema con su artefacto explosivo? —Gethzerion abrió mucho los ojos y sonrió—. La hermana Shabell ya había detectado su presencia antes de que subiera al aerodeslizador, y lo inutilizó sin decir ni una palabra. ¡Estúpido presuntuoso y fanfarrón! ¡Nunca ha supuesto una amenaza para mí o para mis Hermanas de la Noche! Cómo osa... —Extendió la mano y la tensó en un gesto de agarrar, y el detonador salió disparado de los dedos de Han, voló por los aires y acabó posándose en su palma. Gethzerion se lo ofreció a Melvar—. Será mejor que se encargue de esto, general. Todavía encierra cierto peligro, y me ha parecido mejor eliminar esa pequeña amenaza oculta antes de que se vaya.

Melvar se levantó, intentó recuperar su dignidad y cogió el detonador.

—Gracias —gruñó.

—¡Ah, y permítame que le haga un favor más! —susurró Gethzerion dando un paso hacia adelante—. El favor consiste en regalarle... —Sus ojos parecieron convertirse en dos círculos de fuego, y Gethzerion movió el dedo índice como si arañase el aire. El general emitió un jadeo ahogado, se llevó la mano a la sien y dio un tambaleante paso hacia Gethzerion—. ¡Una muerte sencilla! —concluyó Gethzerion con una risita cascada.

Cien soldados se derrumbaron de manera similar alrededor de Han. Algunos de ellos lograron dar uno o dos pasos vacilantes antes de caer, y unos cuantos dispararon sus rifles desintegradores al aire haciendo que Han se encogiera instintivamente. Tres segundos después todos los soldados yacían en el suelo, tan inmóviles como pájaros drogados. Han alzó la mirada

hacia el transporte esperando ver cómo los artilleros de la nave abrían fuego de un momento a otro.

Pero no ocurrió nada. La nave siguió sumida en el silencio más absoluto.

Varias Hermanas de la Noche vinieron corriendo desde su torre, pasaron a toda velocidad junto a Han y subieron al transporte junto con las docenas de prisioneros imperiales que habían traído para que se encargaran de pilotar la nave. Una Hermana de la Noche apartó a Han de un empujón que le sacó de la pasarela. Oyó gritos dentro de la nave, y eso le permitió deducir que la tripulación del transporte estaba ofreciendo alguna clase de resistencia a pesar de que los artilleros no habían llegado a hacer ni un solo disparo. Han supuso que debían haber muerto junto con las tropas de asalto del exterior. Descubrió que en realidad no le sorprendía que las brujas hubieran atacado la nave. Gethzerion no podía ser tan estúpida como para tratar de huir del planeta a bordo de una nave desprovista de armamento y sin escudos..., no con los Destructores Estelares de Zsinj tan cerca y preparados para actuar.

Han esperó junto a la rampa y vio venir a Gethzerion. La anciana le señaló con un dedo y sonrió. Han lanzó una rápida mirada a un desintegrador que había caído al suelo cerca de su mano, pero sabía que moriría de todas formas aun suponiendo que pudiera cogerlo.

—Bien, general Solo, ¿qué voy a hacer con usted ahora? —preguntó Gethzerion.

—Eh, no tengo nada contra ti —dijo Han alzando las manos—. De hecho, si te tomas la molestia de recordarlo, verás que he pasado los últimos días haciendo todo lo posible para que no nos encontráramos... ¿Por qué no nos damos la mano y nos vamos cada uno por nuestro lado?

Gethzerion se detuvo al pie de la rampa, le miró a los ojos y se rió.

—¿Cómo? ¿Acaso no le parece que es de justicia que ahora yo le trate tan mal como usted me ha tratado a mí?

—Bueno, yo...

Gethzerion movió el dedo y Han sintió que algo tiraba de él hacia arriba, y se encontró con los pies colgando en el aire, sostenido por una cuerda invisible que le rodeaba la garganta. Gethzerion clavó la mirada en él, y empezó a canturrear mientras se balanceaba de un lado a otro. Han sintió cómo el nudo corredizo invisible que le rodeaba el cuello se iba tensando poco a poco.

Han tosió y jadeó, dio patadas e intentó liberarse.

—Me pregunto qué me habría hecho su detonador térmico —dijo Gethzerion con voz pensativa sin dejar de balancearse de un lado a otro—. Sospecho que me habría arrancado la carne a tiras, que habría destrozado mis huesos y que me habría consumido..., todo eso al mismo tiempo, por supuesto. En consecuencia, creo que le haré todas esas cosas, pero no tan apresuradamente y no de manera simultánea. Sí, me parece que empezaremos desde dentro hacia fuera... Primero le romperé los huesos uno por uno. ¿Sabe cuántos huesos hay en el cuerpo humano, general Solo? Bueno, pues si lo sabe multiplique la cifra por tres, y entonces sabrá cuántos huesos tendrá en cuanto haya terminado con usted.

»Empezaremos con su pierna —dijo Gethzerion—. ¡Escuche con atención!

Movió el dedo, y la tibia de la pierna derecha de Han empezó a crujir. Un espasmo de dolor fue subiendo hacia su cadera.

—¡Aaaaghhh! —gritó Han... y vio algo en el desierto.

Lo que acababa de ver eran las luces de navegación del *Halcón Milenario* que venía a toda velocidad hacia ellos volando a pocos metros por encima del suelo. La nave se encontraba a unos dos kilómetros de las pistas.

Los labios de Gethzerion se curvaron en una sonrisa de satisfacción.

—Ahora tiene tres huesos donde antes sólo tenía uno —dijo.

Han intentó ganar tiempo y pensar en algo, lo que fuera, que le permitiese retrasarla unos momentos.

—Eh... Oye, no pensarás hacerle esto a mis dientes, ¿verdad? —logró balbucear después de que no se le ocurriera ninguna otra cosa que decir—. Quiero decir que... ¡Oh, cualquier cosa menos los dientes!

Recorrió las pistas con la mirada. Varias Hermanas de la Noche estaban saliendo de las torres.

—Oh, sí, los dientes... —dijo Gethzerion, y movió el índice.

La última muela del lado derecho de la mandíbula superior de Han estalló con un chasquido, y el dolor se abrió paso como una cuchillada por su oído y toda la parte superior de su rostro, hasta que sintió como si Gethzerion le hubiera agarrado el ojo dentro de la órbita y estuviera decidida a sacarlo a tirones atravesando su paladar. Han se maldijo en silencio a sí mismo por haberle sugerido semejantes ideas. El *Halcón* no se acercaba lo bastante deprisa, y Han meneó la cabeza.

—¡Espera! —gritó—. ¡Hablemos de esto!

Gethzerion volvió a mover el índice. La última muela del lado izquierdo de la mandíbula superior de Han se rompió, y de repente se oyó un siseo estridente cuando el *Halcón* disparó sus cohetes. La base de una torre estalló lanzando brujas por los aires en un torbellino de tela negra. La torre empezó a inclinarse hacia un lado y se fue derrumbando lentamente.

Gethzerion se dio la vuelta, y Han cayó al suelo al quedar repentinamente liberado de la cuerda invisible. El dolor llameó en su pierna herida. Una ráfaga de rayos desintegradores salió disparada de las torretas dorsales del *Halcón* con una precisión impecable. Gethzerion se agazapó una fracción de segundo antes de que un rayo desintegrador hendiera el aire allí donde había estado su cabeza. Saltó alejándose de la nave, y se retorció en el aire y volvió a saltar cuando otra ráfaga estalló debajo de ella.

Han estaba empezando a sentirse un poco inquieto. Nadie podía disparar los cañones desintegradores de una nave en vuelo con semejante precisión. Rodó bajo la pasarela buscando un refugio de los restos que llovían del cielo. Los androides centinelas fuertemente blindados de las seis torres de la prisión hicieron girar sus torretas y abrieron fuego contra el *Halcón,* dirigiendo todos los rayos de sus cañones hacia él.

El *Halcón* pasó a toda velocidad sobre la prisión mientras llevaba a cabo una compleja rotación cuádruple sobre su eje que, de una manera inexplicable, sirvió para que esquivara todos los rayos desintegradores. Han nunca había visto pilotar a nadie de esa manera..., ni a Chewie ni a él mismo. Fuera quien fuese la persona que estaba sentada ante los controles, tenía que ser un as del pilotaje de cazas en combate, y Han supuso que debía de ser Isolder. El *Halcón trazó* un rizo invertido con tan poco radio que parecía casi imposible de conseguir a un kilómetro de distancia de la prisión y volvió a toda velocidad hacia ella, con la cabina hacia abajo y todos sus cañones disparando.

Los androides centinelas estallaron y se convirtieron en nubes de fuego bajo el impacto de los cañones desintegradores. El transporte desarmado recibió un impacto, quedó reducido a una bola de metal arrugado y empezó

a arder. El *Halcón* pasó silbando por encima de él y viró para dar otra pasada.

Gethzerion debía haber comprendido que permanecer en tierra para luchar no serviría de nada, pues saltó hacia la rampa de la nave imperial y subió por ella corriendo más deprisa de lo que Han jamás hubiese creído posible. Las turbinas del transporte cobraron vida con un zumbido antes de que la pasarela hubiera sido levantada, y el aire se volvió de color azul alrededor de la nave al quedar activados los escudos. La nave era un transporte de personal imperial con todo su armamento y escudos en condiciones de funcionar, con lo que el *Halcón* se enfrentaba a un enemigo formidable.

Si Han permanecía debajo del transporte mientras despegaba, acabaría calcinado; pero aun suponiendo que su pierna no estuviera rota, echar a correr habría significado exponerse al fuego del *Halcón.* Han decidió arrastrarse y empezó a cruzar el patio tan deprisa como podía hacerlo con una pierna rota, y después cayó más que saltó sobre un cascote desprendido de la torre esperando que las Hermanas de la Noche salieran de allí tan deprisa que no tuviesen tiempo de disparar contra él.

El *Halcón* disparó sus cañones iónicos y relámpagos azulados chispearon y parpadearon alrededor del casco del transporte, pero los escudos aguantaron. El transporte se alzó con un retumbar ensordecedor mientras sus toberas dejaban escapar chorros de llamitas blancas.

El *Halcón* contorneó una colina, hizo un agujero en los muros de la prisión y se detuvo a seis metros de Han. La escotilla inferior se abrió.

—¡Vamos, vamos! —gritó Leia.

Augwynne salió a toda prisa seguida por dos hermanas de su clan. Las tres llevaban sus cascos y sus túnicas, y Han empezó a compadecer a los guardias de la prisión apenas vio el brillo amenazador de sus ojos.

Se arrastró hacia el *Halcón,* pero Isolder salió por la escotilla, le agarró del hombro y lo llevó casi en vilo hasta la nave. Han le miró, sintiéndose cada vez más confuso.

—¿Quién está... pilotando?

—Luke —respondió Leia.-

—¿Luke? —replicó Han—. ¡Luke no es tan buen piloto!

—Ningún piloto puede ser tan bueno —dijo Isolder, y le dio una palmada en el hombro—. ¡He de ver esto!

Bajó corriendo por el tubo de acceso y fue hacia la sala de control.

Leia se volvió hacia Han y le miró a los ojos. Después tomó su rostro entre las manos y le besó. Una llamarada de dolor brotó de sus muelas rotas y Han estuvo a punto de gritar, pero en vez de gritar lo que hizo fue abrazar a Leia, cerrar los ojos y disfrutar de aquel delicioso momento.

La nave tembló y osciló mientras Luke hacía maniobras que ni siquiera los compensadores de aceleración podían neutralizar, y Chewbacca lanzó un rugido aterrorizado en la cabina. Han entró cojeando en el *Halcón,* agarrándose a Leia para no perder el equilibrio. Se dejó caer en un sillón, se puso el arnés y después alargó la mano, cogió el equipo médico de emergencia del compartimento que había encima de su cabeza y se puso un parche analgésico en el brazo. La batería cuádruple de cañones desintegradores dorsal abrió fuego, y Han miró a su alrededor. Chewbacca, Isolder, Teneniel y los androides estaban en la cabina viendo lo que hacía Luke.

—¿Quién está ahí arriba disparando los cañones desintegradores? —preguntó Han.

—Luke —dijo Leia.

Han se volvió hacia el pasillo sintiéndose más confuso que nunca. Los desintegradores podían ser disparados desde la cabina, desde luego, pero cuando se utilizaba ese sistema de tiro la precisión quedaba enormemente reducida, ¡y aun así Luke casi había conseguido dejar sin cabeza a Gethzerion, con Han a menos de un metro de distancia, mientras pilotaba aquel montón de chatarra haciéndolo avanzar a la velocidad de ataque máxima! Todo aquello resultaba condenadamente extraño y un poquito aterrador.

Luke estaba sudando a causa del gran esfuerzo que le exigía pilotar el *Halcón.* Las palancas y los botones del panel de control de Chewie parecieron cobrar vida en cuanto Luke empezó a manipularlas mediante la Fuerza. El Jedi estaba haciendo el trabajo de tres personas: piloto, copiloto y artillero. Luke lanzó una andanada de cohetes sin desactivar los escudos antipartículas, y Chewie soltó un rugido de terror y se tapó la cara con las manos.

Pero Luke desactivó los escudos en cuanto los cohetes llevaban recorridos cincuenta metros y volvió a activarlos enseguida, con lo que estuvieron sin funcionar menos de una fracción de segundo. Han nunca había visto a nadie con unos reflejos tan increíblemente veloces.

Los escudos de popa del transporte hicieron erupción con un increíble estallido de luces cegadoras, y las brujas por fin consiguieron lanzar una andanada con sus cañones desintegradores. Luke dio plena energía a las toberas y el *Halcón* salió disparado hacia arriba esquivando los rayos. Después disparó sus torpedos protónicos, y los torpedos volaron hacia el transporte moviéndose tan deprisa que parecían una borrosa mancha blanca.

Las Hermanas de la Noche dispararon sus cañones desintegradores contra los torpedos y éstos estallaron formando una nube sulfurosa. Han no podía creer lo que acababan de hacer las brujas. Ningún artillero era tan bueno.

—¡Leia, Isolder, id a la batería cuádruple y empezad a disparar! —gritó Luke—. ¡Atizadles con toda nuestra potencia de fuego!

—Olvídalo —dijo Han—. ¡Sus escudos son demasiado potentes! Lo único que conseguirás será cargarte todos los sistemas de mi nave…

—¿Quieres que permita que las Hermanas de la Noche queden libres en la galaxia? —replicó Luke a gritos—. ¡Ni lo sueñes, Han! No voy a rendirme tan fácilmente… ¡Venga, Leia, sube ahí!

Luke alargó una mano, conectó los generadores de interferencias radiofónicas y envió una tormenta de información hacia el exterior. Han enarcó una ceja y se preguntó qué pretendía hacer. Las brujas no estaban intentando ponerse en contacto con nadie, y los generadores de interferencias sólo conseguirían advertir a cualquiera que estuviese en el sistema solar de la presencia de una nave en Dathomir.

Leia bajó corriendo hasta el cañón ventral y empezó a disparar. Luke desactivó todos los escudos y disparó los cañones iónicos, decidiendo correr el riesgo de confiar en que el transporte no desactivaría sus escudos para devolver el fuego. Isolder abrió fuego con el cañón dorsal, y el transporte aceleró y empezó a salir del radio de acción de su armamento.

—¡Se están preparando para el salto a la velocidad lumínica! —gritó Han.

Se. volvió hacia su pantalla. El espacio era una cortina negra, y el transporte estaba acelerando hacia ella.

—¡No saltarán estando tan cerca del pozo de gravedad! —replicó Luke, y aceleró en persecución del transporte.

Y entonces Han lo comprendió. Luke sabía que sus desintegradores y cohetes no podían derribar los escudos del transporte, y había conectado los generadores de interferencias porque quería atraer la atención de Zsinj. Quería que los Destructores Estelares se enteraran de que las brujas se alejaban a toda velocidad con la esperanza de alcanzar una altura suficiente para dar el salto al hiperespacio.

Siguieron acelerando hacia la negrura de la capa de noche mientras Han contenía el aliento. La pantalla se ennegreció con una neblina color ónice. Luke desconectó los generadores de interferencias, y el *Halcón* se alzó rugiendo hacia la luz del sol con el transporte todavía bastante por delante de él, y diez millares de estrellas brillaron como joyas.

Había tanta luz que Han sintió como si acabara de tragar una bocanada de aire fresco.

Los indicadores de proximidad gritaron una advertencia, y Han alzó la mirada y vio las V color gris pizarra de un par de Destructores Estelares que convergían delante de ellos. Luke viró hacia estribor, y un diluvio de cohetes brotó de los destructores y atravesó los ya debilitados escudos del transporte.

Han vio cómo los cohetes perforaban el casco del transporte de las brujas. Un chorro de fragmentos de metal al rojo blanco brotó de la tobera derecha. Las luces de navegación del transporte se debilitaron y permanecieron así durante dos segundos, y las llamas que escupían los motores se volvieron más brillantes. Después el transporte tembló y se convirtió en una bola de fuego.

Han lo celebró lanzando un alarido de júbilo mientras Luke aceleraba al máximo volviendo a Dathomir y a la cubierta protectora de la capa de noche orbital, y la oscuridad volvió a engullirles un momento después.

Leia estaba gritando de alegría en su torreta.

—¡Leia, Isolder, seguid en vuestros puestos! —les gritó Luke—. Todavía no hemos terminado...

Luke movió un interruptor y la cabina quedó inundada por una oleada de charla radiofónica. Las pantallas captaron las fuentes y las mostraron en una representación tridimensional sobre la holopanta-lla superior. Han contempló con expresión consternada el confuso panorama que había sobre ellos. El cielo estaba lleno de naves. Fuera cual fuese el vector que escogieran, tratar de salir del pozo de gravedad parecía una tarea casi imposible. Al parecer, la capa de noche estaba causando algunas interferencias en los sensores. Los sensores mostraban las naves, pero no estaban captando las señales de los transductores y Han no podía saber qué clase de naves había allí fuera.

Han tragó saliva.

—¿En qué estás pensando, chico? —preguntó—. ¿Qué vas a hacer?

Luke suspiró y contempló la masa de destructores que había encima de ellos.

—Tenemos que acabar con esta capa de noche —dijo Luke—.

Ahí abajo no sólo hay personas... Hay... ¡Hay árboles, y hierba, y lagartos, y gusanos! ¡Vida, Han, todo un planeta vivo!

—¿Qué? —exclamó Han—. ¿Quieres que te vuelen la cabeza por un montón de lagartos y gusanos? ¡Vamos, chaval, no me montes números raros precisamente ahora! ¡Encuentra un agujero en su red y salgamos de aquí a toda velocidad!

—No —dijo Luke respirando ronca y entrecortadamente.

Chewbacca le lanzó un rugido, pero Luke no respondió. El Jedi se había quedado muy quieto en el sillón de pilotaje, tan inmóvil como si estuviera paralizado, y mantenía la mirada clavada en la oscuridad que había engullido al planeta mientras pilotaba la nave.

«Estupendo, estupendo —pensó Han—. Bueno, al menos está poniendo algo de distancia entre nosotros y todas esas naves...» Fuera cual fuese el sitio en el que acabaran, no había muchas probabilidades de que los hombres de Zsinj estuvieran preparados para detenerles. Luke cerró los ojos y aceleró como en un trance, sonriendo con una gran serenidad. Han contempló su rostro y pensó que le aterrorizaba el que Luke consiguiera que todos muriesen, pero también se dio cuenta de que en aquellos momentos esa posibilidad no parecía importarle demasiado. «Adelante, chico, consigue que nos maten —pensó—. De todas maneras, te debemos la vida.»

—Gracias —dijo Luke, como si Han hubiera pronunciado las palabras en voz alta.

Luke disparó la batería cuádruple y Han no vio las huellas de luz de los cañones desintegradores. La oscuridad era tan completa que incluso esa pequeña cantidad de luz parecía serles negada. Luke esperó un momento, y Han vio los puntos de mira en la holopantalla superior. Luke centró el sistema de puntería en algo y disparó. Han no pudo ver ningún blanco en las pantallas, y se preguntó si Luke realmente le estaba dando a algún objetivo.

Luke repitió la táctica una y otra vez durante los veinte minutos siguientes sin que hubiera ningún resultado visible.

—Discúlpeme, Su Alteza —dijo Cetrespeó apareciendo detrás de Han—, pero... Bueno, ¿cree que estamos consiguiendo algo? Quizá debería tomar los controles de fuego...

—No, deja que Luke se encargue de todo —dijo Han.

Volvió la mirada hacia la holopantalla. El número de firmas radiofónicas estaba aumentando rápidamente, y Han comprendió que Zsinj debía haber dispersado a varios centenares de cazas por aquella zona. Al parecer, los esfuerzos de Luke habían empezado a inquietar al señor de la guerra.

Y de repente Luke disparó una salva de rayos desintegradores, y volvieron a salir de la negrura y se encontraron volando entre las estrellas. Han necesitó un momento para darse cuenta de que la capa de noche orbital se había esfumado y ver que Dathomir volvía a girar debajo de ellos, un mundo resplandeciente de océanos azul turquesa y continentes marrón oscuro.

Chewie lanzó un rugido, y Luke aceleró alejándose del planeta.

Han dejó escapar un jadeo ahogado en cuanto la holopantalla empezó a leer las señales de los transductores mostrando las naves que se encontraban por encima de ellos. Había centenares de naves flotando en los alrededores de Dathomir, Destructores Estelares imperiales y los discos color óxido de los Dragones de Batalla hapanianos. Los cazas TIE y los cazas X giraban sobre ellos en una danza mortífera. Zsinj no sólo había desplegado a sus cazas, sino que además toda la flota de Hapes acababa de surgir del hiperespacio.

Inmensos globos plateados salieron disparados en todas direcciones de un Dragón de Batalla hapaniano, y Han tragó saliva. Los hapanianos estaban minando el espacio con generadores de masa pulsátil. Era una maniobra arriesgada, porque después de llevarla a cabo tanto el atacante como la víctima quedaban atrapados en el espacio normal durante diez o quince minutos. Los rebeldes nunca habían usado aquella táctica. De una manera o de otra, nadie se marcharía del planeta hasta pasado cierto tiempo. Los hapanianos planeaban vencer o morir.

Luke aceleró hasta alcanzar la velocidad de ataque, alzó la mirada hacia la holopantalla y centró los puntos de mira en un Destructor Estelar enemigo que estaba siendo atacado por un Dragón de Batalla hapaniano en cada flanco. El cielo se había convertido en un hervidero de cazas TIE a su alrededor. Había más cazas de los que podía transportar un destructor, y Han sintió que se le erizaba el vello de la nuca al comprender que la nave atacada debía haber pedido apoyo a otros destructores. Han echó un vistazo a la holopantalla. Dos destructores imperiales se aproximaban a toda velocidad acudiendo en ayuda de la nave.

—¿Quién va a bordo de ese Destructor Estelar? —preguntó mientras contemplaba aquella nave tan ferozmente protegida.

—Zsinj —respondió Luke en voz baja—. Es el *Puño de Hierro.*

—Pásame el timón, chico —dijo Han sintiendo que se le secaba la boca—. Zsinj es mío.

Luke se volvió para mirarle por encima de su hombro, y Han vio por primera vez que el rostro del Jedi era una masa de morados, pero sus ojos brillaban con una límpida claridad.

—¿Estás seguro de que puedes hacerlo? —preguntó—. Eso de ahí enfrente es un Destructor Estelar.

Han asintió con expresión sombría.

—¡Sí, y ese planeta en el que se han metido sin permiso es de mi propiedad! Quiero a Zsinj..., pero si necesito ayuda, no vaciles en proporcionármela.

—Lo que diga Su Majestad —replicó Luke, y a juzgar por su tono no parecía estar bromeando.

Luke se levantó del sillón de pilotaje.

Han se sentó. Sintió como un espasmo de dolor recorría su pierna, apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y respiró profundamente. Por primera vez desde hacía meses, tenía la sensación de estar en casa.

—Escucha, chico —dijo mientras movía la palanca de control alejando el *Halcón* del *Puño de Hierro* y llevándolo en un curso de colisión con un interceptor TIE—, no conozco ninguno de tus trucos Jedi, pero la mejor manera de acercarse a un Destructor Estelar es... Bueno, lo mejor es ir hacia él con el morro por delante, y comportarse como si prefirieses estar en cualquier sitio que no sea el sitio en el que te encuentras mientras vas haciendo todo eso.

Han bajó la mirada hacia su diagrama de armamento. Aún le quedaban cuatro cohetes Arákidos de alta potencia explosiva en los tubos de lanzamiento, pero no tenía ni un solo torpedo protónico. Armó los cohetes de alta potencia, asumió el control remoto de la torreta cuádruple de cañones desintegradores dorsal y disparó un par de ráfagas por delante del interceptor TIE calculando cuidadosamente la distancia que recorrería mientras los rayos viajaban hacia él. La pequeña nave gris chocó con los

rayos y se esfumó, y Han se dirigió hacia otro caza que seguía un vector directo hacia el *Puño de Hierro* de Zsinj.

Aceleró como si se dispusiera a atacar, pero se quedó rezagado a un kilómetro hasta que sintió el leve temblor en la estructura del *Halcón.* Rayos tractores.

Chewbacca soltó un gruñido.

—Ya lo sé —dijo Han—. Transfiere energía de los escudos deflectores traseros. No vamos a permitir que nos entretengan durante mucho rato.

Aceleró hacia el *Puño de Hierro* a la velocidad sublumínica máxima, moviendo la palanca de control de tal manera que el *Halcón* ofrecía un blanco móvil a pesar de que los rayos tractores estaban tirando de ellos. Atravesó un enjambre de cazas TIE y oyó el jadeo ahogado que soltó Luke a su espalda. Se estaban aproximando al Destructor Estelar a gran velocidad.

Han examinó la pantalla para averiguar hacia qué escotilla le estaba llevando el rayo tractor. La localizó en medio segundo, esperó hasta que le pareció que ya había dejado atrás los escudos antipartículas de la nave, y disparó dos de sus cohetes de alta potencia explosiva.

Los rayos tractores llevaron los cohetes hasta su objetivo. Cuando hicieron impacto, una explosión floreció de repente en el *Puño de Hierro,* y Han activó los deceleradores e intentó que no se le escapara la palanca de control mientras viraba.

Contuvo el aliento tratando de que los otros no se dieran cuenta de cómo sudaba mientras pasaba a toda velocidad sobre una torreta que no consiguió girar lo suficientemente deprisa para hacer fuego contra el *Halcón.*

—¡Estás debajo de sus escudos! —gritó Isolder por el intercomunicador—. ¡Puedes disparar cuando te dé la gana!

—¡Sí, ya lo sé! —replicó Han.

Una torreta de cañones desintegradores giró hacia ellos y Han hizo virar la nave esquivando sus disparos. Armó sus dos últimos Arákidos, y después sintonizó su radio en la frecuencia imperial.

—¡Mensaje de emergencia para el Señor de la Guerra Zsinj a bordo del *Puño de Hierrol* Prioridad Roja... ¡Respondan inmediatamente! ¿Me reciben? Prioridad Roja... ¡Tengo un mensaje de emergencia para el Señor de la Guerra Zsinj!

Han esperó durante una eternidad mientras volaba a baja altura por un laberinto de torretas erizadas de cañones desintegradores. Zsinj respondió por fin, y su rostro apareció en la holopantalla.

—¡Aquí Zsinj! —gritó.

El rostro del señor de la guerra estaba enrojecido, y sus ojos parecían desorbitados por el frenesí de la batalla.

—Aquí el general Han Solo. —Han empujó la palanca de control, y el *Halcón* subió hacia el módulo de mando delantero del *Puño de Hierro*—. Echa un vistazo a tu pantalla, alimaña... ¡Y besa a mi wookie!

Esperó medio segundo mientras Zsinj se volvía hacia su pantalla para ver al *Halcón* lanzándose a toda velocidad sobre él, y vio la luz de la comprensión apareciendo en sus ojos. Han disparó sus dos últimos cohetes de alta potencia.

La mitad superior del módulo de mando delantero del *Puño de Hierro* se desintegró convirtiéndose en una cascada de metal desmenuzado, y el destructor se convirtió en un blanco indefenso en cuanto sus escudos hubieron quedado desactivados. Un disparo del cañón iónico de Han envolvió al *Puño de Hierro* en una nube de relámpagos azulados, y con sus

complejos circuitos destruidos, el Destructor Estelar no pudo hacer nada para defenderse de la andanada de torpedos protónicos que cayó sobre él. Han aceleró alejándose de la nave agonizante y salió de órbita durante un momento, decidido a dejar cualquier otro combate singular en manos de los hapanianos. Con Zsinj desaparecido, Han supuso que sólo transcurrirían unos momentos antes de que la flota imperial se rindiera.

No hubo gritos salvajes de celebración a su espalda, y en vez de alegría había un profundo silencio.

Han descubrió que le temblaban las manos, y se le nubló la vista.

—Toma los controles durante un minuto, Chewie —dijo.

Han cruzó los brazos encima del pecho. Meses de frustración, meses de dudas y preocupaciones y temores... Eso era lo que Zsinj le había costado.

Han sintió el roce de las delgadas manos de Leia sobre sus hombros dándole masaje. Su respiración se había vuelto entrecortada, y se reclinó en el sillón del capitán permitiendo que una parte de la tensión se fuera disipando poco a poco. Era como si sus músculos se hubieran ido poniendo más y más rígidos a lo largo de los últimos cinco meses, dejándole convertido en una apretada masa de nudos que habían empezado a desenredarse por sí solos. «Debo de haber sido un hombrecillo insoportable», comprendió de repente, y se preguntó cómo podía habérsele pasado por alto y por qué no lo había percibido, y se prometió a sí mismo que nunca volvería a permitir que ocurriera.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Leia.

Han reflexionó durante unos momentos antes de contestar. Matar a Zsinj no era algo que pudiera hacerte sentir bien. Matar era tan insignificante, tan mezquino... Pero a pesar de ello estaba sintiendo un profundo alivio.

—Sí —dijo—. No me había sentido tan bien desde que... Bueno, ya no me acuerdo.

—El monstruo tiene una cabeza menos —dijo Leia.

—Sí —dijo Han—. Ahora que papá tiburón ha muerto, todos los tiburoncitos tendrán que empezar a comerse los unos a los otros.

—Y pronto habrá muchos menos tiburones que antes —dijo Leia.

—Y mientras tanto, la Nueva República puede introducirse a toda velocidad en el antiguo territorio de Zsinj y quitarles unos cuantos centenares de sistemas estelares de entre las manos —añadió Han.

Leia hizo girar su sillón y Han pudo ver a Isolder, Teneniel, Luke y los androides en el pasillo, y pensó en lo curioso que resultaba el que casi todo el mundo quisiera estar rodeado de gente para celebrar una victoria. Han siempre había preferido disfrutar las victorias a solas.

—Has ganado —dijo Leia, y sus ojos brillaban y estaban llenos de lágrimas.

—¿Quieres decir que he ganado la guerra? —replicó Han, y se preguntó si Leia estaba intentando hacer que se sintiera feliz—. No. Todavía falta mucho para ganarla.

—No me refería a eso... Estaba hablando de nuestra apuesta —dijo Leia—. Siete días en Dathomir, ¿lo recuerdas? Dijiste que si volvía a enamorarme de ti, tendría que casarme contigo. Los siete días aún no han transcurrido. Has ganado la apuesta.

—Oh, eso... —dijo Han—. Oye, era una apuesta estúpida. Nunca podría obligarte a hacer algo semejante... No te exigiré que cumplas con tu parte del trato.

—Ah, ¿sí? ¡Pues yo sí que te lo voy a exigir! —gritó Leia.

Le tomó el mentón en las manos y le besó con un beso muy lento y prolongado que pareció penetrar hasta la última fibra de su dolorido ser, curando todos sus males y haciendo que volviera a ser el Han Solo de siempre.

Isolder vio como se besaban. Todo aquel episodio podía causar problemas muy serios en Hapes. Las reacciones serían muy negativas, eso estaba claro. Y sin embargo..., Isolder se sentía muy feliz por ellos.

Su comunicador zumbó en un canal de seguridad al que sólo podían tener acceso las fuerzas de seguridad hapanianas. Isolder lo descolgó de su cinturón, lo abrió y vio la imagen de Astarta en la diminuta pantalla del comunicador. Su guardaespaldas le sonrió.

—Me alegra verte —dijo Isolder—, pero no esperaba la llegada de la flota hasta dentro de tres días..., lo cual significa que alguien les ordenó volar por una ruta prohibida.

—En cuanto salí de Dathomir, introduje la ruta del Jedi en los astrogadores de nuestra flota mediante la holovisión —dijo Astarta—. La flota pudo recortar el trayecto en unos cuantos parsecs.

—Hmmmm... —murmuró Isolder—. Una buena idea, pero aun así tuvo que ser un viaje bastante peligroso.

—Obedecimos órdenes de vuestra madre —le explicó Astarta—. Llegará mañana con la flota de Olanji. Hemos empezado a recibir mensajes de rendición de las naves de Zsinj. Por el momento y hasta la llegada de vuestra madre os corresponde el mando de la flota, príncipe Isolder, así que debo preguntaros cuáles son vuestros deseos.

Isolder sintió que la mente le daba un vuelco, y le asombró que su madre hubiera decidido correr aquel riesgo por él.

—Aceptad únicamente las rendiciones incondicionales y empezad a hacer los preparativos para llevar cualquier Destructor Estelar que esté en condiciones de navegar a Hapes —dijo—. En cuanto al astillero imperial... ¡Destruidlo!

—Sí, príncipe —respondió Astarta—. ¿Cuándo debemos estar preparados para partir?

Isolder reflexionó durante unos momentos. Zsinj podía haber solicitado refuerzos, y tendrían que alejarse de Dathomir lo más pronto posible.

—Dentro de dos días.

—¿Dos días? —preguntó Astarta, y el tono de sorpresa que empleó indicó que la retirada le parecía considerablemente lenta—. Tendremos que verificarlo con vuestra madre.

—Hay prisioneros políticos en el planeta, así como varios miles de habitantes que quizá deseen ser evacuados —dijo Isolder con firmeza—. Tendremos que ponernos en contacto con ellos y proporcionarles la oportunidad de irse.

27

A la tarde siguiente, Han fue recogiendo hermanas de los nueve clanes de Dathomir para llevarlas a una celebración en la sala de guerreras de la Montaña del Cántico. Las brujas llevaban sus mejores cascos y ropas, pero sus galas parecían míseras cuando se las comparaba con el esplendor de la Reina Madre, que se había vestido con sedas y se había adornado la cabellera con gemas arco iris del planeta Gallinore. La Ta'a Chume no parecía estar disfrutando mucho de la fiesta y se había reclinado cautelosamente sobre los almohadones de cuero en una postura un poco tensa, como si incluso lo mejor que podían ofrecer las brujas estuviera muy por debajo de su dignidad. Movía continuamente la mano alejando insectos para que no le picaran, y no paraba de lanzar miradas nerviosas a la puerta. Estaba claro que ardía en deseos de volver a Hapes y a sus propios asuntos.

Han la estuvo observando durante todo el curso de la fiesta, fascinado por el hermoso rostro oculto detrás del velo color violeta pálido y asombrado y un poco escandalizado por sus pésimos modales.

En el momento culminante de la fiesta, Han entregó el título de propiedad de Dathomir a Augwynne, y la anciana lloró de gratitud. Después Augwynne ordenó a sus sirvientes que trajeran el oro y las gemas que había reunido, y los sirvientes fueron vaciando sus cestas sobre el suelo a los pies de Han.

El asombro dejó mudo a Han durante un momento.

—Yo... Eh... Vaya, se me había olvidado —logró decir por fin—. Bueno, en realidad yo no quiero todo esto y... —Se volvió hacia Leia y la miró a los ojos—. Ya tengo todo lo que quiero.

—Un trato es un trato, general Solo —dijo Augwynne—. Además, la deuda que hemos contraído contigo es tan grande que nunca podremos pagarla... No sólo nos has liberado de Zsinj, sino que también ayudaste a destruir a las Hermanas de la Noche. Siempre estaremos en deuda contigo.

—Sí, pero... —empezó a protestar Han, pero Leia le dio un codazo en las costillas.

—Acéptalas —murmuró—. Podemos usarlas para pagar la boda.

Han contempló las gemas amontonadas a sus pies, y se preguntó en qué clase de boda estaba pensando Leia y hasta dónde llegaría la magnitud de la ceremonia que planeaba celebrar.

—He de hacer un anuncio que también afectará a vuestro pueblo. —El príncipe Isolder se levantó del almohadón en el que había estado sentado al lado de su madre, y extendió la mano señalando el otro extremo de la sala—. Teneniel Djo, la nieta de Augwynne Djo, ha consentido en ser mi esposa.

—¡No! —gritó la Ta'a Chume, y se puso en pie y fulminó con la mirada a su hijo—. No puedes casarte con una mujer de este apestoso agujero de barbarie... ¡Lo prohibo! Esa joven no puede ser la Reina Madre de Hapes.

—Es una princesa, y está destinada a heredar su planeta —dijo Isolder—. Creo que como cualificación es más que suficiente. Aún te quedan muchos años para seguir sentada en el trono, y puedes irla adiestrando en ese tiempo.

—Aunque sea una princesa —dijo la Reina Madre—, cosa que dudo mucho pudieras demostrar... ¡Oh, pero si los derechos de propiedad sobre este mundo que ostenta su familia sólo tienen cinco minutos de existencia! No tiene sangre real, carece del linaje necesario...

—Pero la amo —dijo Isolder— y me casaré con ella tanto con tu permiso como sin él.

—Estúpido... —siseó la Ta'a Chume—. ¿Acaso crees que yo lo permitiría?

—No —dijo Luke desde el fondo de la sala—, al igual que yo estoy seguro de que nunca tuviste ninguna intención de que Isolder se casara con Leia. ¿Por que no te quitas el velo y le dices quién envió a los asesinos para que acabaran con ella? —La voz de Luke tenía el tono imperioso y seguro de sí mismo que adquiría cuando usaba la Fuerza. La Ta'a Chume se encogió sobre sí misma como si acabaran de rozarla con un aguijón eléctrico, y retrocedió un poco—. Adelante —dijo Luke—, quítate el velo y cuéntaselo.

Las manos de la Ta'a Chume temblaron cuando apartó el velo de su rostro. El esfuerzo que estaba haciendo para resistirse a la orden de Luke resultaba evidente, pero no le sirvió de nada.

—Yo envié a los asesinos —murmuró.

Isolder abrió mucho los ojos y sintió una pena inmensa.

—¿Por qué? —preguntó—. Diste tu permiso, enviaste tus regalos y tu séquito... No hice nada en secreto.

—Solicitaste una alianza que yo no podía aprobar —respondió la Ta'a Chume—. Escogiste a una pacifista sin dote procedente de una democracia. ¡Escucha cómo habla de esa Nueva República de la que tanto se enorgullece! Nuestra familia ha gobernado el cúmulo de Hapes durante cuatro mil años, pero tú estabas dispuesto a poner todo Hapes en sus manos, ¡y dentro de una generación sus hijos ya habrían cedido el control del gobierno al populacho!

»Aun así, no quería responderte con una negativa inmediata. No quería... debilitar... la lealtad que sientes hacia mí.

—¿Prefieres matar a alguien antes que correr el riesgo de perder mi lealtad? —Isolder se dio cuenta de que la ira se estaba adueñando de él—. Quizá albergabas la esperanza de que eso te permitiría distanciarme todavía más de mis tías...

La Reina Madre entrecerró los ojos.

—Oh, tus tías han cometido bastantes asesinatos, desde luego. Son tan peligrosas como crees, te lo aseguro... Pero Leia es una pacifista. No puedo permitir que te cases con una pacifista. Sería demasiado débil para gobernar. ¿Es que no lo comprendes? Si Hapes hubiera tenido una presencia militar más fuerte antes del surgimiento del Imperio, como siempre he propugnado, entonces nunca habríamos caído ante él. Los pacifistas de palabras melosas y los diplomáticos han estado a punto de destruir nuestro reino.

—Y la dama Elliar era una pacifista —dijo Isolder con voz asombrada—. ¿También la mataste?

La Ta'a Chume se tapó el rostro con el velo y ladeó la cabeza.

—No voy a consentir que se me interrogue de esta manera —dijo—. Me marcho.

—Y mi hermano... ¿Era demasiado débil para gobernar? —preguntó Isolder en un tono lleno de asombro y horror—. ¿Era eso? ¿Es que nunca has tenido intención de permitir que nadie salvo tú misma elija a tu sucesora?

La Ta'a Chume se volvió en redondo.

—¡Guárdate tus suposiciones para ti! —replicó con vehemencia—. No pienses en cosas que nunca podrás llegar a comprender... Después de todo, no eres más que un hombre.

—¡Comprendo muy bien lo que es el asesinato! —gritó Isolder mientras la ira hacía temblar las aletas de su nariz—. ¡Comprendo muy bien lo que es el infanticidio!

Pero la Ta'a Chume ya había empezado a abrirse paso entre el gentío y se dirigía hacia la puerta.

Teneniel se volvió hacia Isolder y le cogió por el codo.

—Deja que razone con ella —le dijo en voz baja—. Ta'a Chume... —añadió sin levantar la voz, y la Ta'a Chume se detuvo como si Teneniel hubiera tirado de ella mediante un cordón invisible—. Voy a casarme con tu hijo, y algún día gobernaré tus mundos en tu lugar.

La Ta'a Chume se dio la vuelta, y cuando contempló a Teneniel a través de la seda violeta de su velo, sus ojos ardían tan intensamente como dos antorchas.

—Puedo asegurarte que no soy ninguna pacifista —siguió diciendo Teneniel—. Durante los dos últimos días he matado a varias personas, y si alguna vez intentas hacerme daño o hacer daño a alguien que quiera, te obligaré a confesar públicamente todos tus crímenes y luego te ejecutaré. ¡Te aseguro que lo haré, pues hasta ese extremo me pareces despreciable!

Las cuatro guardaespaldas de la Ta'a Chume habían permanecido inmóviles junto a la pared hasta aquel momento. Teneniel no podía saberlo, pero amenazar a la Reina Madre estaba condenado con la ejecución inmediata. Las guardaespaldas de la reina se dispusieron a coger sus desintegradores, y Teneniel movió la mano. Los desintegradores quedaron aplastados y cayeron al suelo. Una de las guardaespaldas se lanzó sobre ella, y Teneniel movió la mano y la golpeó desde lejos con un puño invisible. La mandíbula de la mujer se rompió con un terrible crujido, y cayó de espaldas sobre el suelo, totalmente aturdida.

La Ta'a Chume había contemplado aquella breve batalla por el rabillo del ojo.

—Recapacita, madre —dijo Isolder—. En una ocasión me dijiste que no quisiste correr el riesgo de que nuestros antepasados fueran gobernados por una oligarquía de lectores de auras y dobladores de cucharillas. Pero si tomo por esposa a Teneniel, hay bastantes prohabilidades de que nuestros nietos sean esos dobladores de cucharillas...

La Ta'a Chume titubeó y contempló a Teneniel durante un momento que se hizo muy largo.

—Quizá mi juicio ha sido apresurado —dijo por fin sin excesiva convicción—. Sospecho que Teneniel Djo, princesa de Dathomir, será una Reina Madre muy adecuada. Asegúrate de vestirla correctamente antes de traerla a casa.

Giró sobre sí misma para marcharse, pero Isolder aún no había terminada de hablar.

—Una cosa más, madre —dijo clavando la mirada en su espalda—. Vamos a unirnos a la Nueva República... ¡Y lo haremos ahora mismo!

La Ta'a Chume volvió a titubear, acabó inclinando la cabeza en un gesto de asentimiento y salió a toda prisa de la gran sala.

A la mañana siguiente, Luke estaba en el parapeto de la sala de guerra bañado por los primeros rayos del sol y contemplaba cómo las lanzaderas despegaban en la lejanía transportando a los últimos refugiados de la prisión.

Augwynne salió al balcón y se puso a su lado para ver partir las diminutas naves.

—¿Estáis seguras de que no preferís iros con ellos? —preguntó Luke—. Este sector sigue siendo peligroso.

—No —respondió Augwynne—. Dathomir es nuestro hogar, y aquí no hay nada que alguien pueda desear..., excepto tú, naturalmente. Tenemos algo que quieres, y puedo sentirlo en ti. ¿Qué es lo que deseas?

—Unos restos que hay en el desierto —respondió Luke—. Hubo un tiempo en los que fueron una nave espacial llamada *Chu'unthor,* y los Jedi se adiestraban a bordo de ella. Me gustaría volver algún día, y examinar los restos para averiguar si queda algún registro intacto y salvar lo que se pueda de ellos.

—Ah, sí... Nuestras antepasadas libraron una gran batalla con los Jai en ese lugar.

—Y vencisteis —dijo Luke.

—No —replicó Augwynne apoyando la espalda en el muro de piedra de la fortaleza y cruzando los brazos delante del pecho—. No vencimos... Al final, los dos bandos se sentaron a hablar y lograron negociar un acuerdo.

Luke se echó a reír.

—Así que os quedasteis con la nave, y luego ha pasado trescientos años pudriéndose en el desierto... ¿Qué obtuvisteis pues de ese acuerdo?

—No lo sé —dijo Augwynne—. De todas nosotras, sólo la Madre Rell estaba allí y su mente ya no funciona muy bien.

—¿La Madre Rell? —preguntó Luke.

Se sintió invadido por una extraña sensación de paz. Augwynne le lanzó una mirada interrogativa, y Luke cruzó corriendo la sala y fue a la habitación de Rell. La anciana estaba sentada sobre su almohadón en el cubo de piedra tal como la había visto antes, y los mechones de su blanca cabellera brillaban a la luz de las velas. La Madre Rell alzó su vacua mirada hacia Luke.

—Madre Rell... Soy yo, Luke Skywalker —dijo Luke.

La anciana le miró fijamente con sus ojos legañosos.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Y las Hermanas de la Noche? ¿Están todas muertas? ¿Las mataste?

—Sí —respondió Luke.

—Entonces nuestro mundo ha terminado y acaba de empezar uno nuevo, tal como profetizó Yoda. —Luke descubrió que estaba temblando de excitación—. Supongo que has venido a por los registros, ¿no?

—Sí —respondió Luke.

—Queríamos quedarnos con ellos, ¿sabes? —dijo Rell—. Pero los Jai nunca nos proporcionaron la tecnología necesaria para leerlos... Dijeron que las enseñanzas eran demasiado poderosas, y que mientras hubiera Hermanas de la Noche en nuestro mundo nunca podríamos disponer de

ella. Yoda prometió que algún día las compartirías con nuestros descendientes.

Se levantó haciendo un gran esfuerzo, se volvió hacia el cubo de piedra, apartó el almohadón e intentó abrirlo.

—Échame una mano —dijo.

Luke levantó la tapa del cubo. Dentro había una caja de seguridad de metal corroído, con un panel de control de acceso muy antiguo incrustado en él. La luz verde de funcionamiento aún brillaba. Luke estudió la caja y tecleó los dos símbolos que formaban el nombre de Yoda. Un siseo brotó de la cerradura mientras la tapa subía unos centímetros y el aire entraba en la caja. Luke acabó de levantarla.

La caja de seguridad estaba repleta de discos lectores. Había centenares, y contenían más volúmenes llenos de información de los que cualquier ser humano podía tener la esperanza de estudiar en toda una vida.

Una lanzadera hapaniana llegó al mediodía para recoger a Isolder y Teneniel. Luke, Han, Chewie, Leia y los androides fueron a despedirles. Isolder descubrió que le costaba un poco marcharse del planeta. Leia les abrazó a los dos y les deseó felicidad, y lloró sin tratar de disimular sus lágrimas hasta que Teneniel le recordó que sus caminos se cruzarían de vez en cuando, ya que Hapes se había unido a la Nueva República.

Han le estrechó la mano a Teneniel, y le dio un puñetazo amistoso en el brazo a Isolder.

—Ya nos veremos, Basura —dijo—. Y cuidado con los piratas...

Isolder le devolvió la sonrisa mientras contemplaba a Han. Las brujas y Luke habían hecho cuanto estaba en sus manos para curar la pierna rota y las muelas de Han, aunque aún llevaba una abrazadera metálica de soporte en la pierna. Han parecía un pirata. No había perdido aquel aire fanfarrón y el leve contoneo de su caminar. Han era capaz de contonearse incluso con una abrazadera en la pierna.

—Ya nos veremos, Atontado —dijo Isolder, pero el deseo de añadir algo más acabó imponiéndose—. Bueno, ¿dónde habéis planeado pasar vuestra luna de miel?

Han se encogió de hombros.

—Había esperado pasarla aquí, en Dathomir, pero la situación se ha calmado tanto durante los dos últimos días que me temo que resultaría un poco aburrida.

—Quizá te gustaría recorrer los mundos de Hapes —sugirió Isolder—. Estoy seguro de que en esta visita encontrarías más hospitalidad que durante la anterior.

—Bueno, es una promesa que no os costará mucho cumplir —replicó Han—. Basta con que no empiecen a dispararme en cuanto me vean.

—No haremos eso —le prometió Isolder—, aunque quizá haga que mi gente inspeccione tu equipaje en busca de bienes robados antes.de que te marches.

Han se rió y le dio una palmada en la espalda. Chewbacca y Cetrespeó se despidieron, y después le tocó el turno a Luke. El Jedi se había mantenido un poco alejado de los demás y les había estado observando con mucha atención. Su despedida careció de lágrimas. Luke cogió la mano de Teneniel, la sostuvo durante un momento y la miró a los ojos..., no, en realidad miró más allá de sus ojos.

—Tu primer bebé será una niña —le dijo—, y será fuerte y virtuosa como tú. Cuando sientas que ha llegado el momento adecuado, quizá me la envíes para que la adiestre.

Teneniel sonrió y le abrazó. Luke tomó la mano de Isolder entre sus dedos y la estrechó.

—Acuérdate de que debes servir al lado luminoso de la Fuerza —le dijo—. Llevarás algo de luz dentro de ti aunque nunca empuñes una espada de luz o cures a los enfermos. Sé fiel a esa luz.

—Lo seré —le prometió Isolder, y se preguntó hasta qué punto había cambiado su vida durante los últimos días. En una fracción de segundo había decidido seguir a Luke hasta aquel planeta, y mientras se despedía comprendió que pasaría el resto de su vida siguiendo el camino de Luke—. Lo haré —repitió, y abrazó al Jedi.

Permanecieron inmóviles durante un momento mirándose los unos a los otros, y después Isolder volvió a contemplar el valle, las cabañas en los campos, la oscura fortaleza que se alzaba sobre ellos, los rancors que chapoteaban en el estanque, y el sol que brillaba sobre tos valles del sur, las montañas y los desiertos que había más allá de ellas. Aspiró una bocanada de aquella atmósfera limpia y fragante y saboreó por última vez el aroma de Dathomir, y sintió una quemazón casi imperceptible en sus senos nasales. Isolder comprendió que debía de ser alérgico a algo del planeta.

Cogió a Teneniel de la mano y subió a la lanzadera con su prometida para llevarla a otros mundos y otras estrellas.

Seis semanas después Luke se encontraba bajo los cielos azules de Coruscant. Acababa de bañarse y se había vestido con una túnica gris de fina tela. Era el padrino de la boda de Leía y planeaba llegar temprano, pero el piloto de la lanzadera se equivocó de destino y le dejó en el consulado de Aldereenia en vez de en el de Alderaan, con lo que Luke se encontró en un edificio ocupado por una raza de insectos de los que no había oído hablar nunca, y que se hallaba a casi doscientos kilómetros de distancia del consulado de Alderaan.

Luke llegó al consulado una hora más tarde de lo que había planeado, y cuando logró cruzar el umbral echó a correr por un pasillo muy largo cuyas paredes estaban adornadas con grandes paneles de lustrosa madera vieja de uwa y que llevaba a la Sala Blanca. Dobló una esquina, y vio a Cetrespeó corriendo frenéticamente delante de él.

Luke consiguió alcanzar al androide.

—Eh, Cetrespeó, ¿qué ocurre? —le preguntó.

—¡Oh, amo Luke, no sabe cómo me alegra verle! —exclamó Cetrespeó—. ¡Me temo que os he metido a todos en un lío terrible! ¡Ah, todo es culpa mía...! ¡Debemos detener la boda inmediatamente!

—¿Qué sucede? —preguntó Luke—. ¿De qué estás hablando?

—Acabo de hacer una visita al ordenador de la ciudad y me he enterado de algo horrible. El ordenador estaba haciendo un cruce de verificación entre varios ficheros, ¡y descubrió que Han no pertenece a la realeza!

—¿No es de sangre real? —preguntó Luke.

—¡No! Korol Solo, su bisabuelo, sólo era un pretendiente al trono... ¡Y acabó siendo ahorcado por sus crímenes! ¡Debemos advertir a todo el mundo!

—Por eso se sintió tan avergonzado y se fue de la reunión del Consejo de Alderaan cuando anunciaste su linaje —dijo Luke—. ¡Siempre ha sabido que su bisabuelo no llegó a sentarse en el trono!

—¡Por supuesto! —dijo Cetrespeó—. ¡Hay que detener la boda!

—¡Muy bien, muy bien! —dijo Luke mientras ponía la mano sobre el hombro de Cetrespeó—. No te preocupes. Yo me ocuparé de todo.

—Oh, qué amable y bueno es usted, amo Lu…

Luke desactivó al androide, lo llevó a rastras hasta un despacho vacío, cerró la puerta con llave y después fue a la Sala Blanca y abrió una de sus muchas puertas.

La estancia tenía un gigantesco techo abovedado que había sido minuciosamente tallado a partir de una sola piedra monolítica, y las luces se reflejaban en la cúpula bañándolo todo con una suave claridad celestial. Mil invitados procedentes de muchos planetas estaban sentados en filas de bancos para asistir a la ceremonia, y algunos de ellos se volvieron hacia Luke. Teneniel Djo y el príncipe Isolder estaban sentados en la primera fila al lado de Erredós y Chewbacca, que ofrecía un aspecto impecable después de un concienzudo baño con champú y un largo cepillado. El príncipe tenía una planta sobre el regazo, una flor de aralute purpúrea con forma de trompeta.

Luke se quedó unos momentos al fondo de la sala y contempló el altar de mármol en el que Han y Leía estaban arrodillados el uno enfrente del otro, cogidos de las manos a través del altar. El oficiante de la ceremonia estaba ante ellos vestido con la suntuosa túnica verde esmeralda de su cargo, y ya había empezado a hacer recitar sus votos a Leia.

Leia se volvió y miró a Luke, y las diademas de su velo reflejaron la luz con un sinfín de destellos, y Luke percibió que no estaba enfadada con él por haber llegado tarde y que su única emoción era la gratitud al ver que Luke estaba allí; y en ese momento Leia se sentía más serena y satisfecha de lo que jamás había estado en toda su vida, y quizá nadie pudiera llegar a sentir más alegría de la que ella estaba sintiendo en ese instante.